

Jean-Luc Bannalec

EL SECRETO DE ÎLE-DE-SEIN

UN NUEVO CASO DEL COMISARIO DUPIN



Grijalbo

JEAN-LUC BANNALEC

El secreto de Île-de-Sein

Traducción de
Marta Mabres Vicens

Grijalbo

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

à L.
à Zoé.

Diaoul... pe vuzud?

¿El diablo o un milagro?

Dicho bretón

El primer día

—¡Mierda! —masculló a media voz el comisario Georges Dupin, de la comisaría de policía de Concarneau.

La pestilencia era atroz. Nauseabunda. Le asaltó un mareo, una especie de vahído. Tuvo que apoyarse en la pared; no podría aguantar allí mucho más. Notó el sudor frío en la frente. Eran las 5.32 de la mañana; aunque aún no era de día, tampoco era noche cerrada, y hacía bastante frío. Una luz tenue empezaba a teñir el cielo. Lo habían despertado a las 4.49 de la madrugada, cuando todavía estaba todo oscuro. Hacía solo unas horas, poco después de las dos de la madrugada, Claire y él habían salido del Amiral tras celebrar por todo lo alto la gran fiesta del día más largo del año, el 21 de junio, el solsticio de verano, que los celtas llamaban «Alban Hevin». En esos días, la hechizante luz que ya de por sí envolvía siempre la Bretaña alcanzaba su punto culminante como por arte de magia, si es que eso era posible. El sol se ponía a las 22.30 y durante un buen rato dejaba suspendida en el aire una intensa luminosidad; el horizonte se dibujaba nítidamente en el Atlántico, así como las estrellas más brillantes. Ese crepúsculo astronómico, que era como se llamaba, se prolongaba hasta casi medianoche; luego, el mar y el cielo se sumían en una oscuridad completa. Tanta luz resultaba embriagadora. A Dupin le encantaban esos días.

Era una sala estrecha, cubierta hasta el techo con azulejos amarillos. Unos

fluorescentes la iluminaban con una luz fría. Las dos ventanas diminutas, poco más que unas rendijas anchas, estaban abatidas, pero apenas dejaban entrar el aire fresco. Había seis contenedores grandes de color gris oscuro dispuestos en dos filas de tres.

La joven, de unos treinta años, había sido hallada en el contenedor delantero izquierdo; la había encontrado un responsable de la limpieza. Dos agentes habían acudido inmediatamente a la sala de la lonja del puerto de Douarnenez y, asistidos por la policía científica de Quimper, que había llegado antes que Dupin, habían sacado el cadáver del contenedor y lo habían dejado en el suelo, sobre las baldosas.

La escena era desagradable incluso para los más curtidos. Dupin no había visto nada parecido en toda su carrera. El cadáver estaba cubierto de restos de pescado: vísceras, tripas, intestinos... y una mezcla de toda suerte de fluidos acumulados en el contenedor. Había además trozos de pescado enteros, espinas y colas, que se habían adherido al cuerpo de la mujer: en la cabeza; en las manos; en el jersey, cuyo color azul celeste solo se adivinaba en algunos puntos; en los pantalones de peto de pesca amarillos con tirantes negros; en las botas de goma negras. Un par de cabezas de sardina se le habían quedado prendidas en el pelo castaño, que llevaba corto. También la cara estaba sucia. Unas escamas brillantes destellaban bajo la luz; había una grande encima del ojo izquierdo que le daba un aspecto macabro, mientras que el ojo derecho permanecía abierto. En el torso, la sustancia pringosa se había mezclado con la sangre. Mucha sangre. En la base del cuello se veía un corte de entre cuatro y cinco centímetros.

—Más muerta, imposible. —El forense, un hombre fornido de mejillas sonrosadas, sin apariencia de gracioso y, al parecer, insensible a la pestilencia, se encogió de hombros—. ¿Qué quiere que le diga? La causa de la muerte plantea tantas dudas como su estado vital. Alguien la degolló,

posiblemente ayer, entre las ocho y las doce de la noche. Le ahorraré los detalles que avalan esta hipótesis. —Levantó la mirada hacia Dupin y luego se volvió hacia los dos colaboradores de la policía científica—: Si no les importa, nos llevaremos a esta joven al laboratorio. El contenedor también. Tal vez encontremos algo.

Su tono de voz era animoso. Dupin volvió a sentir náuseas.

—Por nosotros no hay problema. Hemos acabado. De momento, la labor de la científica ha terminado.

Para alivio de Dupin, el forense titular de Quimper estaba de vacaciones; en su lugar habían acudido dos de sus ayudantes, ambos dotados de la misma arrogancia que su dueño y señor. El más menudo tomó la palabra:

—En la tapa del contenedor, en el punto por donde se abre, hemos encontrado varias huellas, unas veinte distintas, la mayoría de ellas incompletas y superpuestas. De momento, no hay nada más que decir. —Vaciló unos instantes—. También analizaremos de nuevo el contenedor por dentro.

Labat, uno de los dos inspectores de Dupin, parecía totalmente despierto y descansado y permanecía muy cerca del cadáver. Se aclaró la garganta antes de hablar:

—Nos vendría bien tener más datos. Por ejemplo, algo sobre el arma. —Se volvió hacia el forense e imitó a un experto—. Me figuro que fue un cuchillo bastante pequeño, porque el corte es casi quirúrgico.

Aquello no amedrentó al forense.

—Examinaremos bien la herida. El corte no depende solo del arma empleada, sino, sobre todo, de la habilidad y de la velocidad del asesino al usarla. Cualquiera que sepa manejar un cuchillo es capaz de hacer todo tipo de cortes con casi cualquier arma blanca, incluso en medio de una pelea. De todos modos, yo me inclino por descartar que el arma del crimen fuera un

machete. —Desde luego, el hombre se creía realmente gracioso—. Pero podría tratarse de cualquiera de los, digamos, cien o doscientos cuchillos que los pescadores suelen tener aquí, en la lonja. Y a eso hay que sumar también las docenas de cuchillos profesionales que se utilizan para limpiar y preparar el pescado.

»Centrarse en las personas capaces de manejar bien un cuchillo no le servirá de nada —prosiguió el patólogo con tono desdeñoso—. Cualquiera que viva junto al mar, que pesque, que recoja moluscos, que tenga una barca o que se dedique a faenar, es decir, cualquiera de las personas que hay por aquí, dispone de un buen cuchillo y sabe manejarlo.

Labat pareció sopesar una réplica, pero luego desistió y cambió enseguida de tema:

—¿Saben ya cada cuándo se vacían los contenedores? Sin duda debe de haber una rutina establecida.

Al formular la pregunta se volvió hacia el jovencísimo policía de Douarnenez que, junto con su compañero, habían sido los primeros en llegar al lugar y que parecía ser de la zona.

—Dos veces al día, eso ya lo sabemos. Como la tarea de los limpiadores de pescado a veces se prolonga hasta bien entrada la noche, los contenedores se vacían a primera hora del día siguiente, antes de que lleguen las barcas más madrugadoras, sobre las cuatro y media de la mañana. Luego se recogen de nuevo en torno a las tres de la tarde. El responsable de la limpieza que iba a vaciar el contenedor ha llamado, completamente fuera de sí, a un miembro del personal de la lonja, y este ha sido el que nos ha avisado y ha impedido el acceso a esta sala.

—¿Sin echar un vistazo al contenedor para ver si reconocía a la víctima?

—Solo se veía una pierna.

—¿Y el teléfono? —Labat no aflojaba—. ¿Han encontrado algún móvil

junto al cadáver?

—No.

—En fin... —El forense tenía prisa—. Nos llevaremos el cadáver y...

—¡Jefe! —Le Ber, el otro inspector de Dupin, se asomó en ese momento por el marco de la puerta de la pequeña estancia, que ya estaba abarrotada. Le seguía una mujer que, aunque aparentaba unos cincuenta años, guardaba un extraño parecido con la fallecida—. Gaétane Gochat, la directora del puerto y de esta lonja, acaba de llegar y...

—Es Céline Kerkrom. Es Céline Kerkrom. —La directora del puerto se había detenido bruscamente y tenía la mirada clavada en el cadáver. Tardó unos instantes en volver a decir algo—. Es una de nuestras pescadoras de bajura. Vive en Île-de-Sein y suele vender sus capturas en nuestra lonja.

Gaétane Gochat hablaba con un tono de voz contenido, sin el menor indicio de horror, espanto o compasión, algo que, como bien sabía Dupin, no significaba nada. La reacción ante sucesos repentinos, brutales o dramáticos era distinta en cada persona.

En el último gran caso en Port du Bélon habían tenido que remover cielo y tierra para descubrir la identidad de la víctima; aquí, en cambio, la identificación del cadáver no les había supuesto ningún problema.

—Necesito un café —murmuró Dupin. Aquella era la segunda frase que pronunciaba desde su llegada—. Me gustaría hablar con usted, señora Gochat. Acompañeme. ¡Usted también, Le Ber!

No estaba en condiciones de molestarse en corregir el tono desabrido de su voz.

De repente se separó de la pared y, pasando por delante de todos sin aguardar ninguna respuesta ni reparar en las expresiones de perplejidad y asombro a su alrededor, salió inmediatamente por la puerta. Necesitaba café y lo necesitaba ya. Tenía que librarse de aquella sensación de mareo, del hedor

infernical y de aquel cansancio que le hacía verlo todo como a través de un velo difuso. En resumen: tenía que recuperarse, volver a poner los pies en el suelo, y hacerlo cuanto antes. Necesitaba tener la mente despejada, pensar con claridad y agudeza.

El comisario se abrió paso con resolución a través la gran sala; al llegar había visto un puesto con un pequeño mostrador, una gran máquina de café y un par de viejas mesas de pie. Le Ber y Gaétane Gochat lo seguían con dificultad.

En la lonja, en una sala embaldosada y carente de adornos, los negocios seguían su curso ajenos a la trágica noticia que, sin duda, a aquellas alturas estaría ya en boca de todo el mundo. Reinaba un gran ajetreo. Los pescadores, los pescaderos, los restauradores y demás compradores proseguían con sus asuntos. Sobre el suelo de hormigón mojado había cientos de cajas de plástico distribuidas por todo el recinto. Los colores eran estridentes: rojo carmesí, verde neón, azul intenso, naranja brillante... Muy pocas cajas eran blancas o negras. Dupin ya había visto esos contenedores en Concarneau; eran un elemento importante en todos los puertos y una herramienta básica en las subastas. Estaban llenos de hielo picado, sobre el que se colocaba todo lo que habían recogido las redes: cantidades inmensas de pescado y de marisco, de todos los tamaños, colores y formas; todas las criaturas marítimas exóticas imaginables. Rapes enormes de aspecto arcaico con la boca muy abierta, caballas irisadas, bogavantes azules, sepias grisáceas dispuestas en filas apretadas, grandes cantidades de langostinos, distintas especies de lenguados, fantásticos ejemplares de lubinas (que Dupin adoraba, sobre todo servidas como *carpaccio* o tartar), deliciosos salmonetes, centollos gigantes, cangrejos enormes de mirada feroz. También había peces y crustáceos cuyo nombre el comisario desconocía y otros que nunca había visto, al menos que pudiera recordar, o de esa forma, aunque tal vez sí

cocinados y emplatados. Como buen francés, su interés culinario iba mucho más allá de lo meramente zoológico. En una de las cajas vio un tiburón de mirada triste enrollado sobre sí mismo; a su lado, en otra caja, un pez de un metro de largo con el cuerpo casi por completo circular y, a la vez, bastante plano, con una aleta dorsal desproporcionadamente grande y que podía confundirse con facilidad con la de su vecino de caja. Un pez luna, se dijo Dupin. Hacía poco que Le Ber le había mostrado uno en la lonja de Concarneau. La Bretaña era un paraíso en muchos sentidos, pero sobre todo para los amantes del pescado y el marisco; en ningún lugar lo había mejor, ni más fresco. Por eso casi todos los platos de pescado de los restaurantes franceses con estrellas Michelin llevaban la coletilla «bretón»: *sôle bretonne*, *langoustines bretonnes*, *Saint-Pierre breton*... No había mayor distinción.

El mayor ajeteo estaba en la parte posterior de la lonja, donde se celebraban las subastas. En los laterales había unas salas semiabiertas donde se preparaba una parte de la mercancía. Unos hombres vestidos con monos higiénicos blancos con capucha, botas de goma del mismo color y guantes azules manipulaban el pescado en las superficies de trabajo de acero inoxidable manejando unos enormes cuchillos muy largos.

—Dos cafés solos.

Aunque había tenido que zigzaguear entre las cajas, Dupin logró llegar rápidamente hasta el puesto. La mujer mayor que atendía detrás del mostrador le dedicó una mirada recelosa, pero al momento se volvió hacia la máquina de café con dos vasos de cartón en la mano.

Dupin dedicó entonces su atención a la directora del puerto, que estaba junto a Le Ber.

—¿Está usted emparentada con la víctima, señora?

Era algo que le había pasado por la cabeza al fijarse en el parecido entre ambas.

—En absoluto. —Gaétane Gochat lo negó con un gesto; parecía acostumbrada a esa pregunta.

—¿Tiene alguna sospecha de lo que ha podido ocurrir?

—Ni la menor idea. ¿La han matado aquí, en la lonja? ¿Y cuándo? ¿Cuándo tuvo lugar el asesinato?

—Posiblemente entre las ocho de la tarde y la medianoche de ayer. Pero aún no sabemos si sucedió aquí. ¿Hasta cuándo estuvo usted ayer en la lonja?

—¿Yo?

—Eso es, señora. Usted.

—Creo que hasta las nueve y media de la noche. Estuve en mi oficina.

—¿Dónde está su oficina, si se puede saber?

Ella respondió impasible.

—Justo al lado de la sala de las subastas. Ahí está la zona de administración del puerto.

La señora Gochat era una persona más bien práctica, de las que se centran en los asuntos regulables, rápida, racional. Gran presencia, algo robusta, pelo corto y castaño, ojos del mismo color; su expresión, sin llegar a ser seria, era desapasionada, y mostraba unas pequeñas arrugas en torno a los ojos y la boca. Dupin estaba seguro de que podía ser muy resolutiva si la situación lo exigía. Vestía vaqueros, una chaqueta gruesa y las botas de goma de rigor.

—¿Qué pescadores vienen aquí? ¿Los grandes pesqueros también?

—Antes de las cinco de la madrugada llegan los pesqueros de altura, los que pasan unas dos semanas en alta mar; por la tarde, a las cuatro, las barcas locales que salen para dos días, y a las cinco, los pescadores de bajura; los de las artes menores, que salen a faenar de madrugada, sobre las cuatro o las cinco, y si son pescadores de sardinas, incluso la noche anterior. En cuanto llegan, empieza la subasta. Ayer hubo mucho trabajo porque ya ha empezado la época de vacaciones. Cuando me fui todavía quedaban algunos pescadores

de bajura.

—¿Vio entonces a la señora Kerkrom?

—¿A Céline? No.

La mujer mayor dejó los dos cafés ante Dupin. Su expresión al hacerlo era difícil de descifrar.

—¿Y antes?

—Creo que la vi un momento sobre las siete de la tarde. Entraba en la sala con una caja.

—¿Habló con ella?

—No.

—¿Y qué hacía usted allí?

La señora Gochat lo miró con cierta irritación.

—Me gusta comprobar de vez en cuando que todo marcha bien.

Dupin se tomó el primer café de un solo trago. Aquel era un auténtico *café de bonne sœur* o un *nonnencafé*, un café de monjas, que es como los bretones llamaban al café más suave. Los más fuertes se conocen como *torré* o *stier*. Para los cafés malos de verdad, esos mejunjes imbebibles y asquerosos, existía toda una suerte de expresiones muy bretonas, como *pisse de bardot* o meado de mula y *kafe sac'h* o café aguado.

—Ha dicho usted que Céline Kerkrom acostumbraba a venir aquí con sus capturas. ¿Qué quería decir con eso? ¿Con qué frecuencia lo hacía?

—Casi todos los días, siempre al comienzo de la subasta. Su especialidad eran la perca, el abadejo y la dorada. Por lo que sé, solía pescar con palangre, pocas veces usaba redes de enmalle de fondo.

—Así pues, ayer trajo su captura.

—Sí.

—¿Y no lo hacía a diario?

—Puede que cinco o seis veces al mes no viniera por aquí. De vez en

cuando las vendía directamente a algunos restaurantes. —Por su tono, aquello no parecía gustarle demasiado.

—Así pues, ¿el asesino podía confiar en encontrarla aquí?

La señora Gochat lo miró con irritación, pero recobró la compostura al instante.

—Es posible.

—¿Tenía tripulación? ¿Algún ayudante?

—No. Iba sola en su barca. Muchos pescadores de bajura son empresas individuales, de un solo hombre o mujer. Cuesta mucho ganarse la vida.

—Tenemos que saber a qué hora llegó ayer, quién la vio por última vez, a qué hora y dónde, con quién estuvo hablando... Todo.

—De acuerdo —respondió Le Ber.

—Si lo he entendido bien —Dupin se volvió de nuevo hacia la directora del puerto, sacó la libreta Clairefontaine roja del bolsillo del pantalón y el bolígrafo Bic de la chaqueta—, es muy probable que ninguno de los pescadores que se encuentra hoy aquí estuviera ayer.

—No puede afirmarse con toda seguridad.

—Aparte de los pescadores, ¿quién más participa en las subastas?

—Siempre hay por lo menos uno de mis colaboradores; también están los compradores, es decir, pescaderos y restauradores, y los trabajadores que preparan una parte del pescado. Y también hay dos personas del hielo.

La señora Gochat se percató de la mirada interrogativa de Dupin.

—Aquí se requiere mucho hielo. Justo al lado de la lonja hay un gran almacén de hielo. Es un servicio que ofrece el puerto.

—Necesitaremos cuanto antes una lista de todas las personas que estuvieron en la lonja y en el muelle a última hora de ayer, entre las seis y la medianoche.

—Mi personal se ocupará de ello. —Gochat parecía acostumbrada a dar

órdenes—. Creo que podremos hacer una lista de las personas que estaban en la lonja, pero saber quién había en el muelle va a ser más complicado. Esta parte del puerto es de libre acceso y la frecuentan muchos pescadores de caña; al atardecer siempre hay grupos, que cada vez son más concurridos. Además, los turistas también suelen asomar la nariz por aquí: siempre hay cosas que ver. Por otra parte, desde ayer al mediodía hay tres pesqueros de altura españoles, cada uno con al menos ocho tripulantes.

—Supongo que las grandes puertas correderas que dan a la lonja permanecen abiertas mientras las instalaciones están en funcionamiento.

—Por supuesto.

Era una entrada muy amplia, de diez metros de ancho como mínimo. Desde la lonja, la sala anexa en la que se había encontrado el cadáver no estaba muy lejos. Dupin repitió la orden con más énfasis:

—Quiero el nombre de todas y cada una de las personas que estuvieron aquí ayer. De qué hora a qué hora estuvo quién haciendo qué. ¡Y luego los interrogaremos a todos, uno por uno!

—Delo por hecho, jefe —respondió Le Ber—. Por cierto, los colegas de Douarnenez ya han hablado con el ayudante de la señora Gochat que estaba aquí ayer a última hora y que cerró la lonja. Es Jean Serres. Lo hizo a las once y veinte. Los últimos pescadores se marcharon poco antes. Serres afirma haber visto un par de veces a Céline Kerkrom al atardecer.

Le Ber, como Labat, tenía también una expresión despierta, casi inadecuadamente relajada, algo ya habitual desde el nacimiento de su hijo Maclou-Brioc cuatro semanas atrás. Pese a la falta de sueño, el orgullo de la paternidad lo hacía inmune al cansancio.

—No notó nada desacostumbrado ni sospechoso. Hasta ahora nadie ha declarado haber visto nada que le llamara la atención.

Habría sido demasiado bonito para ser verdad.

—¿A qué hora vio ese Jean Serres por última vez a la pescadora?

—Los compañeros no han dicho nada al respecto.

Dupin se tomó el segundo café. De nuevo, de un solo trago. El sabor no había mejorado. No importaba.

—Otro, por favor. —Ahora lo importante no era el sabor, sino el efecto. La señora del puesto de café confirmó el pedido dirigiéndole una rápida mirada. Dupin se volvió hacia la directora del puerto—. Señora Gochat, me gustaría que llamara a su ayudante y le preguntara a qué hora vio a Céline Kerkrom ayer por última vez.

—¿Quiere que lo llame ahora?

—Ahora.

—Como quiera.

La señora Gochat sacó el móvil del bolsillo de su pantalón y se hizo a un lado.

—Jean Serres —prosiguió Le Ber— calcula que sobre las nueve de la noche aún permanecían en la lonja entre diez y quince pescadores. Además, había cinco personas dedicadas a la preparación del pescado, unos cinco intermediarios y dos hombres para el hielo. Sobre esa hora más o menos zarparon los primeros pescadores de sardinas de la dársena de al lado. En el muelle todavía había ajetreo. La lluvia de ayer a primera hora de la tarde cesó de golpe sobre las cinco y media y salió el sol. Eso atrajo al lugar a pescadores de caña y paseantes.

En Concarneau, Dupin era uno de esos curiosos que deambulaban de un lado a otro de la lonja. Le gustaba el ajetreo animado y vistoso de las instalaciones portuarias, que seguía siempre una secuencia perfectamente coreografiada que se repetía todos los días. Allí siempre ocurría algo.

La mujer mayor del puesto de café había dejado el tercer vaso de cartón ante Dupin en la barra y en ese momento atendía a cuatro pescadores ya

maduros que acababan de llegar enfundados en sus atuendos amarillos de faena.

—Le Ber, me gustaría que investigase a fondo a todos los trabajadores de la lonja —pidió Dupin en voz alta.

—Muy bien, jefe.

Apuró también de un trago el tercer café.

La directora del puerto se acercó de nuevo a ellos, con el teléfono todavía en la mano.

—Serres dice que la última vez que vio a Céline Kerkrom fue sobre las nueve y media de la noche. En la lonja. Cree que llegó sobre las seis.

—¿Hubo algo en ella que le llamara particularmente la atención?

—No. Estaba como siempre. Pero claro, no había ningún motivo para dedicarle más atención. No hablaron.

—Quiero ver a ese hombre. Le Ber, dígame que venga ahora mismo.

—Hecho.

Le Ber se apartó de la barra y se dirigió hacia la salida de la lonja, donde había un pequeño grupo de policías.

—Por lo general, ¿cuánto se prolongan las subastas de los pescadores de bajura, señora Gochat?

—Varía muchísimo, depende de la temporada y del tiempo que haga. En diciembre, cuando se acercan los días de fiesta, es cuando más se alargan, mucho más que en junio, julio o agosto. En esa época trabajamos hasta medianoche; ahora mismo cerramos a las once u once y media.

—¿Y qué pasa cuando termina la subasta? ¿Qué hacen entonces los pescadores?

La señora Gochat se encogió de hombros.

—Regresan a sus barcas y las llevan hasta su fondeadero. A menudo se quedan un rato trajinando en las embarcaciones, charlan en el muelle o se van

a tomar algo.

—¿Aquí?

—En el muelle antiguo. En Port de Rosmeur, justo al lado.

El rostro de Dupin se iluminó por primera vez esa mañana. Habría podido incluso sonreír. El muelle y el barrio que se abrían detrás de él eran fabulosos; podía pasarse horas en el muelle viejo, con sus casitas de pescadores pintadas de azul, de rosa y de amarillo, y sentarse en una de las cafeterías o bistrós y dedicarse, sin más, a ver la vida pasar. La vida de verdad, como solía decirse. Su lugar preferido era el Café de la Rade, un edificio pintado de blanco luminoso y azul atlántico que en otros tiempos había sido una fábrica de conservas. Ahí todo era genuino, no había nada artificial. Las vistas daban al puerto y a la bahía de Douarnenez; la panorámica era increíblemente hermosa.

A Dupin le gustaba Douarnenez, en especial sus magníficos mercados antiguos donde se servían unos cafés extraordinarios, y Port de Rosmeur, el antiguo barrio del puerto, que conservaba el encanto del siglo XIX, la época de esplendor de las sardinas. Si fuera necesario fijar un centro de operaciones en Douarnenez, se dijo, el Café de la Rade sería el lugar adecuado. En todos sus casos, el comisario, que tendía a hacer un ritual de cualquier cosa, declaraba como centro de operaciones un bar, una cafetería, un bistró, a veces incluso lugares en plena naturaleza. Allí se reunían y, si el caso lo requería, tomaban declaraciones. La profunda aversión de Dupin por las dependencias oficiales de cualquier índole, y en particular la propia, era muy conocida. Las rehuía tanto como le era posible. Él resolvía los casos en el lugar donde se producía la acción y no desde el escritorio de la oficina, a pesar de que el prefecto no dejara de sugerírselo. Dupin necesitaba estar fuera, al aire libre, entre las personas. Ver las cosas con sus propios ojos. Hablar personalmente con los implicados, observarlos en su ambiente.

—¿Conocía usted bien a la víctima, señora Gochat?

—No. Como le he dicho, era una pescadora de bajura de Île-de-Sein. Había estado casada. Creo que su exmarido era uno de los técnicos del faro de la isla. —Tampoco entonces, al referirse a la víctima, la directora del puerto dejó entrever ningún tipo de emoción.

—¿Cuándo se divorciaron?

—Hace muchos años. Más de diez. En las islas la gente se casa muy joven. Si sale mal, vuelven a ser unos jóvenes solteros.

—¿Algo más? ¿Qué más puede decirnos de ella?

—Bueno, tenía treinta y seis años. Era una de las pocas mujeres en este negocio. Llamaba a las cosas por su nombre y había tenido varios encontronazos con algunas personas.

—¡Era una luchadora! ¡Una rebelde! —espetó entonces la mujer del puesto de café desde un pequeño fregadero en el que había estado limpiando algunas copas. Parecía furiosa.

La señora Gochat dibujó una expresión de profundo disgusto. A Dupin le faltó tiempo para insistir. Aquello había despertado su curiosidad.

—¿Qué quiere decir con eso, señora...?

—Me llamo Yvette Batout, señor comisario. —Para entonces ya se encontraba frente a Dupin, al otro lado de la barra—. Céline era la única que se atrevió a plantarle cara a Charles Morin, el autoproclamado rey de los pescadores. Un delincuente con una gran flota, media docena de barcas de altura y muchas más de bajura, sobre todo *bolincheurs* y un par de arrastraderos. Tiene las manos manchadas, y no solo de pescado.

—Ya basta, Yvette —interrumpió la directora del puerto muy tajante.

—Por favor, deje hablar a la señora Batout.

La aludida miró a Dupin con el ceño fruncido.

—Morin carece de escrúpulos, por mucho que se las dé de gran señor.

Pesca con redes de arrastre y de enmalle inmensas, incluso en el fondo marino; tiene grandes capturas accesorias y no hace caso de los cupos de captura. Céline lo vio un par de veces en el Parc Iroise, en medio de la reserva natural. Él lo negó todo y amenazó a quienes le criticaban. Céline lo había denunciado varias veces a las autoridades y también al parque. Ella tenía agallas. De hecho, la semana pasada se encontraron seis delfines muertos en una playa de Île Ouessant por culpa de una red de enmalle.

—¿Amenazó alguna vez directamente a Céline Kerkrom?

Dupin tomaba notas. Su caligrafía rápida parecía un código secreto.

—Le dijo que se anduviera con cuidado, que ya se verían las caras. Fue aquí, en la lonja, delante de testigos, en febrero.

—Él se refería a una denuncia por difamación. No a un asesinato, desde luego. Yvette, son cosas distintas. —La réplica de Gaétane Gochat sonó mecánica; era imposible saber lo que pensaba de verdad.

—¿Qué ocurrió exactamente en febrero?

La directora del puerto se adelantó a la señora Batout.

—Ambos coincidieron aquí por casualidad y discutieron. Nada más. Esas cosas ocurren.

—Fue más que una discusión, Gaétane. ¡Y lo sabes! —El enfado brillaba en los ojos de la señora Batout.

—¿Cuántos años tiene el señor Morin?

—Casi sesenta.

—Señora Batout, ¿qué ha querido decir con «tiene las manos manchadas, y no solo de pescado»?

—Ha participado en todo tipo de actividades delictivas. También de contrabando de tabaco en el canal. Sin embargo, por algún motivo, nunca lo pillan. Hace tres años lo perseguía un barco de la aduana y, cuando estaban a punto de cogerlo, ordenó hundir la barca. ¡La única prueba! Y, otra vez, no se

le pudo imputar nada.

—Deberías vigilar lo que dices, Yvette.

—¿De modo que la policía ya ha detenido alguna vez a Charles Morin?

—Nunca hasta ahora —respondió la directora del puerto con resolución—. Podemos decir que se trata de acusaciones muy vagas. Rumores. Con la cantidad de delitos que se dice que ha cometido creo que la policía ya le habría detenido.

Por desgracia Dupin conocía no pocos casos en que las cosas no ocurrían de ese modo.

—Fantástico —murmuró.

Era la primera declaración y no solo tenían ya un tema espinoso, sino dos. Pesca ilegal y contrabando de tabaco.

La pesca era uno de los grandes asuntos bretones. El lector asiduo de *Ouest-France* y *Le Télégramme* —y Dupin los seguía con religiosidad— recibía a diario noticias relacionadas con la pesca. Situada casi al mismo nivel que la agricultura e incluso por delante del turismo, la pesca era el sector económico más importante de la región, un gran símbolo bretón; aproximadamente la mitad de las capturas francesas procedían de la Bretaña. Era una industria de gran tradición, pero estaba sumida en una profunda crisis. Varios factores incidían a la vez sobre la flota bretona: la sobrepesca; la destrucción de los mares por la masiva pesca industrial; el calentamiento y la contaminación en los océanos, con sus notables efectos en las reservas pesqueras; el cambio climático y las alteraciones meteorológicas repentinas que provocaban un aumento de las pérdidas de capturas; la competencia internacional, brutal y prácticamente ilimitada; y una dilatada política pesquera errónea a nivel regional, nacional e internacional. La pesca era objeto de debates encendidos, querellas enconadas y conflictos.

En cuanto al tráfico ilegal de tabaco, para disgusto del comisario, el

prefecto llevaba años incordiándolo con ese tema. El contrabando era, ciertamente, un problema muy grave; por descabellado que pudiera parecer en la moderna Europa central de hoy en día. Una cuarta parte de los cigarrillos que se fumaban en Francia llegaba al país por medios ilegales; los perjuicios anuales ascendían a varios miles de millones. Y, desde la prohibición de la venta por internet, la situación se había agravado aún más.

—Muchas gracias, señora Batout. Su colaboración ha sido muy útil. Creo que pronto vamos a ocuparnos del señor Morin. ¿Dónde vive?

—En Morgat, en la península de Crozon. Tiene una mansión fabulosa. Aunque también tiene otras casas, una aquí mismo, en Douarnenez, en Tréboul. Siempre en los lugares más bellos. —La señora Batout mantenía una mirada furiosa.

—¿Ayer por la tarde estuvo también por aquí?

—Yo no lo vi —respondió la señora Batout, decepcionada.

—Viene muy poco por la lonja —intervino la directora del puerto—. Pero seguro que estaban algunos de sus pescadores. Él...

—¡Señora Gochat! —Un hombre joven y delgado se había aproximado e intentaba llamar su atención. Ella asintió con un gesto muy leve.

—La necesitamos arriba, señora.

—¿Es por algo relacionado con la muerte de la pescadora? —intervino Dupin, adelantándose a la señora Gochat. Poco a poco el café empezaba a surtir su efecto.

El joven parecía nervioso.

—Responda al comisario. No tenemos nada que esconder —le alentó la señora Gochat.

Aquel espectáculo era de lo más interesante. Era evidente que el joven parecía aterrorizado por su jefa.

—El alcalde está al teléfono. Dice que es urgente.

—Pues va a tener que esperar un poco —ordenó Dupin.

Gaétane Gochat iba a objetar algo, pero desistió.

—¿Qué más me puede contar sobre la víctima, señora Gochat? ¿Estaba implicada en otros asuntos?

La directora del puerto hizo un gesto al joven y este se marchó rápidamente.

—Bueno, ella... —vaciló un momento, como si buscara las palabras exactas— se había posicionado a favor de la pesca sostenible y respetuosa con el medio ambiente. De vez en cuando participaba en proyectos e iniciativas del Parc Iroise.

—El Parc Iroise —intervino la señora Batout, que había servido un par de comandas con una velocidad asombrosa— es un parque natural marino único. ¡No hay otro igual! Está aquí mismo, delante de la costa más occidental de la Bretaña, entre las islas de Île-de-Sein, Île Ouessant y el canal. Contiene la mayor biodiversidad de Europa. —La mujer hablaba con mucho orgullo. A Dupin casi le parecía oír a Le Ber—. ¡Tiene más de ciento veinte especies de peces! Alberga varias colonias de focas y delfines, ¡y además en él está el campo de algas más grande de Europa! Tiene más de ochocientas variedades documentadas. Es el séptimo campo de algas más grande del mundo. Por no hablar de...

—Ese parque es un enorme proyecto piloto. —La directora del puerto interrumpió a la señora Batout—. Además de la investigación científica, es un modelo de equilibrio funcional entre el aprovechamiento de los recursos marinos por parte del hombre, esto es, la pesca, la producción de algas y el turismo, y una ecología intacta, la protección del mar.

A pesar de que Nolwenn y Le Ber le habían hablado muchas veces de ese proyecto, a todas luces extraordinario, Dupin, en realidad, sabía muy poco de él. En cualquier caso, en ese momento la cuestión era otra.

—En realidad, lo que yo quiero saber es si Céline Kerkrom había tenido alguna otra discusión últimamente.

—¡Ya lo creo! Y no solo con Morin.

Gochat lanzó una mirada de advertencia a la señora Batout y tomó la palabra.

—Céline Kerkrom había creado una iniciativa en la isla para generar una energía alternativa al petróleo con la que obtener electricidad y tratar el agua de mar. Estaba agitando la isla. Quería construir varias centrales mareomotrices y una especie de sistema de conductos.

—¿Y eso a usted le molestaba?

En su último comentario, la señora Gochat había perdido su tono neutro.

—Solo quiero decir que eso le había granjeado algunas enemistades.

—¿Con quién especialmente?

—Thomas Roiyou, por ejemplo. Es el propietario del barco que abastece de petróleo a la isla.

Dupin lo anotó todo.

—¿Discutieron?

—Así es. En marzo, Céline Kerkrom redactó el manifiesto de su movimiento isleño y lo distribuyó por todas partes. *Ouest-France* y *Le Télégramme* se hicieron eco de la noticia y Roiyou hizo unas declaraciones en una entrevista.

—¡Céline tenía toda la razón del mundo! —La señora Batout era incapaz de morderse la lengua.

El rostro de Gochat reflejaba cada vez más su malhumor.

—He tomado nota. Sin duda, hablaremos también con este señor. —Dupin se dirigió hacia las dos mujeres con gesto ostentoso—: ¿Saben si Céline Kerkrom tenía familia? ¿O amigos entre los pescadores?

—Ahí yo no puedo ayudarle. —La señora Gochat parecía realmente no

saber qué decir—. Parecía una persona solitaria, pero tal vez me equivoque. Para eso debería usted hablar con alguien que la conociera mejor. Pregunte a la gente de la isla. Allí todo el mundo se conoce.

Dupin se volvió hacia la señora Batout:

—¿Tiene alguna idea concreta de lo que podría haber ocurrido aquí?

—No. —Sin duda, una respuesta muy escueta para alguien que instantes atrás se había empleado a fondo. Se produjo una breve pausa—. ¡Pero deben cazar al asesino!

Dupin sonrió.

—Eso haremos, señora Batout. Eso haremos. No le quepa la menor duda.

—Bueno. Tengo que ir a buscar leche. Está detrás, en el almacén.

Con esas palabras, la señora Batout, con aspecto de estar muy satisfecha de sí misma, se alejó del lugar. Por su parte, la señora Gochat estaba inquieta por otro asunto:

—¿Van a tener que cerrar la lonja?

Dupin tenía el sí en la punta de la lengua. Solía acordonar los escenarios de los crímenes, ampliamente y durante mucho tiempo.

—No. De momento solo la sala pequeña de los contenedores. —En esa ocasión era preferible dejar que en ese lugar la vida y los negocios siguieran su curso—. Una última pregunta, señora Gochat. ¿Cómo va el puerto desde el punto de vista económico? Seguramente ustedes, como el resto de los puertos, atraviesan dificultades.

—Sí, tenemos que luchar con ganas. Y es lo que hacemos: luchar. Desde hace unos años ocupamos el decimosexto puesto en capturas de todos los puertos franceses. Cada año pasan por aquí cuatro mil quinientas toneladas de pescado, la mayoría sardinas, que es, desde siempre, nuestro producto más tradicional.

Esa cuestión no parecía inquietarle en absoluto.

—Pero el número de barcas registradas seguramente ha disminuido, ¿verdad?

Aquello era una constante en Concarneau. Era probable que fuera igual que en toda la Bretaña.

—Desde hace unos años la situación se ha estabilizado. Tenemos veintidós barcas registradas, de las que dieciocho son de pescadores de bajura.

—¿Y la proporción de captura subastada en sus instalaciones también se mantiene constante?

Dupin detectó un leve destello en los ojos de Gochat. Le Ber se habría sentido muy orgulloso de sus conocimientos. En la comisaría este tema era motivo de discusiones acaloradas: empresas internacionales, españolas, por ejemplo, que utilizaban los puertos bretones solo para descargar, ya que luego transportaban sus capturas desde el muelle en enormes vehículos frigoríficos.

Ella tardó unos segundos en responder.

—No, pero, por el contrario, las tarifas de uso del puerto han subido. —Por primera vez Dupin advirtió un matiz levemente cortante—. Nuestro puerto goza de una posición privilegiada. Incluso cuando la mar está muy revuelta, en él las aguas permanecen calmadas. Son unas condiciones perfectas desde cualquier punto de vista. ¿Acaso ve usted una relación entre la situación económica del puerto y el asesinato?

Su mirada era desafiante. Obstinada.

Dupin pasó por alto la pregunta.

—De momento, señora, esto es todo. Seguramente volveremos a hablar.

No le importó imprimir a sus palabras cierto tono amenazador.

La directora del puerto había recobrado la compostura.

—Estoy todo el día por aquí. Hasta la vista, comisario.

Ella ya se había dado la vuelta para marcharse cuando Dupin, que se había quedado junto a la barra, le preguntó en voz alta:

—¿Adónde fue usted después de las 21.30, cuando salió de la oficina?

Se abstuvo de añadir las coletillas habituales en esos casos, como «es simple rutina» o «es una pregunta que hacemos a todo el mundo».

Ella retrocedió unos pasos.

—Me fui directa a casa, me duché y me acosté.

Ni siquiera esa nueva insistencia había logrado perturbarla.

—¿Cuánto hay de aquí hasta su casa?

—Un cuarto de hora en coche.

—Así pues, ¿se acostó antes de las 22.30?

—Sí.

—¿Hay alguien que pueda corroborarlo?

—Mi marido está en viaje de negocios. Regresa esta noche.

—¿Hizo alguna llamada desde el teléfono fijo?

—No.

—Gracias de nuevo, ha sido todo muy revelador.

Dicho esto, Dupin se marchó con paso decidido hacia la salida. Apenas eran unos pasos.

Pensó en echar un vistazo fuera, hasta dar con el ayudante de la señora Gochat y hablar con él.

También esos «vistazos», ese deambular sin rumbo, eran parte de las costumbres del comisario. A menudo le permitían descubrir detalles que a primera vista parecían carentes de interés y que luego resultaban de una enorme relevancia. Había resuelto varios casos gracias a una de esas menudencias, aparentemente sin importancia, con las que se había topado de forma casual.

Dupin estaba de pie en el muelle. Mientras tanto, había amanecido.

Durante un buen rato se había dedicado a observar, yendo de un lado a otro sin objetivo y deteniéndose en distintas cosas, sin reparar en nada de especial relevancia.

Contempló la sala de subastas. Era un edificio de paredes blancas y forma alargada y chata, sencillo, como el resto de los edificios del puerto. Cerca de la entrada había dos carretillas elevadoras dispuestas transversalmente, como si por algún motivo sus conductores las hubieran tenido que abandonar a toda prisa.

Por todas partes imperaba la actividad rutinaria: la gente parecía concentrada en sus tareas habituales. Como le había dicho la directora del puerto, la sala de subastas estaba en el centro y cualquier persona podía ir de un lado a otro de ella sin llamar la atención. Detrás y entre los distintos edificios había caminos trillados de hierba y tierra. Incluso vio dos autocaravanas con un par de sillas abatibles delante.

El aire todavía era bastante fresco, pero le sentaba bien: afinaba los sentidos y aclaraba la mente. A ello había que sumar la cafeína de los tres cafés.

Como acostumbraba, casi como un tic, Dupin había llegado al borde del muelle y tenía las punteras de los zapatos en el aire; un paso en falso y podría precipitarse al agua, algo que, con la marea baja, significaría una caída de tres o cuatro metros.

Ante él, abierta al Atlántico, se desplegaba la amplia bahía de Douarnenez, que se extendía desde las playas de aspecto normando del final de la ensenada hasta el cabo de Sizun, al suroeste, y la península de Crozon, al norte. Una bahía natural inmensa.

La vista era impresionante. Desde ahí resultaba fácil entender por qué se decía que aquella era la bahía más bella de Francia y una de las más bonitas de Europa.

El azul oscuro de las aguas tranquilas, el dique de hormigón de color claro que abrazaba el puerto y, detrás de él, otra vez el mar, aún más azul. Un azul de postal. Nítido. Por él, ya a esas horas, navegaban algunos veleros ligeros; a lo largo de la mañana su número iría en aumento. Había ambiente de vacaciones. Sobre la extensa banda de mar se elevaban paisajes de un delicado color verde, con colinas planas y suavemente curvadas. La península de Crozon. Y por encima de todo aquello, el celeste infinito del cielo, decorado con algunas nubes de algodón. El verano había llegado y la temperatura subiría a cada hora que pasara. Tenían ante sí un día fantástico, ajeno por completo a la tragedia que había tenido lugar allí mismo.

A la derecha estaba el antiguo puerto, el Vieux Port, también protegido por un largo dique. A la izquierda de la lonja, a doscientos o trescientos metros de ella, el muelle se doblaba en ángulo recto hacia el dique del puerto que había delante. Unos neumáticos gruesos colgados de unas cuerdas hacían las veces de norays para los barcos. Ya a esas primeras horas del día algunos pescadores de caña estaban probando suerte. Había tres hermosos pesqueros bien amarrados, *Vag-A-Lamm*, *Ar Raok* y *Barr Au*. Eran como las barcas de pesca de las películas que Dupin veía de niño, como las que inmortalizaron los pintores de Pont-Aven. Hechas de madera, una estaba pintada de color turquesa intenso y amarillo vivo y, por la parte inferior, de color rojo; otra, con la mitad superior de color rojo intenso y la de abajo de azul atlántico, y la tercera destacaba en distintos tonos de verde, del más oscuro al más claro, y con la línea de flotación pintada de blanco intenso. Ninguno de esos colores había sido elegido al azar. Como bien sabía Dupin, los pescadores y las empresas seleccionaban ellos mismos los colores y sus combinaciones para las embarcaciones; era una especie de firma, lo más vistosa posible, llamativa, pensada para que se los distinguiera con claridad en el mar, incluso desde muy lejos.

El comisario contempló las instalaciones destinadas a los pesqueros de altura que quedaban detrás. Eran embarcaciones de dimensiones completamente distintas, de cuarenta o cincuenta metros de eslora y con una estructura más elevada. Esa parte del puerto que alojaba las instalaciones y los almacenes carecía del encanto y el ambiente del puerto antiguo. Allí todo era funcional, técnico, fabricado en hormigón, acero y aluminio, en una lucha eterna contra la omnipresente herrumbre, el mar y las inclemencias meteorológicas. Saltaba a la vista que aquel era un trabajo muy duro. En ese mundo lo más importante era la máxima profesionalidad, porque cualquier error podía significar la muerte. Pericia, conocimientos y experiencia; esas eran las divisas de la lucha contra el mar. Perseverancia. Audacia. Dupin admiraba todo eso. Desde pequeño sentía fascinación por los puertos, sobre todo por el mar y sus historias. En su obsesión, había leído todo lo que había caído en sus manos sobre ese tema.

Más que cualquier otra cosa, el mar había sido objeto de sus propias e interminables ensoñaciones, a pesar de la inmensa aprensión que ya entonces le producía la perspectiva de un viaje sobre las aguas. Tal vez fueran precisamente esas fantasías las que le provocaron ese rechazo. Esa legión innumerable de monstruos y criaturas atroces que había imaginado y que, como en las historias de Julio Verne, acechaban en las profundidades. Pulpos gigantes, serpientes marinas, monstruos reptantes... El mundo de las profundidades era tan negro e insondable como el de las alturas, el espacio. El horror a lo desconocido. El pavor frente a lo asombroso.

Dupin se acercó hacia donde estaban los pescadores de caña. Una única calle llevaba al interior de la zona portuaria; había dejado el coche bastante arriba, no muy lejos de Chancerelle-Connétable, la primera conservera de pescado del mundo. A Le Ber le gustaba contar que había empezado su actividad en 1853. El mismísimo Napoleón había encargado a la industria

francesa un método para mantener los alimentos frescos durante más tiempo para sus campañas militares. Así fue cómo se inventó la lata de conserva, que hizo muy rica la ciudad de Douarnenez y otras zonas bretonas. Aunque lo que de verdad les había hecho prosperar fueron las sardinas. A Dupin le volvían loco las latas rojas de sardinas, caballas y otros pescados, sobre todo esos filetes de atún, con su carne tan increíblemente tierna.

En los buenos tiempos de la sardina, a finales del siglo XIX, en el puerto de Rosmeur y sus alrededores había más de mil pesqueros, todos ellos pertrechados con sus famosas velas negras. Entonces funcionaban en la zona unas cincuenta *fritures*, que es como se conocía a las plantas conserveras. En una ocasión, Nolwenn le había regalado un libro de fotografías antiguas de la Bretaña, en las que se podía apreciar la actividad frenética, el hervidero de color, y se intuía el penetrante olor a pescado frito que entonces debía de teñir el aire. Los habitantes de la ciudad se habían llegado a llamar a sí mismos con orgullo *Penn Sardin*, o lo que es lo mismo, cabezas de sardina.

—¡Jefe! ¡Jefe! —Le Ber se acercó al comisario a toda prisa—. Le estaba buscando. Yo... —Se detuvo ante Dupin—. Jean Serres, el ayudante de la señora Gochat, debe de estar al llegar; ha tardado bastante porque ha tenido que coger la bici; su coche no arrancaba y vive lejos. —Le Ber extendió el brazo, pero no quedó claro hacia dónde indicaba—. Los compañeros han hablado ya con tres pescadores que estuvieron aquí la tarde de ayer. Uno recuerda haber visto a Céline Kerkrom poco antes de las diez. Dice que estaba sola y que se encontraba muy cerca de la entrada. Los tres nos han dado nombres de otros pescadores que también estuvieron ayer. Y de algunos compradores. No creo que tengamos problemas para hacer una lista, aunque hasta ahora nadie ha informado de nada especial.

—Averigüe todo lo posible sobre ese presunto —Dupin sacó la libreta y echó un vistazo a la primera página— «rey de los pescadores», Charles

Morin. Me interesa sobre todo qué opinión tiene la policía de él, si se le considera un delincuente al que todavía no se le ha podido echar el guante.

—Ahora mismo, jefe. Ah, por ciento, la prensa acaba de aparecer. Del *Ouest-France* y *Le Télégramme*. Están en el puesto de café de la señora Batout.

—Dígales que todavía no sabemos nada. Vamos, la verdad.

—Así lo haré.

Dupin regresó al borde del muelle y deslizó la mirada por la amplia bahía.

Le Ber hizo lo mismo. Cualquiera que pasara por ahí los tomaría por dos visitantes.

—Como sabe —el inspector usó la fórmula retórica que utilizaba cuando se disponía a iniciar una explicación—, se dice que aquí, en el fondo de la bahía de Douarnenez, está Ys, la mítica ciudad de riqueza y belleza fabulosas, con sus murallas rojas y sus tejados de oro puro, que un día se hundió en el mar. La ciudad estaba gobernada por el famoso rey Gradlon, cuya esposa le dio una hija de gran hermosura, Dahut. Existen numerosas leyendas al respecto. Esta historia, tan genuinamente bretona —Le Ber enfatizó estas últimas palabras—, es la más famosa de todas las leyendas francesas sobre el mar.

Por supuesto. Dupin conocía esa historia. Al igual que todos los niños de Francia.

—Por fin, el próximo año se llevará a cabo una expedición científica de gran calado prevista desde hace tiempo para estudiar el fondo de la bahía. Se ha constatado que este está cubierto por varios metros de arena y barro que las grandes mareas empujan al interior de la ensenada. En 1923, en una de las grandes retiradas de mar del siglo, tras un eclipse solar completo, varios pescadores afirmaron haber visto ruinas en el centro de la bahía.

Dupin tuvo que morderse la lengua para no replicar que también se habían

efectuado numerosas expediciones para encontrar la Atlántida.

—Y ahí —Le Ber hizo un gesto vago con la cabeza—, justo delante del extremo occidental de Douarnenez está la Île Tristan, una isla con una fauna riquísima y unas ruinas misteriosas. Según una de las versiones de la leyenda, ese sería el último reducto de Ys. Y no es solo eso. —Ahora su voz adoptó un tono de veneración—. La isla es también el escenario de numerosas historias y leyendas míticas, extrañas, espeluznantes, sangrientas y también maravillosas. Incluso la mayor y más trágica historia de amor que la humanidad conoce, la de Tristán e Isolda, en la que ambos mueren, es una historia bretona. —Le Ber enfatizó también esta parte de la narración—. De hecho, es una historia de Cornualles, el famoso reino de la Edad Media que se extendía desde la punta de Raz hasta Brest y Quimperlé. —Su tono de voz se iba animando— Y ahora es uno de los temas más importantes de la literatura occidental. La historia se ha contado de generación en generación hasta nuestros días. Una y otra vez. En 1170 se puso por escrito por primera vez. Ya entonces se afirmaba que Tristán era de la región de Douarnenez, que entonces era la capital de Cornualles. —El inspector adoptó una mirada desdeñosa antes de seguir hablando— Quimper lo sería muchos años más tarde. Pero antes de todo eso —la mirada le brilló de nuevo—, era Ys. Por cierto, Isolda también era bretona. En una de las muchas versiones de la historia, Tristán, desesperado por la muerte de su amada, se arroja al mar desde unos enormes acantilados. Al hacerlo, una ráfaga de viento lo recoge al vuelo y lo deposita suavemente en la pequeña isla. Pero también en esa historia, él muere al poco tiempo a causa de su dolor infinito. Sea como sea, ahí ambos encuentran sepultura. Allí descansan juntos por fin los dos amantes, para toda la eternidad, a la sombra de dos árboles cuyas ramas se entrelazan entre sí. —Le Ber, emocionado, suspiró—. En algún punto al noroeste de la isla, nadie sabe dónde, tan solo el rey que ordenó enterrarlos.

Los restos del castillo se hallan en Plomarc'h, junto a la playa de Ris...

Aunque le gustaban las leyendas marinas, Dupin se impacientó.

—Deberíamos averiguar con quién tenía Céline Kerkrom una relación personal más estrecha. Hay que registrar su casa, interrogar a sus amigos y a los vecinos de Île-de-Sein. Sobre todo a los habitantes de la isla. Diríjase allí cuanto antes.

—No hay problema, jefe. —Le Ber adoraba los barcos.

—Averigüe quién es la persona que más cosas sabe sobre ella. Y luego haga venir a esa gente a tierra firme.

Dupin quería evitar a toda costa tener que desplazarse personalmente a la isla.

—Me pongo a ello. —El inspector parecía deseoso de marcharse—. Por cierto, tengo un primo aquí, en Douarnenez.

Dupin se guardó mucho de preguntar. Fue en vano.

—Es el presidente de la Association du véritable Kouign Amann, la Asociación del Kouign Amann verdadero.

El pastel de mantequilla bretón. A Dupin se le hizo la boca agua. Mucha mantequilla bretona, un elixir, algo de harina, aún menos agua y mucho, mucho azúcar. Aunque los ingredientes eran sencillos, el arte consistía en convertirlos, mediante la caramelización, en una delicia que era casi un manjar de dioses.

—A mediados del siglo XIV —Le Ber procuró hablar lo más rápido que pudo mientras miraba de reojo a Dupin—, un panadero de Douarnenez recibió el encargo de hacer un pastel para un gran festín; sin embargo, por la noche le robaron la mayoría de los ingredientes. Solo le quedó mantequilla, harina y azúcar. Así nació el *Kouign Amann*. Mi primo se ha impuesto la misión de defender la receta original. ¡Es imposible mejorarla!

—Le Ber, tengo que hacer una llamada urgente. Y usted debería prepararse

para partir. Labat se encargará de todo aquí.

El inspector, sin alterar para nada el tono de voz, recuperó el hilo del asunto.

—Haré que me recoja una barca. Por cierto, hablando del tema. Labat y un compañero están examinando ahora mismo la barca de la pescadora.

Eso era importante.

—¿Y?

—Le informaremos en cuanto terminen, jefe. ¡Hasta pronto!

Le Ber regresó a la lonja.

Dupin se quedó en el dique.

Sacó el móvil del bolsillo de su chaqueta. Con ese gesto daba inicio a un ritual importante en un caso: la primera conversación telefónica con Nolwenn, su irremplazable secretaria. Se dijo que también debía llamar a Claire; cuando se marchó no le había dicho nada, solo le había dejado una breve nota sobre la mesa. De hecho, pensaban dormir a pierna suelta, desayunar en el Amiral y luego ir a almorzar. Dupin tenía la intención de no aparecer por la comisaría hasta pasado el mediodía. En los últimos meses, Claire y él no habían podido pasar mucho tiempo juntos. Esa circunstancia distaba mucho de lo que había imaginado, y deseado, cuando un año antes Claire se mudó a la Bretaña y aceptó el puesto de jefa del departamento de cardiología. Lo peor era que ese día Claire no tenía que ir a trabajar hasta la tarde, por lo que esas habrían sido unas horas extremadamente preciosas que habrían podido pasar juntos; luego se marcharía a Rennes para asistir a un congreso, donde pasaría la noche.

En su época de París, durante su «primera relación», Dupin solía ser el culpable de que no se vieran a menudo. Ahora, en cambio, las cosas eran al revés. A menudo él conducía hasta Quimper para recogerla en el hospital bien entrada la noche. Luego permanecían sentados en el pequeño balcón de

la casa de Claire, bebiendo vino tinto y comiendo queso que Dupin compraba en unos almacenes de Concarneau. Normalmente Claire estaba tan cansada que se limitaban a permanecer juntos en silencio, observando los callejones antiguos y poco iluminados. Las excursiones que hacían antes, cuando Claire venía a la Bretaña desde París en sus días libres, eran escasas; Dupin lo echaba de menos.

Intentó llamar a Nolwenn desde el coche, pero la línea estaba ocupada. Lo más seguro era que, como siempre, ella ya estuviera al corriente de todo. Hacía tiempo que Dupin había desistido de sus intentos por averiguar cómo, quién y cuándo hacía llegar la información a su secretaria, e incluso había llegado a considerar la posibilidad de que empleara técnicas telepáticas, o sea, las habilidades drúidicas habituales.

—Esa mujer era una rebelde, señor comisario, la conozco por la amiga de una tía de mi marido. Kerkrom es su sobrina.

A Dupin no le costaba imaginárselo. Aunque tampoco descartaba por completo esas relaciones de parentesco. Por principio, Nolwenn estaba siempre del lado de la resistencia; una actitud que le venía tanto por su pasión, genuinamente bretona, como por un reflejo condicionado de forma genética a favor de la anarquía. Conocía a todo el mundo que estuviera en contra de la injusticia, la arbitrariedad y el mal gobierno.

—¿La conocía usted en persona?

—No tanto, pero casi. Intentaré averiguar algo.

—Por favor.

Las cosas no podían ir mejor. Nolwenn se implicaba en el asunto.

—Esto es mucho más que el triste final de una mujer fabulosa. —Su secretaria estaba furiosa—. Eso no debe condicionarle a usted, pero debe tenerlo presente. ¿Se imagina el valor que hace falta para salir a faenar en solitario con las aguas revueltas, el azote de la tormenta y en la más completa

oscuridad? Es el pan de cada día de los hombres y mujeres del mar.

Y para Dupin, la peor de las pesadillas.

—¡Son unos héroes! ¡Es un oficio fantástico! Es algo mítico y, además, con toda la razón de mundo.

Dupin no la contradecía en eso.

—Jean-Pierre Abraham —el escritor favorito de Nolwenn y muy del gusto de Dupin, que fue farero durante muchos años antes de irse a vivir a las islas de Glénan— escribió en una ocasión: «Salir a la mar significa abandonar cada vez el mundo de los vivos. Y regresar a él sin arma alguna». Comparado con eso, el trabajo de un comisario es algo muy ocioso.

Dupin no se lo tomó como nada personal.

Nolwenn hizo una pausa.

—¡No se ande con remilgos cuando interrogue a ese mafioso de Morin! ¡Es capaz de cualquier cosa!

—No se preocupe, lo haremos.

—Sin duda, Céline se granjeó bastantes enemigos.

—Le Ber va a ir a Île-de-Sein.

—Perfecto. Él sabe cómo hablar a la gente de allí. De todos modos, usted debería acompañarle. —Ese era un consejo muy duro—. Por cierto, solo para que no se extrañe. Hoy trabajaré desde Lannion. Pero estaré a su disposición en todo momento.

Dupin no tenía ni idea de lo que eso podía significar.

—Y...

—¡Jefe, jefe!

Le Ber de nuevo. Prácticamente se abalanzó sobre él. Su rostro reflejaba el horror más absoluto.

—La volveré a llamar luego, Nolwenn.

—Jefe —se detuvo sin aliento ante a Dupin—, hay otra víctima.

—¿Cómo dice?

—No bromeo, jefe. Hay otra víctima.

—¿Otra? ¿Quién es?

—Otra mujer. ¿Adivina cómo ha sido asesinada?

—¿Tal vez degollada?

Le Ber lo miró, pasmado.

—¿Cómo lo ha sabido?

Dupin se pasó la mano por el pelo.

—Es realmente increíble.

—Es una científica. Una experta en delfines del Parc Iroise. Degollada.
¡Adivine dónde la han encontrado!

Le Ber se apresuró a responder antes de que Dupin pudiera decir algo:

—¡En Île-de-Sein!

Con lo que esa isla pasaba a ocupar una posición innegablemente importante en los acontecimientos.

—Un muchacho la ha encontrado.

—¿Dice que investigaba sobre los delfines?

—Sí.

—La señora del puesto de cafés ha dicho algo acerca de unos delfines muertos.

—En el Parc Iroise existen dos poblaciones de delfines mulares. En torno a la Île Ouessant hay unos cincuenta y, alrededor de Île-de-Sein, unos veinte. Pero en el parque se estudian también otros tipos de cetáceos: la marsopa, el delfín listado y, en verano, el delfín gris. —Evidentemente, Le Ber los conocía todos—. Los delfines son interesantes en especial para los científicos del parque; se sabe muy poco acerca de su conducta social, que está extraordinariamente desarrollada, así como de su fabulosa inteligencia. Por otra parte, la salud de los delfines es un buen indicador del estado ecológico

del parque, porque la calidad de las aguas...

—¿Las dos mujeres se conocían?

—No lo sabría decir.

—¿Cuándo fue asesinada la científica?

—Tampoco se sabe.

—Esto es de locos. —Dupin pensaba en la nueva víctima—. Esto significa que vamos a tener que ir a la isla. Yo también.

—Eso me temo, jefe.

No iba a poder escaquearse.

—Las aguas estarán revueltas.

Sabía que en ese momento había cuestiones mucho más importantes. Aun así. En los últimos días, hasta ayer por la tarde, se habían sucedido las tormentas. Ahora el verano había llegado con todo su esplendor y, dentro de la bahía, las aguas estaban deliciosamente tranquilas. Pero él no era un novato en Armórica, la tierra junto al mar; seguro que al salir, el mar seguiría muy revuelto.

—Lamento decir que no podemos disponer del helicóptero. El prefecto lo ha usado para acudir a un ejercicio de simulación de cuatro días que...

—Déjelo, Le Ber.

Aquello solo lograría hacerle perder los nervios. Siempre ocurría lo mismo. Cada vez que de verdad necesitaban un helicóptero, el prefecto lo estaba utilizando. En esta ocasión, Guenneuges se había pasado semanas hablando del «evento de extraordinaria importancia»: una simulación práctica del plan, diseñado durante años, para efectuar controles de velocidad secretos por toda Francia utilizando «una tecnología y unas estrategias novedosas y sensacionales». Un tema aquel muy delicado para Dupin.

—Podemos zarpar desde aquí con una embarcación de la policía —Le Ber consultó la hora— o tomar el ferri regular de Audierne. Creo que llegaríamos

a tiempo. En veinte minutos estaremos en el muelle.

Dupin lo interrogó con mirada.

—El trayecto en ferri es muchísimo más tranquilo, porque la embarcación se hunde más en el agua y es más estable. Sin embargo —Le Ber volvió a mirar la hora—, deberíamos marcharnos ahora mismo.

A Dupin le gustó oír la palabra «regular» referida a un trayecto de navegación por el agua.

—¿Ya ha llegado allí algún colega? ¿Hay gendarmería en la isla?

—No. El alcalde en funciones se encarga de todo. Es a la vez el médico de la isla y el presidente del Servicio Nacional de Salvamento Marítimo, el SNSM.

Aquello era prometedor.

—Ya ha partido hacia allí una barca de la policía. Desde Audierne.

—¿El trayecto desde Audierne es más corto que desde Douarnenez?

—Sí.

—Entonces tomaremos el ferri. El regular. ¡Vamos, en marcha! ¡Iremos con su coche! Informe a la compañía de ferris para que nos esperen. Que Labat se encargue de todo por aquí. Indíquele las prioridades y dígame que pida refuerzos.

Dicho eso, Dupin salió a toda prisa, con Le Ber a la zaga.

Todo aquello era absurdo. Dos muertes por degollamiento en unas pocas horas. No podía ser casual. Las dos víctimas eran de Île-de-Sein, trabajaban en el mar y tenían relación con el Parc Iroise. Saltaba a la vista que aquel era un único caso. No le cabía ninguna duda.

Las olas eran de tres metros de altura cuando zarparon; en cuanto se alejaron un poco de la costa, llegaron a los cinco metros. Eran olas largas, rizadas, con

unas crestas asombrosas; pasada la última punta de tierra, la de Raz, las olas llegaban a los siete u ocho metros. Ahora tenían por delante nueve kilómetros de mar abierto hasta llegar a la isla.

La embarcación se llamaba *Enez Sun III*, el nombre de la isla en bretón, y estaba pintada con la típica combinación de azul y blanco, y no era ni tan larga, ni tan grande, ni tan sólida como Dupin se había imaginado a partir de las explicaciones de Le Ber. El barco no era ni por asomo «muchísimo más tranquilo», ni tenía tampoco la supuesta estabilidad a la que había aludido su inspector. Ese ferri regular ascendía hasta el cielo entre tumbos y sacudidas atroces para luego precipitarse en la profundidad de los valles de las olas.

Era el caos completo. Se sucedían las subidas y bajadas de vértigo, como en una montaña rusa, pero la acción no se limitaba solo a eso, sino que intervenían también otros movimientos, totalmente dispares, y, aún peor, simultáneos: sacudidas de un lado a otro, vaivenes, caídas en picado, zarandeos y ascensiones. Los sentidos, el cuerpo, la mente... ninguno seguía el mismo ritmo. A todas esas sensaciones espeluznantes se les unía la insoportable trepidación de todo el cuerpo causada por la vibración del motor, situado justo debajo del comisario, y que se propagaba por toda la embarcación. Y luego estaba también ese ruido ensordecedor.

Dupin intentaba clavar la vista en el horizonte; todo el mundo decía que eso era de gran ayuda. Sin embargo, por desgracia, ni él ni Le Ber habían podido sentarse en la cubierta superior (el barco los había esperado doce minutos) y tenían que permanecer de pie en la cubierta exterior, a dos metros sobre el nivel teórico del agua, y ahí no había horizonte alguno al que mirar, ya que estaba siempre oculto por las gigantescas montañas de agua agitada. El barco estaba abarrotado de excursionistas e isleños que habían pasado la noche en tierra firme.

Antes, en el continente, el agua era de un intenso color azul oscuro; ahora,

en cambio, era solo negra. Pero lo peor era que estaba por todas partes. Lo tenía rodeado, sin mantener ni siquiera una distancia de cortesía; él se encontraba en el centro, totalmente a su merced. Había agua incluso en el aire, en las densas nubes de espuma que se formaban cada vez que rompía una ola. De hecho, la espuma que levantaba la colosal estela del barco bajo el fuerte viento de popa era suficiente para empapar por completo a todos los pasajeros. Todo olía y sabía a agua de mar. Dupin la sentía en la boca, en la nariz y en el pelo.

Tendrían que permanecer todo el trayecto de pie y, por desgracia, ni siquiera estaban en el centro de la cubierta, donde habría sido más soportable al no notarse tanto allí las sacudidas y los vaivenes laterales.

Pero en ese lugar se había instalado cómodamente una pareja de obesos con un perro diminuto y una cantidad ingente de bultos.

Dupin se preguntó si la lancha rápida de la policía no habría sido preferible a aquello. Pero ahora ya era demasiado tarde.

Recordó entonces una historia que a Nolwenn le gustaba contar. Afirmaba que los romanos conocían a la Bretaña como *finis terrae*, el fin del mundo y de todo lo viviente. Sin embargo, en realidad, se referían al Atlántico. Para ellos ese océano era literalmente el verdadero final, el fin tras el fin, después del último pedazo de tierra. Era el mar exterior, y no tenía nada que ver con el Mediterráneo, el mar interior, tan civilizado e inofensivo. César, refiriéndose a su última y definitiva batalla naval contra los galos, escribió: «No es lo mismo navegar en un mar cerrado que en el océano inconmensurable e infinito y que, en sí mismo, es el final».

Dupin tenía la sensación de que todo su cuerpo se balanceaba. Tenía que distraerse. Le Ber, en cambio, estaba al otro lado de la cubierta y miraba entusiasmado la enorme ola de proa con una provocadora expresión de placer.

Lo mejor sería que hablaran del caso.

Con cuidado, y siempre sujeto a algo fijo, Dupin se abrió paso hasta el otro lado de la cubierta. Fueron, sin duda, cinco metros.

—¡Ah, jefe! —Estaba exultante—. ¡Qué maravilloso trayecto! Ya sabe lo que dicen los pescadores: *Qui voit Sein, voit sa fin*, quien ve Île-de-Sein ve su fin. Hay otro que dice: «¡Señor, ayúdame a cruzar el paso de Raz! La barca es pequeña y el mar inmenso». Ahora mismo estamos atravesando uno de los pasos más agitados y peligrosos que existen. Corrientes intensas, remolinos, mar de fondo. Las aguas que quedan frente a la zona conocida como la «bahía de los muertos» están salpicadas durante kilómetros por enormes escollos puntiagudos.

Aquello no era lo que Dupin entendía como una distracción. Sin embargo, Le Ber prosiguió inmutable.

—Desde 1859 en esta zona se han producido oficialmente ciento setenta y nueve naufragios. Pero lo cierto es que al menos ha habido el triple. Aquí es necesario disponer de la tecnología de navegación más precisa, pero a veces ni siquiera eso sirve de ayuda. Mire, mire. Hay rocas escarpadas por todas partes; es como si un gigante con ganas de jugar se hubiera sentado en la punta de Van y se hubiera dedicado a arrojar peñascos al mar. Como hacen los niños con las piedrecitas.

Aunque era una imagen agradable, no hacía más que empeorarlo todo.

—Incluso para el diablo fue un problema llegar a la isla, jefe. Y la historia sobre sus intentos fallidos explica también por qué aquí el mar está especialmente agitado. —Con esa introducción quedó claro que Le Ber estaba dispuesto a proseguir con la historia—. El caso es que el diablo quería conseguir las almas de los habitantes de la isla. Para ello, tenía que llegar ahí antes que san Guénolé, que había prometido a los isleños un puente que los uniera con tierra firme. Para llegar a la isla, el diablo se convirtió primero en

humano y se enroló como ayudante de un pescador. Sin embargo, la madera de la barca se quemó con las llamas de sus pies infernales. Entonces, el diablo ideó otra treta: hacer que Guénolé construyera el puente, pero para que él pudiera usarlo. El santo se vio entre la espada y la pared. Si no construía el puente, rompería su promesa sagrada, lo cual era casi como un pecado mortal; pero entonces, el diablo se haría con su alma y, con ella, con todas las de los habitantes de la isla, ya que Guénolé jamás podría convertirles. Ante esa situación tan desesperada, el santo pidió ayuda a Dios, que sopló su aliento poderoso sobre las aguas y creó un puente hecho de hielo. El diablo, creyéndose vencedor, se apresuró a cruzarlo, pero el puente se fundió bajo sus pies y él cayó a las aguas agitadas sin haber conseguido su propósito.

Contada por Le Ber, la historia tenía poca gracia.

—El agua caliente hizo que en la zona comprendida entre tierra firme y la isla, o sea, aquí —siguió explicando el inspector por encima de la borda—, se produjeran unos grandes remolinos que protegen la isla e impiden que el diablo se acerque. Incluso hoy en día los pescadores se santiguan en señal de agradecimiento cuando pasan la punta de Raz. El lugar donde el diablo se precipitó contra el mar se llama *l'enfer de Plogoff* y está indicado en todas las cartas de navegación.

Dupin reconoció que era una historia curiosa, pero no era eficaz como entretenimiento.

—Le Ber, llame a la prefectura de Quimper. A ver si se han producido últimamente en la Bretaña asesinatos en los que se haya degollado a las víctimas.

—¿Tiene alguna sospecha, jefe? —Le Ber parecía inquieto de repente. Luego, con voz algo temblorosa, añadió—: ¿Podría ser un asesino en serie?

—Es por prudencia. Por si acaso.

La expresión de Le Ber le decía que su respuesta no le había satisfecho.

—Por cierto, aquí a la derecha se encuentran los míticos faros de Tevenneg y Ar Groac’h, la bruja. —Esta vez era Le Ber quien parecía querer distraerse—. Tal vez pueda ver uno de los dos en el valle de una ola. Hay unas piedras peladas y escarpadas en medio del mar y fue ahí donde fueron construidos. Eran unas fabulosas obras maestras de la arquitectura. Por desgracia —el inspector dejó escapar un lamento—, Tevenneg estaba maldito. El último farero huyó aterrorizado en 1910. Hoy en día, los faros se controlan desde Île-de-Sein. ¿Sabe usted cómo llamaban los fareros a esas torres solitarias en medio del mar? Infierno. Las de las islas, purgatorio; y las que se encuentran en tierra firme, paraíso.

Iban de camino a investigar un delito capital, un asesinato brutal, el segundo acaecido en pocas horas. Para Dupin, «infierno» era la palabra más apropiada para designar ese trayecto.

Decidió retomar la conversación:

—Sobre todo, lo más importante es que averigüemos qué vínculo unía a las dos mujeres. Debemos empezar por ahí.

—Supongo que en la isla averiguaremos más cosas.

El comisario no dejaba de darle vueltas en la cabeza a algo que le había sugerido un comentario que había hecho Le Ber en el puerto de Douarnenez. Ese extraño retraso en el pensamiento, la comprensión completa ulterior, era también una peculiaridad tan insidiosa como eficaz de su modo de actuar.

—Antes ha dicho que el estado de salud de los delfines es un indicador de la calidad del agua y de otros factores.

—Así es.

Le Ber esperó en silencio una explicación, algo que aclarara las implicaciones de la pregunta. Pero Dupin cambió de tema.

—¿Los ferris solo salen de Audierne?

—El ferri. Solo hay uno, el *Enez Sun III*, en el que estamos. En julio y

agosto hay más, incluso hay uno que sale de Douarnenez, pero el resto del año solo hay este. Treinta y cuatro metros de eslora y ocho de manga, velocidad de hasta quince nudos, una potencia extraordinaria, dos veces 1.750 caballos de potencia. Es de la flota de Penn-Ar-Bed. Esa palabra significaba en celta *Finistère*, que era, por lo tanto, el verdadero nombre de la zona; esa empresa tiene la concesión estatal para conectar las tres islas Île-de-Sein, Île Molène e Île Ouessant. El *Enez Sun III* zarpa una vez al día.

—¿Solo una vez?

—Llega todas las mañanas procedente de Audierne y sale de la isla a primera hora de la tarde. Eso es todo.

—Pero debe haber otras formas de ir y volver de la isla a tierra firme.

—En caso de emergencia médica se utiliza el helicóptero del hospital de Douarnenez. Por lo demás, no hay nada. Ningún otro servicio público.

De modo que se trataba de una zona muy aislada. Esa circunstancia era muy importante para su investigación. Dupin reflexionó en voz alta:

—Según a qué hora se haya producido el crimen, el asesino seguirá en la isla. Existen dos posibilidades: que sea alguien que viniera de la isla y que tuviera que ir a tierra firme para cometer el crimen, o que fuera alguien procedente de tierra firme y tuviera que ir a la isla.

Dicho así, parecía de lo más simple. Le Ber no hizo ningún comentario al respecto.

—Por cierto, los habitantes de la isla se llaman a sí mismos «isleños» y a nosotros, los de tierra firme, nos llaman «franceses», lo cual, para ellos, es como decir turistas. Téngalo en cuenta. Solo para evitar posibles confusiones durante la investigación. Incluso a veces se llaman a sí mismos «americanos».

Dupin lo miró sin acabar de comprender.

—Después de la Bretaña, está América —le explicó Le Ber imperturbable.

El comisario sabía que esas cosas no eran meras curiosidades, ni tampoco tonterías. Conocer esos detalles era importante para no pasar por tonto en la Bretaña.

—En general son una gente muy peculiar. Como la isla en sí. No parece de este mundo, jefe. Es fantástica. Francia queda muy lejos de allí, les separan más de los nueve kilómetros. Ya se dará cuenta. Es un pedazo de tierra minúsculo y rocoso en medio del océano, en forma, como se dice, «de animal fantástico de cola larga» y expuesto al poder del Atlántico. Tiene una extensión de dos kilómetros y medio, con puntos en que el ancho no supera los veinticinco metros, es plana y está a poco más de dos metros por encima de la línea de marea. Por eso, cuando hay grandes tormentas las olas gigantescas se abaten sobre ella, anegándola por completo. No ocupa más de un kilómetro cuadrado. Es una zona tosca, sin apenas vegetación, silvestre, solitaria. Me encanta Île-de-Sein y sus gentes. —Por el modo en que hablaba, parecía como si Le Ber se estuviera refiriendo a otra especie o planeta—. Es una isla llena de magia, con un aura extrema. Ya lo notará, a mucha gente les infunde una sensación de miedo. —El inspector parecía sentir un profundo respeto—. Ya en la prehistoria hubo allí lugares de culto, y hoy aún pueden verse menhires y dólmenes. Hubo también un importante túmulo, pero fue destruido por unos codiciosos ladrones de oro. Más adelante, con los celtas, se consideraba que la isla era el lugar más próximo al reino de los muertos y los inmortales. Era un lugar para hadas, ninfas y druidas. Hay mucha gente enterrada allí. —A estas alturas de la explicación, su expresión había adquirido una gran solemnidad—. Hay que estar preparado para visitar Île-de-Sein, jefe. Preparado por dentro.

Dupin no tenía ánimos para pararle los pies a Le Ber. En cualquier caso, tampoco había hecho mucho caso a sus explicaciones. Por una parte, tras una ascensión vertiginosa la embarcación se desplomó en picado y tuvo que

agarrarse con tanta fuerza a la barra de acero que tenía detrás que le dolieron las muñecas. Por otra, intentaba concentrarse en las cuestiones urgentes del caso.

—¿Qué dotación tiene la lancha rápida de la policía de Audierne?

—Son cuatro hombres y la policía científica.

—¿Cuántos habitantes tiene la isla?

—Durante todo el año viven ahí doscientas dieciséis personas; en verano, unas seiscientas. La mayoría de los turistas solo se quedan aquí hasta el ferri de vuelta a primera hora de la tarde. Muy pocos se quedan a pasar la noche.

—Cuatro policías y nosotros dos no somos bastantes para hablar con tanta gente. —Dupin se frotó las sienes—. ¿Existe algún registro de los pasajeros del ferri? Quiero decir, ¿los pasajeros compran los billetes a su nombre?

—Sí, es obligatorio por cuestiones de seguridad. Pero si fuera el mismo asesino, entonces no pudo venir en ferri, porque entre las ocho de la tarde y las doce de la noche de ayer estaba en tierra firme y este es el primer ferri que podía tomar. Seguramente la experta en delfines murió ayer por la noche o bien hoy a primera hora.

A Dupin la cabeza todavía no le funcionaba del todo. Necesitaba más cafeína.

—Pero, claro, hay también muchas barcas de particulares, además de embarcaciones de empresas e instituciones que hacen escala en la isla, muchas de forma habitual. Y están los barcos especiales, como el de la basura o el que trae el petróleo. Ese al que Céline Kerkrom se oponía. No hay que olvidar las embarcaciones turísticas para avistar delfines, aunque no son muchas. Y las de los científicos, los investigadores y los vigilantes del Parc Iroise. De hecho, seguro que la víctima, como miembro del personal científico del parque, también tenía una barca.

Es decir que, a pesar de ser un lugar recóndito, había muchas posibilidades

para acceder a la isla sin problemas.

—No importa, Le Ber. Tenemos que comprobar todas las llegadas y salidas de barcos entre la mañana de ayer y la de hoy.

—No será fácil. Solo he mencionado una parte de las embarcaciones posibles. Como he dicho, aquí cualquiera puede zarpar en cualquier momento con su barca.

—Vamos a... —Dupin no terminó la frase. El *Enez Sun III* se enfrentaba a una ola especialmente grande en una maniobra que los marineros bretones llamaban *piquer dans la plume*, ensartar plumas, que es como denominaban al blanco de la cresta rompiente de la ola.

El comisario inspiraba y espiraba hondo.

Había olvidado lo que quería decir.

Le Ber aprovechó la ocasión:

—Por cierto, la historia más conocida relacionada con Île-de-Sein proviene de un escritor romano que viajó a la isla en torno al año 20. Menciona el oráculo de una diosa celta a la que servían nueve sacerdotisas vírgenes en unas ceremonias rituales. Se las conocía con el nombre de *gallicènes*, y fueron las primeras brujas de las que existe mención escrita. Con unas palabras mágicas podían levantar el mar y los vientos, transformarse en cualquier animal y curar a enfermos y moribundos. También sabían predecir el futuro. A ellas acudían gentes de todas partes en busca de la verdad, como nosotros. —Le Ber no bromeaba. En absoluto—. Una de ellas era Morgan le Fay —pronunció ese nombre como si se tratara de una amiga—, que, como sabe, aparece en la leyenda del rey Arturo. Además, se dice que fue en Île-de-Sein donde las nueve sacerdotisas curaron a Arturo tras ser herido en una batalla. La de Avalón, ya sabe.

Dupin no reaccionó. Estaba sumido en sus propios pensamientos.

—Le Ber, póngase en contacto con el Parc Iroise y pregunte acerca del

caso de los delfines.

—¿Busca algo en concreto?

—No. Pregunte sobre problemas con la calidad del agua. Sobre posibles contaminaciones actuales o pasadas.

—De acuerdo, jefe. Nolwenn se ocupa de Charles Morin. He hablado con ella. Investigaré a fondo y, además, organizaré una reunión con él. Además, ya ha llamado al prefecto. Me ha pedido que le diga que él ya está al corriente de todo.

—Excelente. Por cierto, ¿sabe usted qué está haciendo Nolwenn en Lannion?

—Su tía.

—¿Tiene una tía en Lannion?

Dupin la había oído hablar de muchas tías, pero ninguna de Lannion.

—Jacqueline Thymeur. Creo que es la tercera hermana de su madre. Tendrá unos setenta años.

Muy bien. Nolwenn podía trabajar desde cualquier sitio. Daba igual.

—¿Ocurre algo importante?

En el último gran caso, Nolwenn había tenido que asistir a un entierro. De una tía.

—La tía está bien, si es eso lo que quiere saber.

—Le Ber. —Dupin acababa de tener una idea, una buena idea—. ¡Llame a Goulch! Dígale que zarpe ahora mismo y que nos recoja en Île-de-Sein.

Estaba satisfecho con esa ocurrencia. Kireg Goulch, un agente de la policía marítima, pilotaba también una de esas espeluznantes lanchas rápidas, pero, por una parte, el ferri no era mucho mejor y, por otra, el comisario tenía una gran confianza en ese agente larguirucho con el que había trabajado en el complicado caso de las Glénan. No guardaba un recuerdo especialmente agradable de los paseos en su lancha, pero su pavor a navegar, que iba más

allá del simple mal de mar, nunca fue tan terrible con Goulch. Además, aquel hombre era un excelente policía y un experto en asuntos marítimos.

—Será un placer.

A Le Ber se le iluminó la cara. Goulch y él se habían hecho muy amigos con el paso de los años.

De nuevo la embarcación enfiló de forma especialmente temeraria hacia lo alto; luego, durante unos instantes, pareció quedar suspendida en el aire para desplomarse al final sin piedad. Parecía como si el Atlántico jugara con ellos. No de una forma violenta o brutal, ya que entonces la sensación habría sido distinta, sino con alegría, coqueteando. Como si quisiera pasar un rato entretenido.

De pronto, como de la nada y sin motivo aparente, cuando todavía faltaba un kilómetro para llegar a la isla y la barca avanzaba a la misma velocidad, el mar se calmó, como si hubieran traspasado una frontera mágica que mantuviera a raya a las fuerzas de la naturaleza.

Después de la charla con Le Ber, Dupin se había retirado a un rincón de la cubierta, intentando con todas sus fuerzas mirar al menos de vez en cuando al horizonte; de no haber estado tan concentrado en sí mismo, en su mareo y en una contractura que había derivado en espasmo, ese cambio misterioso de las aguas habría sido un motivo de preocupación adicional; esta vez, sin embargo, lo aceptó sin más.

A la derecha, unos peñascos de formas extrañas se erguían desde las profundidades del mar. Peligrosamente afilados y oscuros, de varios metros de altura, se alzaban contra el magnífico azul del cielo; algunos de esos escollos estaban cubiertos de manchas de color verde intenso. Desde las alturas, unas gaviotas contemplaban con recelo la embarcación.

El ferri se acercaba de forma innecesaria a los peñascos. En el último momento, rodeó bruscamente una pequeña isla rocosa que había frente al puerto. Súbitamente, apareció Île-de-Sein: real y muy hermosa.

El puerto; unos diques precedidos por un pequeño faro de cuento, de color blanco y negro, llamado Men Brial; una iglesia solemne, bastante grande; un muelle alargado y curvo con una delicada playa de arena delante y unas casas bajas pintadas de amarillo, azul brillante y rosa intenso, aunque la mayoría de ellas eran blancas o de piedra sin pintar y con los marcos de las ventanas de color azul atlántico. El aspecto general, sin embargo, era un poco deslucido, resquebrajado, marcado por el viento constante, la espuma, la sal, el sol. El mar reflejaba la luz por doquier, la multiplicaba y relucía de un modo embriagador.

El puerto era una bahía natural en torno a la cual se había construido un dique sólido; incluía un grupo de peñascos que había delante y tenía también una playa de arena de color blanco intenso. El hormigón y las piedras de refuerzo habían ido adquirido un tono amarillento con el tiempo. Detrás del muelle y del pueblo, destacando por encima de todo, estaba el faro de la isla, elegante y altivo, llamado Goulenez, el gran faro, que Dupin conocía por fotografías. Era un auténtico mito, al igual que, todos los faros de la Bretaña, que tenían un nombre propio y eran objeto de veneración en función de una clasificación no oficial basada en la dificultad de acceso y la naturaleza inhóspita de sus emplazamientos.

El ferri puso rumbo hacia el dique exterior. No había duda: desembarcarían allí.

—Con la marea baja la barca atraca en el primer dique porque el agua en los demás no es bastante profunda —oyó decir a uno de los turistas que empezaba a descender por las escaleras de acero.

Al instante se formó una cola a la que Dupin se unió con alivio; pronto

volvería a pisar tierra firme, aunque fuera poca.

La embarcación arribó tras un último y fuerte empujón.

—¡Aquí! ¡Aquí! —Una voz femenina, enérgica y aguda, se levantó hacia ellos desde el dique; Dupin se dispuso a atravesar la oscilante pasarela empinada—. ¡Señor comisario!

Una mujer algo entrada en años y no muy alta, de pelo rubio canoso y crespo, sacudía los brazos con fuerza. Los pasajeros miraron con curiosidad a la mujer y al comisario.

—¡El cadáver! —exclamó ella entonces.

La inquietud y la consternación se dibujaron en los rostros de los excursionistas; la estancia en la isla empezaba de forma dramática.

Cuando Dupin llegó al dique le temblaban las piernas. Tenía a la mujer bajita delante de él. La expresión de su rostro era tan enérgica como su voz, dura, perseverante, furiosa. Dupin conocía a ese tipo de personas: eran gentes obstinadas hasta el punto de ser implacables. Seguramente lo había reconocido por alguna fotografía del periódico.

—Soy Joséphine Coquil, la directora de los museos de la isla. —Se volvió sin más hacia Le Ber—: Usted debe de ser el inspector. Bien. Los acompañaré para que inspeccionen el cadáver. —Enarcó entonces las cejas—. ¡Nuestro segundo muerto! Esto es un drama para la isla. —El tono de voz reflejaba tanta exaltación como pesar—. Primero el asesinato de nuestra Céline y ahora la chica de los delfines. ¡Pobrecitas! ¡Qué desgracia! ¿Han averiguado ya alguna cosa? ¿Tienen alguna pista?

—Acabamos de encontrar a Céline Kerkrom, señora. —Dupin iba pasando el peso de un pie al otro a fin de recuperar el equilibrio.

—Ya sabe lo que se dice: «Quien ve Île-de-Sein ve su fin». ¡Ja!

—Ya me han hablado del... —¿cómo podía llamarlo?— eslogan de la isla, señora.

Seguro que no sería la última vez que lo oía.

—¿Es cierto que Céline murió degollada? Lo mismo que la investigadora de delfines. Y créanme si les digo que no hay duda al respecto.

—Tampoco en el caso de la pescadora hay duda en ese sentido.

—¡Por aquí cerca ronda una bestia! —exclamó la señora Coquil sin el menor asomo de temor—. Céline era valiente, cambió varias cosas. También Laetitia Darot era una mujer fuerte —vaciló—, aunque nadie la conocía bien. Se pasaba la mayor parte del tiempo sola en el mar. Solo hablaba con Céline, a veces también con nuestro alcalde en funciones. Es una lástima. Ella era de Brest y en enero vino a vivir aquí. No tuvo ocasión de disfrutarlo mucho tiempo. —Sacudió la cabeza con pesar—. Estudiaba nuestros delfines y me había visitado varias veces en el museo. Aunque no hablaba mucho, se interesaba realmente por nosotros. Por nuestra isla. Por la historia, la flora, la fauna... Señor comisario, en otra ocasión, cuando no haya crímenes repugnantes que investigar, debe venir a visitar mis museos, tres, en realidad. Uno es sobre la isla y la vida en ella, otro sobre la Resistencia y el otro sobre el salvamento marítimo. Yo...

—¿Dónde está el cadáver, señora? ¿Tenemos un coche?

Dupin estaba inquieto.

La mirada severa que ella le dirigió dejó claro que esa era una de las cosas que debería haber sabido.

—En la isla no hay coches. Solo hay cuatro vehículos: dos camiones de bomberos, un vehículo para repostar y llevar el combustible para el faro, la planta depuradora del agua y la generadora de electricidad, y una ambulancia. Pero esta solo se emplea en casos de extrema necesidad —concluyó con aspereza.

Dupin estuvo a punto de decir que quizá aquel fuera un «caso de extrema necesidad», pero la señora Coquil se le adelantó.

—Como la mujer ya está muerta, ¿de qué nos vale una ambulancia? Vayamos a pie. A fin de cuentas, no llevan ustedes equipaje. Acompañenme, no hay tiempo que perder.

Ella comenzó a andar con paso decidido por el largo muelle mojado. Aunque era menuda y entrada en años, iba a buen ritmo. El comisario tenía que esforzarse para mantener el paso. Le Ber, con una sonrisa irónica en la cara, también.

—Es la primera vez que viene a la isla, ¿me equivoco?

Esa no era, de hecho, una auténtica pregunta.

—Así es, señora Coquil.

—¿Desde cuándo trabaja usted en la Bretaña? —El reproche implícito no le pasó desapercibido—. En fin, qué más da, lo importante es que ahora usted está aquí. Todos los años, en julio y agosto, sus amigos parisinos nos visitan, la mayoría solo pasa unas horas aquí.

Tal como lo decía, parecía que Dupin tuviera que conocerlos a todos.

—Aun así, ¿sabe usted cuándo tuvimos más visitantes? —Una vez más, esa no era una pregunta de verdad—. ¡En la época de los romanos! Entonces, las islas y Ouessant eran las escalas más importantes en el trayecto desde el Mediterráneo hasta Britania y Germania. Era una ruta marina vital para el comercio y los militares. ¡Realmente había muchísima actividad! Fue aquí donde los romanos conocieron a las nueve brujas, que eran...

—Ya me han hablado de ellas.

—¡Y también está la guerra de los Cien Años! En 1360 desembarcaron aquí ochenta barcas con catorce mil hombres. ¡Todos en esta isla! Dispuestos a saquearla.

Al comisario esa cifra le parecía excesiva para una isla tan pequeña y, desde el punto de vista práctico, no resultaba creíble. ¡Catorce mil hombres!

A la derecha, en el muelle, junto a un muro sobre el que había varios

cangrejos enormes, sin duda un excelente botín de pesca, había cuatro hombres ataviados con pantalones amarillos con tirantes y manejando unos grandes cuchillos.

—Luego vino un período de tranquilidad —la voz de la mujer dejó entrever una profunda decepción—, tanta que el Rey Sol eximió de pagar impuestos a los habitantes de la isla para hacerla más atractiva. Todavía hoy este decreto sigue en vigor. Según sus palabras: «Gravar con impuestos Île-de-Sein, ya de por sí castigada por la naturaleza, significa gravar con impuestos el mar, las tempestades y los acantilados». —Era evidente que habría podido repetir esa frase incluso dormida—. ¡Cuánta razón! De todos modos, no fue de gran ayuda, ni tampoco que los misioneros trajeran la agricultura, la cual, como era de esperar, no tuvo mucha fortuna: a lo sumo, un par de patatas diminutas y una cebada tan pobre y escasa que las mujeres tenían que hacer el pan con las raíces. Las capturas de pescado se trasladaban en gran parte a Audierne. Tampoco servían de gran cosa los bollos sin mantequilla y el pescado salado que se enviaba a la isla cada pocos meses. Los isleños se vieron obligados a recoger algas marinas para comer y calentarse. No les quedó más remedio que convertirse en piratas, saqueadores y raqueros. ¿Qué podía hacer si no esa pobre gente?

Su expresión mostraba una comprensión profunda y desesperada.

La señora Coquil tomó aire.

—¿Y sabe cómo nos llamaban en Francia? Salvajes, bárbaros y demonios de los mares, y a la isla se la conocía como «el escollo del infierno». Y solo porque no teníamos qué comer, ni siquiera un sacerdote, porque ninguno de esos cobardes se atrevía a venir. Las malas lenguas llegaron incluso a afirmar que muchos habitantes se opusieron a la construcción del primer faro porque evitaba naufragios. En esos tiempos solo se bebía vino en la isla si algún barco naufragado lo llevaba a bordo.

Pasaron junto al hermoso faro blanco y negro después de recorrer el muelle. Una carretilla elevadora circulaba por el dique hacia el ferri para recoger el contenedor con las maletas y las compras. A esas alturas, Dupin ya se había dado cuenta de que no le quedaba más remedio que escuchar. Tenían por delante una prolija explicación apasionada sobre la isla; sin duda, no le vendría mal para la investigación conocer algo más sobre los isleños y su mundo.

—Hoy en día la isla está habitada por cinco o seis veces más liebres que personas. Nuestro penúltimo alcalde liberó por aquí tres parejas, lo que ha tenido sus consecuencias; en su opinión, así tendríamos un poco más de carne en la dieta. ¡Aquí todo el mundo puede cazar la carne para su cazuela! La vida de antes no era tan cómoda como la de hoy. La gente se vuelve cada vez más quisquillosa: a pesar de que los avances de las últimas décadas lo han hecho todo más agradable, mucha gente se ha marchado. En 1793 éramos trescientos veintisiete habitantes; entonces aún comíamos pescado seco, e incluso había gente que moría de hambre. A finales del siglo XIX éramos casi mil vecinos. En cambio, en la segunda mitad del siglo XX empezamos a ser cada vez menos. Y eso que ahora tenemos luz, agua, correos, un supermercado, cafeterías y restaurantes, televisión, una escuela con seis alumnos que dan clase de educación física en la playa cuando la marea está baja, una iglesia grande, menhires de gran interés, un alcalde, un vicealcalde que a la vez es el médico de la isla, tres pescadores —se interrumpió un momento—, no, dos pescadores y una antena para móviles que permite una recepción perfecta de la señal LTE. ¡Aquí nadie necesita teléfono fijo! — Parecía que con lo de la antena había llegado al punto culminante de la explicación, pero no fue así—. Además, somos uno de los cinco lugares de Francia a los que se le ha concedido la Orden de la Liberación. Tras la llamada del general De Gaulle el 18 de junio de 1940 desde su exilio en

Londres para formar el ejército de liberación, los ciento cuarenta y un hombres de la isla, sin excepción, partieron en seis barcasas. ¡El mismo día, figúrese! Hoy aún se conserva una de esas barcasas, *Le Corbeau des Mers*.

En toda Francia era bien conocida esa historia tan impresionante; era, en cierto modo, el alma de la isla.

—Solo quedaron aquí las mujeres, los ancianos, los niños, el cura y el farero. El 25 por ciento de los hombres que llegaron a Londres en respuesta a la llamada del general De Gaulle eran de los nuestros. Más tarde el presidente proclamó en un discurso solemne dirigido a la nación que Île-de-Sein era, por ello, la cuarta parte de Francia. Lo hizo con estas palabras: «*L'Île-de-Sein c'est donc le quart de la France!*» ¡Fuimos nosotros! Nadie se comportó con más heroicidad. El presidente en persona vino aquí para entregarnos la Cruz de la Orden de la Liberación y dijo: «Ustedes fueron los auténticos libertadores de Francia». Y eso, precisamente —tomó aire—, señor comisario, es Île-de-Sein, ese es su espíritu. Los salvajes fueron quienes liberaron a Francia.

—¿Cuánto queda para llegar al lugar donde está el cadáver?

Pero Joséphine Coquil aún no había terminado.

—¿Y qué ocurre ahora? Pues que Île-de-Sein pronto se hundirá.

Dirigió una mirada de reproche a Dupin. El comisario no era consciente de haber hecho nada malo.

—Justo ayer salió en la prensa. Un importante profesor de Brest, Paul Tréguer, afirma que Île-de-Sein será una de las primeras islas en inundarse si el nivel de las aguas continúa subiendo. ¡Y no deja de hacerlo! Somos tan poca cosa... Además, un estudio ha demostrado que el aumento de las condiciones meteorológicas extremas afectará a la isla de un modo muy duro —dijo aquello como si hablara de un monstruo de las profundidades—. Como siempre, el hombre solo aprende cuando es demasiado tarde, y para

entonces, Île-de-Sein ya será historia. Una tragedia. Eso es lo que es. Y si además se interrumpe la corriente del Golfo, entonces la Bretaña se encontrará en el Ártico. Estamos sopesando la posibilidad de presentar una demanda ante el Tribunal Internacional de Justicia y denunciar al mundo, como han hecho todas esas otras islas de los mares del sur.

—Bueno, yo... —Dupin se contuvo—. Desde luego, tiene usted toda la razón del mundo —repuso en tono serio.

—Por el pueblo se va más rápido.

De repente, la señora Coquil giró bruscamente y tomó un callejón estrecho entre dos casas en el que Dupin apenas había reparado, de no más de medio metro de ancho, pero que ostentaba un gran letrero de calle donde se leía: RUE DU COQ HARDI. Pasaron en fila india, uno tras otro, con Le Ber en último lugar.

—Solo para que se haga una idea, tenemos cincuenta y cuatro calles, las más importantes de las cuales son, claro está, las de los dos muelles del puerto, el Quai des Paimpolais y el Quai des Français Libres, aunque nosotros aquí los conocemos como el muelle norte y el muelle sur. —El arrebató de la responsable del museo parecía haber aflojado tras el asentimiento sincero de Dupin—. Y luego está gran eje este-oeste, que une el pueblo con el otro extremo de la isla. La semana pasada tuvo lugar un gran acontecimiento. Se iluminaron todas las calles con luces LED. Proporcionan más luz, a la vez que ahorran energía y son prácticamente indestructibles. En Europa, solo Mónaco dispone de lámparas LED, y en América, ciudades como Los Ángeles.

La mujer, que ya era bastante mayor, había doblado a la izquierda, luego a la derecha y luego otra vez a la izquierda atravesando callejones no mucho más anchos que el primero; las paredes de las casas tenían un aspecto parecido: blancas, encaladas, algunas pintadas de color amarillo intenso o rosa. Todas muy juntas, como encogidas. Era un auténtico laberinto.

Curiosamente, a Dupin le había abandonado su sentido de la orientación, algo que no le pasaba nunca.

—Las casas están juntas para impedir que el viento penetre: así se protegen entre ellas.

De nuevo, la señora Coquil había doblado una esquina y Dupin volvió a tener la impresión de caminar en círculos. No le habría extrañado encontrarse de repente de vuelta en el muelle. Entonces doblaron una vez más hacia la izquierda y llegaron a un camino amplio y pavimentado con hormigón.

—*Voilà*, este es el eje este-oeste, la ruta del faro.

Difícilmente habría podido circular por ahí un vehículo; el camino estaba flanqueado a izquierda y derecha por pequeños jardines y patios interiores. No se veía ni un alma.

—Cuando hace bueno, la gente almuerza aquí fuera al mediodía. —
Escrutó el cielo con la mirada mientras hablaba.

—Señora Coquil, ¿cómo podríamos saber qué barcos llegaron o zarparon de la isla entre ayer y hoy por la mañana?

Antes de que ella pudiera contestar, Dupin se volvió hacia su inspector:

—Le Ber —le irritó darse cuenta de que aquello se le debería haber ocurrido antes—, ordene que ningún barco entre o salga de la isla sin que nosotros llevemos un registro y podamos hablar con la tripulación. Sin excepciones.

—¡Menudo plan, señor comisario! ¡Esto son trabajos de Sísifo! Por supuesto que no existe un registro centralizado de las embarcaciones que llegan y zarpan. ¿Cómo se podría hacer tal cosa? Y menos ahora, en verano: están todas las barcas de recreo, los veleros, los submarinistas, los pescadores. Bretones, franceses y demás extranjeros. Y los barcos del Parc Iroise. ¡Es imposible hacerse una idea correcta! Por no mencionar las embarcaciones oficiales. Y el barco que trae combustible todos los jueves. O

el que transporta alimentos para el pequeño supermercado. Y normalmente los jueves más o menos a esta hora viene el peluquero.

—¿El peluquero?

En realidad eran muchas barcas. Y un peluquero.

—Va de una isla a otra en su barco. Los lunes y martes corta el pelo en su pequeño establecimiento de Camaret, en la península de Crozon. Antes era pescador y, de vez en cuando, cortaba el pelo a sus amigos. Luego hizo de su afición una profesión. Tiene buena mano. En la isla hay muchas personas mayores a las que les viene muy bien no tener que ir a Francia expresamente para un corte de pelo. Y, claro, también está el párroco. Él también va de una isla a otra en barca. De todos modos, no se apure, a ese ya lo puede borrar con tranquilidad de su lista de sospechosos. Lleva dos semanas en Zanzíbar.

Era curioso y, a la vez, completamente plausible: la vida allí, en un entorno remoto y con un mínimo de infraestructura y entramado social, tenía que organizarse de otro modo. Con todo, no dejaba de ser una idea curiosa que un párroco y un peluquero fueran de una isla a otra en barco. Parecía una novela de Agatha Christie.

Habían llegado ya a las últimas casas del pueblo; ahí la isla se estrechaba de forma alarmante, con el océano agitándose a ambos lados. Al tratarse de la única calle de la isla fuera del pueblo, avanzaban por fuerza hacia el faro, aunque aún quedaba un trecho. Le Ber, con el móvil pegado a la oreja, se había rezagado un poco.

Por todas partes crecía una hierba desigual, desgredada, no muy espesa, cuyo escaso crecimiento tal vez se debía al mar, la sal, el viento y, con toda probabilidad, a las liebres, y de un intenso color verde. Era un paisaje lleno de altibajos, aunque plano, que se transformaba en playas y costas rocosas a

ambos lados. Era un paraje extraordinariamente vacío, carente de árboles y arbustos. De vez en cuando asomaban unas hermosas flores de un vivo color rosado, que conferían al paisaje un inesperado toque de ternura en medio de tanta aspereza y monotonía.

—¿De dónde viene la barca que trae el combustible, señora Coquil?

—Del puerto de Audierne. Primero llega a nuestra isla y luego sigue hasta Molène y Ouessant.

Aquellas era las dos islas de mayor tamaño del curioso archipiélago situado ante la costa occidental más exterior de la Bretaña y que formaba parte del Parc Iroise. Estaba formado por numerosos peñascos, islotes e islas. Île Ouessant era, con diferencia, la más imponente y de mayor tamaño, pero también Molène, que era bastante más grande que Île-de-Sein y muy conocida.

—Supongo que es la embarcación contra la que estaba Céline Kerkrom, ¿verdad?

—No estaba en contra de la barca en sí, sino del mal uso que se hace aquí del carburante. ¡Y con toda la razón del mundo! Hay alternativas.

—¿A qué hora suele atracar normalmente?

—Entre las siete y las ocho de la mañana, y zarpa entre las diez y las once.

—¿Y el barco de alimentos?

—A las ocho, pero no siempre es puntual.

—¿También viene de Audierne?

—De Camaret, de la península de Crozon.

Dupin conocía bien esa zona; la adoraba, sobre todo Crozon y la zona estival de baños de Morgat, con su pequeño puerto; tenía buenos amigos en Goulien, una localidad situada junto a una de las impresionantes playas de la península.

—¿Estaba hoy aquí antes de las ocho?

—Un poco pasadas las ocho.

—¿Y cuándo ha vuelto a partir?

—Sigue en el puerto. Los dos mozos estaban sentados en uno de los bares ante los que hemos pasado.

Dupin, por supuesto, había visto los bares de los dos muelles; tenían una pinta excelente, casi perfecta.

—Le Ber —el inspector ya había terminado de hablar por teléfono—, ¿dónde está la barca de la policía?

No la había visto en el puerto.

—Ha anclado ahí delante, en esa bahía, ¿la ve? —La señora Coquil señalaba en dirección al faro—. Exceptuando el puerto, este es el único dique de la isla accesible en barca en cualquier estado de la mar. Con todo, apenas se utiliza. Llegaremos en un momento.

—Por cierto —Le Ber se acercó mucho al comisario—, lo he confirmado, y no ha habido degollamientos en la Bretaña en los últimos años. Y sobre el suceso con los delfines, el Parc Iroise no tiene nada que decir, porque es algo que sucede con relativa regularidad. Fueron capturas accesorias. Horripilante. Me han aconsejado que le pregunte al responsable científico del parque, que también nos puede hablar de la posible contaminación marina. En cuanto a la barca, ya está todo dispuesto.

Dupin se volvió de nuevo hacia la directora del museo.

—¿Hay ahora mismo por aquí alguna barca del Parc Iroise? ¿Usted...?

Sonó el móvil de Dupin.

Prefijo de París. Un número desconocido.

Se detuvo y descolgó de mala gana.

—¿Diga?

—También hay un tren que sale a las 6.27 —oyó una retahíla de palabras pronunciadas a toda velocidad—. Si lo cogéis, estaréis aquí a las 11.17. El de

las 8.33 llega a París a las 13.23. Ese no iría tan bien, es demasiado justo, querido Georges. Ahora mismo me encuentro en casa de tía Yvonne repasándolo todo. Los detalles finales.

Dupin estaba demasiado sorprendido para poder decir algo.

Su madre.

El «gran día».

Como era de esperar, durante las últimas horas no había pensado en ello ni un solo instante. Ni siquiera en el probable, más que probable, escándalo que se avecinaba de forma inexorable. No serviría de nada ocultar la situación a su madre, ni tampoco buscar excusas. Eso, a la postre, no haría sino empeorar las cosas.

—Bueno, yo, nosotros... —Tenía que hacerlo. Tenía que decírselo—. Ha habido un asesinato. De hecho, en realidad, dos. Atroces. Ha sido hace un rato, unas pocas horas. —Tal como hablaba, su voz parecía más patética de lo que le hubiera gustado, pero esperaba que fuera el tono adecuado. Con un suspiro, añadió—: Estoy en medio de un caso.

Silencio. Unas liebres atravesaron a toda prisa el eje este-oeste ante él. Luego:

—Querido Georges, voy a cumplir setenta y cinco años. —Habló entre dientes, en un tono frío y, a la vez, muy contenido—. Pasado mañana tú estarás en París, pase lo que pase. Tú y tu prometida. —Solo se refería a Claire de ese modo, aunque hasta el momento no habían hablado de boda—. A las siete de la tarde en punto estarás sentado a mi derecha en la mesa de honor; tu hermana estará a la izquierda. —Hubo entonces una pausa prolongada. Tal vez se estaba tranquilizando un poco. Su madre se aclaró la garganta de forma teatral—: Bien. De acuerdo. Que sea el tren de las 8.33. Entendido. De hecho, ya tenéis los billetes para ese.

Al cabo de un instante colgó.

El setenta y cinco cumpleaños de Anna Dupin.

Llevaba un año ocupada con los preparativos. Quería celebrarlo por todo lo alto, es decir, en su opinión y con sus propias palabras, «como es debido». Es decir, que aquella parisina de clase alta había decidido que sería un acto muy elegante y de gran solemnidad. Precisamente lo que Dupin, incluso de niño, nunca había soportado. Había invitado a cien personas y alquilado el Salon Anglais del George V, ¿cómo no? Desde que comenzó con los preparativos le había llamado por teléfono al menos cien veces; solo el día anterior habían sido tres, en el curso de tales llamadas, por enésima vez, habían discutido los «últimos detalles».

Él, por supuesto, no podía saber el tiempo que le llevaría este caso, pero hasta entonces jamás había resuelto uno en dos días. Era imposible.

Dupin se frotó el cogote varias veces. Tenía que reflexionar.

Luego se acercó a la señora Coquil y a Le Ber. El pequeño grupo siguió avanzando.

—Las barcas del Parc Iroise. Señora Coquil, le preguntaba si alguna de ellas se encuentra ahora en la isla.

—No lo sé. Pero no se olvide de interrogar al capitán Vaillant, ese pirata contrabandista que va adonde le place. También aquí.

—¿El capitán Vaillant?

—Para unos es un golfo y para otros, un héroe que sabe cómo tomarle el pelo al Estado. —No quedó claro qué concepto tenía de él la señora Coquil—. Es un pescador con una embarcación que está para el desguace y una pequeña tripulación. Un temerario. Se dice que, en realidad, se gana la vida con el contrabando, sobre todo de alcohol y aguardiente, lo que llaman *eau de vie*. Lo compra en varias destilerías ilegales y luego se lleva la mercancía a Inglaterra, pero hasta el momento nadie ha podido pillarlo.

De nuevo aparecía el tema del contrabando. Aunque, en este caso, era de

alcohol y no de tabaco. Y una vez más, otro personaje oscuro al que nadie había podido acusar de nada.

Dupin había sacado su libreta y tomaba notas con su caligrafía casi jeroglífica.

—Así que Vaillant, ¿no?

—Capitán Vaillant. Nadie sabe su nombre. Ah, ya casi hemos llegado.

A unos cincuenta o sesenta metros, en el lado derecho, había un grupo bastante numeroso de personas: agentes de policía, varios civiles, seguramente de la policía científica, una mujer y un muchacho.

—Debería usted saber —dijo Le Ber volviéndose hacia Dupin— que el contrabando en las islas británicas tiene una larga tradición, igual que ocurre, de hecho, con el contrabando y la piratería en la historia de la Bretaña. Esta actividad empezó a principios del siglo XVII. Los trescientos años siguientes fueron el período floreciente del contrabando en el canal. De hecho, la ruta principal se encontraba justo al este de la Ouessant...

—¡Le Ber! —Otra vez divagando.

Dupin conocía esa peculiar historia y sabía que el contrabando en la Bretaña había contribuido de un modo nada desdeñable a la prosperidad económica de varias zonas a largo del canal; Roscoff y Morlaix, por ejemplo, habían obtenido fama y riqueza gracias a él. Se habían creado comarcas enteras en torno a esa actividad, como el maravilloso camino que recorría la costa y que Dupin adoraba, y que no era otra cosa que la antigua ruta de los contrabandistas. El término, para los oídos bretones, tenía connotaciones románticas y de admiración. No tenía nada que ver, en absoluto, con el contrabando moderno que se daba en los mares de todo el mundo y que, sin duda, tenía un rostro muy distinto y especialmente brutal.

—Ese capitán Vaillant —Dupin se volvió de nuevo hacia la señora Coquil; no estaba dispuesto a dejarse arrastrar por ese nuevo monólogo—, ¿estuvo

ayer u hoy en la isla?

—Será mejor que pregunte en los bares de los muelles. Es donde van tras atracar el barco. No ven otra cosa de la isla.

De repente, el aire se tiñó de sonidos solemnes, célticos. El móvil de Le Ber. Este se apartó discretamente unos pasos.

—¿Y qué me dice de Charles Morin, ese empresario pesquero? ¿Se le ha visto en la isla en los últimos tiempos?

—¡Oh, ese sí es un delincuente de verdad! —En esta ocasión, la señora Coquil dejó muy clara su opinión—. No que yo sepa. No. Tiene un Bénéteau grande que llama mucho la atención. De vez en cuando se le puede ver en Le Tatoon. Ahí se sirve el mejor abadejo del mundo, pescado por nuestra gente.

Dupin tomó nota.

—Ya hemos llegado. El cementerio del cólera.

—¿El cementerio del cólera?

Un hombre se les acercó con paso decidido.

—Antoine Manet, nuestro alcalde en funciones y médico de la isla. —La señora Coquil había adoptado un tono representativo—. El alcalde está de vacaciones. En Jokkmokk, Laponia, observando alces. ¿Saben que allí hacen salami con la carne de los alces?

El alcalde en funciones, un hombre bien entrado en los cincuenta, o tal vez con sesenta años recién cumplidos, era de constitución pequeña y atlética, de cabello espeso, corto y cano; rostro franco, rictus serio, piel morena y mirada inteligente. Conservaba la juventud en los ojos. Vaqueros, calzado de cuero negro, polo y chubasquero deportivo de color gris con una bolsa en bandolera encima.

Extendió la mano para saludar a Dupin con una sonrisa:

—¡Menuda mierda! —exclamó.

Dupin se quedó paralizado, como alcanzado por un rayo. Sintió una

irritación profunda, difícil de describir. Había tenido que ser ese alcalde en funciones, y no él, quien mascullara una palabrota y, además, la que le era más propia.

—¡Solo faltaba algo así en la isla!

Dupin seguía sin poder replicar nada.

—Acérquese, señor comisario. La fallecida está ahí —añadió él con amabilidad—. Ya sabe lo que se dice: «Quien ve Île-de-Sein ve su fin».

El médico se volvió de forma decidida, sin esperar una reacción por parte de Dupin.

La señora Coquil no estaba dispuesta a aflojar, al contrario.

—En 1849 sufrimos una tremenda epidemia de cólera. —Tal como lo explicaba, parecía que estuviera hablando del mes pasado—. De hecho, ya en el siglo XVII habíamos sufrido una epidemia de peste que estuvo a punto de acabar con todos; de hecho, los supervivientes, para repoblar la isla en los años siguientes, tuvieron que ir a buscar pareja a tierra firme. —Se veía que esa última frase era muy importante para ella—. Pero volvamos al cólera, que lamentablemente vino acompañado de una epidemia de fiebre inglesa que llegó de tierra firme. El médico de entonces fue prudente y ordenó aislar de inmediato los primeros muertos y enterrar a las víctimas aquí, en este cementerio, que se abrió a toda prisa. De hecho, el traje regional de las isleñas, que es de color negro, alude a esa epidemia. Incluso hoy en día el sombrero que llevan es negro.

Aquello era tremendamente triste. Triste y tétrico, sobre todo teniendo en cuenta que los trajes regionales bretones, de hecho, se caracterizaban por una profusión de colores intensos.

Dupin siguió al alcalde en funciones. El cementerio del cólera se encontraba en una de esas extensiones cubiertas de rastrojos y dañadas por la acción de las liebres, que también en esa parte se extendían hasta alcanzar la

playa rocosa; de hecho, el cementerio en sí no era más que una parte de esos prados rodeada por un muro antiguo de piedras planas que llegaba a la altura de las rodillas. Era un rectángulo exacto, con la entrada orientada hacia el eje este-oeste. Al abrigo del muro crecían pequeñas agrupaciones de plantas con flores de color rosa. En la parte posterior del murete, al otro lado de la entrada, se alzaba una sencilla cruz de piedra desgastada, de no más de un metro de altura. Dentro del rectángulo, a ambos lados del suelo había varias grandes losas de granito dispuestas en paralelo. Sin inscripción alguna. Completamente en blanco.

No había más. Eso era el cementerio.

Era un lugar inconcebible. Una nada plana y rala bajo un cielo infinito de un fabuloso color azul. A treinta metros de allí empezaba el océano inmenso. Unos cuantos bloques de granito dispersos junto al mar, otros más allá, sobresaliendo de las aguas, como esculturas misteriosas, signos crípticos.

—Tuvieron que compartir la cruz. —La señora Coquil se había percatado de la mirada de Dupin—. A fin de cuentas, solo hubo seis víctimas de cólera; el cementerio tenía capacidad para más.

Un lamento por ese derroche de espacio.

Los policías, los civiles, la madre y el muchacho se encontraban cerca de la cruz de piedra y miraban a Dupin. El alcalde en funciones había esperado en la entrada del cementerio al comisario, a Le Ber y a la señora Coquil.

—Pero hay siete, ¿verdad? Son siete —indicó Dupin sin más.

Había contado cinco sepulturas a la izquierda y dos a la derecha. En cualquier caso, aquel detalle carecía de importancia.

—¿Cómo ha dicho?

Al oír el comentario de Dupin, la directora del museo se detuvo en seco. Tenía el espanto escrito en la cara. Debía de estar pasando algo inaudito, aunque Dupin era incapaz de adivinar de qué se trataba.

También Antoine Manet lo había oído.

—Joséphine, no asuste usted al comisario. Tenemos cosas más importantes que hacer. Además, dicen que es el mejor.

La señora Coquil intentó recuperar la compostura, algo que, a todas luces, parecía resultarle muy difícil.

—¿Dice usted que ha visto siete sepulturas? Cinco a la izquierda, ¿no? Ha dicho cinco, ¿verdad?

—Me he confundido. —Dupin había vuelto a mirar y había contado solo cuatro.

Había contado mal.

—Se dice que quien ve la quinta sepultura en la hilera del oeste —explicó ella esforzándose, sin suerte, por no sonar dramática— ve, en realidad, la suya. —Tras vacilar, prosiguió—: Y que esa persona, en los días siguientes, sufre tremendas calamidades. La última vez fue hace cuatro años. Era un hombre de Le Conquet, un carnicero, él...

—¡Joséphine, déjalo ya! —El tono era severo. Antoine Manet hablaba muy en serio, cosa que, a ojos de Dupin, no arreglaba mucho las cosas. ¿Por qué se ponía de ese modo? Aquello no eran más que un hatajo de supersticiones ridículas.

Dupin dirigió una mirada hacia Le Ber, que, a pesar de tener el teléfono en la mano, se había quedado mudo. Estaba paralizado y miraba a un lado y al otro, a la señora Coquil y a Dupin.

Él no iba a ser de gran ayuda en este caso.

—¿Qué ocurre, Le Ber? —Dupin se le acercó.

—Es Labat —El inspector se esforzaba en vano por adoptar un tono de voz firme—. Acaba de llamar. El forense ha establecido el momento de la muerte sobre las veintidós horas, con una hora más o menos de diferencia.

Dupin no esperaba otra cosa.

—Por lo demás, se han confirmado las primeras hipótesis. No hay nada nuevo. Tampoco en la barca de Kerkrom han encontrado nada fuera de lo común. Todo parece normal. De todos modos, Labat va a encargarse de la inspección a un pescador de confianza de la policía de Douarnenez, por si ve algo más.

Eso era una buena idea.

—No han encontrado ningún móvil en la barca. —Le Ber seguía aún desconcertado y parecía querer tranquilizarse al hablar—. Pero sabemos que Kerkrom tenía uno. El asesino tuvo que llevárselo.

—Pónganse en contacto con la compañía telefónica y comprueben las llamadas.

—Estamos en ello. Pero sepa que nos va a llevar tiempo. Labat ha interrogado a Jean Serres, el ayudante de la señora Gochat. La verdad es que no ha servido de nada. Solo ha repetido lo que ya sabíamos. También tenemos la lista de los compradores presentes en la subasta. Así pues, contamos con la relación completa de las personas que se encontraban en la lonja ayer por la tarde a partir de testimonios confirmados. Hablar con toda esa gente llevará un tiempo, pero nos informarán si surge algo importante.

—Bien.

Labat dominaba a la perfección el procedimiento metódico.

—Jefe, creo que debería ir con cuidado. No se tome a la ligera eso de la séptima tumba. —Le Ber parecía sinceramente preocupado.

Dupin no pudo reprimir exclamar en voz alta:

—¡No pasa nada! Nada de nada.

Le Ber iba a replicar algo, pero al final se contuvo.

—Me ocuparé ahora de las barcas y de sus tripulaciones, jefe. Si me necesita, llámeme al móvil. —Vaciló—. Sea lo que sea, llámeme. No importa lo que ocurra.

El inspector hizo un gesto de ánimo y se volvió hacia los policías:

—Caballeros, tenemos un par de tareas urgentes. Síganme.

Con una mirada curiosa, como unos cachorros, los agentes se apresuraron a seguirlo de nuevo por el eje este-oeste.

Dupin se volvió al señor Manet.

—¿Y el cadáver? ¿Dónde está?

Todavía no lo había visto.

—Detrás de la última tumba. —Antoine Manet se dirigió hacia el muro del cementerio—. Al otro lado —añadió, haciendo un gesto vago con la cabeza—, ahí atrás, en un hoyo. Fue una tumba que se abrió pero que nunca llegó a utilizarse y que, con el tiempo, se ha venido abajo. El cadáver no se ve desde la carretera. Anthony lo ha encontrado esta mañana mientras jugaba.

Supuso que sería el muchacho, de entre nueve y diez años, que estaba junto a su madre.

Dupin saludó a los presentes.

No conocía a ninguno de los miembros de la policía científica.

—¿Por qué está en el cementerio del cólera?

Manet, que permanecía de pie frente al muro, se encogió de hombros despacio.

—No tenemos ni idea.

Entretanto, Dupin se había acercado a la última sepultura.

Entonces vio el cadáver.

Era el cuerpo de una mujer, muy hermosa, de unos treinta años. Laetitia Darot yacía bocarriba, como si estuviera acostada, con una expresión casi plácida. Cabellera larga, ligeramente ondulada, de color castaño con un brillo cobrizo; facciones gráciles que, sin embargo, revelaban también cierta dureza, ningún asomo de fragilidad; una boca arqueada. Parecía dormida. El corte en el cuello era casi delicado, como un adorno extraño; tan solo el

reguero de sangre seca debajo era ancho. Llevaba unos vaqueros oscuros, botas de goma azules de caña baja, una chaqueta de lana azul y, debajo, un jersey gris de punto grueso.

—Sospecho que ha sido esta mañana. Seguramente entre las seis y las siete. El corte es limpio, tráquea y cuerdas vocales. —Manet tenía el ceño fruncido, parecía muy concentrado—. No pudo emitir ningún sonido. El cerebro dejó muy pronto de recibir oxígeno y la sangre se le coló en la tráquea hasta ahogarla. —Se interrumpió mientras recorría el cuerpo con la mirada hacia abajo. Dupin hizo lo mismo—. Tiene la muñeca derecha algo inflamada, tal vez el agresor la agarró por ahí. Sin embargo, no hay indicios de auténtico forcejeo, ni otras lesiones visibles.

—¿Cree que hay que ser un experto para hacer un corte como este?

Esa cuestión ya había salido a colación por la mañana.

—No necesariamente. En el mar hay muchas personas que manejan bien el cuchillo.

—La forense debe de estar a punto de llegar. —Uno de los hombres de la científica dio un paso al frente con tono desenvuelto y solícito. Aquel era un Labat en ciernes—. En mi opinión, deberíamos esperar a la experta.

—Tengo toda la información que necesito del cadáver —rezongó Dupin.

El médico de la isla dibujó una sonrisa débil. Aquel posicionamiento de Dupin a favor del médico no era necesario; Manet no parecía ser alguien que perdiera los nervios con facilidad. Daba la impresión de estar bastante curtido.

—Es muy probable que el asesinato se produjera aquí o muy cerca de este lugar —prosiguió el otro hombre, más mayor, de pelo cano y porte competente—. En el suelo, junto al cadáver, se ha filtrado una gran cantidad de sangre, es imposible que perdiera tanta en otro sitio. Por otra parte, no se movió después de que la colocaran en el hoyo, la sangre ha seguido fluyendo

siempre por el mismo sitio.

—Para entonces, Laetitia Darot ya estaría inconsciente —comentó Manet asintiendo—. Por lo general, eso ocurre al cabo de unos diez segundos.

—Hemos buscado más sangre por el cementerio y no hemos encontrado nada. Ni siquiera en el campo de alrededor. No hay nada raro. Con este suelo, no nos hemos detenido a buscar pisadas. —Al decirlo, el colega de más edad miró hacia abajo con gesto expresivo—. Hasta ahora tampoco hemos encontrado nada sospechoso en la ropa de la víctima. Volveremos a inspeccionarlo todo en cuanto se proceda al levantamiento del cadáver.

Con esas palabras quedó confirmada la primera impresión sobre la competencia del agente.

Entretanto, Dupin había dado una vuelta en torno al hoyo.

—Seguramente se encontró aquí con el asesino. A primera hora de la mañana. —Dupin levantó la mirada hacia la orilla—. Si esa persona vino en una embarcación un poco grande, tuvo que amarrar en el dique donde se encuentra ahora la barca de la policía.

—Examinaremos a fondo ese muelle. —También entonces el hombre reaccionó al momento.

—Otra posibilidad —dijo la señora Coquil, que no había vuelto a hablar desde el incidente de las tumbas; Dupin tuvo la impresión de que seguía mirándolo de forma extraña— es que fondeara la barca un poco lejos de la costa y llegara a tierra con un bote auxiliar, o tal vez... —su mirada se oscureció— esa persona viva en la isla.

—Señora, ¿a qué hora exactamente ha encontrado su hijo el cadáver?

Los dos miembros de la científica se dirigían ya hacia el dique cargados con sus pesados maletines plateados. Dupin se quedó con el muchacho, su madre, Antoine Manet y la señora Coquil.

—A las 7.24 —respondió el chico. Le brillaban los ojos. Era evidente que

no estaba en absoluto afectado.

—¿Cómo lo sabes con tanta exactitud?

El muchacho, orgulloso, plantó frente al comisario un brillante reloj negro digital.

—En un delito hay que ser muy preciso. —Reflexionó un instante—. El cole empieza a las 8.30 y puedo jugar fuera hasta las 8.15; luego tengo que marcharme.

Su madre se vio obligada a añadir:

—Vivimos ahí delante, en una de las primeras casas. De hecho, Anthony no tiene permiso para alejarse tanto. Pero, bueno, aquí no puede pasar gran cosa. —Y, dándose cuenta de la ironía de esa afirmación, añadió—: Al menos no es lo habitual.

—¿La víctima está exactamente igual que cuando la has encontrado?

—Sí, igual.

—Dime, Anthony: ¿has visto alguna otra cosa extraña?

Aquel muchacho era muy espabilado. Un aventurero. Pelo oscuro enmarañado, sonrisa pícaro, vaqueros muy sucios, zapatillas de deporte, camiseta azul desteñida. Llevaba todos los bolsillos de los vaqueros, tanto los de delante como los de detrás, muy abultados, como si guardara en ellos todo lo que podía.

—Las liebres. Había seis mirando el cadáver. Estaban a su alrededor. Y fuera estaba Jumeau.

—Es uno de los pescadores de la isla con barca propia —completó Manet mirando al chico con simpatía.

Aquello interesó mucho a Dupin.

—¿A qué distancia?

—A media distancia. —Anthony señaló a lo lejos, hacia mar abierto. De por sí, esa respuesta era difícil de entender.

—Es por las lubinas —explicó la madre con un rictus severo en la frente—. Pesca con palangre. Lleva un par de días faenando todas las mañanas más o menos en el mismo sitio. Eso también debes contarle, porque si no el comisario lo puede considerar sospechoso. Solo deberías decir lo imprescindible.

El chico no se amilanó.

—¿Sabe usted que el presidente vino a comer a nuestra casa? Dio un discurso el año pasado, ahí delante —dijo señalando un monumento de piedra situado a cierta distancia que reproducía un soldado con una extraña cruz doble sobre un gran sillar de piedra—. Eso fue porque fuimos muy valientes y era el aniversario de esa acción. Fuimos con toda la escuela. Después del discurso me acerqué a él y le invité a comer. Era mediodía.

La madre de Anthony sonrió, ruborizándose.

—Es cierto. Vino a nuestra casa durante media hora.

—Teníamos rodaballo con patatas.

A Dupin le interesaban otras cosas.

—¿Cómo dices que se llama ese pescador?

—Jumeau.

—¿Y de nombre?

—Luc.

Dupin tomó nota. Tenía una buena lista de nombres: Gochat, la directora del puerto; Batout, la señora del puesto de café; Morin, el rey de los pescadores... En todos sus casos, acordarse de los nombres era una de las cosas más complicadas para él; ya en París lo había sido, pero en la Bretaña, con esos nombres bretones, la dificultad era mayor; Dupin estaba secretamente convencido de que justo ese punto débil le convertía en alguien muy poco apropiado para su trabajo; ese, y algunos otros también.

—Hace diez años —apuntó la directora del museo— había doce

pescadores.

—¿Qué otras cosas te han llamado la atención, Anthony?

—Nada que pueda ser importante para la investigación, señor comisario. —Daba la impresión de estar pensándolo bien de nuevo—. Pero le informaré si se me ocurre alguna otra cosa. Se dice así, ¿verdad?

—Y ahora te vas derecho a la escuela. —La madre adoptó un tono intransigente—. Ya te has retrasado demasiado.

De nuevo le brillaron los ojos al chico.

—La escuela no es lo que más le gusta —se disculpó la mujer.

Dupin lo entendía perfectamente.

—Muchas gracias. Nos has ayudado mucho.

Dupin dudaba de que el cadáver hubiera podido descubrirse tan pronto sin Anthony. Estaba a unos cincuenta metros de distancia respecto al eje este-oeste y, además, el cuerpo en el hoyo solo era visible al situarse justo delante. Habría podido pasar mucho tiempo, incluso días.

El muchacho se marchó al momento y la madre lo siguió.

Dupin se volvió hacia Antoine Manet y la señora Coquil:

—¿Quién viene con regularidad a esta parte de la isla?

—Yo, por ejemplo —respondió Manet—, cuando voy a visitar a los cuatro técnicos encargados del faro y de las instalaciones técnicas de la isla. —Se echó a reír—. Pero hay más gente. Los que vienen a dar un paseo, por ejemplo. El camino hacia el faro es muy apreciado, no solo entre los isleños, sino también entre los excursionistas de un día. De hecho, no hay muchos caminos que recorrer.

Dupin miró hacia el faro.

Estaba a apenas un kilómetro y no había nada en medio.

—Las tres casas que hay entre el pueblo y el cementerio del cólera —explicó Manet señalando hacia la aldea— solo están habitadas durante los

meses de julio y agosto. A veces también durante una semana, en Semana Santa.

Dupin se frotó la sien, un gesto que, como tantos otros, podía llegar a convertirse en un tic durante un caso.

—¿Tienen alguna sospecha de lo que podría haber ocurrido aquí? — preguntó, dirigiéndose a ambos—. Han asesinado a dos mujeres de Île-de-Sein que ustedes conocían.

—Cosas peores hemos visto. —La señora Coquil adoptó un tono exaltado—. No es fácil amedrentarnos. De todos modos, está claro que algo malo está ocurriendo, algo realmente malvado. Pero no sabría decirle qué puede ser. Y usted, señor comisario, vaya con mucho tiento. No se olvide de las siete sepulturas. —Se dio la vuelta y se dispuso a marcharse—. Debo irme. Mis museos, ya sabe. De hecho, abro a las nueve. —Ni siquiera se volvió para mirarlos—. Espero que encuentre un momento para visitarme, señor comisario. Yo sé muchas cosas.

Y se alejó a buen paso.

—¿Tampoco usted sabe lo que podría haber ocurrido aquí, señor Manet?

—Lo cierto es que no. Ni la más remota idea.

—Hábleme de esas dos mujeres, sobre lo que hacían, con quién se relacionaban.

—Un momento. Tengo que hablar con el helicóptero y la forense. No deberíamos dejar el cadáver mucho tiempo aquí.

Manet se apartó unos pasos. Dupin sopesó la posibilidad de aprovechar el helicóptero para así no tener que regresar en barca, pero era demasiado pronto y aún tenía que interrogar a varias personas.

El comisario también sacó su móvil.

—Le Ber, que uno de los policías venga al cementerio para vigilarlo todo hasta que se lleven el cadáver. Quiero acordonar la zona.

—De acuerdo, jefe. He enviado a un colega al puerto para que se asegure de que ninguna embarcación zarpe de la isla sin que antes nos hayamos puesto en contacto con ella. El barco del combustible sigue aquí. Y también el peluquero. Les he dicho que usted quería hablar con ellos. Le están esperando en uno de los bares. Entretanto, el barco de los alimentos ya ha partido. La gente tiene hambre. En cuanto a la lista de las barcas que han llegado o partido desde ayer hasta hoy por la mañana... va a ser difícil. Este puerto no tiene oficinas. Pero lo estamos intentando. Estamos hablando con todo el mundo: los dueños de los bares nos están ayudando.

—Excelente.

Los camareros sabían y veían siempre muchas cosas.

—De todos modos, nos será imposible llevar la cuenta de todas las barcas. En verano las hay que llegan a última hora del día y zarpan a primera hora del día siguiente. Lanchas motoras, veleros... No tienen obligación de registrarse en ningún sitio. Llegan y se van cuando quieren. También durante el día; a veces solo están aquí unas horas: se pasean un poco por el pueblo, comen y se marchan.

Era imposible obtener un registro sistemático. Dependían de la suerte. Dupin suspiró.

Antoine Manet había acabado de hablar por teléfono, pero se mantenía un poco alejado por discreción.

—Lo dicho. —Le Ber intentó que sus palabras sonaran animadas—. El asesino también podría ser de la isla.

En este último caso, habría navegado hasta Douarnenez a última hora de la tarde del día anterior, entre las ocho o las nueve, y habría regresado tras cometer el asesinato, bien de noche o a primera hora de la mañana. Cabía también otra posibilidad: si el asesino vivía en tierra firme, había tenido que llegar a la isla en barca el día anterior, entre las once de la noche y las seis de

la mañana. Y en caso de que existiera un cómplice, las posibilidades se multiplicaban hasta un punto que Dupin no estaba dispuesto ni siquiera a considerar.

—Preguntaremos de casa en casa. Tal vez alguien vio algo que nos pueda ser de ayuda, como un paseante a primera hora de la mañana.

Era preciso atraer a la suerte a su lado, darle al menos esa posibilidad, por remota que fuera.

—He pedido más refuerzos; deberían llegar pronto. Son otras dos barcas, ocho policías. —Le Ber conocía bien a su comisario. Aquello se convertiría en una pequeña invasión—. Entre el muelle sur y el norte, junto al agua hay una serie de cobertizos usados, entre otros, por los pescadores. Es donde guardan las redes, las boyas y otros enseres. Céline Kerkrom y Laetitia Darot tenían alquilado uno cada una. Una empleada de la alcaldía nos los enseñará. Además, ya he enviado a dos compañeros a las casas de Kerkrom y de Darot para poder formarnos una primera impresión. Por cierto, Laetitia tiene su barca amarrada aquí, en el puerto; la registraremos, por supuesto.

El inspector estaba muy metido en el caso, lo que a Dupin le venía muy bien, porque así él podía centrarse en sus propios pensamientos.

—Hasta luego, Le Ber.

Manet se acercó al comisario.

—Acompáñeme. Voy a visitar a una paciente, así podremos hablar un rato. La pobre sufre una infección grave en la rodilla; en realidad, fue un accidente sin importancia con un bote de madera, pero la astilla ha resultado ser de cuidado.

El médico emprendió la marcha mientras hablaba. Dupin lo siguió. Había dos liebres especialmente curiosas inmóviles delante del muro de la salida del cementerio. Huyeron a toda prisa en cuanto los vieron.

—Alguna vez salí a tomar algo con Céline, la mayoría de las veces en

Chez Bruno. Hablábamos de casi todo: la vida, la isla, la pesca... Eran charlas serias, pero también nos reíamos mucho. Era muy coherente y muy franca. Singular. Una mujer comprometida, aunque seguramente eso ya se lo habrán dicho. Era una persona solitaria, pero no rehuía a la gente. No estaba resentida, ni se sentía descontenta consigo misma ni con el mundo. Creo que, en general, estaba en paz con su vida, a pesar del fracaso de su matrimonio. Amaba su oficio, pese a que hoy en día la vida es muy dura para los pescadores. —A Dupin le pareció que ese era un buen resumen—. Cuando la experta en delfines llegó a la isla en enero, pronto se hicieron amigas. Fue curioso. Justo en estos últimos dos o tres meses las vi juntas a menudo: a veces, al atardecer, llegaban casi a la vez con sus barcas y entonces una se quedaba un rato en la embarcación de la otra. —Manet se rascó la nuca—. Lo malo es que seguramente ellas eran las que más cosas sabían la una de la otra, más que ninguna otra persona de la isla.

—¿Qué me podría contar sobre Laetitia Darot?

—No mucho. Laetitia parecía tímida, pero no era antipática, y no tenía una actitud negativa ni arrogante. Simplemente no le interesaba establecer contactos personales. Aquí en la isla dejamos que cada cual sea como es; es una mezcla extraña de, por un lado, sentido de comunidad y solidaridad y, por el otro, de individualismo a ultranza. Como es natural, tanta proximidad, el hecho de estar tan cerca los unos de los otros, provoca algunos conflictos. De todos modos, como le he dicho, en este sentido Laetitia no formaba parte del pueblo, y por eso no sabría decirle en qué podía estar metida. Mucha gente pensaba que se las daba de misteriosa, pero nadie podía decir nada malo de ella. La gente respetaba mucho su profesión de científica y su trabajo con los delfines.

A esas alturas ya habían llegado al camino.

—La mayor parte del tiempo lo pasaba en el mar.

—¿Sabe a qué se dedicaba antes, en Brest?

—Solo sé que también allí trabajaba para el Parc Iroise.

—¿Quién de la isla me podría contar algo más acerca de ella?

—Me temo que, de hecho, nadie. Pero ya preguntaré. Si hay algo que contar, si alguien ha visto u oído alguna cosa extraña, pronto lo sabré, y no solo referido a las dos chicas —afirmó Antoine Manet con una sonrisa.

Dupin le creyó. Era evidente. En la isla, las noticias se propagaban con gran rapidez. Y un médico era la máxima autoridad, la persona de confianza.

—Muy bien. ¿Céline Kerkrom tenía relación con los demás pescadores de la isla?

—Sí, con los dos, pero nunca he oído decir que hubiera problemas entre ellos. Tenía más relación con Jumeau, pero no sabría decirle si eran buenos amigos. La vida de los pescadores es muy dura.

Una pareja de ancianos se les acercó por el camino que llevaba al pueblo.

—Pauline, Yanik, ¡buenos días!

—¡Qué tragedia! De todos modos, ¿crees que tendrás tiempo, Antoine? ¿Sigue en pie la cita de hoy por la noche?

—Por supuesto.

Todos los habitantes de la isla conocían a Manet. Era alcalde en funciones, médico y presidente del servicio de salvamento marítimo. Sin embargo, no mostraba una actitud autoritaria, de superioridad o forzada. Si acaso, parecía un sabio. Daba la impresión de ser amigo de todo el mundo.

—Entonces, hasta luego, Antoine.

—Se refiere a la reunión para preparar la gran fiesta de los ciento cincuenta años de existencia del servicio de salvamento marítimo —explicó Manet cuando la pareja siguió su camino—. Yanik es miembro desde hace cincuenta años y durante mucho tiempo formó parte del equipo de salvamento. Brindaremos por Céline y por Laetitia. En estos casos es mejor reunirse.

Nunca habíamos tenido un asesinato en la isla.

—Se dice que Céline Kerkrom había discutido con mucha gente...

—No con mucha gente. Con personas concretas. Eso en tierra firme habría sido un escándalo. Aquí no fue para tanto. La vida en la isla sigue su propio ritmo imperturbable.

—¿Y el conflicto con el combustible? ¿Qué me dice de su compromiso a favor de las energías alternativas en la isla? —Dupin hojeó su cuaderno Clairefontaine—. He oído algo sobre unas centrales de energía mareomotriz y de un sistema de tuberías.

—La mayoría piensa como ella. Solo a unos pocos les preocupa que no proporcionen un suministro estable. Pero lograremos convencerles. Actualmente se está llevando a cabo un estudio de viabilidad. No se trata solo de una pequeña central de energía mareomotriz, sino de combinar distintas energías alternativas. El único conflicto de verdad se produjo con el encargado del barco de combustible. En una ocasión, por la mañana, llegó incluso a acecharla junto a su barca y la importunó de verdad.

Eso era lo más concreto que Dupin había oído decir hasta entonces.

—¿Llegaron a las manos?

—La empujó.

—Tenía entendido que él llega bien entrada la mañana y a esas horas ella debería estar pescando.

—Sí, en principio, sí. Pero a veces salía tarde. Depende del tiempo.

—¿Cómo se llama ese hombre?

—Thomas Roiyou.

Dupin echó un vistazo a su libreta.

—Hablaré con él ahora mismo. De hecho, mi inspector ya se ha puesto en contacto con él.

Manet asintió.

—¿Ha habido recientemente algún conflicto o incidente durante la pesca?

—No que yo sepa. No he oído nada al respecto, ni tampoco problemas de otro tipo. Los pescadores tienen una vida dura. Pero este año no ha sido peor que otros. Céline se ganaba la vida; al menos nunca se quejó de problemas económicos. Pero quizá debería hablar al respecto con la dirección del puerto de Douarnenez. Céline acostumbraba a subastar sus capturas allí.

—Ya estamos en contacto con ellos —respondió Dupin, esforzándose por adoptar un tono de voz algo neutro.

Alcanzaron las primeras casas del pueblo; pronto entrarían en el laberinto. Manet se detuvo al llegar en el primer desvío a la izquierda.

—Me han hablado de Charles Morin y del encontronazo que tuvieron él y Céline Kerkrom.

—Él es una especie de «padrino» a la bretona. Pero hace tiempo que no se ensucia las manos con negocios turbios. Prefiere mover los hilos en segundo plano.

—Me reuniré con él.

—Se lo aconsejo.

—¿Debo entender que usted también cree que Céline Kerkrom estaba en lo cierto al acusarle de utilizar, o fomentar, prácticas de pesca ilegales?

—Esa no es la cuestión. Lo importante es saber si alguna vez se podrá demostrar.

—¿Y en qué consisten esas prácticas ilegales?

—A Morin no hay nada que lo detenga. Ni fuera del Parc Iroise con sus pesqueros de arrastre, ni dentro de él con sus *bolincheurs*. Hace caso omiso de cuotas de pesca, limitaciones de capturas y reglamentos sobre redes. Y además estoy seguro que todo eso no lo hace de forma esporádica, sino sistemática. Sus redes de arrastre provocan un aumento enorme de las capturas accesorias. Además, hay pescadores que han visto arrojar aguas

sucias muy contaminadas al mar desde sus barcos. Todos son delitos muy graves.

—¿Los pescadores lo han denunciado? ¿Eso y los demás delitos?

—Por lo que sé, ha habido algunas denuncias. Pero nunca lo han condenado. Lo malo es que la mayoría de las cosas pasan desapercibidas porque nadie ve lo que ocurre en las barcas.

Dupin deseó que Nolwenn le contara cuanto antes algo más concreto sobre ese tema.

—¿Y qué hay del contrabando? ¿Ha oído hablar alguna vez del contrabando de tabaco?

—Sí, he oído hablar de ello. Hay rumores, pero no sé qué hay de cierto en ellos. A veces en esas cosas interviene también la imaginación de la gente.

Una frase curiosa, sobre todo viniendo de un bretón, pensó Dupin.

—¿Tiene gente que le apoya?

—Sí, varias personas. Entre ellas algunos potentados de la zona. Sobre todo por su polémica contra el Parc Iroise. La mayoría de los pescadores defienden el parque, al menos los de bajura, pero hay otros que creen que el auténtico objetivo de todo eso es tenerlos controlados. Especialmente las grandes empresas pesqueras, que creen que el Parc Iroise es un invento de ecologistas y burócratas alejados de la realidad, un obstáculo ideado en París y pensado para arrebatárles su mar. Para ellos, la sobrepesca y el desastroso estado de los mares son meras invenciones. Claro que todo eso es un disparate, aunque es cierto que hay un exceso de burocracia.

»Sin embargo, es cierto que hay un gran problema innegable: a los pescadores bretones y franceses les obligan a practicar una pesca aceptable desde el punto de vista ecológico, más estricta en el Parc Iroise que en cualquier otro lugar, mientras que en otros países hacen lo que les da la gana. En los mares del mundo impera la anarquía, o la barbarie, si prefiere. Incluso

dentro de la Unión Europea, las disposiciones sobre la pesca difieren. Por eso los pescadores de esta zona se encuentran en una situación de desventaja competitiva. Las normas estrictas son importantes, pero deberían aplicarse a todo el mundo, al menos a toda Europa.

Sin darse apenas cuenta habían salido de aquel batiburrillo de callejones y se encontraron ante la iglesia que Dupin había avistado desde el ferri, en una plaza con una zona verde muy bien cuidada.

—Aquí están la embarazada y el guerrero, dos de nuestros menhires. Se pasan el día charlando. Día y noche. A veces se les puede oír.

A diferencia de Le Ber, e incluso de la señora Coquil, Manet prescindía de adornos narrativos y explicaba lo fantástico de un modo sumamente conciso.

Las siluetas de los menhires eran muy inusuales; incluso con poca imaginación era fácil distinguir cuál era la embarazada y cuál el guerrero.

—¿Es habitual que en el Parc Iroise se produzcan infracciones contra la normativa de pesca?

—De vez en cuando. La semana pasada hubo una muy grave: pillaron a un *bolincheur* en la bahía de Douarnenez. —Manet reparó en la mirada interrogante de Dupin, que recordó entonces que en la lonja ya había oído hablar de eso—. Usó un arte de pesca consistente en una malla colgada en dos boyas que forma una red de cerco en el agua. Se usa sobre todo para pescar sardinas, caballas y jureles. Con ella obtuvo dos toneladas de doradas rosas, algo que está por completo prohibido.

Y que es absolutamente delicioso, pensó Dupin.

—¿Ese *bolincheur* era de la flota de Morin?

—No lo sé. No se dio a conocer el nombre. El proceso aún está abierto.

Ellos averiguarían el nombre de inmediato. Esa era una misión para Nolwenn. La señora Gochat no había mencionado el incidente esa mañana.

—Durante todo el invierno ha habido malestar en el Parc Iroise entre los

bolincheurs y los pescadores de artes menores, o de bajura; aunque eso es algo que ocurre desde hace años. Los *bolincheurs* perjudican la pesca artesanal. Cuando unos pesqueros tienden grandes redes de cerco en una zona, las barcas pequeñas no tienen nada que hacer. A su vez, los *bolincheurs* no son nada para los pesqueros de arrastre, de los que hay de distintas dimensiones, hasta llegar a las gigantescas plataformas pesqueras flotantes. —Por el modo en que hablaba Manet, era evidente que ese era un tema habitual y motivo de acaloradas discusiones—. No es sencillo. Hay una asociación de *bolincheurs* dirigida por uno de los pescadores de Morin. Céline había discutido varias veces con él. Se llama Frédéric Carrière. Su madre vivía aquí, en la isla. Murió hace unos años, pero él conserva la casa.

De nuevo, otro nombre para la lista de personas de la libreta de Dupin.

—¿Céline Kerkrom estaba de algún modo implicada en esta lucha del Parc Iroise?

—Solo de forma marginal.

—¿Y en qué consistieron esas discusiones con Carrière? ¿Hubo algo concreto?

—Ataques verbales. Por ambas partes. Sobre todo durante las subastas.

La directora del puerto tampoco había comentado nada al respecto.

—¿Últimamente también?

—Yo solo tengo noticia de las discusiones del invierno pasado.

Habían dejado atrás la plaza de la iglesia y de nuevo se encontraban sumidos en el laberinto de casas.

—Esto de la pesca —comentó Dupin pasándose la mano por el cabello— es un mundo complicado. «Lo bastante complicado como para ser fuente de los más diversos delitos, incluido el asesinato.»

—¿No le quepa duda! —respondió Manet entre risas.

—¿Ha oído hablar de fuentes de contaminación en el parque durante las

últimas semanas o meses? —El tema le vino a la cabeza sin más, ni él mismo sabía por qué.

Manet arqueó las cejas.

—Dos, que yo sepa. Hubo una mancha de petróleo, no muy grande, pero mancha al fin y al cabo. Al norte de Île Ouessant. Allí hay mucho tráfico marítimo, es la ruta del canal. El segundo incidente fue el aumento repentino de la carga química, provocado por unas tareas efectuadas en el dique de la zona portuaria de Camaret. En los trabajos de mantenimiento de los cascos contra la erosión y la podredumbre se emplean sustancias químicas nocivas. Además, ahí es donde atracan los pesqueros de altura de Morin.

—¿Se hicieron trabajos de mantenimiento en esas embarcaciones?

—Ni idea. Es mejor que hable con el director científico del Parc Iroise, Pierre Leblanc. Él sabe todo lo que ocurre allí. No se le escapa nada.

Alguien ya le había mencionado a esa persona. Dupin tomó nota del nombre.

—Era el jefe de Laetitia Darot.

—Exacto. Trabaja en la Île Tristan, que es donde el parque tiene su estación científica.

Esa sería la primera persona con quien pensaba hablar en cuanto regresara a Francia.

Siempre le pasaba lo mismo. A Dupin gustaría hablar con todos de inmediato. No era muy amigo de seguir un orden disciplinado. Si de él dependiera, lo que sería terrible, tanto para los demás como para él, todo ocurriría de forma simultánea. Cada vez que se daba cuenta de que eso no era posible, no solo se sentía frustrado, sino exasperado.

—El Parc Iroise dispone de varias estaciones de vigilancia marítima, una aquí mismo, en la isla. Leblanc viene una vez a la semana y toma nota de los registros.

—¿Qué día?

—Los viernes por la mañana.

—¿Y qué hay de los delfines muertos en Île Ouessant la semana pasada?

—Captura accesoria. El resultado de pescar con redes de enmalle de deriva y redes de arrastre. Es indignante. Hasta el momento, el departamento de pesca de la Comisión Europea no ha logrado imponer la prohibición completa de ese tipo de redes.

Un tema muy desagradable. Nolwenn también hablaba a menudo de ello.

—Las capturas accesorias afectan también a las colonias de focas del norte del archipiélago, a las distintas especies de ballenas que hay en la zona y a las tortugas de mar. Y, por supuesto, a muchas especies marinas cuya captura está prohibida.

—¿Ha habido otros incidentes en los últimos tiempos?

—Es mejor que hable con Leblanc. Además, él le sabrá decir exactamente en qué estaba trabajando Laetitia. Yo no lo sé. Y sospecho que tampoco nadie de la isla.

—Lo haré.

Manet se había detenido frente a una hermosa casa antigua con frontón en punta y flanqueada por unos rosales. Parecía que la paciente de la rodilla infectada vivía ahí.

—Creo que debería mencionarle otra cosa —Manet arrugó la frente—, aunque tal vez sea solo un rumor y yo a esas cosas no les doy demasiada importancia. No tengo la menor idea de si hay algo de cierto en esto, pero es posible que tenga su importancia. Mucha gente de por aquí dice que Laetitia Darot era hija ilegítima de Morin.

Dupin, sorprendido, irguió la espalda.

—¿Darot? ¿Hija de Morin?

Eso era asombroso. De ser verdad, resultaría sorprendente.

—Se dice que tuvo una relación con la madre de Darot. El hecho de que se supiera tan poco de Laetitia fue motivo de especulaciones, ya sabe cómo son esas cosas.

—¿Darot dijo algo al respecto alguna vez?

—No que yo sepa.

Ese sería un excelente argumento para un drama clásico. Un padre y una hija. Él, un empresario pesquero sin escrúpulos y destructivo. Ella, una defensora del medio ambiente e investigadora que había consagrado su vida a los delfines.

—¿Qué sabe de la familia de Darot?

—Casi nada. Y dudo que alguien sepa algo.

—¿Y sobre Céline Kerkrom? ¿Sobre su familia?

—Era hija única. Sus padres murieron hace un par de años, con poco tiempo de diferencia entre ambos. Los dos, isleños de muchas generaciones. El padre de Céline trabajaba en un pesquero de altura dedicado al atún; la madre recogía algas, como mucha gente de aquí.

Aquello sonaba triste. Dos mujeres solitarias, aunque quizá Dupin se estuviera formando una imagen equivocada de ellas.

—Ahora tengo que entrar. Luego me encargaré de las formalidades; no sé qué informes hay que escribir en un caso de asesinato. —Manet habló en voz baja—. Y tenemos que pensar en los funerales.

—Y yo... Bueno, buscaré al inspector. —Aquello sonó un poco raro. Dupin lo dijo sin pensar—. Aún tengo varias conversaciones pendientes.

—Si me necesita para algo, creo que en la isla me encontrará sin problemas.

Dicho esto, Manet desapareció en el interior de la casa de los rosales, sin llamar al timbre ni a la puerta, como si viviera allí.

El muelle sur era precioso. Era como si alguien hubiera cogido todos los ingredientes que para Dupin debía tener un lugar ideal y los hubiera juntado todos allí para hacerlo realidad. La bahía, formada por un semicírculo suavemente ondulado; unas hermosas casitas de pescadores antiguas de color blanco, verde claro, azul. Tras confundirse un par de veces, consiguió salir al final del muelle desde el batiburrillo de callejuelas y edificios y ahora se abría ante sus ojos.

Una luz magnífica hacía que todo brillara: era clara, confería nitidez a los contornos y su intensidad no la hacía desagradable.

El muelle estaba bordeado por un muro de defensa de piedra en muy buen estado. Como era patente en toda la isla, la intención era protegerse contra las tormentas violentas y las mareas furiosas que inevitablemente venían a la mente en cuanto uno ponía el pie en ese pequeño pedazo de tierra; a pesar de que tal posibilidad pareciera remota en un día como ese, con unas aguas que se mecían mansas en la dársena bien resguardada. Hermosas barcas de madera, pequeñas y pintadas en los tonos atlánticos, se balanceaban tranquilamente en las aguas. Delante, como parte del puerto de abrigo, descubrió el banco de arena, de un blanco cegador, que había visto desde el ferri.

En la isla ocurría algo curioso. Dupin intentaba entenderlo desde su llegada. Era como si el puerto, las casas, todo el pueblo y, en definitiva, la isla entera estuvieran aplastados, oprimidos por el poderoso cielo. En el mar, el cielo siempre era extenso, sí, gigantesco, pero en la isla aún era más grandioso, más elevado; se hinchaba, se extendía, se ensanchaba por todas partes. Frente a él, incluso el majestuoso Atlántico era apenas una banda estrecha y brillante. Dupin se dijo que era como mirar hacia lo alto con un potente objetivo de gran angular. Saltaba a la vista que en concreto esa

impresión era una de las cosas que confería a la isla su atmósfera especial. Una sensación de inmensidad infinita que hacía que uno se sintiera pequeño y, a la vez, libre. Peligrosamente libre. Claro que eso solo ocurría en un estupendo día de verano. Si había tormenta, con unos nubarrones pesados y negros desplazándose a toda velocidad, en medio de unas aguas muy agitadas, ante la violencia de la naturaleza, seguramente no quedaría nada de esa sensación.

Otra de las impresiones propias de la isla era su extraño silencio. Carecía de los sonidos de fondo propios de la civilización actual: no había coches, ni camiones de recogida de basuras, ni trenes ni metros. No había máquinas. Era como si el Atlántico devorara los escasos ruidos que había de forma que, en cuanto eran acallados, el silencio aún era más patente. Muchas cosas eran distintas allí, y eso era algo que se hacía evidente al llegar a la isla, aunque había que esperar un poco para darse cuenta de lo que convertía aquello en un mundo especial.

Le Ber apareció ante él como salido de la nada. Dupin dio un respingo.

—Jefe, los colegas han echado un primer vistazo rápido a las casas de Céline Kerkrom y Laetitia Darot y nada indica que alguien haya estado allí. Todo parece normal, no hay nada revuelto. Claro que es difícil saberlo con certeza, porque posiblemente ninguna de ambas cerró jamás su casa con llave. No lo hace nadie en la isla. El asesino, por lo tanto, habría podido entrar sin problemas y llevarse algo concreto y nosotros no nos daríamos cuenta. Los de la científica las están examinando de nuevo con más detenimiento.

—¿Dónde están?

—Muy cerca la una de la otra. Detrás del muelle norte. Viniendo del cementerio del cólera es posible acceder directamente al mar por el camino exterior y ni siquiera hace falta pasar por el pueblo. —Sin duda, el inspector

había adivinado lo que Dupin había pensado—. Pero, como le he dicho, de momento no hay indicios de que alguien haya estado en ninguna de las viviendas. Por otra parte, no hay ni rastro del móvil de Darot.

—Quiero examinar las casas en persona. Ocúpese de las llamadas telefónicas de Darot.

La lista de cuestiones que aclarar de inmediato iba en aumento.

—¿Qué hay de los cobertizos de las dos mujeres? ¿Han podido examinarlos?

—Solo han echado un primer vistazo. Ambos están repletos de todo tipo de cachivaches, sobre todo material de trabajo. En el caso de Kerkrom abundan las boyas y las redes. Es un caos completo. El cobertizo de Darot está más o menos ordenado. Trajes de neopreno gastados, bombonas, boyas, una pequeña barca de goma. Nada sospechoso de momento. De todos modos, está claro que cualquiera podría haber registrado los cobertizos. Sobre todo el de Kerkrom. No podemos saber qué cosa estaba dónde, ni lo que falta.

—Que los de la científica los examinen cuidadosamente.

—Lo harán. Por cierto, en ese dique no hay nada sospechoso. ¡Ah! Labat ha llamado. En el contenedor han encontrado gran cantidad de sangre humana. Suponen que Céline Kerkrom fue arrojada en él nada más ser degollada, probablemente poco después. Eso significa que es muy posible que la asesinaran en esa sala.

Era plausible. No suponía un problema.

—¿Con quién puedo hablar y dónde, Le Ber?

—El peluquero ya ha salido. Tenía citas en Île Molène y no hemos podido retenerlo.

—¿Lo han intentado?

—Le hemos amenazado con todo lo que se nos ha ocurrido. Incluso con que debería acudir a la prefectura de Quimper, pero él se ha limitado a decir

que había cuatro ancianos caballeros en Île Molène esperándolo. —Por el tono de voz empleado, eso es lo que le había ablandado.

»Pero antes —se apresuró a añadir el inspector—, dos compañeros han examinado su barca y no han encontrado nada raro. Nada, excepto una docena de navajas afiladas, claro. —Dupin supuso que eso pretendía ser un chiste. De hecho, era cierto que hasta el momento todos los personajes relacionados con el caso sabían manejar un cuchillo: los pescadores, los trabajadores del puerto, el personal del Parc Iroise, el médico e incluso el peluquero. Todos los que tenían una barca navegaban y pescaban—. Es una embarcación relativamente pequeña, de menos de ocho metros de eslora, pero con un motor muy potente. ¿Y sabe usted una cosa? —Le Ber sabía cómo convertir una explicación en algo emocionante—: ¡Las dos víctimas eran clientas suyas! Kerkrom y Darot. De hecho, hace tres semanas les había cortado el pelo a ambas, a una después de la otra. La pescadora era clienta suya desde hacía años, igual que casi todos los habitantes de la isla.

Ese peluquero sin duda tenía que ser un personaje muy interesante; era alguien a quien la gente le acostumbraba a contar muchas cosas mientras él se dedicaba a algo tan extrañamente íntimo y a la vez comercial como cortar el pelo.

—¿Qué ha dicho? ¿Alguna de ellas le confió algo que, a la vista de lo ocurrido, pudiera ser de importancia?

—En realidad parecía muy afectado, la verdad, pero de buenas a primeras no le ha venido nada a la cabeza. Me ha dicho que Darot era muy amable, pero que habían hablado poco. Con Céline Kerkrom charlaban sobre avistamientos de orcas...

—¿Orcas?

Dupin no pudo evitar hacer esa pregunta. Hacía poco había visto un reportaje donde unas orcas traviesas jugaban despiadadamente al ping-pong

con una pobre foca, a la que sacudían con sus enormes aletas caudales de un lado a otro para al final comérsela.

—En efecto, las orcas son cetáceos pertenecientes a la familia de los delfines. Pueden llegar medir hasta diez metros de largo. En verano a veces se acercan en grupo a la costa; hace poco se han visto algunas en la bahía de Audierne.

En ese caso, seguro que esa mañana todas habían acompañado al ferri. Dupin apartó esa idea de su cabeza.

—No es raro encontrar marsopas o rorcuales en el Parc Iroise. Incluso cachalotes.

Dupin no iba a morder el anzuelo. No estaba dispuesto a desviarse. Retomó el caso.

—¿El peluquero estuvo en casa de las dos mujeres para cortarles el pelo?

—Sí. Luego sigue su ruta hasta Île Ouessant y más tarde regresa a tierra firme. Vive en Camaret.

—¿Dónde estuvo ayer por la noche?

—En casa, con un amigo. Nos ha dado su nombre.

—Mmm.

Esa era una de esas coartadas delicadas.

—¿Y hoy por la mañana?

—Dice que llegó aquí poco antes de las ocho.

—Habrá que comprobarlo todo meticulosamente.

—Por supuesto. Ah, por cierto, Goulch ya ha llegado. Está examinando la barca de Laetitia Darot. Está listo para zarpar en cualquier momento.

Al decir aquello, Le Ber sonrió sin venir a cuento.

Entonces sonó el móvil de Dupin. Pese a andar metido en un caso, el aparato había permanecido extrañamente silencioso hasta ese momento. Ni siquiera Nolwenn había vuelto a llamar.

Vio en la pantalla el número de Labat. Dupin descolgó de mala gana.

—Le Ber ya me ha puesto al corriente de todo.

—Un pescador ha hecho una llamada anónima. Es uno de los pescadores de bajura que estaban ayer en la subasta.

Dupin era todo oídos. Labat hizo una pausa teatral.

—Afirma que en las últimas semanas la señora Gochat le preguntó varias veces si había visto a Céline Kerkrom en el Parc Iroise y dónde.

—¿Qué significa eso?

—Creo que quería saber dónde pescaba.

—¿Por qué querría Gochat saber algo así?

—Hablaré inmediatamente con ella. Yo...

—Déjelo, Labat, ya lo haré yo. De hecho, aún tengo que hacerle unas preguntas.

Sentía muchísima curiosidad por saber lo que la directora del puerto diría al respecto. Además, después de las entrevistas pendientes debía volver a tierra firme. Tenía que encontrarse con el director científico del Parc Iroise. Y también hablar con Morin.

—Hasta luego, Labat.

Dupin colgó.

Los acontecimientos se precipitaban; ese caso parecía transcurrir a una gran velocidad. En realidad, cada caso tenía un tempo propio, un ambiente único; se podía decir, y no había otro modo de expresarlo, que tenían su propia personalidad.

—Bien. Ahora...

De nuevo sonó el móvil. Seguían parados en el muelle.

Era Nolwenn. Dupin contestó al momento.

—¡Es inaudito, señor comisario! —Nolwenn estaba claramente contrariada y, además, algo extraño en su secretaria, parecía estresada, tensa—. No

encuentro nada interesante sobre Céline Kerkrom. Solo lo que ya sabemos. He hablado con la amiga de la tía de mi marido. —En la Bretaña los clanes, que se remontaban a varias generaciones, no solo los formaban las familias en sí, sino también los amigos íntimos—. No conocía mucho a Céline, dice que era una mujer inteligente y muy obstinada, más terca de lo habitual para ser bretona. Era una buena chica. La pobre estaba desolada, pero no ha sido de gran ayuda.

—¿Eso es todo?

—Todo.

No era gran cosa.

—No tiene más familia.

Se oían voces de fondo, muchas. Nolwenn se dirigía a algún sitio.

—¿Y ese Morin?

—Actualmente se enfrenta a dos denuncias. Incumplimiento de la normativa de pesca del Parc Iroise. En los últimos años ha acumulado varias, pero ninguna interpuesta por Céline Kerkrom. Parece que solo es un rumor. En todo caso, ninguna ha llegado a prosperar. Se dice que el abogado de Morin es muy hábil. He hablado con varias personas, incluso con el jefe de policía de Douarnenez. Dice que él ya ha desistido, que jamás se podrá demostrar nada en contra de Morin; para ello harían falta fotografías o vídeos, no solo indicios ni testigos que afirmaran haber visto algo a varios cientos de metros de distancia. En general, ese es el problema con los delitos en el mar.

—¿Qué denuncias son y de qué fechas?

—Una es sobre un descarte en uno de sus pesqueros de arrastre.

—¿Ah, sí?

—Es una práctica conocida como «*highgrading*» y que está absolutamente prohibida. Consiste en descartar capturas que ya están muertas arrojándolas al

mar para dejar sitio a pescado de mayor valor o agotar las cuotas. Así obtienen pescado que pueden vender a un precio superior al capturado antes. Estamos hablando de grandes cantidades. Es abominable.

Aquello era nuevo.

—Esa es una de esas cuestiones delicadas. —Nolwenn empezó a acalorarse—. ¿Cómo demostrar algo así? Aunque usted pudiera subir a bordo de una embarcación, para lo que haría falta una orden judicial, y determinara que «por casualidad» toda la captura es correcta, lo cual es casi imposible, eso solo sería un indicio indirecto, no una prueba. Jamás sería suficiente. El fiscal afirma que el *highgrading* solo se puede demostrar jurídicamente si el delito se descubre en el momento en que se está cometiendo en el mar. Necesitamos con urgencia una ley que exija la realización de grabaciones en vídeo en las barcas. Hay que instalar cámaras. Hace poco —Nolwenn apretaba los dientes con rabia—, se supo que un pesquero de arrastre había arrojado por la borda en el mar del Norte mil quinientas toneladas de arenques muertos durante una salida a zona de pesca de tres semanas, una embarcación que en los últimos quince años había recibido veinte millones de euros en subvenciones de la Unión Europea. El caso lo destapó una comisaria heroica. ¡Qué mujer tan estupenda!

—¿Quién presentó la denuncia contra Morin?

—Un joven pescador de Le Conquet. Un hombre valiente. Acabo de hablar con él. —Nolwenn era sencillamente genial—. Pero no conocía a Céline Kerkrom en persona. No hay indicios de ningún tipo de relación.

—¿Y la otra denuncia?

—De nuevo, a uno de los pescadores de Morin se le encontró una cantidad excesiva de abulones. El año pasado ocurrió lo mismo. Pero entonces, de algún modo, el asunto se olvidó. Se les impusieron unas pequeñas multas. Las abulones se venden en Japón por cifras astronómicas.

Las abulones eran los moluscos favoritos de Dupin. De concha nacarada, su carne firme y de color blanco se preparaba como un entrecot, en mantequilla salada, con flor de sal, pimienta de Espelette y pimienta. Una delicia.

El comisario recuperó la concentración.

Las posibilidades de prácticas ilegales relacionadas con la pesca empezaban a ser muy numerosas.

—¿Qué dijo Morin al respecto?

—Nada; por lo que yo sé, no dijo nada.

—En la zona portuaria de Camaret el agua se ha contaminado con productos químicos a causa de las sustancias que se emplean para combatir la podredumbre de los cascos de las barcas. ¿Ha oído rumores sobre si esas embarcaciones eran de Morin?

—Sí, en efecto. Algunas eran de él, pero no todas. Al final del muelle de Styvel hay una gran instalación dedicada a ello. También en Le Conquet y en Douarnenez. La abominación de la contaminación química lleva perpetrándose desde hace años, pero no he oído decir que el problema se hubiera recrudecido.

—¿Sabe algo de contrabando de tabaco? ¿Qué dicen las autoridades aduaneras?

—Hace tres años investigaron un presunto caso de contrabando, de tabaco en concreto, que al parecer tenía lugar por vía marina, con pesqueros. En ese contexto, los investigadores dieron con dos barcas de Morin que supuestamente habían sido vistas varias veces en el lado inglés del canal, justo en el punto donde se sospechaba que había una estación de contrabando. Al final se logró descubrir la actividad ilegal, pero las únicas pruebas que se encontraron estaban en unos camiones que habían sido enviados a través del túnel. —Como siempre, Nolwenn había investigado a fondo—. Por eso se

abandonó la investigación en torno a Morin. Además, no había más indicios. Para las autoridades aduaneras, Morin es una persona irreprochable.

—De acuerdo. Tenemos otro rumor, Nolwenn. Se dice que la investigadora de delfines asesinada podría ser hija ilegítima de Morin.

Nolwenn permaneció impasible.

—De ser eso cierto, no cabe duda de que ella merecía un padre mejor. —Suspiró profundamente—. No he oído nada al respecto, señor comisario, pero me encargaré de ello. Morin está casado, pero no tiene hijos, al menos de este matrimonio.

—¿Qué más ha averiguado sobre él?

—Su patrimonio privado ronda los diez millones. Le consideran un tacaño. Como dicen los bretones, *hemañ zo azezet war e c'hodelloù*, se sienta sobre los bolsillos del pantalón. —Nolwenn trataba las peculiaridades personales como si fueran hechos probados—. Es propietario de varios edificios espectaculares, la mayoría de ellos para su uso particular, ya que va cambiando de domicilio. Su dirección principal se encuentra en Morgat; el resto de las residencias, al menos las que he podido encontrar, están en Tréboul, Saint-Mathieu, el cabo de Sizun y en isla Molène.

Los lugares más bonitos del extremo occidental.

—Tiene cuatro pesqueros de altura registrados en Douarnenez. —Nolwenn pasó a informar en un estilo parco y cortante, como si tuviera prisa—. Las demás barcas, siete *bolincheurs*, de las veinte licencias que hay para la zona del Parc Iroise, y tres *chalutiers*, están repartidas entre Le Conquet, Douarnenez y Audierne.

Dupin lo había anotado todo.

—Podrá reunirse con él a las cuatro de la tarde. —Vaciló un momento, algo realmente extraño en ella, y añadió—: Si le va bien, por supuesto. Si no es así, puedo cambiar la hora.

—Ya veremos cuánto tiempo necesito aún. Primero quiero ver al director del Parc Iroise y luego volveré a hablar con la directora del puerto. — Nolwenn permanecía en silencio. Eso tampoco era propio de ella—. De hecho, la directora del puerto —continuó Dupin sin tener una intención concreta— intentó averiguar dónde había estado pescando Céline Kerkrom en las últimas semanas.

—¿Tiene usted alguna sospecha de por qué quería saber eso?

—En absoluto.

—En un momento les enviaré a usted, Le Ber y Labat los números de teléfono que necesitan de todas las personas involucradas hasta el momento en el caso.

Dupin apenas había prestado atención a esas palabras.

—Otra cosa, Nolwenn. —Menos mal que se había acordado en ese momento, ¡casi lo había olvidado!—. Actualmente hay un proceso abierto contra un *bolincheur* que pescó dos toneladas de doradas rosa a pesar de la prohibición existente. Me gustaría saber quién fue y si forma parte de la flota de Morin.

—Perfecto. Le llamaré de nuevo. Hasta luego, señor comisario.

Dupin se apresuró a preguntar:

—¿Nolwenn?

—¿Sí, señor comisario?

—¿Va todo bien?

—Oh, sí, por supuesto.

El ruido de voces al fondo había vuelto a aumentar.

—¿Dónde está?

—Recogiendo las firmas que nos faltan.

—¿Firmas?

—Como sabe, ese ministro parisino de Economía ha autorizado la

destrucción del banco de arena de la bahía de Lannion. ¡Una infamia! Mi tía Jacqueline es la jefa local del Peuple des Dunes, uno de los grupos de resistencia. Tenemos que movilizarnos otra vez, y yo la ayudo.

—Yo... —Dupin se interrumpió.

Nolwenn lo había explicado con la máxima naturalidad, dando a entender así que no era conveniente insistir con más preguntas.

Hacía semanas que Lannion se había convertido en el centro de todas las conversaciones en la Bretaña. La indignación había ido en aumento, y con razón, y desde principios de año se habían producido grandes actos y manifestaciones que, sin embargo, no habían servido de nada. Dupin había leído una larga entrevista al respecto a un profesor de biología en el *Ouest-France*. Una empresa había conseguido la licencia del «gobierno central francés» para extraer cantidades ingentes de arena de gran calidad, arena con conchas, de la bahía de Lannion y destinarla al uso industrial. Dicho en otras palabras y tal como era: una licencia para destruir un paisaje marino único, tanto desde el punto de vista geológico como biológico.

Era una gigantesca duna submarina, de cuatro kilómetros cuadrados, llamada Trezen ar Gorjegou. El plancton que albergaba constituía la base de toda la fauna marina, tanto de los peces pequeños como de los grandes, así como de los mamíferos marinos y las aves. Todos dependían de él. El equilibrio biológico de esa región marina se malograría gravemente y tendría unas enormes repercusiones también para los pescadores de bajura que luchaban por sobrevivir.

El colmo del cinismo era que, para que aquello no espantara a los turistas, se había decidido detener las extracciones en los meses comprendidos entre mayo y agosto. En su último caso en Port du Bélon, Dupin ya se había enfrentado al fenómeno del robo de arena con una empresa que se dedicaba a la extracción ilegal de la misma; sin embargo, este era un robo de arena en

toda regla, con autorización estatal, lo que convertía el asunto en algo mucho más monstruoso.

Nolwenn siguió hablando:

—Hemos invitado a todo el mundo a la mayor cumbre sobre clima y medio ambiente de todos los tiempos y nosotros, en cambio, nos comportamos como auténticos bárbaros.

Dupin oyó aplausos entusiastas. Gritos de aprobación.

—¡Lo mismo ocurre con el bloqueo por parte de Francia de la prohibición de la pesca en mar profundo de la Unión Europea! —De nuevo una gran ovación en segundo plano—. ¿Y por qué permiten todo esto? Porque en el mar los daños no se ven. ¡Solo se notan las consecuencias y entonces ya es demasiado tarde!

Un júbilo entusiasta estalló. Nolwenn parecía estar en medio de un grupo bastante nutrido de personas.

Si Dupin no estaba equivocado, en este caso su secretaria trabajaría desde las barricadas. Sabía que su excelente labor no se resentiría, pero le inquietaban otros aspectos de esa situación.

—Tiene toda la razón, Nolwenn.

Se había sentido obligado a decir algo. Y además era lo que pensaba.

—¡Señor comisario, debe usted comprometerse! Pero volvamos al caso: no hay tiempo que perder. Le llamaré.

Un momento después, ella ya había colgado.

Dupin necesitó unos segundos para recuperarse. Estaba demasiado perplejo.

Le Ber, por su parte, había aprovechado la llamada del comisario para hacer una.

—Voy para allá de inmediato —decía—. ¡Nos vemos ahora! —Luego se volvió hacia el comisario—: Ya tenemos una primera lista de las

embarcaciones que zarparon o entraron en la isla entre ayer al final de la tarde y hoy a primera hora de la mañana. Solo, claro está, de las barcas vistas por alguien. Las repasaré primero con los compañeros.

—Contacte con cada una de esas personas, Le Ber. Verifíquelo todo. — Dupin seguía sumido en sus propios pensamientos, junto a Nolwenn y las barricadas; hizo un esfuerzo por sobreponerse—. Compruebe todas las coartadas, sin excepción, de todo el mundo.

—Lo haré, jefe. Por cierto, Thomas Roiyou le aguarda, jefe. Es el hombre del barco del combustible. Está sentado ahí delante, en Chez Bruno. Con sus dos hombres. Lleva ya un buen rato esperando.

Dicho eso, Le Ber desapareció.

El propietario del bar había escogido un cálido amarillo solar para la fachada y un amarillo limón más apagado para los laterales del estrecho edificio. Tenía delante un murete blanco bien cuidado con una puertecilla de madera pintada de verde y una banda de intenso color rosa encima. La terraza estaba cubierta por un toldo esmeralda. Sobre él, en letras grandes, se leía CHEZ BRUNO. La terraza algo elevada por la que se accedía al bar estaba delimitada por unos maderos deslucidos. Había unas pocas mesitas redondas y sillas de mimbre que parecían cómodas. El lugar tenía algo de privado, de íntimo, como si fuera la casa de alguien. Imposible estar en un lugar más bello: el puerto, el dique, el banco de arena, el mar al fondo y el fantástico cielo de color azul.

Dupin echó un vistazo a su libreta para asegurarse y subió el escalón de la terraza.

—¿Thomas Roiyou?

Los tres hombres estaban sentados en la mesa de la esquina. Iban vestidos

con unos monos azules gastados y sucios; toda la terraza olía a combustible. Delante de cada uno había dos cafés y una botella vacía de cerveza; en un cenicero Ricard de color rojo se acumulaba un montón de colillas aplastadas de Gitanes. Sobre la mesa vacía de al lado había tres pares de guantes sucios de aceite.

—Esa pretende arruinarme el negocio por un par de litros de combustible.

—El hombre huesudo y alto que estaba sentado en el centro, de pelo rubio cobrizo y pómulos elevados, habló con un tono agresivo—. Esto es demencial. Sería mejor que ella se dedicara a otra cosa. ¿Le parece a usted que el sol y el viento bastan para asegurar el suministro? Me gustaría verlo. Por mí, que hagan lo que quieran. No es mi isla. ¡Que les den!

—La han asesinado.

El hombre dirigió a Dupin una mirada de desdén.

—Oh, vaya, y usted cree que...

—¿Dónde estuvo usted desde ayer al atardecer hasta primera hora de esta mañana, señor Roiyou? ¿Hay alguien que lo pueda confirmar?

Dupin cogió una de las sillas desocupadas de la mesa de al lado y se sentó con una pose indiferente. Delante de los tres y frente al cabecilla.

—A usted no tengo que decirle nada.

—Si quiere, hacemos lo mismo en comisaría y con una citación. Como quiera. —Dupin había bajado el tono de voz y pronunció esas palabras de forma fría y penetrante, imprimiendo a cada sílaba todo el peso de su cuerpo. Pocas veces eso dejaba indiferente a alguien, aunque sí en esa ocasión.

—Vale, ¿y qué? —bufó Roiyou clavando la mirada a Dupin.

—Que le tendríamos ocupado todo el día. Puede que dos, depende. Naturalmente, lo citaremos en Concarneau, quizá a primera hora de la mañana, aunque, como puede figurarse, un caso como este requiere una ingente cantidad de trabajo policial urgente. Usted tendría ir allí y esperar;

podría ocurrir entonces que, en un momento dado, yo me viera obligado a retrasar la cita y usted tendría que volver a esperar. Me sabría muy mal.

Aunque era una persona muy primitiva, Roiyou pareció reflexionar. No le sirvió de gran cosa.

—Usted a mí no me da miedo.

—¿Los agentes han inspeccionado ya su embarcación? De no ser así, procederemos de inmediato.

—No puede hacer eso sin...

Siempre la misma canción. Dupin empezaba a perder la paciencia.

—Por supuesto que podemos. Y, además, sin orden de registro. Hace apenas unas horas se han cometido dos asesinatos brutales. Usted y una de las víctimas protagonizaron un conflicto bastante grave. Por otra parte, su conducta resulta muy dudosa. Eso es suficiente para una sospecha fundada.

Era un farol, pero a esas alturas Dupin estaba dispuesto a llegar al límite.

—Así pues, ayer al atardecer, ¿dónde estuvo usted? En concreto entre las nueve y las doce de la noche.

De nuevo el hombre pareció reflexionar. Si es que eso era posible. No tardó mucho.

—Yo a esa hora ya estoy acostado.

En principio, la respuesta era plausible. Ese hombre tenía que llevar un ritmo de vida muy distinto al resto de la gente. Como todo el mundo relacionado con la pesca y el mar. Pero aun así...

—¿Hay alguien que pueda confirmarlo?

—Mi madre.

—¿Y hoy por la mañana?

—Hemos zarpado de Audierne a las seis y hemos llegado a la isla a las siete y cinco.

Según el médico de la isla, la experta en delfines había muerto entre las

seis y las siete de la mañana. Pero también podía haber ocurrido un poco más tarde.

—El camión del combustible nos estaba esperando. Aquí todo lleva su tiempo. Lo hemos cargado dos veces. Durante el primer viaje hasta el faro, nosotros hemos estado trasteando en la barca.

—¿Han permanecido todo el rato juntos, usted y la tripulación?

—Creo que sí.

Esta vez respondió uno de los otros dos hombres, uno de rostro curtido. Ambos tenían una sonrisa estúpida dibujada en los labios.

—¿Había alguien más con ustedes?

—Solo el conductor del camión. ¿O se refiere a otras personas?

De nuevo esas sonrisas.

—¿Cuándo rato se ausentó para llevar la primera carga al faro?

—Yo diría que media hora.

Dupin lo anotó.

—Lo comprobaremos —musitó—. ¿Cuánto se tarda en llenar el tanque de combustible hasta que el camión está listo?

—Yo diría que, como máximo, diez minutos.

—Entonces serían, más o menos, las siete y cuarto. ¿Se ha marchado inmediatamente?

—Sí. ¿Qué quería que hiciera por aquí?

—¿Ustedes han tenido a la vista a su jefe en todo momento después de atracar?

Dupin se había vuelto hacia sus vasallos.

—Sí —respondieron de forma sincrónica, aunque no con la decisión del asentimiento anterior. De todos modos, eso no significaba gran cosa.

Dupin hizo cálculos en voz alta.

—Por lo tanto, tras atracar, usted habría podido llegar con facilidad al

cementerio del cólera y regresar. —La coartada de Roiyou no era muy firme —. Antes de partir, ¿sabe si el conductor del camión lo vio?

—Ni idea. Yo tenía faena en el barco. Bueno, estoy hartito.

Se levantó bruscamente. Tenía la voz áspera y los rasgos de la cara endurecidos. Con el ímpetu del gesto hizo caer la silla en la que había estado sentado; el ruido fue tan fuerte que tuvo que oírse en toda la isla.

Por un momento Dupin consideró la posibilidad de que Roiyou estuviera dispuesto a llegar a las manos. La charla se había convertido en algo más que una simple escaramuza retórica. Ese hombre le ponía furioso.

—Muy bien, entonces, hasta pronto.

El comisario se quedó sentado, impasible.

Los otros dos hombres también se levantaron de su asiento.

Siguieron a Roiyou en dirección al muelle, hacia el puerto.

Dupin sacó el móvil.

—Le Ber, escúcheme. Envíe enseguida varios hombres al barco de Thomas Roiyou. Que lo examinen todo con el máximo detenimiento. Si Roiyou se queja, dígame que me llame. Pregunte por el puerto y en los bares del muelle norte si alguien lo ha visto esta mañana a primera hora junto a su embarcación o en ella y a qué hora exactamente llegó con su barco. ¡Ah, sí! Pida al conductor del camión de combustible que le confirme los tiempos: pregúntele a qué hora salió con el primer repostaje, cuándo regresó y si vio a Roiyou antes de partir.

—Entendido, jefe. De todos modos, sea prudente: se dice que Roiyou tiene origen vikingo. Uno de los agentes conoce a su familia.

—Que Nolwenn averigüe si alguna vez ha tenido problemas con la policía.

—¿Sabe que hoy trabaja desde Lannion? —Le Ber vaciló.

—Lo sé.

Dupin suspiró y colgó. Mientras hablaba con el patrón del barco del

combustible había oído unos ruidos extraños, sordos, que parecían estar muy alejados pero que se acercaban rápido.

El helicóptero.

Dupin escrutó el cielo en dirección a tierra firme, a Francia, perfectamente visible en la lejanía. Lo descubrió al cabo de un momento. Una mancha en el cielo, como un insecto. El ruido aumentó conforme el helicóptero se acercaba a la isla.

Venían a recoger el cadáver.

Pocas horas antes, en esa mañana maravillosa, esa joven se había despertado en la isla con un día por delante dedicado a los delfines. Y ahora, poco tiempo después, estaba metida en un saco, muerta y a punto de ser trasladada al laboratorio de medicina forense de Brest para su autopsia. Curiosamente, en ocasiones, algún hecho derivado de un asesinato convertía el crimen en algo más real que la propia noticia del mismo. Eso fue lo que le pasó a Dupin en ese momento. Durante toda la mañana los sucesos habían estado teñidos de un cierto grado de abstracción. De hecho, la inspección de los cadáveres había sido el momento más abstracto de todos.

Siguió el helicóptero con la vista; acababa de llegar a la isla y atronaba a baja altura sobre el puerto. El ruido era ensordecedor. El piloto se disponía a tomar tierra justo al lado del cementerio, sobre los campos de rastrojos.

Se quedó ensimismado en sus pensamientos hasta que le sonó el móvil. Era Labat.

—¿Sí?

—¿Es usted, comisario?

¿Y quién iba ser, si no? Ese cretino de Labat lo sacaba de sus casillas.

—El pescador ha estado examinando la barca de Céline Kerkrom.

Labat hizo una pausa estúpida.

—¿Y bien?

—Se llama *Morwreg*, que significa «sirena». Nueve metros treinta. Pescaba con palangre y redes de enmalle. —Eso Dupin ya lo sabía—. Pez lobo, salmonetes, rodaballo, rémol, eglefino, merluza... Palangres de no más de setenta metros.

Y, otra vez, una de esas inútiles pausas suyas.

—No ha habido nada que le haya llamado la atención en especial. Dice que la barca es vieja, pero que está muy bien conservada. Es una de esas buenas barcas de madera antiguas. Hace poco se hizo instalar un nuevo pescante. Para las redes. El pescador dice que es muy potente.

—¿Algo más?

—He hablado con el exmarido de Kerkrom. Tiene cuatro hijos, vive en Guadalupe y parece un hombre feliz. No ha tenido ningún contacto con ella desde hace ocho años.

Así pues, el pasado de Céline Kerkrom no parecía ser un buen punto de partida.

—¿Ha interrogado ya a la señora Gochat, comisario?

—Quiero poder verle la cara cuando hable con ella.

—¿No le parece oportuno examinar sin dilación un indicio de este calado?

Labat resultaba especialmente insoportable cuando hablaba de ese modo tan afectado.

—Hasta luego, Labat.

Dupin colgó y se reclinó en su asiento.

Desde luego, tenía que hablar pronto con la directora del puerto. Le Ber se podía encargar de la isla, es decir, de los interrogatorios pendientes, incluido el del pescador con quien Kerkrom parecía tener una buena relación.

Todavía tenía el teléfono en la mano, así que marcó el número de su inspector.

—¡Le Ber, reunión! —Había visto un restaurante casi al final del muelle;

se podrían encontrar allí—. Nos vemos en... —Forzó la vista para distinguir el nombre a lo lejos— Le Tatoon. —Recordó que alguien lo había mencionado antes—. Al final del muelle sur. Avise a Goulch de que pronto vamos a necesitar su lancha. Tengo que ir a la Île Tristan para hablar con el director científico del parque. —Se quedó un instante callado, pensando—. ¿Sabe? Mejor que Goulch venga con usted.

Tenía plena confianza en ese joven policía.

—Goulch ha inspeccionado la barca de la experta en delfines. Ha quedado muy impresionado. Está equipada con un sistema de radar muy caro y potente, además de con una serie de dispositivos muy sofisticados. —Le Ber también parecía estar muy asombrado—. Lleva instalado un sistema de seguimiento de peces y mamíferos marinos con un programa que permite la vigilancia constante de los animales. Así...

—¿Algo sospechoso?

—No, pero...

—Nos vemos en Le Tatoon, Le Ber.

—Una cosa: la forense ha confirmado las sospechas de Antoine Manet sobre la hora de la muerte.

—Lo suponía.

Dupin abandonó la terraza de Chez Bruno y pasó por delante de otro bar, también de aspecto magnífico. Había varios a lo largo del muelle. Eran a la vez cafetería, bistró, restaurante y bar. Allí todo tenía una apariencia apacible, tranquila.

También aquello formaba parte del encanto de la isla, del «otro reino» en el que se entraba al poner los pies en ella: el ritmo y la cadencia se ralentizaban. Todo ocurría con una calma que a los forasteros les parecía apacible. Parecía una condición propia de su esencia. Allí el ritmo de las cosas era distinto. Lo extraño es que a Dupin no le había costado nada

adaptarse a eso. Por lo general, la tranquilidad le provocaba una gran inquietud. Había rumores de que había estado a punto de sacar el arma cuando, por orden de la prefectura, habían pretendido inscribirle en un seminario de relajación. Unos rumores que, por otra parte, no eran totalmente infundados.

Le Tatoon era estupendo.

El local se encontraba en una casa de piedra de techo bretón en punta y contraventanas pintadas de color verde claro. Tenía una bonita terraza, con unos grandes maceteros de cerámica con olivos delante y mesas y sillas de madera sin tratar a las que el tiempo había imprimido su típica pátina. Había más mesas que en Chez Bruno, pero seguía siendo un espacio agradable; unas pizarras estrechas situadas a derecha e izquierda de la entrada anunciaban los menús, que consistían en lo que los pescadores de la isla habían capturado apenas unas horas antes.

Dupin escogió la mesa situada más al exterior, en la primera línea de la terraza. Se quitó la chaqueta y la colocó en una silla; faltaba poco para el mediodía y la temperatura rondaba los veintiocho grados. Soplaba una brisa ligera. Como era de esperar, la fresca madrugada había dado paso a un auténtico día de verano.

Antes de sentarse entró en el local para pedir un café.

Le Ber y el joven policía larguirucho llegaron por el muelle.

—¡Goulch!

Dupin se alegró mucho de verlo.

Se veían dos o tres veces al año. En alguna fiesta de la policía o en el Festival des Filets Bleus, una *fest noz*, o lo que es lo mismo, una típica fiesta tradicional bretona.

—¡Comisario!

Un apretón de manos firme. Amistoso.

—¡Qué historia tan desagradable!

—Desde luego.

—Ya me gustaría a mí tener en la lancha de la policía un equipo como el de esa experta en delfines —comentó Goulch sonriendo—. Seguro que Le Ber ya le ha informado. No me ha dado la impresión de que haya subido nadie más a la embarcación. Además, el asesino se habría expuesto mucho, porque la barca está anclada al final del muelle norte, poco antes de llegar a los cobertizos. Allí siempre hay movimiento, incluso a primera hora de la mañana.

Le Ber y Goulch tomaron asiento.

—¿Conoce usted la historia de este restaurante? —preguntó Le Ber como sin darle importancia. Le Tatoon, como no podía ser de otro modo, también tenía una historia, al igual que todo en la Bretaña. Y Le Ber, claro está, la conocía—. El cocinero era el chef de un restaurante de Mónaco con dos estrellas; en una ocasión fue a visitar a un amigo suyo de Brest con el que vino a Île-de-Sein. El cocinero se enamoró del muelle sur y vio que esta casa estaba en venta; en un mes cerró su local de Mónaco, se mudó aquí e inauguró Le Tatoon. Desde entonces, ofrece en la isla unos menús deliciosos. Trabaja con los —Le Ber se interrumpió— dos pescadores de la isla; hasta ayer también con Céline Kerkrom.

—Aquí tiene.

La camarera, una simpática rubia que llevaba el pelo recogido en un complicado peinado, dejó la tacita de café en la mesa delante de Dupin; el comisario reaccionó al momento.

—Creo que mis colegas también tomarán uno —dijo mirando a Le Ber y a Goulch, que asintieron.

Se tomó el magnífico café en dos sorbos.

—*Netra ne blij din-me, 'vel ur banne kafe!*

Dupin llevaba semanas con ganas de poner a prueba a Le Ber con esa frase. Quería sorprenderlo. Y, al parecer, lo había conseguido, porque el inspector lo miraba con la boca abierta. Lily Basset, la propietaria del restaurante Amiral, le había regalado un libro sobre la Bretaña y el café; en él encontró varias letras hermosas de canciones antiguas y había memorizado una: «¡Nada me hace más feliz que un sorbo de café!».

Goulch sonreía; Le Ber necesitó un momento para sobreponerse a la sorpresa; al fin y al cabo, las citas y las digresiones eran de su competencia exclusiva. Como si quisiera volver a aventajarle, el inspector puso su libreta sobre la mesa, la abrió y dejó a la vista una hoja doble con una relación de datos ordenados metódicamente. A continuación, empezó a informar de forma mecánica.

—Esto es lo que hemos podido consignar. Son todas las embarcaciones que han atracado o zarpado del puerto entre ayer y hoy por la mañana. De todos modos, como dije, también es posible hacerlo en el dique del final del pueblo. Además, con un bote auxiliar se puede llegar a la isla por cualquier parte.

Aquel era un callejón sin salida.

—¡Ah, sí! Los colegas han examinado con urgencia y a toda prisa el barco de Roiyou. No han encontrado nada. Y fueron muy exhaustivos.

—¡Qué lástima! —se lamentó Dupin.

—También hemos hablado con los técnicos del faro y de las estaciones de suministro: no han visto ninguna barca sospechosa, ni han notado nada fuera de lo común.

La camarera regresó con los cafés de Le Ber y Goulch y una pequeña pizarra con la sugerencia del día: *Fricassé de praires au piment d'Espelette*,

filet de lieu jaune et purée de pommes de terre maison, fricasé de almejas al pimientito de Espelette y filete de abadejo con puré de patatas de la casa. La directora del museo había dicho maravillas de ese sensacional pescado. Y, de postre, *Soupe de fraises à la menthe*, sopa de fresas con menta.

Dupin no había pensado en el almuerzo al proponer Le Tatoon como punto de encuentro, y eso a pesar de que a esas alturas ya llevaba siete horas despierto.

—Para mí otro café.

Dupin se inclinó para mirar la lista de las barcas, que era más extensa de lo que esperaba.

Le Ber se lo explicó:

—La mayoría de ellas son de particulares. De ellos, nueve son de habitantes de la isla. Los estamos comprobando ahora mismo. En cuanto al número de embarcaciones que arribaron al puerto de noche y que volvieron a partir hoy por la mañana, los datos son muy distintos. Contamos que fueron entre tres y ocho. La estación vacacional empezó hace tiempo para los veleros. Eso lo complica todo: nadie sabe de dónde venían las embarcaciones ni adónde se dirigían.

—De todos modos, tenemos que intentarlo.

Le Ber prosiguió con sus explicaciones:

—Hemos hablado con el capitán de la barca de alimentos. Su tripulación está formada por tres hombres.

Dupin lo había olvidado por completo.

—Ayer prepararon los pedidos para las islas, sobre todo en el Metro. Trabajaron hasta bien entrada la noche, aproximadamente hasta las once y media, con la ayuda de unos cuantos mozos embaladores. Dos personas lo atestiguan. El barco partió a las siete de esta mañana desde Camaret; el director del puerto lo ha confirmado. No han podido llegar a la isla antes de

las ocho.

Con esto, el barco de avituallamiento quedaba descartado.

—Entre otras cosas sirvieron ternera charolesa a Le Tatoon.

Dupin no se dejó llevar por ese comentario y se concentró de nuevo en la lista. Un nombre le llamó especialmente la atención.

—¿Vaillant? —La señora Coquil lo había mencionado—. ¿El capitán Vaillant? Ese es el pirata.

Goulch sonrió.

—Vaya, es más famoso de lo que pensaba. Un viejo soldado y un anarquista. Un vividor. Ayer por la noche estuvo aquí, en Le Tatoon, con su tripulación.

Dupin no pudo evitarlo. Todo en ese personaje evocaba aventuras e historias de marineros. Se lo imaginó como un pariente del capitán Haddock.

—¿Cuándo llegaron aquí?

—Tarde. Pasadas las once.

—¿De dónde?

—De Douarnenez.

—¿Cuánto tiempo se tarda en llegar aquí con el barco?

—Setenta minutos, ochenta tal vez.

El tiempo era muy justo para el asesinato de Céline Kerkrom, pero tampoco era imposible.

—¿Con toda la tripulación?

—Faltaba un hombre. Hemos pedido que lo localicen.

La camarera le sirvió otro café a Dupin.

—Bien. ¿Dónde vive ese Vaillant?

Se tomó la segunda tacita en un par de sorbos.

—En Île Ouessant. Viven todos allí; tienen tres casas en Le Stiff, un pueblo pequeño del extremo oriental de la isla, no muy lejos del faro y del

gran dique.

—Parece que el negocio de la piratería es bastante próspero.

En cuanto la camarera se hubo alejado, Le Ber reflexionó en voz alta:

—Aquí sirven un menú completo por veinte euros. Y parece delicioso.

Lo cierto es que el restaurante tenía el aspecto que le gustaba a Dupin. Propio del lugar, acogedor y nada sofisticado. Pero hizo caso omiso del comentario de Le Ber y se volvió hacia Goulch:

—Sobre lo del contrabando, ¿le parece que hay algo de eso?

—Yo mismo me he tenido que ocupar de Vaillant de vez en cuando. Recorre toda la costa. Hace unos años, en cuanto entró en aguas francesas, registramos su barco junto con las autoridades aduaneras. No encontramos ningún cigarrillo, pero sí alcohol. Varios aguardientes de calidad en bidones. Aunque superaba la cantidad permitida, tampoco era considerable. Sin embargo, encontramos también varios bidones vacíos. Sospechamos que los vaciaron antes de que subiéramos a bordo. Creo que hace contrabando, pero a un nivel bastante discreto.

—¿Quién patrulla la zona del Parc Iroise? ¿Qué autoridades son las competentes?

—Están las barcas del servicio nacional de guardacostas; la policía de aduanas; nosotros, los de la policía marítima, y las embarcaciones propias del Parc Iroise.

—¿Vaillant tiene alguna denuncia?

—Solo pequeñas multas.

—Pero ¿se dedica a la pesca? Quiero decir: ¿pesca de verdad?

—Sí. Pero no a diario. Se dedica al palangre de línea larga. Pescado caro. Lubinas, abadejos; es algo que muchos hacen en la zona del Parc Iroise.

—¿Después de cenar regresaron a Île Ouessant por la noche?

—No, han pasado la noche aquí, en el puerto. Uno de los camareros del

muelle norte los ha visto zarpar sobre las siete.

Los tiempos eran bastante precisos.

Goulch lo comprendió al instante.

—Ellos aseguran que esta mañana no han salido del barco. Y hasta ahora no hay ningún testigo que declare lo contrario. Lo cual, claro está, no significa nada.

Eso era.

—Es una curiosa coincidencia —comentó Dupin hablando, de hecho, para sí mismo—. No suelen cenar en Île-de-Sein.

—Los camareros de los locales del puerto dicen que vienen a la isla aproximadamente una vez al mes. Así que tampoco es tan raro —apuntó Goulch sin más.

—De acuerdo. Sigamos.

Dupin se dijo que también debería reunirse con él. La lista era cada vez más larga. Se inclinó sobre las notas de Le Ber. El inspector prosiguió con su informe:

—Ayer vinieron dos barcas procedentes del Parc Iroise. Una por la mañana y otra por la tarde, sobre las diecisiete horas. Rutina.

—¿Qué hacen exactamente?

—Patrullan con regularidad, sobre todo para controlar el cumplimiento de las normativas de pesca y medio ambiente. Toman muestras y comprueban si hay algo sospechoso. Inspeccionan algunas embarcaciones, las redes, las capturas.

—Hemos hablado con los capitanes de las dos barcas —apuntó Goulch—. Ayer no hubo nada que les llamara la atención en particular, y han preguntado también a sus colegas. Todos dicen lo mismo, igual que las embarcaciones del resto de las autoridades competentes. No se ha detectado nada especial en ningún sitio que pudiera guardar relación con los asesinatos.

—¿Han decidido ya lo que van a tomar?

La camarera rubia estaba de nuevo ante ellos:

—Lo lamento, pero esta vez no podrá ser. —Dupin quería partir cuanto antes. Sentía una intensa comezón.

—Eso es un tremendo error. —Ella se marchó con una sonrisa. Le Ber contempló afligido cómo se alejaba.

—¿Alguien de las patrulleras tuvo algún contacto con Laetitia Darot?

—Nadie. El departamento científico del parque funciona con total independencia y no está implicado en las labores de vigilancia. El director se llama Pierre Leblanc.

Al referirse a él, Manet, el médico de la isla, había dicho que era una persona muy competente, y su nombre también estaba en la lista de las personas a las que Dupin quería interrogar cuanto antes. Se dijo entonces que tal vez no debería haber rechazado tan rápido a la camarera. En cuanto se marchara de allí, era probable que no pudiera comer nada durante horas.

—¿Se sabe algo de las relaciones de Darot con sus compañeros?

—Allí trabajan un total de seis científicos. Leblanc se lo explicará mejor.

Dupin se reclinó en su asiento.

Los compañeros habían hecho un gran trabajo. Las investigaciones sobre hechos concretos avanzaban a buen ritmo, aunque hasta ahora no habían arrojado ningún resultado definitivo. Pero a saber: tal vez ahí había elementos muy valiosos que descubrirían más adelante.

—Goulch, ¿en la policía marítima han oído hablar de alguna contaminación de las aguas del parque en los últimos tiempos?

—No.

—Le Ber, ¿ha podido hablar con los otros dos pescadores de la isla?

También tenía sus nombres anotados en la lista.

—He hablado con ambos, aunque no mucho rato. Están faenando. No

notaron nada raro, ni ayer a última hora ni hoy por la mañana.

—¿Y dónde estuvieron ellos entre el atardecer de ayer y la mañana de hoy?

—Marteau, que es como se llama el pescador de más edad, estuvo ayer en una pequeña fiesta de aniversario aquí, en la isla. Hasta medianoche. Tiene testigos. Y hoy por la mañana tenía una cita en un astillero de Douarnenez a las seis. También eso se ha confirmado.

Eso lo descartaba.

—Jumeau dice que ayer regresó al puerto a las cinco y media. Trajo a Le Tatoon seis lubinas grandes, se tomó una cerveza y comió un poco. Hay testigos que lo confirman. Sobre las nueve de la noche estaba en su casa y se acostó temprano, porque en estos días zarpa algo más pronto. Hoy ha salido a las cuatro y media de la madrugada. Vive solo. Está soltero.

—Por lo tanto, ayer por la noche habría podido hacer cualquier cosa —musitó Dupin—, igual que hoy por la mañana. El muchacho que ha encontrado el cadáver de la experta en delfines lo vio al norte de la isla, al alcance de la vista; en cualquier momento podría haberse acercado a tierra durante media hora.

—Absolutamente cierto —confirmó el inspector.

—El pirata y el pescador estuvieron ayer por la noche aquí, en el restaurante. —Dupin se colocó las manos detrás de la cabeza.

Seguía hablando para sí mismo, sin apenas imprimir fuerza a la voz.

—Tal vez —vaciló—, tal vez sí que deberíamos comer alguna cosa. —Y se apresuró a añadir—: Solo un bocado.

En el rostro de Le Ber asomó una expresión de profundo alivio, como si hubiera albergado esperanzas al respecto. También Goulch parecía estar de acuerdo.

—Es lo mejor —comentó el inspector asintiendo con vehemencia—. Seguramente será nuestra única oportunidad hasta la cena. Por otra parte,

jefe, debería usted probar las ostras. Aunque solo sea por el estómago. —La mirada del inspector se iluminó con picardía—. El doctor Pelliet estará muy contento con usted.

Una maniobra verdaderamente hábil, y además en muchos sentidos. En su último gran caso, Dupin había tenido que interesarse por las ostras, un alimento que había desdeñado hasta entonces y que incluso, por indicación médica y debido a unas circunstancias especiales, había empezado a comer. A pesar de su escepticismo inicial, habían resultado ser un remedio eficaz para su delicado estómago y se habían convertido en una nueva delicia para su vida. Desde entonces, por prescripción facultativa, tomaba tres cada noche, y tenía que reconocer que su estómago estaba mejor; se había librado por fin de esa condenada gastritis tipo C, o como fuera que se llamase. De nuevo podía tomar todo el café que se le antojaba y volver a ser él mismo.

—¡Ostras de la isla! —La mirada de Le Ber se transfiguró—. Hace poco que una pareja de jóvenes ha empezado a cultivar ostras aquí, en la isla; se llaman *l'huître de Sein*. Una delicia. El fitoplancton que rodea este sitio se caracteriza por unos aromas extraordinarios: fuertes, ásperos, salvajes, maravillosos. ¡Y sin presencia preponderante del yodo!

Dupin había aprendido que, al degustar una ostra, se degustaba también el mar puro, las aguas exactas de donde procedía el animal.

El comisario hizo una seña a la camarera.

Iban a comer algo. Y también ayudarían al éxito de la pareja de cultivadores de ostras.

Le Ber estaba encantado. Goulch también.

—¿Sabe usted quién estuvo aquí ayer también y se tomó una botella entera de vino tinto él solo? —Le Ber parecía dispuesto a demostrar que era posible seguir trabajando durante la comida—. Frédéric Carrière, ese *bolincheur* que pesca para Morin.

Dupin era todo oídos.

—¿Estuvo aquí, en Le Tatoon?

—Aquí mismo. A última hora, casi a medianoche.

Otra casualidad. De todos modos, la casa de su madre estaba en la isla, así que era muy posible que conociera a gente allí. Era un mundo muy pequeño.

—¿Le acompañaba alguien?

—No.

—Mmm.

—¿Han cambiado ustedes de opinión? Me alegro. —La camarera se plantó ante ellos sin poder ocultar su satisfacción.

—El menú del día, por favor. Y unas cuantas ostras de aperitivo. Dieciocho.

Le Ber y Goulch asintieron.

—Tres menús y un aperitivo de ostras —confirmó la camarera—. Para beber, ¿les gustaría a los señores una botellita de Muscadet?

La tentación era tremenda; al aire libre, bajo el sol, como acompañamiento a la carne infinitamente sabrosa del abadejo.

—No, gracias. Solo agua —respondió Dupin con pesar.

Recobró la compostura y se volvió de nuevo hacia Goulch y Le Ber:

—¿Y ese Carrière tiene coartada? ¿Qué le trajo a la isla ayer?

—Todavía no hemos hablado con él.

—Háganlo. ¿Dónde tiene su embarcación? Quiero decir, ¿cuál es su puerto?

—Douarnenez. Vive allí. Nos estamos ocupando de él.

—Bien.

—Eso es todo cuanto se puede decir sobre la lista, jefe.

Lo malo de ese juego de averiguar quién había entrado o salido de la isla y a qué hora era que les podía ocupar mucho tiempo y que además podía ser

inútil. Tenían que averiguar la historia que había detrás de todo lo ocurrido o, al menos, encontrar un primer punto de partida para la investigación.

Las ostras, las almejas a la pimienta y el abadejo aparecieron en la mesa en un santiamén. Ninguno de los elogios sobre el restaurante resultó ser exagerado. Todo era sensacional. Un sitio perfecto.

Entretanto, los colores habían ido adquiriendo tonalidades irreales: el azul opalino del cielo; el azul oscuro del mar; el verde intenso de las algas de la playa y de las que había junto a la bahía del puerto que se abría ante ellos; el blanco deslumbrante del banco de arena de delante; el naranja y el rojo de las barcas de madera que se mecían suavemente. Eran colores completos, sin tonalidades suaves o amortiguadas. Carentes de gradación alguna.

Antes de que les trajeran la comida, Le Ber, Goulch y el comisario habían intercambiado algunas impresiones, pero ninguna que de algún modo hubiera cambiado el mundo ni redefinido el caso. De forma regular, a intervalos cada vez más cortos, los tres habían levantado la mirada hacia la puerta del restaurante. A Dupin le llegó a sonar el estómago.

Luego, con la primera ostra, se hizo un silencio cargado de concentración y éxtasis.

Durante el rato que permanecieron sentados allí, el ambiente se había vuelto aún más cálido y la escasa brisa había desaparecido. Ahora el sol tenía una potencia colosal. Dupin tenía la frente perlada de sudor. Le habría venido bien una gorra, algo que, por supuesto, nunca llevaba.

La mirada del comisario vagó sin más por el hermoso muelle y la bahía mientras se perdía a la vez en distintos pensamientos.

—Buena elección. ¿A que no habían comido un pescado igual en toda su

vida?

Antoine Manet acababa de entrar en la terraza seguido de la señora Coquil. Debían de haber llegado por el camino que pasaba junto al mar y no por el muelle.

—¿Han averiguado ya alguna otra cosa? ¿Ha sido uno de nosotros? —La directora del museo no se supo contener; su voz reflejaba más curiosidad que preocupación.

Dupin no pudo reprimir una sonrisa de satisfacción. Se metió en la boca el último trocito de *baguette* con el que había rebañado del plato los restos de aquel puré de patatas cremoso y celestial.

—Por el momento, podría ser cualquiera. —Vaciló—. Bueno, casi cualquiera. De la isla o de cualquier otro sitio.

Antoine Manet acercó dos sillas de la mesa contigua y la señora Coquil y él se sentaron.

—Tenemos novedades. —La expresión del alcalde en funciones era seria—. Se dice que la experta en delfines se veía con Luc Jumeau, el pescador joven. Hace dos semanas fueron vistos paseando juntos, cerca del dolmen, a eso de las nueve de la noche. Y parece que no fue la única ocasión.

Como era de esperar, los isleños habían hablado entre ellos sobre los asesinatos. Al hacerlo se les habían venido a la cabeza varias cosas, y aquel «se dice» seguramente era un destilado de todo lo que el médico de la isla había oído en el transcurso de sus visitas y encuentros por la calle durante toda la mañana.

—¿Quiere usted decir que tenían una... relación?

—Es posible.

—El paisajista está convencido de ello —La señora Coquil habló de forma resuelta.

—¿El paisajista?

Manet lo explicó:

—Desde hace poco, el gobierno regional ha contratado a un jardinero paisajista para trabajar en las islas. El nuestro ya lleva dos años aquí, es un hombre estupendo y desde que llegó ha vuelto a crecer la armería marítima, una rara variedad de esta especie. Seguramente ya la habrán visto: es esa planta de pequeñas flores rosas. Y además tiene una esposa fantástica.

—¿A qué hora acostumbra a volver de pescar ese tal Jumeau?

—Sobre las cinco de la tarde.

—Eso es muy tarde. Llámelo. Tenemos que hablar con él.

De hecho, deberían haberlo hecho mucho antes. Podía tratarse de una trágica historia de amor. A fin de cuentas, la región era mundialmente famosa por ellas.

Le Ber miró al comisario, sopesando el grado de urgencia. Luego se levantó con el móvil en la mano.

La señora Coquil también tenía algo que contar.

—El marido de Nathalie, ambos son los propietarios del restaurante del muelle norte, el que hay justo delante del dique principal, vio hace dos semanas cómo Laetitia Darot tendía una extraña red de pesca en el pequeño jardín que hay junto a su casa.

—¿En qué sentido era rara?

—Dice que llevaba pendidos varios aparatitos colgados por el borde.

—¿Y qué significa eso?

—Eso precisamente es lo que él no sabe. —Miró a Dupin sin disimular su reproche.

—¿De qué podría tratarse? —Dupin dirigió la pregunta a Goulch, que se encogió de hombros.

—Lo deberíamos consultar con un experto.

—Se lo preguntaré al director del Parc Iroise en cuanto lo vea. ¿Los de la

científica han dicho algo sobre una red de ese tipo?

—No. En casa de Laetitia Darot no se ha encontrado ningún equipo de ese tipo. Es como si lo guardara todo en su cobertizo. No se me ocurre para qué podía querer una red como esa. En todo caso, en la barca no había ninguna.

Le Ber regresó a la mesa.

—No he podido contactar con Jumeau, pero le he pedido a un colega que se ponga en contacto con él por radio.

—Bien. ¿Alguna otra novedad? —Dupin miró con expectación a los dos isleños.

La señora Coquil le dirigió una mirada penetrante.

—Hace apenas tres días hubo un avistamiento de Dahut. Eso es siempre un mal augurio. Annie, la mujer más anciana de la isla, la vio allí donde acostumbra a ser vista. No muy lejos del túmulo destruido.

Manet se sintió obligado a dar una nueva explicación:

—Dahut era la hija del rey Gradlon, la que se convirtió en sirena.

No ahondó en la cuestión de la aparición, como si la señora Coquil se estuviera refiriendo al avistamiento de un delfín o de una orca.

—Aparece cada pocos años. Y después siempre ocurre alguna desgracia. —La mujer dirigió una mirada difícil de interpretar a Dupin—. Muchos de estos acontecimientos están documentados, no vaya usted a pensar que estamos locos. De hecho, en 1892 la vio incluso un sacerdote que había venido a la isla para celebrar la misa. Él vio en medio de las olas, cerca de la orilla, a una hermosísima mujer de pelo largo y cola de pez. Ella buscó sus ojos, pero él, por suerte, consiguió evitarlo. De no ser así, aquello habría significado su muerte. Dahut vaga por las aguas de un lado a otro, ansiosa por recuperarlo todo: las fiestas fastuosas, los bailes, el desenfreno, los vestidos caros.

Ni con la mejor de las voluntades, Dupin habría sabido qué debía

responder a eso.

—Y no solo eso. —La señora Coquil arqueó las cejas con un gesto de preocupación—. ¿Se ha visto también la Bag Noz, la nave nocturna! Eso fue en el extremo occidental de la isla, no muy lejos de la ermita.

Manet, de nuevo, salió en su auxilio.

—Viene a ser el equivalente marino del Garrig an Ankou, el carro de la muerte.

Dupin conocía historias sobre un personaje, encarnación de la muerte, que recorría las casas con su carro llevándose a los moribundos.

—La nave nocturna aparece —prosiguió la señora Coquil— cuando ocurren cosas siniestras. Es difícil verlo bien, porque su silueta es muy vaga y, cuando alguien se acerca a ella, se aleja. De vez en cuando se oyen gritos atroces provenientes de la embarcación. El espíritu del primer ahogado del año está condenado a llevar esa nave.

A esa explicación le siguió un prolongado silencio. Le Ber se agitaba nervioso en su asiento.

—¿Alguna otra novedad?

—Algunas —Manet dirigió una mirada elocuente a Dupin—, pero estas son las más importantes. Por cierto, he llevado a las damas y caballeros de la prensa a uno de los bares del muelle norte, el más apartado de lo ocurrido. Les he dicho que seguramente usted se pasaría por allí.

—En ese caso regresaré a tierra firme...

El teléfono de Dupin.

Un número oculto.

—¿Diga? —Echó su asiento un poco hacia atrás y habló en voz baja.

—Aquí Charles Morin. ¿Es usted el comisario Georges Dupin?

Un tono de voz realmente educado.

Aunque no habría sabido decir por qué, Dupin no se sintió demasiado

sorprendido por esa llamada.

—Sí, el mismo.

—Su secretaria me ha llamado. Dice que quiere usted hablar conmigo.

—Así es.

—A las cuatro de la tarde me viene bien. —Hizo una pausa tranquila—. Se podría decir que siento una gran curiosidad por conocer la evolución de sus pesquisas.

A pesar de la elección amable de sus palabras, en el tono de Morin no había ningún asomo de sumisión, ni tampoco de ironía. Dupin había esperado una voz muy distinta, una manera muy diferente de comunicarse. En realidad, se había imaginado a alguien muy diferente, más bien alguien como Roiyou, pero con más empaque.

—Considerando que Laetitia Darot era su hija... —replicó Dupin sin ni siquiera pensarlo.

Incluso la respuesta que siguió carecía del menor atisbo de agresividad; fue autoritaria, ponderada, firme, pero sin intención de provocar al comisario.

—No vaya por ahí, señor comisario. Me siento responsable. Vivo y trabajo aquí desde hace décadas. El mar, el Parc Iroise, las gentes de por aquí son mi hogar.

—¿No querrá decir su imperio?

Dupin también había empleado un tono de voz tranquilo.

—En cierto modo, sí. Claro. Seguro que entiende que este asunto me interese. —Habló entonces más despacio—. Cuando dos mujeres jóvenes son víctimas de un delito en el que todo apunta a que no fue realizado por un forastero, me preocupo. Me preocupo mucho.

—Nos veremos a las cuatro, señor Morin.

—Su secretaria me ha dicho que usted vendrá a mi casa en Douarnenez.

—Será un placer.

Nolwenn había olvidado decirle eso. Pero estaba bien así.

—Estaré encantado de hablar con usted.

Dupin se levantó.

Con Charles Morin era difícil hacerse una idea clara sobre su persona. Esa era una habilidad ciertamente encomiable.

—Nos vamos.

—Que haya suerte.

Con la despedida quiso mostrarle también su comprensión ante esa marcha tan repentina.

—Estaremos a su disposición cuando nos necesite, señor comisario. Y no le quepa duda de que será así. —Aunque la señora Coquil sonreía, sus palabras no eran tanto una oferta como una advertencia.

—Así es, señora Coquil. Les necesitaremos. Sin duda.

—Y no olvide lo que se lee al pie del monumento cerca del cementerio del cólera: «El soldado que nunca abandona siempre tiene razón».

Goulch y Le Ber también se habían puesto de pie.

Dupin desapareció dentro de Le Tatoon para pagar la cuenta.

Al poco rato regresó a la terraza. Se despidió del señor Manet y de la señora Coquil. Le Ber y Goulch le esperaban en el muelle.

—Inspector, usted quédese al mando aquí, en la isla. Que Labat siga en Douarnenez. Infórmenme con regularidad y siempre que surja alguna novedad. —Le Ber asintió, como siempre—. Y vuelva a llamar a Nolwenn. Quiero más datos sobre la posible paternidad de Morin. Que lo averigüe todo, sea como sea.

—Hecho, jefe.

Le Ber se dispuso a doblar hacia la izquierda para meterse en aquel enjambre de callejuelas. Parecía que conociera el lugar como la palma de su mano.

—¡Ah, otra cosa!

Dupin se acercó al inspector.

—Ese carnicero de Le Conquet, ese que vio siete sepulturas, es decir, cinco en lugar de cuatro en una hilera. —Había bajado la voz sin darse cuenta e intentaba que no le flaquease—. ¿Qué le pasó?

Le Ber lo miró un momento con intensa preocupación. En ese mismo instante, Dupin se arrepintió de haber preguntado.

—Cayó al agua desde una barca en la que había salido a pescar. El tiempo era excelente y la mar estaba de lo más tranquila. Fue el corazón, y eso que antes no había tenido ningún aviso, ni ningún síntoma. De repente.

A pesar de sus esfuerzos por dominar las emociones, Dupin abrió mucho los ojos, sorprendido. Sacudió la cabeza.

¡Era absurdo! Ahora le preocupaban historias de miedo y fábulas fantásticas propias de gentes supersticiosas.

—Usted, bueno... —Le Ber no sabía cómo decirlo—. Ándese con cuidado, jefe. Quiero decir, cuídese mucho. El doble o el triple si va a Île Tristan.

Dupin lo miró con asombro.

—Ya lo ha oído. Dahut, la hija del rey Gradlon, sigue apareciéndose en forma de sirena por la bahía de Douarnenez. Si ve algo extraño en o sobre las olas, una aparición entre la espuma, no la mire, porque su mirada le obligará a seguirla hasta las profundidades.

Antes de que Dupin pudiera objetar alguna cosa, Le Ber había desaparecido entre las casas.

—La barca está allí delante, en el muelle norte.

Goulch avanzaba con paso decidido. En ese momento recorrían la zona portuaria comprendida entre los dos muelles, donde se encontraban los

cobertizos de Céline Kerkrom y de Laetitia Darot.

—¿Sabía usted que...?

Otra vez el móvil de Dupin.

Un número de Rennes.

—¿Diga?

—Xavier Controc, del servicio de guardacostas. Soy el jefe del departamento de pesca. ¿Es usted el comisario Dupin?

—Sí, ¿de qué se trata?

—Me gustaría hacerle participe de un asunto de la máxima confidencialidad. Creo que en este caso es apropiado hacerlo, aunque este no es nuestro procedimiento habitual.

Dupin se había detenido sin darse cuenta.

—Antes que nada, me gustaría que me asegurara que no compartirá esta información con nadie. ¿De acuerdo?

—Dígame.

—Esta tarde vamos a efectuar una gran actuación conjunta en el Parc Iroise. Controles en el mar. Además de un destacamento de la policía marítima, en la operación intervendrán el Parc Iroise, el IFREMER, es decir, el instituto francés de investigación para la explotación marina, y nosotros. Se trata de posibles delitos contra la prohibición de captura de langosta roja. ¿Sabe algo al respecto?

Dupin había oído hablar de todo tipo de cuestiones relacionadas con la pesca, pero esta era nueva.

—Es un tipo de langosta local que se da sobre todo en la Chaussée de Sein y que en 2006 estuvo en peligro de extinción por culpa de la sobrexplotación. Entonces se declaró la prohibición total de su pesca y ahora parece que se va recuperando. Pero la prohibición sigue vigente, aunque hay a quien le parece que ya no debe cumplirla más.

—¿Persiguen a alguien en concreto en esta actuación?

—En principio, no. Aunque sospechamos de algunos que no hacen caso de la prohibición. En los controles esporádicos en el mar realizados en las últimas semanas ha habido barcos que han negado la entrada a los inspectores.

—¿Fueron embarcaciones de Charles Morin?

Vaciló.

—En efecto, hay también varias barcas tuyas implicadas, sí.

Parecía que aquello iba muy en serio. Ni siquiera el jefe de policía de Douarnenez, con el que Nolwenn había hablado por teléfono, parecía estar al corriente o, por lo menos, no le había comentado nada a ella.

Dupin seguía quieto en el sitio.

—¿Quién más está al tanto de esta actuación?

—Apenas unos pocos colaboradores de las instituciones implicadas. Y desde ayer por la tarde, por necesidad, las embarcaciones de control y sus tripulaciones.

—¿Qué les ocurrirá si se descubre un delito contra la prohibición de pesca?

—Algunos ya fueron sorprendidos el año pasado. En el caso de los reincidentes se enfrentarían a multas de hasta quince mil euros; en los casos más graves podrían ir a prisión. Hasta seis meses si es realmente grave.

—¿Y en esta operación de hoy las barcas están autorizadas a imponer los controles aún en contra de la voluntad de los capitanes?

—Exacto. Hemos conseguido una orden judicial.

Si Dupin había entendido bien, esa actuación podía suponer un revés para Morin.

—¿Hay alguna posibilidad de que Laetitia Darot estuviera al corriente de esta actuación?

—¿Se refiere a la experta en delfines muerta?

—Sí, la experta en delfines asesinada.

—En principio, imposible. Esto no tiene nada que ver con el departamento científico del parque.

«En principio» así era la vida, así era la gente, a pesar de las historias posibles.

—Pierre Leblanc, el jefe de Darot, ¿sabe algo?

—Está informado.

No es que Dupin tuviera una idea concreta, ni que persiguiera algo de forma nítida. Pero todo aquello resultaba muy interesante.

—El caso es que, como usted ahora está investigando en la zona del Parc Iroise, me pareció adecuado tenerle al corriente.

—Le estoy muy agradecido, señor...

Como no podía ser de otro modo, había olvidado el nombre.

—Controc. Una cosa —se interrumpió un instante—: en el actual estado de las investigaciones, ¿tiene usted motivos para considerar una posible relación entre nuestra actuación y los asesinatos?

—No sabría qué decirle —contestó Dupin con sinceridad.

—Aquí todo el mundo está inquieto, de un modo u otro.

—Aquí también, señor Controc. Le propongo informarnos mutuamente cuando se produzcan nuevos avances.

—De acuerdo.

Dupin colgó.

Goulch aguardaba unos cuantos metros por delante.

Dupin se le acercó y le puso al corriente.

—Tiene que haber una sospecha bien fundada. No recuerdo ninguna otra actuación de estas dimensiones en los últimos años.

Goulch, como Dupin, se había vuelto a poner en marcha. Recorrieron el último tramo del muelle. Cada pocos metros había montones de redes de

pesca metidas en grandes cajas de madera.

A la derecha, una rampa ancha de cemento conducía hacia abajo, al mar. Allí empezaba la zona portuaria, con un puñado de edificios alargados y planos. Los cobertizos.

Dupin retomó una cuestión que le tenía preocupado:

—¿Seguro que en la barca de Darot no se ha encontrado ninguna red con aparatitos prendidos en ella?

—Seguro que no.

Los cobertizos acusaban el desgaste causado por el clima y el mar. Solo unos pocos estaban pintados de blanco; las paredes de la mayoría eran de cemento, que con los años había ido adquiriendo un tono amarillento o verdoso. Por doquier se veían manchas de color naranja intenso de los líquenes. Puertas estrechas. Junto a ellas, unas pequeñas ventanas. Los bordes de las puertas y las ventanas lucían en colores muy vivos: turquesa, azul, verde petróleo, amarillo sol. Entre las casetas había boyas, cadenas de anclas, trastos abandonados y oxidados.

Delante de una de ellas había apostados dos agentes de la policía marítima.

Esos tenían que ser los cobertizos de Darot y Kerkrom.

Dupin aminoró el paso.

—Me gustaría intentar encontrar esa red aquí. Será un momento. —Por alguna extraña razón, eso lo tenía muy inquieto.

Dupin, sin esperar la respuesta de Goulch, se acercó a los agentes.

—¿Cuál es el cobertizo de Laetitia Darot?

—Este de aquí, señor comisario.

Una puerta especialmente bien pintada, en color ocre rojizo. Los marcos de las tres ventanas estrechas eran azul oscuro. Delante tenía un pequeño banco de madera, en el que reposaban unas cajas de plástico vacías. Había además dos maceteros viejos con una única plantita que, aunque doblada por las

tempestades, había florecido.

—El de al lado —añadió el agente señalando una puerta situada a un par de metros— es el de Céline Kerkrom. Los de la científica ya lo han documentado todo.

—¿Es casualidad que los cobertizos de Darot y de Kerkrom sean adyacentes?

—Eso parece.

¿Qué podía decir si no aquel pobre agente?

Goulch había seguido a Dupin.

—Preguntaré de nuevo a los compañeros que han examinado las casas por el tema de la red. Nunca se sabe.

—Bien.

Dupin se dirigió hacia la puerta de color ocre que estaba entreabierta.

La abrió por completo.

Entró.

Las ventanas polvorientas dejaban entrar poca luz a la sala y la bombilla colgada del techo no alumbraba mucho más. Dupin necesitó un momento para acomodar la vista. El sitio olía a moho, pero no era desagradable. La estancia medía unos cinco metros por dos y medio de anchura. Había boyas en el rincón de la derecha. De formas diversas. Predominaban las de color naranja y forma alargada, que Dupin pensó que serían para inmersión. Calculó que al menos había una docena.

Luego, a media altura, en unas estanterías metálicas, ocupando la mayor parte del sitio, había artículos de buceo: bombonas de distinto tamaño, boquillas, máscaras, trajes de neopreno. Y un puñado de cuchillos.

La parte posterior del cobertizo estaba ocupada por una gran mesa sobre la cual se apilaba un original batiburrillo de objetos diversos: trozos de madera sacados del agua, piezas metálicas oxidadas, una hélice bastante grande. Se

trataba de objetos que seguramente Laetitia Darot había sacado del fondo marino. Grandes y hermosos caparzones de moluscos de las formas más diversas, algas secas, piedras curiosas.

Nada de redes.

Ni una sola.

Dupin salió del cobertizo.

Goulch seguía hablando por teléfono.

El comisario decidió echar un vistazo rápido al otro cobertizo. Tal vez fuera una red de Kerkrom que esta, por algún motivo, hubiera dejado a Darot.

Eso, claro está, siempre y cuando la red siguiera ahí.

El cuarto tenía las mismas dimensiones. Sin embargo, la impresión era muy distinta. Imposible saber si se trataba de un desorden único y azaroso, o si obedecía a una recopilación, almacenamiento y hacinamiento más o menos sistemáticos practicados durante años. En cualquier caso, al final, para alguien de fuera, la impresión era la misma.

A la derecha de la puerta de entrada había una nevera vieja y oxidada; a su lado, apiladas contra la pared, jaulas para langostas, cajas de distintos tamaños y colores para el pescado, y unas palas. A continuación, boyas, mucho más grandes que las de Darot, la mayoría de color rojo señal; luego, hasta el otro rincón, montañas de redes. Dupin se abrió paso hasta allí. Había docenas de redes. Con mallas de los tamaños y colores más diversos. Dupin rebuscó un poco entre ellas. No parecían estar en uso. Perdidas en la maraña había cuerdas, una gran cantidad de cuerdas largas, enrolladas en trozos de madera. Un cubo con anzuelos grandes y otro con plomos.

Nada de una red con pequeños dispositivos.

Todo lo que se veía era pertinente, en absoluto sospechoso.

Dupin se dio la vuelta y salió del cobertizo.

Tuvo que taparse la vista con las manos. La luz le resultó cegadora.

—Hemos avanzado un poco —informó Goulch, que se encontraba justo delante de él—. Los de la científica han examinado detenidamente la casa de la investigadora de delfines y ahora están en la de la pescadora. Me confirman que en el domicilio de Darot no han encontrado ninguna red. En la de Kerkrom había algunas, pero ninguna con aparatos prendidos. Por cierto, no se ha encontrado ningún móvil en la barca de Darot. Ni tampoco hay ningún ordenador o portátil. Solo se ha encontrado un cargador. También en casa de Kerkrom falta el portátil, uno grande, de quince pulgadas, del que hemos tenido conocimiento hace muy poco.

Por lo tanto, era muy posible que el asesino hubiera estado en las casas. Tal vez sabía que esos aparatos contenían algún indicio; o al menos, parecía temer esa posibilidad. Así pues, era posible que se hubiera llevado también otras cosas.

—Alguien debería conseguir de inmediato la dirección de las cuentas de correo electrónico.

—Como sabe, eso resulta algo complicado. Pero estamos en ello.

—Bien. Vámonos. Zarpemos —ordenó Dupin con un áspero tono de voz, y se puso en marcha.

No estaba contento. Se sentía inquieto.

Faltaba poco que empezara la redada marina, esa «actuación conjunta». Aquello agitaría muchas cosas. Podía incluso provocar, acelerar, agudizar aspectos relacionados con su caso.

También aquel trayecto en barca fue un martirio; en ese sentido, no servía de nada que la mar estuviera en calma, ni que hiciera un tiempo inmejorable, ni tampoco la confianza ciega de Dupin en Goulch y en su tripulación. Sin embargo, su decisión había demostrado ser la correcta porque, por lo menos,

el viaje había sido muchísimo más llevadero que el de la mañana.

Acababan de sortear el cabo que quedaba frente a Quillouarn en la bahía de Douarnenez y, de pronto, bañada por la luz del sol, apareció ante ellos Île Tristan. Como surgida de la nada. Una isla repleta de aventuras y misterios; una isla de piratas, de cuento. Un mito.

Medio kilómetro de largo y la mitad de ancho. Alargada, proporcionada, casi ovalada. Al oeste, unas rocas altas y escarpadas, negras por debajo, de color gris oscuro más arriba y tocadas encima de un delicado tono grisáceo. La vegetación era frondosa, como si la isla fuera a rebosar, como si fuera demasiado pequeña para esa abundancia. Árboles altos y de copa amplia, en toda la gama de verdes; en el siglo anterior un noble había plantado allí árboles y plantas raras y exóticas, creando una especie de jardín botánico que ahora se había asilvestrado. Había diversas variedades de bambúes, araucarias y mirtos. Y también de frutales: membrilleros, ciruelos, manzanos, perales y nísperos.

Murallas de piedra antiquísima bordeaban los campos de brezales; vestigios de una fortaleza, una ruina espléndida; un edificio derruido cerca de un dique igualmente maltrecho. Un pequeño faro en mal estado. Abundaban las historias increíbles en torno a la isla. A Nolwenn le encantaba hablar de las fechorías de un temible pirata. La cantidad de leyendas e historias era extraordinaria incluso para las costumbres bretonas.

—Daremos la vuelta a la isla y atracaremos delante de la antigua conservera, que actualmente aloja el departamento científico del Parc Iroise. En dos minutos estaremos allí. Leblanc ya está avisado. Le espera en su despacho.

El mensaje preciso de Goulch, en su típico tono racional, devolvió a Dupin a la realidad.

El comisario había hecho algunas llamadas desde el barco. A Le Ber, a

Labat y a Nolwenn.

Jumeau, el joven pescador, ya había sido localizado; aunque de mala gana, había abandonado la pesca sin ofrecer mucha resistencia y había regresado a Île-de-Sein. Como de costumbre, Dupin hizo que le explicasen los hechos con toda suerte de detalles. Le hubiera gustado conocerlo en persona, y estaba decidido a hacerlo más adelante. Era un hombre joven, parco en palabras, pero no antipático. Le Ber no le había podido sonsacar gran cosa. Salía a tomar cervezas con Kerkrom de vez en cuando, aunque su capacidad de precisión solo alcanzó para matizar que «quizá una vez al mes, más o menos», y que «no charlaban de nada en particular». Por supuesto, se veían habitualmente en el puerto e intercambiaban algunas palabras, porque sus barcas estaban bastante cerca la una de la otra.

A Laetitia Darot se la había encontrado varias veces por casualidad, sobre todo en el puerto; cuando Le Ber le preguntó «acerca del paseo», Jumeau admitió haber salido a pasear con ella de vez en cuando en dirección a su casa mientras charlaban de «cualquier cosa». No tenía ni idea de qué había podido desencadenar el asesinato de ambas mujeres, y no había nadie que le pareciera sospechoso. Dupin estaba seguro de que Le Ber lo había intentado todo para sonsacarle información más precisa. Pero ya conocía a ese tipo de gente.

Por otra parte, el inspector había hablado también con Frédéric Carrière; el *bolincheur* le dijo que esos días pasaba más noches en la isla porque faenaba en la parte más occidental del Parc Iroise. Había declarado que sobre las nueve de la noche se encontraba en Île-de-Sein, pero hasta el momento no había testigos de ello. Carrière había cenado con su madre, pero hasta más tarde no fue visto en Le Tatoon. Aseguraba que a las cinco de la mañana ya estaba en el mar. En torno a las diez había tenido que ir a una breve cita en Douarnenez. En esos momentos estaba en su barca, al oeste del faro conocido

como Phare des Pierres Noires. Le Ber le había preguntado también acerca de su discusión con Céline Kerkrom, y Carrière había mostrado su enojo con franqueza, sin la menor incomodidad. Discutieron agriamente en enero, en la lonja; Kerkrom les había reprendido a él y a otros *bolincheurs* por sus métodos de captura, que amenazaban la supervivencia de los pescadores de bajura. Se trataba de la discusión que Manet ya había mencionado.

Al principio y al final de su charla por teléfono, Le Ber se había interesado muy vivamente por el «estado de salud» de Dupin y por saber si el trayecto había transcurrido sin problemas. Dupin se había limitado a replicar en tono brusco que todo estaba bien.

Con Nolwenn, Dupin había repasado la agenda de esa tarde, en particular el plan de visitas. La secretaria había activado todos los resortes para averiguar algo más acerca de la supuesta paternidad de Morin: había puesto a trabajar una auténtica máquina de información compuesta de parientes, amigas y marido dispuestos a preguntar a otros que, a su vez, también se interesarían por el tema. Había restringido el campo de investigación a la bahía de Douarnenez y al Finistère occidental. Imposible hacer más. Era una medida extrema que, hasta el momento, siempre había dado grandes resultados. Como no podía ser de otro modo, Nolwenn había averiguado el nombre del *bolincheur* pillado con dos toneladas de doradas y, efectivamente, era uno de los pescadores de Morin, aunque no era Frédéric Carrière. La multa sería considerable. Pero nada más. Dupin no había querido preguntar sobre el progreso de las acciones de protesta en Lannion; era preferible dejarlo ahí.

El comisario les informó a todos sobre la redada en el mar. Tenían que estar al corriente.

Le Ber había cedido a Labat el interrogatorio al peluquero y al hombre del barco de combustible. El inspector había hablado con el amigo del peluquero

con el que, según parece, había pasado la noche anterior. Curiosamente, ese amigo era el mismísimo alcalde de Camaret, lo cual planteaba la cuestión de por qué el peluquero no lo había dicho de inmediato, ya que de haberlo hecho habría contribuido a aumentar la fiabilidad de su declaración. Labat había recabado un poco de información. El alcalde gozaba de una excelente reputación, tanto en la península como en Quimper. El peluquero, por lo tanto, quedaba descartado. Sin embargo, la reputación de Thomas Roiyou, el hombre del barco de combustible, era pésima; Labat había oído historias muy poco edificantes.

En los últimos años, Roiyou se había visto implicado en varias reyertas de considerable gravedad, una de las cuales había dado pie a una denuncia que, al cabo de unos días, curiosamente, fue retirada sin que se indicaran los motivos. De todos modos, nadie parecía haber visto su embarcación en la isla antes de las 7.05, algo que en sí mismo no significaba gran cosa, ya que habría podido atracar antes con discreción al norte de la isla, por ejemplo, en el dique situado no muy lejos del cementerio del cólera. Además, tenía una barca auxiliar.

Por otra parte, dos isleños habían confirmado haber visto a bordo del barco a toda la tripulación, jefe incluido, durante el intervalo transcurrido entre los dos trayectos del vehículo de combustible. También el conductor de este había confirmado ese aspecto. Así pues, solo entraba en consideración el tiempo previo a que el barco atracara en el puerto y que, según los cálculos de Manet y de la forense, coincidía precisamente con la hora aproximada de la muerte. Lo que tal vez no se podría demostrar jamás era su afirmación de haberse acostado pronto esa noche.

En ese momento quedó a la vista el lado de la isla que daba a Douarnenez; habían pasado junto a la costa sin disminuir ni un ápice la velocidad y finalmente la barca empezaba a frenar la marcha.

Descubrió entonces el edificio alargado y blanco que había sido la antigua conservera de pescado, con su tejado de pizarra, sus saledizos y las chimeneas blancas; algo más atrás, en diagonal, se veía otra casa de piedra más elevada. Un poco más lejos, en parte escondida entre árboles y arbustos, había una mansión algo ruinoso, pero que conservaba su elegancia original; era un edificio realmente imponente. Todas las construcciones se encontraban a tiro de piedra del agua y de un muelle de hormigón que se extendía por el lado occidental de la isla. Había a ambos lados un dique abierto en dirección a tierra firme. No había más de doscientos o trescientos metros hasta ahí. Un puñado de gaviotas cansadas dormitaba a sus anchas. Entre los edificios transcurrían unos caminos que se internaban dentro de la espesura del bosque. Por doquier, los pinos altos arrojaban unas sombras agradables. Aquel era un pequeño paraíso.

Con ese tiempo magnífico, el ambiente en la isla era despreocupado y espléndido, exquisitamente apacible; desprendía una energía pura, y no había nada que evocara las esferas siniestras que mencionaban las leyendas; allí no se percibía la presencia de ningún aura oscura, más bien todo lo contrario. Dupin se sintió aliviado.

La embarcación se dirigió hacia el primer dique.

—Goulch, me gustaría que siguiera muy de cerca la actuación en el Parc Iroise. Póngase en contacto con el responsable operativo de la empresa. Por supuesto, actúe con la máxima discreción. Que le tenga al corriente de todo.

—Así lo haré. Por lo demás, esperaremos aquí. Es demasiado tarde para ir a pie a Douarnenez. La marea está subiendo.

Dupin no lo había pensado.

Uno de los miembros jóvenes de la tripulación de Goulch, aunque lo cierto era que ninguno de los componentes de su equipo superaba los treinta años, se acercó a la proa y maniobró hábilmente la embarcación con un gancho

hasta que la tuvo paralela al dique.

Poco después, Dupin estaba en tierra firme. Tuvo que admitir para sus adentros que había sido especialmente cauteloso al desembarcar. Sin pretenderlo, le había venido a la cabeza esa historia absurda del carnicero.

Recorrió un trecho cubierto de hierba mal cuidada y pronto estuvo frente a la entrada, que parecía recién construida y que se encontraba a un costado del edificio. Un letrero blanco decía: PI-ANTENNE SUD DU PARC NATUREL MARIN D'IROISE. PI-Unidad sur del Parque marítimo de Iroise.

Dupin abrió la puerta de entrada.

—Usted debe ser el comisario —afirmó la voz joven, alegre y animosa de una mujer de extraordinaria belleza, de pelo largo castaño y rasgos delicados. Vestía unos vaqueros anchos y una camiseta azul oscuro. Parecía estar esperándolo.

—Soy la secretaria de Pierre Leblanc. Le hemos visto atracar. Acompañeme.

El interior del espacio arquitectónico del edificio, que antes había sido una fábrica, tenía un diseño modular y muy funcional, pensado para dar cabida al mayor número posible de despachos.

La joven ya estaba subiendo por la escalera de caracol que conducía de la entrada a las plantas superiores; en vez de andar, parecía que volaba.

En cuanto llegaron al tercer piso, se encontraron inmediatamente dentro de una sala de trabajo; a un lado había varios escritorios pegados entre sí, cada uno equipado con una pantalla de gran formato; al otro lado se veía una carta náutica del Parc Iroise.

—¡Acérquese! —La voz era grave y dinámica—. Es urgente que hablemos.

Tenía un tono de voz casi amistoso.

Un hombre moreno, de cuarenta y pocos años, se le acercó con la mano

extendida para saludarle. Cabello corto, abundante y rizado, casi negro; llevaba una camiseta negra sencilla, con cuello en V y vaqueros desgastados. Parecía un surfista. Lo más destacado, hasta el punto de que, en cierto modo, eclipsaba el resto de su persona, era el brillante azul de sus ojos.

Apretó la mano de Dupin. Amable. Firme.

—Era nuestra mejor científica. Pese a su juventud, era toda una autoridad internacional. Nadie estaba tan cerca de los delfines. Muchos decían que ella también era un delfín. —De sus palabras se desprendía un pesar auténtico, pero también un gran entusiasmo—. Y posiblemente no se equivocaban: pertenecía más a los delfines que a las personas. —Leblanc hizo una pausa—. Todavía no nos hemos hecho a la idea. Es tremendo.

Habían llegado a una sala anexa, un despacho simple, muy desordenado, sofocante, minúsculo, con una moqueta de color gris y paredes blancas en las que pendían gráficos, mapas e imágenes colocados sin ningún orden. En el rincón del fondo había un escritorio con un ordenador y una pantalla muy grande. En la pared de delante de la entrada, una mesita con cuatro sillas. La mesa también estaba cubierta de papeles. Lo particular en ese cuarto era la vista extraordinaria desde la ventana del saledizo.

—¿En qué estaba trabajando Laetitia Darot, señor Leblanc?

—En varias cosas. Pese a lo que cabría pensar en general, el estudio de los delfines se encuentra aún en una fase incipiente. Laetitia se centraba en particular en las excepcionales destrezas cognitivas y sociales de los delfines. En concreto, en las de los delfines mulares que viven en el parque, los *Tursiops truncatus*, aunque sin limitarse a ellos. Estos animales son capaces, por ejemplo, de aprender el lenguaje de signos y Laetitia había logrado trabar amistad con algunos individuos concretos de las dos poblaciones del parque. Los delfines habían llegado a darle un nombre. Se conocen entre ellos con unos pitidos propios que son como su nombre, ¿sabe? Incluso después de

veinte o treinta años. Tienen una memoria excelente.

Dupin sintió envidia. Su memoria para los nombres apenas alcanzaba los dos minutos.

—Laetitia lo documentaba todo en un proyecto a gran escala.

—¿La totalidad de ese proyecto se encuentra en sus ordenadores y servidores?

—Naturalmente.

Leblanc dirigió una mirada inquisitiva a Dupin.

—Supongo que ella tenía un portátil propio, ¿no?

—Por supuesto. Proporcionamos portátiles a todos nuestros investigadores.

—¿Y están equipados con discos duros locales propios?

—Sí. En ellos hay instalado un software especial, unos programas que sincronizan de forma automática los datos con los que tenemos en la nube, igual que todas las anotaciones que realizaba acerca de su proyecto.

Dupin había sacado su Clairefontaine y tomaba notas.

—Sin embargo, en ese portátil también podría haber archivos a los que solo pudiera tener acceso ella, como un procesador de textos. ¿No?

—Así es. La mayoría de los investigadores utilizan el portátil también para su uso privado; tienen autorización expresa para hacerlo.

—¿Y el correo electrónico?

—Los mensajes pasan por nuestros servidores. Sin embargo, el programa está estrictamente restringido para su uso profesional. Las comunicaciones particulares deben realizarse a través de una cuenta privada.

—¿Sabe usted si Darot tenía una cuenta privada?

—Lamento decirle que no.

—No hemos encontrado ningún portátil en su casa, ni tampoco en su barca. ¿Le parece que podría estar aquí?

—Seguro que no. El portátil era su herramienta diaria de trabajo.

—¿Tenía despacho aquí?

—No lo quería. Y, de hecho, no lo necesitaba.

Así pues, el asesino se había quedado con el portátil. O lo había hecho desaparecer.

—Hábleme con más detalle sobre la investigación de Darot.

Aunque fuera algo muy especializado, Dupin quería saber más cosas. Era imposible adivinar lo que aquello podía dar de sí; de hecho, incluso en temas muy insólitos él había conseguido extraer conclusiones decisivas.

—Ella quería demostrar que cada delfín tiene una personalidad propia, que son individuos únicos, con cualidades diferenciadas desde el punto de vista mental y emocional. En su opinión, los delfines merecían más consideración y eran más semejantes al hombre que los chimpancés. Exceptuando el ser humano, los delfines son los animales más inteligentes del planeta. La neuroanatomía lo demuestra: tanto desde el punto de vista anatómico como fisionómico, el cerebro del delfín es el más parecido al del ser humano de todos los animales, aunque tomó otro rumbo evolutivo.

A estas alturas, el hombre estaba por completo entusiasmado.

—La aproximación de Laetitia no era de tipo neurológico; se servía de minuciosos estudios del comportamiento de delfines concretos que demostraban personalidades totalmente coherentes y complejas, una marcada sensación de individualidad y de consciencia, y un concepto de futuro que les permite planificar bien. Además, mostró también la presencia de emociones muy matizadas que hacen que, en grupo, esos animales se comporten de forma similar a las personas. Precisamente este aspecto, junto con la cuestión de la individualidad, era el segundo punto de interés de sus estudios: la vida social de los delfines. Analizaba las estructuras, muy complejas, en las que conviven los delfines.

»Estos animales tienen capacidad para aprender y para transmitir lo

aprendido; ella también investigaba esta cuestión. Así, por ejemplo, algunos ejemplares liberados en el océano han enseñado a sus congéneres salvajes a hacer cabriolas aprendidas en los terribles delfinarios; eso explica cómo, de pronto, en un rincón remoto del Caribe, grandes poblaciones de delfines empezaron a nadar sobre las caudales. Y hay otros delfines que utilizan las esponjas como protección para encontrar pequeños animales marinos en los suelos rocosos. Se trata de una conducta aprendida que las madres enseñan a sus hijos.

Dupin estaba impresionado. Sin embargo, ahora lo importante era la experta en delfines, no ellos en sí.

—¿Cómo era la jornada laboral de Darot? ¿Cómo debería imaginármela?

Leblanc se había acercado a la ventana del saledizo. El comisario lo siguió.

—O estaba en su embarcación, o dentro del agua. En todo caso, siempre junto a los delfines. Era su tarea diaria. Como le he dicho, no le interesaban las personas. Cada dos semanas se reunía conmigo y hacíamos una puesta en común de los resultados más recientes.

—¿Era la única que estudiaba delfines en el Parc Iroise?

—Sí.

—¿Y cuál es su campo de investigación concreto, señor Leblanc?

A Leblanc le complació la pregunta.

—Ecología marina. Principalmente llevo a cabo estudios a largo plazo en dos ámbitos: la fertilización excesiva y la acidificación. Al igual que todos los mares, el Parc Iroise sufre eutrofización por los fosfatos y nitratos vertidos al mar a causa de la agricultura intensiva, lo cual trae consigo la producción de fitoplancton tóxico y una proliferación excesiva de las algas verdes. —Su rostro se ensombreció—. Un ejemplo de las consecuencias de ello se puede ver en la bahía de Douarnenez. Ahí el año pasado no se pudieron pescar algunas especies concretas de moluscos durante ciento

cincuenta días debido a la concentración excesiva de plancton tóxico. Y seguro que usted conoce las repercusiones negativas de las algas verdes.

El comisario asintió.

—A causa del exceso de emisiones de dióxido de carbono de los humanos, los océanos se acidifican, y eso tiene repercusiones letales incluso en la actualidad: una tercera parte de la vida marina está gravemente amenazada y un número incontable de especies ya se ha extinguido. Esto no es un escenario alarmante de futuro. Es, desde hace un tiempo, la realidad. Igual que las consecuencias del calentamiento de las aguas del Atlántico. Tomemos por ejemplo el bacalao, un pescado muy apreciado: pues bien, la temperatura de las aguas ha subido tanto que ahora los peces deben poner los huevos más al norte, ya que necesitan aguas frías. Sin embargo, cuando eclosionan los peces no encuentran el alimento que necesitan y mueren. —Leblanc se calló—. Disculpe. —Su voz volvía a ser tranquila y grave—. Precisamente ayer tuvimos un encuentro con unos políticos y todavía estoy encendido. La actual reforma de la política de pesca de la Unión es insuficiente, y a ello ahora hay que sumar unas decisiones tremendas sobre las cuotas. En realidad, sería preciso reducir bastante las capturas y estimular la pesca artesanal, de bajura, que es, por cierto, la filosofía de este parque. En cambio, las cuotas se han distribuido según el patrón de otras épocas: los barones de la pesca, sus flotas y sus destructoras capturas con redes de arrastre siguen teniendo la parte del león, y las pequeñas empresas pesqueras y los pescadores independientes se ven perjudicados de forma masiva y continúan abocados a la ruina. Mire, si no, las cuotas a las que tanto nos hemos opuesto para la pesca del lenguado con redes de arrastre de fondo en el canal de la Mancha; empieza al noreste de Ouessant, afecta a todo el norte de la Bretaña y tiene como consecuencia, además de la catastrófica sobrepesca, un volumen tremendo de capturas accesorias.

—¿Laetitia Darot asistió a este encuentro?

—No, nunca lo hacía. Odiaba esas cosas.

—¿Cree usted...?

El pitido monótono de su móvil interrumpió a Dupin.

París.

Su madre.

Era asombroso. No tenía sentido contestar la llamada. En ese instante solo podía decirle que cada vez veía menos probable que pudiera asistir a la celebración.

—¿Cree usted —continuó Dupin retomando la frase mientras dejaba que sonara el móvil— que el asesinato de Darot podía tener algo que ver con su trabajo? ¿De forma directa o indirecta?

—¿Qué quiere decir con eso?

—En las últimas semanas se han encontrado varios delfines muertos.

—Por suerte, ningún miembro de nuestras poblaciones. De todos modos, Laetitia estaba fuera de sí, de rabia y desesperación. Seguramente fueron capturas adicionales de algún pescador de lenguados de la parte norte del parque. Las investigaciones revelaron que los delfines no llevaban más de un día muertos; por lo tanto, tenían que haber fallecido muy cerca.

—¿Darot intervino en la investigación?

—No. Se encargó un veterinario de la policía marítima.

—¿Y ahora qué va a pasar?

—Nada.

—¿Es posible que ella descubriera de algún modo a los culpables?

Era pura especulación pero, aun así, mejor intentarlo.

—Lo dudo. Y aunque así fuera, no habría pasado nada. Esos delincuentes no tienen nada que temer. Solo en este año han llegado a las costas francesas casi tres mil delfines masacrados. En la zona noreste del Atlántico, en nuestro

lado, los delfines están en peligro de extinción.

—¿Qué tipos de red están prohibidos en el Parc Iroise?

—Aquí se practican seis tipos distintos de pesca. Las redes de enmalle de deriva están prohibidas, y las de arrastre y de enmalle de fondo solo se permiten hasta una longitud concreta. Además, las capturas se regulan conforme a unas cuotas estrictas estipuladas para los distintos tipos de pescado. Desde el parque solo participamos en la formulación de las recomendaciones, pero las normativas vinculantes las deciden los políticos y las promulga la prefectura. Llevamos años intentando reducir las capturas adicionales con las redes de arrastre y de enmalle de fondo a través de un programa especial y estamos empezando a obtener los primeros frutos.

—De todos modos, aunque no haya consecuencias criminales, la constatación de que los delfines muertos de las últimas semanas fueron víctimas de capturas adicionales realizadas por grandes empresas pesqueras dañaría bastante la reputación de estas últimas, ¿verdad? ¿Y tal vez también su negocio?

—¿Se refiere usted a Morin, el rey de los pescadores? —Leblanc no esperó la respuesta—. Yo también lo creo. Pero Laetitia nunca se alejaba tanto. Además, debería haberlo filmado o fotografiado. Para eso tendría que acercarse mucho.

—Tal vez no fuera Laetitia la que lo estuviera observando. ¿Y si hubiera sido otro pescador, y luego él se lo contara? ¿Quizá Céline Kerkrom? Ambas eran amigas.

—En todo caso, me parece bastante improbable.

Pero posible. De todos modos, era pura especulación.

—Otra posibilidad es que alguien utilizara las redes de enmalle de deriva prohibidas en el parque al norte de Île Ouessant. Y no solo una vez. O que no cumpliera las cuotas, o pescara especies prohibidas... Tal vez alguien hizo un

seguimiento sistemático y lo documentó durante semanas o meses.

—¿Cree que esas mujeres espionaron a Morin?

Dupin no respondió. Le vino a la cabeza otro aspecto que no había querido mencionar hasta entonces.

—¿Para qué podía ser una red especial con pequeños dispositivos prendidos en ella que tenía Laetitia?

La respuesta fue inmediata.

—Era uno de sus proyectos. Esos pequeños dispositivos son sondas que emiten señales de ultrasonido para advertir a los delfines y a otros mamíferos. Están pensadas para evitar que estos animales penetren en las redes. El parque ha recibido el encargo de hacer una valoración científica de su eficacia. En muchas partes del mundo donde las prácticas marinas son mucho peores se han obtenido ya experiencias positivas.

Así, el misterio de los pequeños dispositivos quedaba resuelto, aunque no el paradero de esas redes y lo que eso podía significar.

—¿Tienen alguna de esas redes piloto en el parque?

—Puedo preguntarlo. ¿Es importante?

—Me gustaría saberlo.

—El parque trabaja con varios pescadores. —Leblanc hizo una pausa para reflexionar—. No sé si Kerkrom era uno de ellos. —Su voz dejó entrever cierto reproche por no haber caído antes en la cuenta—. Lo sabré de inmediato. —Se dirigió hacia el teléfono, un modelo anticuado para funcionarios, similar al que tenían en comisaría, de un color verde muy desagradable a la vista, y pulsó el botón de un número memorizado—: Matthieu, una pregunta. ¿Me podrías decir si esa pescadora de Île-de-Sein, Céline Kerkrom, participaba también en el programa de Laetitia de los emisores en las redes?

Escuchó un momento y luego asintió.

—Sí, tremendo.

Volvió a escuchar.

—Ah, vale. Gracias, Matthieu. ¿Sabes algo sobre el trabajo conjunto? ¿Te contó algo Laetitia?

Otra respuesta corta.

—¡Gracias! Oye, ¿tienes la red? Muy bien. Y envíame una lista del resto de los participantes.

Colgó.

—Era el auxiliar técnico del departamento científico. Y sí, Kerkrom participaba en el proyecto. Ella y otros tres pescadores de la zona norte del parque, donde habita la mayor población de delfines. Por el área de Île Molène e Île Ouessant. Le pasaré la lista en un momento.

—Gracias.

Al menos eso era algo. Un vínculo auténtico y concreto entre las dos mujeres y que iba más allá de su amistad.

—Por cierto, tenemos las redes piloto. Las cuatro. Mi colega no sabe gran cosa sobre el proyecto en sí. Hace poco que ha empezado.

—¿Le parece que este tipo de redes puede encontrar aceptación entre los pescadores?

—Hay opiniones para todos los gustos. Como siempre. Exceptuando algunas escaramuzas aisladas, la mayor parte de los pescadores colabora con nosotros porque saben que ellos son los primeros interesados en que el mar permanezca intacto. Pero no todos piensan así.

—¿Hubo algún conflicto a causa de las redes?

—No.

Dupin miró por la ventana. El mar resplandecía en tonos plateados. Douarnenez quedaba a la derecha. El paisaje resultaba especialmente hermoso bajo la luz de aquel instante. La vista estaba tan despejada que se

veía incluso la extensa playa de Quillien, situada al fondo de la bahía. Daba la impresión de estar muy cerca, parecía como si se pudiera llegar nadando. Contempló también el dique y la embarcación de Goulch. Las gaviotas dormitaban plácidamente. Se volvió de nuevo hacia Leblanc.

—Si lo he entendido bien, de todos sus colaboradores, usted era el único que mantenía un contacto regular con Laetitia Darot.

Leblanc rodeó su escritorio y se acercó a su ordenador; luego hizo un par de clics y la impresora se puso en marcha.

—Eso creo. No es que Laetitia fuera antipática, en absoluto; de hecho, era una persona cálida y simpática. Solo que no buscaba proximidad, no le interesaba la compañía de la gente. Con todo, casi no sé nada de su vida. Manteníamos una relación meramente profesional; nunca hablaba de sí misma.

Leblanc sacó un papel de la impresora y se lo entregó a Dupin.

—Esta es la lista de los cuatro pescadores.

Dupin la cogió.

—¿Había oído alguna vez los rumores que decían que Charles Morin era su padre biológico?

—Me lo contaron en una ocasión. No hago mucho caso a las habladurías, me traen sin cuidado. Solo hablan de las personas que las propagan.

Dupin compartía esa opinión.

—¿Ella dijo algo al respecto alguna vez?

—No habría sido propio de ella.

—Así pues, usted tampoco sabe nada acerca de su situación familiar.

—No. He hecho que examinen su documentación personal, para saber de qué información disponíamos. Solo tenemos la fecha y el lugar de nacimiento y su formación académica. La documentación más completa con la que contamos se circunscribe a sus estudios y a las estaciones científicas en las

que estuvo. Estudió biología marina en Vancouver, en la Universidad de la Columbia británica. Se licenció con las máximas calificaciones y con unas referencias científicas extraordinarias. Luego trabajó allí durante dos años; a continuación estuvo tres años en Halifax, en el famoso Instituto Bedford de Oceanografía. Llevaba tres años trabajando con nosotros, incluso cuando vivía en Brest. Ya entonces no tenía mucho tiempo para su vida privada, vivía dedicada a sus delfines. Es todo lo que sabemos. No le puedo decir nada sobre su etapa en Canadá. Pero le puedo enviar una copia de toda la documentación.

—Eso estaría bien. ¿Sabe por qué se mudó de Brest a Île-de-Sein?

—Así podía estar más cerca de los delfines. Por los alrededores de esa isla habita toda una población de mulares; con suerte, podía verlos incluso a primera hora desde la ventana de su casa. Además, en la isla hay menos gente, así que supongo que ese también fue un motivo.

—¿Por qué regresó a la Bretaña?

—Su trabajo en Halifax había terminado y aquí disponía de todas las facilidades científicas. Tal vez había algo de añoranza. No lo sé, la verdad.

Por primera vez se produjo una pausa en la conversación.

—Sin duda, usted está al corriente de la gran actuación conjunta que tiene lugar hoy en el Parc Iroise.

Dupin soltó esa frase sin más.

Leblanc asintió.

—Confiamos en que esta vez arresten a algún que otro malhechor. Las patrullas y los controles regulares son insuficientes. Es fácil ver que las cantidades de pescado en el mercado superan el volumen de captura permitido.

—¿Sospecha de alguien que no cumple las cuotas?

—No es ningún secreto. La flota de Morin. Aunque no es la única: en el

punto de mira hay también un par de pescadores de menor entidad.

—Podría ser importante, ¿verdad?

—Eso espero.

Dupin echó un vistazo a su reloj.

—La información que nos ha proporcionado es muy valiosa, señor Leblanc.

—Si le puedo ser de ayuda, no tiene más que pedírmelo. Solo espero — vaciló, pero luego habló con voz más decidida— que el asesinato no tenga nada que ver con la labor de Laetitia. Lo digo por la relación de las dos mujeres con el proyecto de la red.

Se calló.

—¿Cómo sería entonces la historia? ¿Cómo se la imagina usted?

La cuestión era cómo esa cuestión podría haber adquirido una potencia tal como para derivar en un asesinato; en realidad, dos.

—Yo soy científico —contestó él con ademán triste—. Necesito hechos. Pruebas empíricas. Mi imaginación da para mucho.

—Póngase en contacto conmigo si le viene a la cabeza cualquier cosa.

—Lo haré. Cuente con ello.

—Gracias.

Dupin se dio la vuelta. Abandonó el despacho de Leblanc y atravesó el vestíbulo a paso rápido. El sitio de la secretaria estaba desierto.

Encontró el camino solo.

Un minuto más tarde salía del edificio, contento de volver a estar al aire libre.

Se dirigió hacia el dique. Goulch le hizo señas con el brazo.

De pronto, Dupin se detuvo y se dio la vuelta. Recorrió con la mirada aquella isla repleta de leyendas. Al contemplarla, tuvo la impresión de que, a pesar de su belleza y claridad, en realidad era de otro sitio. Una esfera distinta

y más siniestra. El comisario sintió una extraña desazón. No habría sabido explicar por qué.

Era un trayecto muy breve. Inofensivo. Un traslado rápido. Dupin se situó en la proa para ver cómo se aproximaba el puerto de Douarnenez.

El comisario recordó entonces los breves trayectos en barca de Concarneau, que iban de la Ville Close, la antigua ciudad medieval en la isla fortificada situada en la desembocadura del río Moros, hasta la parte oriental de la ciudad en un recorrido brevísimo, de apenas cien metros. Era un agradable paseo en un bote verde que iba por el puerto de abrigo y no tenía nada que ver con un viaje por mar abierto.

En ocasiones, cuando quería reflexionar, Dupin se daba un paseo por las murallas de la fortaleza del casco antiguo de la ciudad hasta el jardín silvestre de la colina y la iglesia, y allí tomaba un bote que lo trasladaba al otro lado. Lejos de apearse al llegar a la otra orilla, le gustaba quedarse en la embarcación y regresar. De ese modo podía disfrutar de una vista pintoresca de la fortaleza, del puerto y de la ciudad; era algo así como ir en autobús, como antes hacía con los autocares de techo descubierta.

Ese era uno de los numerosos y agradables rituales del comisario, cuya vida y obra, de hecho, era, en esencia, un entramado extraordinariamente profuso de rituales, algunos de los cuales habría quien los consideraría excentricidades, tics y manías.

Dupin había informado a Goulch sobre la conversación mantenida con Leblanc. Poco a poco, a pesar de la escasa información disponible, el comisario empezaba a hacerse una idea de la personalidad de Laetitia Darot, de quién había sido aquella extraordinaria experta en delfines.

La lancha rápida de Goulch, la *Bir*, había atracado junto al muelle, justo

delante de la lonja, entre dos barcos de mayor tamaño y con bandera española. Dupin y Goulch, que ya había salido de la cabina del capitán, esperaron en babor hasta que el comisario pudo desembarcar.

—Aquí tiene la lista del resto de pescadores que colaboraban en el proyecto de la red. ¡Hable con ellos! Me interesa todo: particularidades del proyecto, posibles incidentes... Pregunte también qué sabían de Darot y de Kerkrom. De qué habían hablado con ellas.

Goulch cogió la lista y le echó un vistazo.

—¿Cree que eso podría tener algo que ver con el caso?

Dupin no lo sabía, pero se dio cuenta que aquello le provocaba ansiedad. Lo importante, en esa fase del caso, era extender las antenas en todas las direcciones. También al azar.

—Tenemos que considerarlo todo, Goulch. Y no debemos dejar de lado a Céline Kerkrom. —Esta última frase, en realidad, iba dirigida a él mismo.

—Precisamente ahora acaba de llegar un mensaje por radio. La operación Langosta Roja se desarrolla del modo previsto. Todos los pesqueros que ahora faenan en el Parc Iroise han recibido la orden de permanecer en su ubicación. He hablado un momento con el director de la operación.

—Bien. A ver qué pasa. ¿Alguna noticia de Labat, de Le Ber o de Nolwenn? ¿Alguna novedad desde la isla?

—Nada de momento.

—Bien, pues hasta luego. Permaneceré en tierra firme hasta nuevo aviso.

Dupin regresó a tierra con un salto resuelto.

Goulch regresó a la cabina de capitán.

Dupin miró a su alrededor. Estaba prácticamente delante de la entrada de la lonja, donde había estado ese mismo día por la mañana. También ahora había mucha actividad. Contempló el gran silo de hielo, situado junto al edificio de oficinas, tan funcional, en el que se ubicaba la oficina de la señora Gochat. El

sol brillaba implacable y la brisa se había detenido. El aire estaba cargado con un hedor intenso a pescado, algas, sal, aceite y óxido. El olor de los puertos.

El comisario se disponía a ir hacia el edificio de las oficinas cuando vio con el rabillo del ojo a una mujer saliendo de la lonja con paso resuelto y dirigiéndose hacia él. Era la señora Gochat.

Se quedó quieto.

Ella tenía la vista fija en el suelo.

Aguardó.

Estaba a punto de pasar junto a él sin verlo.

—¡Señora Gochat!

La directora del puerto dio un respingo. Sin embargo, al instante siguiente había recuperado la compostura.

—¡Ah, señor comisario!

Sus miradas se cruzaron.

—Ahora mismo iba a verla.

—Lo siento, pero me pilla en mal momento.

—Usted pidió a un pescador que siguiera a Céline Kerkrom, que observara hacia dónde navegaba y en qué sitios pescaba. Como puede imaginarse, eso la ha convertido en sospechosa para nosotros. De hecho, en la más sospechosa hasta el momento. Tal vez este fuera el motivo por el que no nos ha comentado nada al respecto en nuestra charla de esta mañana.

Ella respondió al instante, sin el menor signo de irritación.

—Tengo mis motivos.

—Me gustaría saber cuáles son, señora Gochat.

Una levísima vacilación y luego:

—Me gusta que se cumpla la ley. En todas partes. Es mi modo de hacer. Y además, es mi trabajo.

—Tendrá que explicarse un poco mejor.

Ella pareció reflexionar.

—Como sabe, Céline Kerkrom pescaba con redes de enmalle de fondo pequeñas, pero casi siempre con palangre, sobre todo especies como la lubina o el abadejo. Por lo tanto, se movía por tres áreas: la zona de Ouessant-Grabens, la conocida como Pierres Noires, que se encuentra al oeste del archipiélago de Molène, y la Chaussée de Sein. Nunca, por lo tanto, en la bahía de Douarnenez. Esa zona la frecuentan otros pescadores, con redes y embarcaciones completamente distintas. Sin embargo, en los últimos tiempos la vi justo ahí, en la bahía, en su barca; la primera vez fue hace cuatro semanas y luego, hace tres. —Su voz adquirió un tono casi impertinente—: Y quise saber a qué obedecía ese cambio. Por eso le pedí a un pescador de la bahía que la vigilara un poco. Fue algo del todo inocente.

—¿Recelaba usted de algo en concreto?

—No, de nada en especial.

La señora Gochat no iba a decir nada más.

—En teoría, ¿cuál podría ser el motivo de ese cambio?

—No sabría qué responder a eso.

O tal vez no estuviera dispuesta a decirlo.

—¿Y cómo es que vio usted a Céline Kerkrom allí?

—Mi marido tiene una embarcación. De vez en cuando salimos de excursión, sobre todo los viernes por la tarde, que es cuando libro.

—¿Qué eslora tiene la barca de su marido?

—Mide ocho metros noventa.

—Con una embarcación así se puede navegar a cualquier parte.

A cualquier punto del Parc Iroise. Incluso a Île-de-Sein.

La directora del puerto le dirigió una mirada penetrante.

—¿Ha oído hablar del proyecto piloto del parque con unas redes nuevas?

¿Unas equipadas con emisores de señal para alertar a los delfines y a otros

animales?

—He oído algo de eso, pero solo de pasada. Ese es un asunto del parque. Yo —añadió, empleando de nuevo ese tono tan elocuentemente neutro que Dupin ya había oído aquella mañana a primera hora— apoyo cuanto contempla las exigencias de la pesca profesional y la protección de la fauna y del medio ambiente.

—En realidad —dijo el comisario con tono pensativo—, el parque no deja de ser su enemigo, ¿verdad? En una situación económica tan precaria, ellos no hacen sino dificultar aún más las cosas, proponiendo continuamente nuevas normativas, regulaciones, restricciones...

—Lo ha entendido mal, señor comisario —le corrigió ella—: el camino que señala el Parc Iroise es el único indicado para sobrevivir. Y no solo para las gentes de esta zona, sino para el sector pesquero en general.

Dupin no sabía si le estaba tomando el pelo. Por el tono de voz empleado, parecía estar profundamente convencida, aunque aquello también podía ser una auténtica farsa.

—Así pues, ¿es partidaria de que haya más supervisión por parte de las autoridades?

—Apoyamos a todas las autoridades.

Tampoco al oír la palabra «supervisión» la señora Gochat mostró la menor reacción. Sin embargo, tal vez eso no fuera significativo; quizá estaba al corriente de la actuación a gran escala. Dupin la creía capaz de conservar la calma en cualquier situación.

No se habían movido ni un solo centímetro. La conversación estaba resultando muy tensa.

—Tengo que regresar a la oficina, señor comisario. Me esperan.

—¿Algún asunto en concreto?

Ella negó con la cabeza.

—Dígame: ¿la lonja es legalmente responsable si en ella se vende pescado obtenido con prácticas ilegales de captura, o si no se han tenido en cuenta las cuotas? —preguntó Dupin, evidenciando así su intención de desoír por completo lo último que ella había dicho.

—No. Por una razón. No tenemos manera de comprobar la procedencia del pescado. Los pescadores los marcan y son los únicos responsables de los datos que proporcionan. Además, fuera del Parc Iroise rigen otras reglas, y las capturas también pueden proceder de esas zonas. Por otra parte, como ya hemos hablado, buena parte de las capturas no pasa por la lonja y, por si eso no bastara, los pesqueros pueden acudir a otros puertos fuera del parque. Para detener las actividades ilegales hay que pillar a los pescadores cometiendo el delito. Y eso es algo que los puertos no pueden permitirse.

Una posición cómoda. En esas cuestiones siempre era así. Sin embargo, Dupin no estaba dispuesto a discutir sobre eso en ese momento.

—¿Qué estaba haciendo ahora aquí abajo en la lonja, señora Gochat?

—He ido a comprobar si, tras los nervios de la mañana, todo había vuelto a la normalidad.

—Yo...

Una llamada.

Dupin sacó el móvil del bolsillo del pantalón.

—Un momento, por favor. —Dio unos pasos a un lado, hacia el agua, mientras en la cara de la señora Gochat se dibujaba una indignación creciente.

Era Goulch.

—Es increíble. —Kireg Goulch, un hombre de natural flemático, parecía estar fuera de sí—. Las primeras embarcaciones inspeccionadas eran de Morin. No se ha encontrado nada. Nada en absoluto. Ni una sola langosta roja, ni como captura accesorio casual. Todos los pesqueros estaban

completamente limpios, lo cual, en sí mismo, es imposible. Por el contrario, se han incautado cantidades considerables en pesqueros de otros dos pescadores. Se trata...

—Morin estaba advertido. Ha habido un soplo.

A Dupin le resultaba difícil hablar en voz baja.

—El director de operaciones descarta por completo esa posibilidad.

—Tonterías.

A Dupin, en realidad, todo aquello no le sorprendía.

—¿Quiere que hablemos con los dos pescadores?

—Averigüe sus nombres. Por el momento con eso bastará. De todos modos, hable con el hombre del servicio nacional de guardacostas que me ha llamado. Dígale que ha tenido que haber una filtración.

Aunque solo fuera cierto la mitad de lo que se decía sobre Morin, no le sorprendería. Al contrario.

—Lo desmentirá.

—¿Alguna otra cosa, Goulch?

—De momento, no. La operación sigue su curso. Pero los pesqueros de Morin se han librado.

Dupin colgó y regresó junto a la señora Gochat, que seguía exactamente en el mismo lugar donde la había dejado.

Él había perdido el hilo. No importaba.

—Lo lamento, pero tengo que... —empezó a decir la directora del puerto. Dupin la interrumpió:

—Esta mañana tampoco ha mencionado un par de cuestiones importantes, señora Gochat.

Ella lo miró como si no supiera a qué se refería Dupin.

—En primer lugar, por ejemplo, las denuncias interpuestas contra Charles Morin por descartes prohibidos por la ley, como el *highgrading*, o por

exceder la cantidad permitida de abulones.

—Repito lo que ya le he dicho esta mañana: de momento el señor Morin jamás ha sido condenado. Yo no me ocupo de recriminaciones.

—Uno de sus *bolincheurs* va a tener que pagar una multa bastante considerable al ser sorprendido con unas doradas rosa.

—Por desgracia, son cosas que ocurren de vez en cuando. Las autoridades tienen que combatirlo con la máxima severidad. Quedarse corto no es una opción. La cuestión es si efectivamente Morin dio órdenes al respecto.

Era imposible doblegar a esa mujer.

—¿Y qué hay de la fuerte discusión entre ese tal Frédéric Carrière y Kerkrom? ¿Tampoco le pareció a usted algo digno de mención?

—¿Sabe usted el tiempo que necesitaríamos para hablar de todas y cada una de las disputas que Céline Kerkrom mantuvo con alguien? Creí que, al preguntar, se refería a cosas que fueran de interés.

No había persona más imperturbable. Todo le era indiferente.

—Eso ha sido todo por el momento, señora Gochat.

Proseguir con la entrevista era inútil. Dupin había perdido la paciencia.

—Nos volveremos a ver. Muy pronto.

Tampoco aquel brusco final de charla sacó de sus casillas a la señora Gochat. Se limitó a esbozar una sonrisa y, como él, reemprendió su marcha, encaminándose directamente a la entrada del edificio de oficinas.

Dupin tomó la dirección contraria.

Tenía que subir un tramo de la calle del puerto hasta donde había aparcado su Citroën.

Era temprano. Sopesó la posibilidad de dirigirse hacia Tréboul, dar una vuelta por allí, concentrarse y pensar con calma. Los acontecimientos se precipitaban.

Sacó el móvil y marcó el número de Nolwenn.

—Nolwenn, voy a...

—Ahora mismo le iba a llamar, tenía el móvil en la mano. Parece cosa de brujas: no consigo nada sobre la posible paternidad de Morin. —Por el tono de voz, parecía herida en su orgullo—. De hecho, dispongo de una imagen escaneada de la partida de nacimiento de Laetitia Darot, emitida por la clínica de Douarnenez. En ella se indica el nombre de sus progenitores, es decir, de la madre y el padre que se registraron como sus padres biológicos. Francine y Lucas Darot.

—Muy bien.

—De todos modos, esta no sería la primera vez que se falsifica un certificado de nacimiento. Aunque no hace mucho, aquellos eran otros tiempos. Morin bien podría haber tenido una relación con consecuencias. Por supuesto. Según este documento, cuando tuvieron a su hija el padre de Darot tenía cuarenta y siete años y la madre, treinta y siete. Vivían a las afueras de Douarnenez. La madre murió hace dos años, y el padre hace doce. Ambos eran también de Douarnenez. Intentaré averiguar más cosas de ellos. En cuanto a posibles hermanos o hermanas, cuando nació Laetitia Darot no había ninguno y seguramente la situación se mantuvo igual.

A pesar del desánimo con que había iniciado la conversación telefónica, Nolwenn estaba en plena forma; de hecho, el propio Dupin había intentado recabar esa información de terceros y le había resultado imposible.

Entretanto, el comisario había llegado a su coche, aparcado no muy lejos de la famosa conservera Connétable.

Le quería preguntar algo a Nolwenn, y por eso tenía el móvil en la mano. Sin embargo, lo había olvidado. Últimamente le pasaba a menudo; incluso había estado a punto de comentárselo al doctor Pelliet, de no ser por el tremendo pavor que le provocaba pensar en las recomendaciones terapéuticas que le daría.

—¿Sigue usted en Lannion?

Ya le vendría a la cabeza. A veces le iba bien hablar de otra cosa para recordarlo.

—Ahora mismo estamos en casa de mi tía. Su sala de estar es una sofisticada central de comunicaciones perfectamente equipada. Dispone de una fabulosa conexión de banda ancha, una red rapidísima, dos ordenadores y un escáner con impresora de gama alta. Todo lo necesario para este tipo de operaciones.

—Entiendo. —Dupin se abstuvo de preguntar algo más—. Bueno, yo iré a ver a Charles Morin.

—¿Ha hablado ya con la señora Gochat?

—Lo acabo de hacer.

—Dirige el puerto como si estuviera al frente de un regimiento. Es una auténtica «douarnenista». Las mujeres de Douarnenez tienen fama de ser fuertes, decididas y con una asombrosa capacidad para imponerse. De hecho, como todas las mujeres bretonas, aunque las de Douarnenez lo son en especial medida. Allí impera el matriarcado. —Una constatación seca—. Esto se remonta a las mujeres de los pescadores del siglo XIX, que trabajaban en las conserveras de pescado. Se las conocía como las *filles de fritures*, algo así como las chicas de las conserveras. Como sus maridos se pasaban semanas y meses en el mar y, por regla general, no podían encargarse de la subsistencia de la familia, las mujeres ganaban un sueldo, llevaban la casa, cuidaban de los niños y se ocupaban del ayuntamiento y la ciudad. Lo hacían todo. La consigna de las douarnenistas era: «*rien ne fait sans elle, tout se fait par elle*», nada se hace sin ella y todo lo hace ella. ¡Sin duda, un lema aplicable a todas las mujeres!

En realidad, Nolwenn no tenía nada que envidiar a esas mujeres. Visto así, era evidente que, en cierto modo, en la comisaría imperaba un claro

matriarcado.

—Seguramente llegará a Tréboul incluso antes de hora. Para su café le recomiendo el Ty Mad, que está a pocos metros de la casa de Morin. Es un hotel restaurante de extraordinaria belleza que data de finales del siglo XIX y que tiene una terraza paradisíaca. Allí nadie le molestará. Max Jacob, Picasso y Dior se alojaron en él en los años treinta; es un lugar con un ambiente especial. Y, por cierto, el Ty Mad también lo dirige una mujer.

Un café rápido se ajustaba a la perfección al concepto de Dupin sobre una reflexión tranquila y, aunque era consciente de que Nolwenn lo conocía muy bien, sintió como si lo hubiera sorprendido.

—Bien, pues, hasta luego, Nolwenn.

Gracias a su sistema de navegación GPS, esa pantalla asombrosamente diminuta que de vez en cuando confundía más que orientaba, consiguió llegar hasta la capilla de Saint-Jean y aparcar allí.

Un pequeño camino llevaba desde la capilla hasta una bahía de arenas blancas e inmaculadas, con el mar refulgiendo en su intenso color azul cristalino y flanqueado a ambos lados por rocas escabrosas. La iglesia, los callejones estrechos, las casas antiguas... todo parecía detenido en el tiempo. Vegetación frondosa, árboles elegantes, arbustos espesos de sombra agradable, palmeras de coronas enmarañadas. Un encanto perdido. Una zona de baños, pequeña y hermosa, sobria, de finales del siglo XIX. En otros tiempos los pescadores de la localidad navegaban hasta Andalucía, Marruecos y Mauritania para pescar langostas. Por eso su barrio era conocido como el pequeño Marruecos.

Según el mapa, al otro lado de la capilla tenía que estar la casa de Morin. Junto al mar, por encima de esa pequeña playa, discurría un hermoso camino

que serpenteaba entre las rocas y un gran cementerio en dirección al casco antiguo de Douarnenez. También desde ahí se veía Île Tristan, por su lado suroeste, a apenas medio kilómetro de distancia. A esas horas la marea debía de haber llegado al nivel más alto, ya que no se atisbaba ni siquiera el negro de las rocas.

Dupin decidió que primero tomaría un café y luego pasearía un poco. Se dio la vuelta y volvió a la callejuela para dirigirse al Ty Mad.

Una grava gruesa y blanca cubría el discreto patio interior, que tenía el ambiente de un jardín señorial. A la izquierda, la antigua mansión de piedra, cubierta de vid salvaje, con postigos de color gris oscuro. En comparación con lo que la rodeaba, era un edificio alto, de tres plantas y buhardilla acondicionada.

En la terraza había un mar de flores de distintos colores y olores fascinantes que se mezclaban entre sí; pequeñas hileras de bambúes de delicado color verde; plantas herbáceas muy altas; rododendros enormes de un blanco cegador; cubas pintadas de verde oscuro con pequeños olivos plantados. Las mesas, las sillas y las tumbonas se distribuían por el jardín, entre las plantas.

Era un lugar encantador.

Un oasis.

En una mesita medio oculta había una pareja que solo tenían ojos el uno para el otro.

Dupin escogió una mesa situada frente a un bambú crecido.

Apenas había tomado asiento cuando una esbelta mujer salió de la mansión, bajó la escalera de piedra y se dirigió hacia él. Cincuenta años recién cumplidos, de una belleza especial y única, cabello rizado y enmarañado, recogido en un moño del que se habían soltado algunos mechones; ojos oscuros, mirada despierta y una tez atractiva. Vestía una

camisa de lino de color rosa pálido y una falda carmesí y lucía un largo collar de cuentas de cristal de distintos tamaños.

Le dirigió una sonrisa que parecía salirle del corazón.

—Nolwenn me dijo que iba usted a venir.

Nolwenn no le había dicho que conocía a la propietaria. Dupin reparó entonces en que la mujer llevaba una tacita de café que dejó en la mesa ante él con un gesto discreto.

—Muchas gracias. —Se sintió un poco cohibido pero, sobre todo, estaba entusiasmado.

—Yo conocía un poco a Céline Kerkrom. —La mujer tenía una voz dulce y, a la vez, resuelta—. De vez en cuando nos servía lubina pescada con palangre. Un pescado extraordinario. Mi cocinero dije que es el mejor. Era una mujer maravillosa.

—¿Cuándo estuvo aquí por última vez?

—No hace ni dos semanas que nos sirvió pescado. Celebrábamos una fiesta, un aniversario con menú especial.

—¿Conoce usted al señor Morin? Quiero decir, personalmente.

A fin de cuentas, pensó, eran casi vecinos.

La propietaria del Ty Mad tomó una silla y se sentó con un ademán tranquilo.

—Hay gente que aporta desequilibrio al mundo, lo daña y lo emponzoña.

—Empleó un tono de voz muy calmado—. He procurado no tener nunca nada que ver con él. Lo he evitado siempre.

Dupin se tomó el café a pequeños sorbos. Era fuerte y despedía un aroma irresistible.

—La familia Morin lleva tiranizando la bahía y, de hecho, toda la zona, desde hace varias generaciones. Son gente autoritaria. Siempre lo han sido. El padre de Morin era juez y tenía fama de duro. En otros tiempos, a mediados

del siglo XX, Île Tristan pertenecía a esa familia. Eso fue antes de que pasara a ser de un poeta y de que finalmente la ciudad la comprara. ¿Conoce la isla?

—Solo la parte delantera, junto al dique. El edificio del Parc Iroise.

—Tiene dos caras. Si la contempla en días como hoy, con sol, únicamente verá su lado luminoso. Es el aura de los amantes unidos en la tumba. —La propietaria del Ty Mad hablaba sin emplear el menor tinte dramático—. Pero también tiene otra cara. En el siglo XVI la isla fue el bastión de un pirata y líder de banda temible, Guy Éder de la Fontenelle, conocido también como el Lobo.

Sin duda, debía tratarse de aquel hombre atroz del que Nolwenn hablaba de vez en cuando. Hizo una pausa algo más larga que, sin embargo, no parecía tener un efecto calculado.

—El Lobo convirtió una pequeña banda de ladrones y canallas en una guarnición de casi mil bandidos con los que aterrorizaba la región con la excusa de las guerras de religión. Masacraron a miles de personas pacíficas: campesinos, pescadores, gente normal, ciudadanos y habitantes de los pueblos, incluso a mujeres y niños, y asolaron regiones enteras. Eran auténticos tornados de destrucción. El Lobo obligó a los habitantes de Douarnenez a echar abajo sus casas, llevarle las piedras para poder construir una fortaleza en la isla y luego los mató. —Se apartó un mechón de la cara—. Gracias a sus incursiones amasó una fortuna inmensa, sobre todo de oro. Estaba obsesionado por él y lo almacenaba en cuevas secretas de la isla, donde continúa hoy en día. La entrada se encuentra en algún lugar de los acantilados, al oeste, junto al dique que hay medio derruido, cerca de las cuevas. Pronto acumuló tanto oro que tuvo que llevarlo a otras cuevas de la bahía. —Dirigió una mirada inescrutable a Dupin—. La gente de aquí se acuerda de todo. El pasado está muy presente.

Dupin lo sabía. Constituía una característica básica de la Bretaña y de sus

gentes. Era así. Y era preciso tenerlo siempre en cuenta.

Se secó el sudor de la frente. A esa hora el calor era increíble.

—Detrás de Tréboul hay una pequeña localidad cuyos habitantes narran todavía hoy en día la historia del desembarco de varios barcos vikingos. — Era prácticamente imposible no escucharla con atención—. La gente de allí afirmaba que eran capaces de señalar el lugar exacto en el que esos vikingos habían tenido su *thing*, su lugar de reunión, como si aquello fuera un suceso de la semana anterior. Pues bien, hace unos años, un equipo de arqueólogos realizó unas excavaciones y, en efecto, dio con el lugar exacto de la reunión. Había numerosos restos y, además, estaba justo en el lugar indicado. La gente transmite la información de una generación a otra y, visto así, mil años apenas es nada, solo una sucesión de unas veinte o treinta vidas. Lo mismo ocurre con el Lobo: hay gente capaz de contárselo todo sobre él, los caminos de la isla que frecuentaba, quiénes eran sus amantes. Todo.

Dupin estaba convencido de que tal cosa era cierta.

—¿Y alguna vez se han buscado esos tesoros?

La pregunta le salió sin pensar, pero al instante se sintió incómodo por haberla planteado.

—Continuamente. —La mujer habló con cierto desdén—. Hay gente capaz de cualquier cosa con tal de enriquecerse. Matarían a cualquiera.

Aquella era una triste verdad.

—De vez en cuando, esa energía oscura emana de la isla y conjura a un espíritu siniestro. Pero créame, eso no afecta al lugar.

Entonces soltó una risa cantarina y fresca.

Apenas había dejado de hablar cuando sonó el móvil de Dupin.

—Lo siento, tengo que responder.

—Por favor.

Dupin sacó el aparato del bolsillo de su chaqueta.

Un número desconocido.

—Aquí Dupin. ¿Con quién hablo?

—Antoine Manet. —El tono de voz era grave—. Jumeau ha pasado a verme. Me ha confesado que tenía una relación. En realidad, mantenía una relación con las dos víctimas. Aunque, según dice, era algo poco serio. Parece que estuvo con las dos de forma consecutiva, aunque quizá no fuera realmente así. No se lo sabría decir.

Dupin se levantó de un salto al oír las primeras frases.

Tuvo que hacer un esfuerzo por no lanzar un grito.

—¿Con las dos? ¿Una relación con las dos mujeres? ¿Durante cuánto tiempo?

—Si lo he entendido bien, había roto con Céline, pero en marzo volvieron a verse. Lo que ocurre es que para entonces ya había empezado a salir con Laetitia Darot, aunque también en este caso no era nada muy serio. Según me ha dicho, solo se vieron tres veces.

Esta noticia tenía unas consecuencias muy notables.

—Esto convierte a Jumeau en nuestro principal sospechoso.

—Lo sé. —En las palabras de Manet se advirtió una clara resignación—. Le he dicho que yo se lo comunicaría a ustedes. Y que seguramente usted querría hablar con él. Al decírselo, él se ha limitado a encogerse de hombros.

—¿Por qué no se lo contó a mi inspector?

—Ha necesitado un poco de tiempo para sopesar si quería hacerlo público.

Por el tono que empleó Manet, el médico daba crédito a esa respuesta.

—¿Le ha hablado de alguna disputa o reproche? ¿Celos, tal vez?

—La relación con Céline terminó de forma amigable. Continuaron siendo amigos, como antes. Y Darot lo sabía todo. Incluso lo de su reencuentro posterior. Afirma que nunca hubo problemas por parte de nadie.

Una especie de *ménage à trois*. Esa debía ser la primera vez que una

relación así no se complicaba.

—¿Le ha parecido nervioso cuando hablaba con usted?

—Jumeau jamás está nervioso.

—Dígale que una lancha de la policía le recogerá.

—Así lo haré.

—Que espere en su casa. Informaré a mi inspector.

—De acuerdo.

Antoine Manet colgó más rápido incluso que el mismísimo Dupin.

Durante toda la conversación telefónica, la propietaria del hotel había esperado allí sentada, expectante. No dejó entrever si había escuchado la conversación.

Ladeó un poco la cabeza y clavó la mirada en Dupin.

—Le estoy entreteniendo. Debe marcharse. Y yo también. Tengo que ir al aeropuerto a recoger a mis hijas. Se quedarán aquí durante todo el verano. Dos meses. —Sonreía claramente complacida; las historias siniestras que acababa de contar parecían estar ya muy lejos—. Empieza la temporada y mis hijas me ayudan aquí. Ellas y mi mejor amiga. Venga usted un día de estos a cenar. Seguro que le gusta.

Dupin acababa de vislumbrar la sala del restaurante, un anexo de hierro fundido en estilo art déco pintado de verde. Tenía que ser fantástico contemplar desde ahí el azul del Atlántico entre el verdor del jardín. A Claire le entusiasmaría.

—Lo haré.

La propietaria del Ty Mad se puso de pie y se dio la vuelta. Instantes después había desaparecido. Dupin ni siquiera oyó sus pasos discretos en la grava.

Por unos instantes permaneció sentado en silencio.

Luego, como aún tenía el móvil en la mano, marcó el número de Le Ber.

—¿Sí, jefe?

—Traigan a Jumeau en una de las lanchas.

Dupin le informó de la llamada de Manet.

—Quiero verlo. A poder ser —Dupin pensó un instante— en el Ty Mad de Tréboul. —¿Por qué no? Sería difícil encontrar un lugar más tranquilo—. He visto un pequeño muelle no muy lejos de la capilla de Saint-Jean. La lancha puede atracar ahí.

Además, así él no perdería el tiempo yendo de un lado a otro.

—¿Está usted ahora mismo en el Ty Mad?

—Voy a reunirme con Morin.

—Vale. Por lo demás —Le Ber vaciló un poco—, ¿todo bien?

Dupin tardó unos instantes en caer en la cuenta.

—Estoy bien. Estupendamente. Y ahora que lo pienso creo que vi las cuatro tumbas a la primera. Lo único que pasa es que estaba un poco cansado. Por lo tanto, no hay el menor motivo de preocupación.

Tenía que zanjar ese tema de una vez por todas.

—Como usted diga, jefe.

Le Ber no parecía convencido en absoluto.

Mientras se dirigía hacia la casa de Morin, Dupin estuvo dándole vueltas a la espectacular noticia de la relación múltiple de Jumeau. Pensó en esa novedad y en la acumulación de acontecimientos, las charlas. Dupin no quería engañarse. Estaba metido en un remolino de sucesos que le había succionado incluso a él. Su pensamiento iba incansable de una cuestión a otra. Ahora lo que le convenía era tomar distancia. Sin embargo, el paseo era demasiado breve para lograr ni siquiera un poco. En un abrir y cerrar de ojos se encontró ante la casa de Morin.

Era una mansión de la Belle Époque. Saltaba a la vista desde lejos. Del período brillante de la aristocracia. Nada ostentosa, más bien de una elegancia discreta. Era una construcción estrecha y distinguida de piedra rojiza en forma de L, con el obligado tejado en punta de pizarra natural ligeramente ondulado. Había ladrillos de color marrón oscuro dispuestos en torno a las numerosas ventanas elevadas; en la primera planta, un balcón ornamentado que a buen seguro tendría una vista fabulosa de la bahía. El detalle más llamativo era un invernadero instalado en una lujosa estructura de madera de color rosa desgastado. Frente el balcón se levantaba una palmera muy alta; por lo demás, aquí y allá, pinos añejos y deformes en un césped de un intenso color verde. Todo tenía una apariencia cuidada, aunque sin exagerar.

Dupin tuvo que rodear el terreno, que estaba bordeado por un muro porque la puerta de entrada, de hierro fundido, daba al mar. Delante del acceso había aparcado un Volvo todoterreno de color negro. No había nombre en el timbre. Era uno de esos botones negros anticuados y estaba montado en un herraje curvo y brillante de latón.

Dupin pulsó el timbre. Una vez. Y otra. Sin pausa.

Poco después la puerta se abrió. Un hombre apareció bajo el umbral de la pesada puerta de madera de la casa.

Morin no se había hecho esperar.

—¿Qué tal van las pesquisas, comisario? ¿Ha logrado averiguar algo ya?

El mismo tono paternal y atento que Dupin ya había notado por teléfono. Y, a la vez, apremiante. De nuevo, Morin había dejado de lado las fórmulas de cortesía e iba directamente al grano.

—Dígame: ¿en qué puedo ayudarle? Como sabe, siento una profunda necesidad de hacerlo.

—Bastará con que me cuente la verdad.

Morin se había acercado unos pasos para recibir a Dupin, pero en cuanto este llegó a su altura regresó hacia la puerta de su mansión mientras asentía con la cabeza.

Robusto, algo achaparrado, rechoncho, con una nuca prominente que le sobresalía de una camisa blanca de rayas anchas, pantalones negros de tela y tirantes del mismo color. Tenía el pelo negro y las cejas muy pobladas; llevaba las gafas de sol sobre el cabello y, como el resto de lo que llevaba puesto, estas no parecían haberle costado más de un par de euros. Sus rasgos delicados contrastaban enormemente con su tosca apariencia.

—Como sabrá, tengo muchos contactos y de no poca importancia. Sé qué teclas tocar aquí y allá para averiguar cosas o para contactar con alguien. Tengo mis métodos. Deberíamos aliarnos, comisario.

Tal como las había pronunciado, esas palabras no eran tanto una amenaza como una oferta de colaboración.

—Alguien le avisó sobre la actuación de control de hoy, señor. Sus barcas estaban advertidas.

Dupin habló sin la menor emoción, circunspecto, casi con consideración.

Morin no demostró reacción alguna. Se limitó a sostener la puerta para dejar entrar a Dupin y lo acompañó por un pasillo largo hasta una sala de estar luminosa y amplia, decorada al parecer según el estilo de la época de la mansión. Los muebles eran exquisitos: una mesa de madera oscura pulida y brillante con las patas torcidas; sillas de respaldos altos y delicadamente labrados. El aire olía a cera, polvo y bolas antipolilla, una mezcla extraña que Dupin conocía de otros tiempos, de la maravillosa casa de sus abuelos parisinos de la que, en sus últimos tiempos, solo utilizaban las dos plantas inferiores. Seguro que Morin no pasaba mucho tiempo ahí. Incluso ahora los dos parecían estar solos en la casa.

Morin le indicó con un gesto dos butacas bajas situadas ante una de las

ventanas que se abrían a un panorama grandioso. El azul intenso del mar y el brillo deslumbrante de la superficie en movimiento.

Morin se sentó y aguardó a que Dupin también tomara asiento.

—Es una ridiculez. Tanto gasto. Tantos costes. Niñerías.

No había hostilidad en sus palabras. De ellas se infería la admisión de culpa. Claro que estaba al corriente de la operación. Le traía sin cuidado.

—Quiero saber quién mató a Laetitia Darot.

Por primera vez la expresión de Morin mostró cierta aspereza.

—Tal vez fue testigo de una de sus numerosas acciones ilegales en el parque y tuvo que librarse de ella, o tal vez Laetitia y Céline Kerkrom empezaron a vigilar de forma sistemática sus pesqueros.

—No pienso contestar a eso, comisario.

—Señor Morin, al final lo averiguaremos. Todo saldrá a la luz. Se lo aseguro.

Dicho esto, Dupin se reclinó tranquilamente en su asiento sin perder de vista la cara de Morin, en la que solo se reflejaba un control absoluto de la situación.

—Sabemos —Dupin hizo una pausa larga. Tenía que volver a intentarlo—, sabemos que era su hija.

Tampoco esta vez Morin reaccionó en modo alguno.

—Me han dicho que las dos eran amigas. Y que ambas trabajaban en un proyecto científico en el que también participaban otros pescadores. Los conozco.

Morin tenía contactos. Por supuesto. No era raro. Dupin no estaba dispuesto a enzarzarse en ello.

—Las redes de arrastre y de enmalle de sus pesqueros han acabado con la vida de cientos o miles de animales a los cuales su hija dedicaba su vida, y por cuya protección luchaba.

Morin volvió la mirada hacia la ventana.

Guardó silencio.

—Sabemos lo de las doradas que usted ordenó pescar pese a las estrictas prohibiciones, lo de los enormes descartes de pescado y lo de las capturas de abulones. Y también que sus embarcaciones pescan langosta roja, aunque hoy no les hayan pillado. Y sabemos también que utiliza de forma masiva redes y artes de pesca prohibidos. Lo sabemos todo.

Esa enumeración era inútil. Además, seguramente solo era una parte de todos los delitos cometidos. Sin embargo, Dupin sentía la necesidad de decirlo.

—Como ya le he dicho: es una ridiculez. De todos modos, ahora esta no es la cuestión, comisario. Se dice que usted es una persona razonable, inteligente. Y, créame, así lo espero. Lo espero de verdad.

Su mirada seguía clavada en la lejanía.

—¿Dónde estuvo ayer por la noche, señor Morin? ¿Podría decir dónde estuvo anoche y hoy por la mañana?

—Es realmente necesario, ¿verdad?

—En efecto.

Morin lanzó un suspiro lastimero.

—Sobre las 19.30 llegué a casa, en Morgat. Mi esposa y yo cenamos, hablamos, vimos la tele y nos acostamos a eso de las 22.30. A primera hora de hoy, a las diez, he tenido una reunión con uno de mis pescadores.

Dupin sacó su Clairefontaine roja con toda la calma del mundo y abrió la página en la que había anotado su lista de personas.

—Supongo que sería Frédéric Carrière. ¿Dónde se han reunido?

Morin se mantuvo impasible.

—Aquí, en Douarnenez. En el puerto.

Morin habría podido estar en la lonja el día anterior por la noche y también

a primera hora en Île-de-Sein. Era trivial, pero así era. Por otra parte, cuanto más complicado e intrincado era un caso, más importante era conocer los hechos más simples. Las cuestiones más banales.

—Esto significa, señor Morin, que no tiene coartada.

—Dejemos de hablar de mí, concentrémonos en lo que las dos víctimas tenían en común, ¿le parece? —Morin arrugó la frente—. Habían sido vistas juntas en la entrada de la bahía de Douarnenez, en la barca de Laetitia Darot. Y también en la de Céline Kerkrom.

—Eso ya lo sabemos. —Aunque mentía, Dupin respondió rápido. No lo sabían. Y, además, era una novedad interesante, aunque tal vez su explicación se hallaba en el proyecto de las redes.

—¿Por qué estaban juntas en una barca? ¿Qué hacían? —Morin hablaba para sí mismo, en voz baja, sin dirigirse expresamente al comisario.

—Tal vez estaban probando los emisores de señales de las redes especiales. Unas redes que me imagino que para usted son un auténtico incordio, ya que le ocasionarán bastantes gastos.

—He investigado a todos los pescadores involucrados en el proyecto. Ahí no hay nada de nada. No pierda el tiempo, comisario.

Morin los estaba poniendo en evidencia. Y ni siquiera era esa su intención. Él actuaba por su cuenta.

—La señora Gochat —prosiguió tranquilamente— ordenó vigilar a Céline Kerkrom. También aquí debemos preguntarnos por qué. Y luego está la embarcación de ese pirata hippy, Vaillant. —Morin frunció los labios—. Me han dicho que permaneció varias veces cerca de la barca de Laetitia. ¿Qué se le había perdido a él en la entrada de la bahía de Douarnenez?

Era asombroso. Y frustrante. De nuevo Dupin sintió ganas de saber cómo Morin había obtenido esa información y, sobre todo, si sabía más cosas. Pero no preguntó.

—Y justo ayer por la noche él estuvo en Île-de-Sein. —La mirada de Morin se ensombreció.

Dupin no quería entrar en ese tema y le costó mucho contenerse.

—Hasta ahora usted siempre se ha ido de rositas. Pero nadie tiene suerte de forma permanente.

Una sonrisa curiosamente apacible asomó a los labios de Morin. Buscó la mirada de Dupin. Luego se reclinó con lentitud en su butaca. Relajado. Dueño por completo de la situación.

—La gente joven no alcanza a comprender aún la totalidad del mundo. Son necesariamente cándidos. Yo también lo fui. El mundo es complicado. La vida también. Ellos, en cambio, la consideran simple.

Con eso no impresionó ni en lo más mínimo a Dupin.

—La complejidad es una de las excusas más apreciadas, sobre todo ante uno mismo —repuso el comisario.

—Debería aceptar mi ayuda, comisario. Deberíamos compartir la información y cooperar.

—Señor Morin, usted es uno de nuestros sospechosos. Ocupa uno de los primeros puestos de la lista. —Dupin adoptó entonces una expresión desabrida.

A Morin no le costó nada dibujar de nuevo aquella sonrisa apacible.

—Comisario, el mundo se guía por sus propias reglas, y es evidente que hay quienes que no se someten a ellas. —Empezó a levantarse lentamente—. Pero le prometo que voy a ocuparme de ello y que, si no puede ser con su colaboración, lo haré solo.

Se puso de pie.

La conversación había finalizado.

Dupin también se levantó. Sin prisas.

—Hasta la vista, señor Morin.

Dupin se marchó. Al poco rato, volvía a encontrarse en el camino de la costa.

El brillo plateado de la bahía que había visto a través de la ventana de la mansión apenas era un reflejo del brillo infinito que reinaba en el exterior.

—Jumeau ha insistido en venir con su propia barca. Dos colegas lo acompañan.

Era poco ortodoxo, pero ¿por qué no? A fin de cuentas, Dupin era un poco como la encarnación de los actos poco ortodoxos. No sería él quien criticara la decisión de Le Ber.

—Debe de estar a punto de llegar, los compañeros acaban de llamar.

—De acuerdo. —Dupin llegaría en pocos minutos. Ya se veía la capilla. Sin embargo, entonces dudó—. Vamos a hacerlo de otro modo, Le Ber. Me reuniré con Jumeau en su barca, no en el Ty Mad. Voy hacia el muelle.

—Sí, de acuerdo, jefe. Informaré de ello. Por cierto, Thomas Roiyou, el capitán del barco de combustible. Ya lo podemos descartar. Dos pesqueros lo vieron zarpar del puerto de Audierne pocos minutos después de las seis. Tiene que pasar siempre por la lonja porque su almacén de combustible se encuentra un poco más atrás.

—Entiendo.

Casi era una lástima. Por lo menos le habría podido atosigar tranquilamente durante un poco más de tiempo, pensó Dupin.

—Otra cosa, Le Ber. Pida a Nolwenn que fije una cita con ese tal Vaillant. Al final de la tarde. —Por si acaso, Dupin se apresuró a añadir—: En algún sitio en tierra firme.

—Me encargaré de ello.

Dupin ya había llegado a la capilla; a la izquierda quedaba la pequeña

playa de aire mediterráneo.

Entonces le vino algo a la cabeza. Un punto importante. Rebuscó entre los números que Nolwenn le había enviado y encontró el que buscaba.

—¿Señor Leblanc? Hola, aquí el comisario Dupin.

Tal vez el científico pudiera aclarárselo.

—Un momento, por favor.

Se oían al fondo unos ruidos sordos.

—Estaba en la zona de las instalaciones técnicas. Ya he salido. Dígame.

—Laetitia Darot y Céline Kerkrom estuvieron en la zona de la entrada a la bahía de Douarnenez en la barca de Darot. ¿Era esa una de las zonas de Laetitia? ¿Qué podían estar buscando allí?

Había dos preguntas que inquietaban a Dupin: ¿por qué las dos mujeres iban juntas en una barca? Y ¿por qué estuvieron precisamente en esa zona? ¿Qué les había llevado allí? Si lo había entendido bien, el lugar no formaba parte de sus rutas habituales.

—¿Está usted seguro de que fue en la bahía?

—Sí, en la entrada de la bahía. Usted me dijo que los delfines de Darot se encontraban más bien en las inmediaciones de las islas de Sein, Molène y Ouessant, ¿verdad?

—¿Y esto fue últimamente? ¿Hace poco?

—Sí, en las últimas semanas.

—Lo único que se me ocurre es que se tratara de los delfines grises. Siguen a los cefalópodos y a los moluscos, a las sepias, los calamares y los cangrejos, que son su alimento preferido. En verano se mudan a las partes rocosas de la costa de la bahía y los delfines los siguen. El pasado verano puedo confirmar que Darot los estuvo observando. Pero este año aún no había comentado nada al respecto. De todos modos, eso no significa nada.

A Dupin le pareció recordar que ese mismo día por la mañana Le Ber le

había hablado del delfín gris, pero hasta entonces nadie más los había mencionado.

—¿Es una especie rara?

—En nuestra zona solo están en verano. Los delfines grises alcanzan un tamaño de hasta cuatro metros y algunos ejemplares pueden llegar a pesar hasta seiscientos cincuenta kilos. Tienen una frente grande, que cae de forma casi vertical, y un hocico amplio y corto, unas aletas en forma de hoz y...

—¿Qué podía haber de urgente respecto a esos delfines? —le interrumpió Dupin.

—No lo sé. Solo sé que el año anterior Laetitia los estuvo observando durante unas semanas. Siempre es todo un acontecimiento cuando llegan.

—Muchas gracias, señor Leblanc.

Unos pinos altos bordeaban el camino serpenteante que discurría junto al mar. A la derecha estaba el cementerio, oculto tras un muro elevado; a la izquierda, Île Tristan. Parecía como si para llegar hasta allí bastara con dar un gran salto.

Dupin vio el dique y, al final del mismo, una barca que acababa de atracar.

Una embarcación blanquísima, con el casco de color azul claro, redondeado en la parte delantera. A su alrededor tenía un borde de color rojo pimentón. La cabina de mando, que estaba acristalada a la altura de la cadera, tenía los bordes pintados de amarillo y naranja y, en el techo, las antenas y emisoras de rigor. Dupin le calculó una eslora de ocho o nueve metros. En la proa había una gran caja roja, dos boyas de color rosa y un montón de cajas de plástico.

Dupin llegó al dique. Aunque la marea seguía estando alta, había unos dos metros de diferencia respecto a la línea de mar.

Entonces distinguió a dos policías a bordo y un joven enjuto con el pelo hasta la barbilla. Bajo los tirantes de los pantalones de color amarillo llevaba

una sudadera negra. Tenía que ser Jumeau.

Dupin se aproximó a la escalerilla estrecha y oxidada situada al final del dique; todas las de la costa eran iguales. Los agentes vieron al comisario y lo saludaron; Jumeau se contentó con dirigirle una mirada fugaz.

Encaramarse a este tipo de escalerillas era algo delicado. Dupin suspiró y se dispuso a bajar.

—¿Ha ido todo bien?

Se abrió paso entre los dos agentes que se encontraban entre las cajas y las boyas. A Jumeau no le había parecido necesario acercarse a proa.

—Todo bien.

Cuando Dupin hubo rodeado la cabina de mando, Jumeau estaba colocando dos cajas a un lado, como si hubiera venido a faenar. Luego se puso de espaldas a la borda, apoyándose con los codos. Una postura desenfadada.

—Una de las dos se puso celosa. Tal vez las dos —dijo Dupin sin más preámbulo.

El pescador lo miró interesado.

—Fueron historias intrascendentes. Nada serio. —Había estado a punto de encogerse de hombros, o al menos dio esa impresión. En cualquier caso, supo que Jumeau no pretendía ser despectivo con ese gesto.

—Pasamos alguna noche juntos. La mayoría de las veces ni siquiera una noche entera. Solo unas horas.

Dupin le escrutaba con la mirada.

—Yo les tenía mucho aprecio. A las dos.

El pescador volvió la vista hacia el agua.

Sin duda, era un hombre atractivo. Tenía una cara agradable, aunque un poco enjuta, con unos rasgos armoniosos, suaves, delicados, juveniles, ojos de color verde oscuro y mirada melancólica. Tenía las manos y los dedos

nervudos y gráciles.

—¿Hubo alguna disputa? ¿Entre usted y esas mujeres? ¿O entre Kerkrom y Darot?

—Jamás.

Era difícil de creer.

—Todo sucedió de modo natural.

—¿Se lo dijo usted a ellas? Me refiero a si les dijo que mantenía también una especie de... relación con la otra.

—Sí, las dos lo sabían. Además, lo de Céline terminó enseguida. En marzo, de hecho.

—¿Prefería usted a una de las dos? ¿A Laetitia tal vez?

Se tomó su tiempo para contestar.

—Sí, puede. —De pronto, el hombre pareció desolado.

—¿Es consciente de que estas historias le convierten en sospechoso?

Arqueó un poco las cejas.

—Esos... encuentros con Laetitia Darot, ¿cuándo empezaron?

Jumeau parpadeó y por primera vez miró directamente al comisario.

—En marzo. Luego nos vimos hace unas semanas. Y ayer por la noche.

Dupin aguzó los oídos. Eso era asombroso. Manet no había dicho nada de eso.

—¿Ayer por la noche? ¿Estuvo usted ayer por la noche con Laetitia Darot?

—Sí.

—¿La noche en que fue asesinada?

Un asentimiento apenas perceptible.

—Desde las once hasta las dos de la madrugada, más o menos.

—Eso fue pocas horas antes de su asesinato.

Él no dijo nada.

—¿Dónde se encontraron? ¿En la casa de usted?

—En la de ella.

—Y luego, ¿adónde se fue?

—A mi casa, a dormir.

—¿Por casualidad le vio alguien al regresar a su casa?

—No creo.

Dupin reflexionó.

—¿Le comentó ella alguna cosa sobre un encuentro a la mañana siguiente?

¿Mencionó algo al respecto?

—Ni una palabra.

—¿Le pareció distinta ayer por la noche? ¿De algún modo? ¿Hubo algo que le llamara la atención?

—Estaba como siempre.

Era difícil. A ese pescador le tenían que arrancar las palabras.

Dupin se colocó junto a Jumeau y contempló el mar. La bahía. Siguió con la vista un velero que navegaba tranquilamente cerca de Île Tristan.

—¿Qué hizo usted ayer por la noche antes de las once?

—Estuve solo en casa.

—Pero antes cenó en Le Tatoon.

—Sí.

Visto de forma objetiva, Jumeau no tenía ninguna coartada. A última hora de la tarde habría podido estar en Douarnenez tranquilamente.

—Entonces volví a salir. —Por primera vez, Jumeau habló por propia iniciativa—. No podía dormir. Me encontré con Laetitia por casualidad. Estaba en su cobertizo. No nos habíamos citado ni nada por el estilo.

Dupin era todo oídos.

—¿Qué estaba haciendo en el cobertizo?

—No lo sé. Estaba delante de la puerta.

—¿Llevaba algo consigo?

—No.

De repente, a Dupin le vino algo a la cabeza.

—¿Vio usted un portátil en casa de Laetitia Darot?

—No.

—¿Había visto alguno en su casa alguna vez?

Jumeau intentó recordar.

—Sobre la mesa de la sala de estar.

—¿Y ayer por la noche no estaba?

—No estuvimos en la sala de estar.

Dupin suspiró de forma audible.

—¿Le contó alguna cosa sobre su trabajo o sus proyectos?

—Hablabo mucho de los delfines.

—¿También de los delfines muertos de las últimas semanas?

—Estaba indignada.

Ciertamente, esa era la palabra exacta.

—Pero no habló demasiado de aquello. No quiso.

—¿Tenía una teoría sobre cómo habían muerto o quién lo había hecho?

—Ella odiaba toda la pesca industrial.

—¿Lo dijo así?

—Sí.

—¿Relacionó a Charles Morin con los delfines muertos?

—No, ella no mencionó a Morin, aunque desde luego, es el responsable de la muerte de infinidad de ellos.

Dupin se dirigió al otro lado de la borda. Jumeau no pareció darse cuenta.

Desde ahí se podía ver el puerto deportivo.

—¿Cree usted que Morin era su padre?

—Un padre no es padre simplemente por haber engendrado un hijo.

Por un instante, Jumeau dejó entrever una clara agitación interior.

—¿Él era su padre?

—No lo sé.

Era inútil.

—¿Estaba preocupada por algo? ¿Inquieta? ¿Distinta de lo habitual?

—No. —Miró a Dupin y, sin embargo, parecía mirar a través de él—.

Estaba como siempre.

—¿De qué hablaron ayer?

—Me contó una historia sobre unos delfines drogados.

—¿Drogados?

—Parece ser que un grupo de delfines jóvenes se drogaron con el veneno de un pez globo, dice que se lo iban pasando como si fuera un porro. Se lo ponían en la boca uno tras otro, apretándolo con cuidado para que el pez liberara el veneno en dosis pequeñas. Al parecer, eso les pone y entonces hacen cosas raras, como saltos y cosas así.

La anécdota era realmente curiosa.

—¿Le explicó algo del proyecto de emisores de señales en las redes?

—Una vez vi la red en el puerto. La mencionó hace tres semanas, cuando nos encontramos. Me dijo que debería equiparse a todos los pesqueros del mundo con ellas, pero que los pequeños pescadores no se las podían permitir y que a los grandes les traía sin cuidado.

—¿Nada más?

—No.

—Ni siquiera...

El tono penetrante del móvil de Dupin le interrumpió.

—Le Ber, le llamo en un momento, estoy...

—Jefe, jefe. —Resultaba difícil entender las palabras del inspector, hablaba con una voz muy fina—. Tenemos... otro asesinato. —Se interrumpió de nuevo—. Otro degollamiento.

Dupin se quedó paralizado.

—En la península de Crozon, en la playa de Lostmarc'h. En la punta escarpada en sentido sur, la que penetra en la bahía de Douarnenez. — Lentamente, Le Ber empezó a sobreponerse—. Al otro lado de Morgat. Es un lugar muy apartado que...

—¿Quién es?

Dupin se dirigió hacia la cabina del capitán y luego se acercó al extremo más alejado de la proa.

En la mirada de los dos policías que habían acompañado a Jumeau se asomó una inquietud evidente. Dupin casi había gritado.

—Un profesor universitario retirado, setenta y cinco años, soltero. Era...

—¿Un profesor mayor?

—De París, como usted. También llevaba cinco años en la Bretaña. Tenía una casa en lo alto de la playa. Lo ha encontrado una vecina que paseaba con el perro. En una duna. Lo conocía. Dice que era un hombre de una cultura extraordinaria, según parece...

—¿Y ha sido degollado?

—Así es como lo han descrito los compañeros.

—¿Quién está allí?

—Cuatro agentes de Crozon. Conozco a dos. Son buena gente.

Aquello era tremendo. De locos.

—Iré hacia allá de inmediato. Nos encontraremos allí. Que Labat venga y usted también. Yo... —Dupin reflexionó—. Mejor no. Le Ber, quédese usted en Île-de-Sein. Que Labat lo deje todo. Llamaré a Nolwenn.

Aquel caso estaba tomando unas dimensiones extraordinarias. Con absoluta indiferencia a sus pesquisas. Ahora tenían tres víctimas. Tres asesinatos en menos de veinticuatro horas. Eso provocaría un gran revuelo.

—Jefe, ¿cree que puede tratarse de un asesino en serie?

—No. No lo creo.

—Estadísticamente son muy poca cosa, pero existen. Recuerde si no el asesino en serie del año pasado en Normandía. Tampoco nadie lo creía posible.

—En cualquier caso, sigue siendo algo muy poco probable, Le Ber.

Él mismo se dio cuenta de lo poco convincente que era esa respuesta.

—Llevamos todo el día corriendo con la lengua fuera detrás de los cadáveres que el asesino va dejando por el camino.

Aquella conversación comenzaba a sonar disparatada.

—¿Cuál era la especialidad del profesor?

—Virología. Era el profesor Philippe Lapointe.

—¿Médico?

—La virología es una ciencia que se encuentra a caballo entre la medicina y la biología.

—Necesitamos saber cuanto antes la hora de la muerte.

Le Ber tenía razón al sugerir que el asesino se movía mucho. Douarnenez ayer por la noche, Île-de-Sein de madrugada y después, muy posiblemente, la península de Crozon. Además, era cierto que la variedad de víctimas en este caso era curiosa de verdad, al menos a primera vista: una pescadora joven, una experta en delfines, aunque ambas tenían una serie de puntos en común y coincidían en algunas cosas, y ahora, un profesor universitario de virología jubilado de París. ¿Qué podían tener en común?

—La forense está de camino. Es la misma de hoy por la mañana en Île-de-Sein.

—¿Se sabe algo de los contactos del profesor?

—Hasta ahora solo tenemos la llamada nerviosa de la vecina a la policía y los pocos datos que le acabo de dar.

—Hasta luego, Le Ber.

Dupin se guardó el móvil en bolsillo del pantalón.

Los dos policías no le habían quitado la vista de encima.

—Díganle a Luc Jumeau que volveré a ponerme en contacto con él.

Para entonces, el comisario ya se había encaramado a la escalerilla oxidada.

Durante el trayecto para rodear la amplia bahía, que a pesar de ir a toda velocidad le llevó casi una hora, Dupin habló tres veces con Nolwenn.

Su secretaria no había oído nunca el nombre de la víctima, pero empezó a investigar mientras hablaban y poco después ya había recopilado una buena lista de datos. El profesor Philippe Lapointe era virólogo e inmunólogo y, al parecer, gozaba de un considerable prestigio nacional e internacional; en los últimos años había trabajado en la Universidad Descartes de París, en concreto en el Instituto de Virología Molecular. Llevaba varios años sin firmar ninguna publicación nueva y realmente parecía haberse jubilado del todo; la lista de publicaciones previas ocupaba varias páginas.

No había mucho sobre su persona: lo único que se sabía es que en marzo cumplió setenta y cinco años. Las menciones en internet se centraban casi en exclusiva en su labor científica. En su tercera llamada, Nolwenn, aún destacada en la «central» de casa de su tía, había contactado ya con una secretaria de su antiguo departamento en París, la cual estaba intentando recabar más información para ellos.

Entre la primera y la segunda llamada, su secretaria habló por teléfono con el prefecto. Este le había encargado que le comunicara a «su querido» comisario que actualmente «ambos se enfrentaban a labores de extrema importancia»; que, como cabía esperar, participaba en las pesquisas desde la distancia y que tenía completa confianza en su «trabajo conjunto de

investigación, que tan buenos frutos les había deparado a ambos hasta entonces».

Nolwenn había seguido investigando a vecinos, amigos y conocidos de la madre de Laetitia Darot. Hasta entonces todo había sido en vano. Sin embargo, seguía siendo un punto importante.

Goulch había intentado contactar con Dupin, pero su llamada fue desviada a Nolwenn: había estado indagando sobre los pescadores que participaban en el proyecto de la red. Todos la habían probado pocas veces y su contacto en el Parc Iroise era el departamento técnico, no Laetitia Darot. Nada hacía pensar que se hubieran comunicado entre sí, ni tampoco había nada que arrojara sospechas sobre alguno de ellos. Goulch había llegado a la misma conclusión que Morin.

Dupin, siguiendo a pies juntillas las indicaciones de su GPS, se dirigía a ese cabo solitario y elevado a través de una pequeña carretera accidentada que, en el último tramo, se convirtió en un camino sin asfaltar y polvoriento, donde se sucedían los baches, las rocas puntiagudas y los profundos pasos arenosos. El traqueteo del coche le recordó el ferri de la mañana. El camino finalizaba abruptamente frente a unos arbustos de un metro de altura, un lugar más parecido a un callejón sin salida que a una zona de aparcamiento. Durante el trayecto había vislumbrado la bahía aquí y allá; la playa no podía estar muy lejos. Como no había visto ningún coche, supuso que había otro camino desde el norte, donde estaba el pueblo.

Dupin aparcó allí.

Bajó por un camino arenoso y muy inclinado que serpenteaba entre una maraña de arbustos de zarzamora. De pronto, inesperadamente, estos se abrieron para ofrecerle una panorámica impresionante.

Antes, no muy lejos, en Tréboul, había visto una bahía suave, mediterránea, de aguas susurrantes de color turquesa y un par de rocas

decorativas; ahora, en cambio, se encontraba en lo alto de una playa salvaje de varios kilómetros, flanqueada por acantilados poderosos y escarpados que recordaban a las regiones noroccidentales de Escocia o Irlanda. Un paisaje rocoso que se extendía hasta el infinito a ambos lados, tocado en su cima por un verde intenso y deslumbrante.

Era precioso. Allí el Atlántico se veía, oía, sentía y olía en toda su inmensidad. Esas aguas impetuosas llevaban abatiéndose contra la arena desde hacía millones de años. Tras recorrer miles de kilómetros, el viento y las masas de agua golpeaban con un bramido ensordecedor contra la tierra. Contra el viejo continente. Aquello era el Atlántico en todo su poder, con su violencia, con su grandiosidad. En ese lugar se percibía la genuina alma bretona. Dupin siempre había pensado que tenía que haber sido desde un lugar como aquel donde, en otros tiempos, un romano había declarado que aquello era el final, el fin del mundo.

Mientras que en Douarnenez no se notaba ni la más suave de las brisas, aquí soplaba sin cesar un viento fuerte que traía consigo espuma del mar. Para Dupin no había otro lugar donde el Atlántico oliera tan bien ni pareciera tan extenso y libre como con esa brisa marina. La espuma se le adhería de inmediato al rostro y podía saborearla.

Y luego estaban las olas. Unas olas auténticas que se producían incluso en los días más hermosos y plácidos. Llegaban allí desde muy lejos. Eran largas, tranquilas, majestuosas. De varios metros de altura.

También el sol y el cielo tenían un aspecto diferente, más genuino, como en los albores del mundo. Se tenía la sensación de haber hecho un viaje de varios días; así de diferente era el paisaje respecto a Tréboul.

Al final de la playa vio a un grupo de personas; parecían diminutas y extraviadas. Se encontraban en el punto donde la playa pasaba a ser una sucesión de dunas alargadas cubiertas de vegetación tupida que penetraban en

el interior.

Dupin bajó rápidamente hacia la playa, que parecía más grande conforme descendía, y avanzó con pesadez por la arena.

Labat, que a buen seguro había aparcado mejor que él (a fin de cuentas, no podía haber circulado a más velocidad), lo vio y se le acercó.

—Es brutal. El mismo tipo de corte. Alguien por aquí no vacila en actuar a sangre fría.

Labat adoraba las frases pomposas, propias de un guion rocambolesco.

—¿Ha llegado ya la forense? —Dupin contó ocho personas.

—Sí.

—¿Ha dicho algo sobre la hora de la muerte?

—Ha llegado muy poco antes que yo. Por cierto, debería usted haber aparcado aquí, en el extremo norte de la bahía, allí donde...

—¿Y la mujer que lo ha encontrado?

—Ha vuelto arriba, a su casa.

—¿La vecina?

—Exacto.

Dupin sopesó por un momento la posibilidad de hacerla regresar. Sin embargo, él tendría que ir más tarde al pueblo para examinar la casa del profesor.

—¿Es muy grande ese lugar?

—Debe haber entre diez y quince casas, no más. Aquí abajo ya lo hemos examinado todo. —Labat actuaba como si él en persona se hubiera encargado de todo, a pesar de que seguramente habían sido los compañeros de Morgat —. No hemos encontrado nada. Ni nosotros, ni tampoco los dos miembros de la científica. No hay nada en torno al cadáver, ni en las dunas, ni en la playa; tampoco hay nada en el camino que viene de arriba. Tuvo que pasar en la zona de las dunas donde la arena está suelta. Allí se advierten unas pisadas

difusas, más bien hoyos. Probablemente de dos personas.

Para entonces ya casi habían llegado junto al grupo. Dupin hizo un saludo general.

—Labat, acompañe a los agentes y vaya a preguntar por las casas. Quiero averiguar todo lo que la gente sabía del profesor. Con quién tenía contacto. Qué hacía durante el día. Todo.

—¿No sería mejor que yo esperara a que...?

—Es urgente. Empiece de inmediato a preguntar. En unos instantes subiré yo también.

Además, de este modo acabaría con esa acumulación innecesaria de personas en la escena del crimen.

Labat se dio la vuelta con una expresión infantil de decepción e hizo una escueta señal a los agentes, que se apresuraron a seguirlo. Juntos subieron trabajosamente la duna. Solo uno se quedó atrás.

—Registraremos juntos la casa del profesor. —Dupin habló en voz suficientemente alta como para que Labat y sus acompañantes pudieran oírle —. Que nadie ponga los pies allí antes de que yo llegue.

Recorrió los últimos metros que le separaban del cadáver.

La visión era atroz.

Philippe Lapointe yacía bocarriba y, a diferencia de Laetitia Darot, tenía el cuerpo cubierto de gran cantidad de sangre: el jersey azul claro que llevaba estaba empapado por completo, y todo indicaba que la sangre había calado por debajo y había llegado hasta los vaqueros. Había mucha sangre. La cabeza estaba brutalmente doblada hacia atrás y muy hundida en la arena: era probable que, en su agonía, el profesor hubiera intentado tomar aire con las pocas fuerzas que le quedaban. En él se veía el terrible tormento de su muerte: tenía los ojos muy abiertos, inexpresivos y clavados en el cielo. Los brazos estaban apretados de un modo raro contra su cuerpo, casi en vertical, y

las piernas, en cambio, permanecían extrañamente flexionadas.

El virólogo era de constitución media, ni gordo ni flaco. A pesar de su mueca atroz, tenía el rostro distinguido: labios finos, pelo corto, blanco y espeso y una frente alta y marcada.

Dupin se encontraba justo delante del cadáver, a apenas unos centímetros de las zapatillas deportivas negras de la víctima.

—La temperatura corporal es de veintiocho grados.

La voz que oyó junto a él era agradable. Se volvió y se encontró con una mujer joven, de no más de treinta años, con el pelo rubio recogido en una coleta y sin maquillar. Él apenas la había visto por el rabillo del ojo, porque ella había estado rebuscando en su maletín plateado con la espalda vuelta contra él.

—Considerando el calor que hace hoy, la temperatura corporal habrá ido descendiendo un grado cada hora. Por lo tanto, estaríamos hablando de las diez, hora más, hora menos. —La forense hablaba de modo rutinario, pero apropiado dada la gravedad de la situación—. El examen de las pupilas también lo confirma. Apenas han reaccionado a las gotas, aunque sí un poco; por lo tanto, hará unas ocho horas. Además, mi intuición me dice lo mismo.

Usaba el tono de una persona experimentada, como si en el haber de su vida profesional contara ya con una cantidad incontable de cadáveres.

—Muy bien. —Estaba impresionado—. Eso es de gran ayuda. Se ajusta perfectamente a nuestro escenario.

Sin pretenderlo, sus palabras sonaron raras. Por lo que parecía hasta el momento, el asesino habría ido de Île-de-Sein hasta allí directo. O había navegado desde Île-de-Sein a tierra firme para luego coger un coche, o simplemente había navegado directo hasta allí.

—Parece que nos enfrentamos a un asesino muy diligente —comentó ella con una sonrisa afligida.

—¿Le parece que se trata de una única persona?

—Por el tipo de corte, a primera vista yo diría que es muy posible. Pero tengo que mirarlo en el laboratorio. Comparar los cuerpos. Por cierto, sobre la experta en delfines, de momento no hemos encontrado nada importante.

—¿Le ha llamado la atención alguna cosa de esta nueva víctima?

—Tiene un hematoma en la muñeca derecha. Es posible que el asesino lo sorprendiera y lo agarrara. Es probable que no opusiera demasiada resistencia.

—¿Cree que ocurrió exactamente aquí?

—Se desplomó al momento. Sí.

También eso se ajustaba al modo de proceder del asesino. Había salido al encuentro de la víctima en un lugar solitario, lo había matado al instante y lo había abandonado allí sin más. Todo estaba calculado al milímetro. Obedecía de forma precisa a un plan trazado. En el caso de Darot y del profesor, el asesino se tuvo que haber citado antes con las víctimas; no habría podido haber estado acechándoles, porque habría sido muy poco seguro. De hecho, lo mismo se podía decir de Céline Kerkrom: también ella tendría un motivo para acercarse a la sala de los contenedores de basura. El asesino conocía los lugares que había elegido. Y, además, muy bien. Toda la zona.

—¿El profesor llevaba algo en los pantalones? ¿Un móvil, tal vez?

—Nada. Ahora nos llevaremos el cadáver. Voy a llamar al coche, tardaremos un rato aún. Solo es posible acceder a la playa desde el otro extremo de la bahía.

—Bien, gracias. —Dupin sonrió y la forense respondió a su sonrisa con una mirada amigable y profesional—. Ah, y si le llama la atención alguna otra cosa, notifíquelo.

—Así lo haré. —Sacó un teléfono del bolsillo y se apartó.

Dupin hizo una señal al agente que se había quedado allí, un hombre

impresionantemente obeso de cabeza redonda que lo había seguido todo con gran curiosidad:

—Quédese aquí y marque el sitio donde se ha hallado el cadáver. Que quede claro.

Tal vez más adelante eso podía ser necesario, aunque el viento y la arena pronto barrerían las huellas que, de todos modos, eran muy difusas.

—Delo por hecho.

Dupin miró alrededor. Aunque en dirección al interior de la península el terreno ascendía de forma suave, en el borde de la playa se elevaban unos acantilados poderosos con peligrosos abismos. Dupin fijó allí la mirada.

El policía reparó en ello.

—Ahí arriba hay una instalación de defensa celta. Los galos huyeron de los romanos desde allí.

Dupin suspiró.

Ningún lugar sin una historia o una leyenda. Ninguno en el que no hubiera tenido lugar algo importante. Así era la Bretaña.

Se puso en camino.

Había vislumbrado una senda estrecha entre las dunas.

El agente también se había percatado de ese gesto.

—Ese es el mejor camino para ir al pueblo, señor comisario.

Sin duda, a ese hombre no se le escaparía ni un detalle de la escena del crimen. Era la persona adecuada para la guardia.

Dupin se marchó.

—Así es, la señora Lapointe. He hablado con ella por teléfono. Vive en París, en el Marais. Se separaron hace quince años y llevaban doce divorciados.

Nolwenn había hecho un excelente trabajo, y la idea de ponerse en contacto con la secretaria del instituto había resultado acertadísima. Así era como había dado con la exesposa de Philippe Lapointe.

—Se separaron de forma amistosa, sin líos. Se veían de vez en cuando, salían a comer juntos. Hacía un año que no se veían. La noticia la ha afectado mucho.

—¿Él seguía trabajando? ¿Todavía hacía algo relacionado con su especialidad?

El camino hasta el pueblo resultó ser más largo de lo que Dupin había previsto. Entonces empezó a ver las primeras casas y llegó al camino asfaltado. En el borde de la calle distinguió cuatro coches patrulla y el vehículo de Labat.

La naturaleza dura e inhóspita del Atlántico llegaba también hasta allí arriba, limitando la vegetación a unas pocas matas, arbustos, hierbas, musgos y brezos. No había nada que resultara delicado. Seguro que cuando había tormenta se levantaban remolinos de espuma por Lostmarc'h, como si el lugar estuviera a pocos metros del mar.

—No ha sabido decirme nada al respecto. Desconocía lo que hacía él en lo que ella llama su «exilio», ni tampoco si él proseguía con sus investigaciones, ya que no disponía de laboratorio. Me ha dicho que era un lector empedernido, que se trajo a la Bretaña toda su biblioteca de grandes clásicos de la literatura y la filosofía. Esa era su gran afición.

Y eso precisamente no interesaba gran cosa a Dupin. Tenían que averiguar en qué se había estado ocupando Lapointe en los últimos tiempos. Había estado reflexionando sobre ese asunto durante su trayecto en coche. ¿Acaso el virólogo, que en cierto modo era también biólogo y médico, había observado algo anómalo en el parque que hubiera significado su fin? ¿Alguna cosa de la que solo él se hubiera podido dar cuenta? Seguían siendo

conjeturas muy poco definidas. Aun así... Tenía que existir alguna relación con las dos mujeres, un vínculo definitivo y letal. ¿En qué historia podían andar metidas esas tres personas? ¿Juntos o por separado? ¿De forma consciente o sin saberlo? Hasta el momento apenas tenían un par de pistas sueltas, poco más que unos escasos temas posibles: los delitos y las prácticas ilegales en la pesca; los delfines muertos; la contaminación de las aguas; el contrabando; un enredo amoroso; unas relaciones familiares complicadas, o por decirlo de otro modo, una paternidad muy conflictiva. Con todo, ninguno de esos asuntos era realmente acuciante. Cabía la posibilidad de que todos fueran irrelevantes y apuntaran en una dirección equivocada. Aquello era de locos. Por otra parte, la intuición de Dupin aún no se había manifestado, y eso era algo en lo que confiaba cuando se encontraba en un atolladero. Curioso.

—¿Tenía una nueva relación?

—Tampoco ha sabido qué decirme. Ella sí se volvió a casar. —Por el tono empleado parecía querer decir, «con razón».

—¿Y sabía si tenía amistades en la Bretaña?

—Su mejor amigo murió hace dos años; hablaron de ello la última vez que se vieron. Él no le comentó nada sobre nuevas amistades. También me ha dicho que el profesor estaba en muy buena forma, que se cuidaba y que paseaba con frecuencia. Andaba y corría. Pero nada de eso le sirvió.

Dupin seguía avanzando por la calle. No se había cruzado con nadie.

—Hay algo que debe usted saber: la prensa ya se ha olido el asunto del asesinato del profesor. Le ahorraré los titulares. —Por el tono utilizado, a Nolwenn no le habían impresionado lo más mínimo—. Como era de esperar, ha aparecido el fantasma del asesino en serie. Una bazofia inventada.

Naturalmente, Le Ber no era el único con una imaginación enfermiza.

—Eso es todo de momento, señor comisario. Ahora prepararemos la gran jornada de movilización. Le llamaré cuando tenga alguna otra cosa. Hasta

luego.

Nolwenn colgó.

La «gran jornada de movilización». Ese asunto seguía inquietándolo. Pero Dupin centró de nuevo toda su atención en el caso. En el profesor.

—¡Comisario!

Era la voz de Labat.

Dupin miró a su alrededor y no supo dónde estaba.

—¡Aquí!

El inspector se encontraba en el umbral de una casa de piedra antigua y de una sola planta con tejado de caña, de esas de las que aún quedan muchas en las aldeas. Estaba algo lejos y tenía que hablar a gritos.

Dupin se acercó a él a grandes zancadas.

—Esta es la casa de la señora Corsaire, la vecina. Aquí detrás —Labat hizo un gesto vago— está la de Lapointe.

De pronto, antes de que Dupin pudiera llegar a aquella casa de piedra antigua, asomó en el umbral junto a Labat la cabeza de pelo gris y rizos impresionantes de una señora esbelta vestida con una bata sin mangas de color rosa. Miraba con curiosidad al comisario, que ya se encontraba ante ellos, en un pedazo de terreno estrecho que separaba la calle de la casa, cubierto con una vegetación de rastrojos y arbustos semejante a la de los acantilados.

—Es la señora Corsaire. Ella...

—Últimamente salía más de lo habitual: a Brest y a Rennes, a la biblioteca. Le apasionaban los libros antiguos, las cartas de navegación y los documentos del pasado. Cosas así. Tenía la casa repleta de esas cosas. Para mí que era una manía, ¿saben la cantidad de polvo que llegan a acumular?

Pasó por delante de Labat y se acercó al comisario. A Dupin le gustó que fuera al grano.

—Cuando usted lo encontró ahí abajo, en la playa, ¿vio a alguien más? ¿O tal vez mientras daba su paseo?

—¿Está aún allí abajo el pobrecito? Allí sopla más viento que aquí arriba.
—Negó con la cabeza—. Nadie, no, ni un alma.

—¿Ha habido algo que le llamara en particular la atención hoy en la playa o en las dunas?

—No. ¡Justo ha tenido que ocurrir hoy, con mi marido en Roscoff y yo totalmente sola!

—¿Tal vez algún coche aparcado que usted no conociera?

—No. Aquí no viene nadie.

El asesino había estado allí.

—¿Sabe usted si el señor Lapointe estaba preocupado por alguna cosa? ¿Había ocurrido algo especial? ¿Aquí, en el Parc Iroise? ¿En el mar, o quizá en la costa?

La cara de esa plácida mujer mostró un profundo escepticismo.

—¿Y qué tipo de cosa podría ser?

—Tal vez algo que él hubiera mencionado, algo que le inquietara. ¿Contaminación? ¿Animales heridos o muertos? ¿Delfines? Cosas así.

—Solía salir a pasear todos los días durante mucho rato. Siempre junto al mar. Le encantaba, decía que por eso se mudó aquí. Paseaba por la playa o sobre los acantilados. A veces hacía lo que él llamaba «excursiones de paseo». Iba a los senderos de costa de la punta de Raz o de la bahía de Douarnenez. Entonces iba en coche.

—¿Lo veía a menudo?

—No a diario, pero sí dos o tres veces por semana. Y siempre hablábamos de alguna cosa.

Dupin quiso intentarlo de nuevo.

—Así pues, el profesor Lapointe no mencionó últimamente nada que le

preocupara, ¿verdad?

—En las últimas semanas parecía más contento. Estaba de buen humor.

—Así pues, nada.

—No creo que...

El tono penetrante del móvil de Dupin interrumpió a la mujer. El comisario lo sacó del bolsillo con un gesto rápido.

Su madre.

La verdad es que estaba sorprendido: habían pasado varias horas desde la última vez que ella había intentado llamarme. Solía ser más insistente.

La señora lo miraba sin saber qué hacer.

—Decía usted —prosiguió Dupin devolviendo el móvil al bolsillo del pantalón— que no creía...

Ella recuperó el hilo al instante.

—Lo que quería decir es que no creo que hubiera nada que le preocupara —afirmó mientras negaba con la cabeza—, ni ningún asunto que le inquietara, ni nada peor.

—¿Sabe si seguía dedicándose de algún modo a la virología?

—No me comentó nada de eso.

—¿Sabe si tenía amigos o conocidos? ¿Recibía visitas?

—No muchas. De vez en cuando se pasaba por aquí un señor algo mayor, pero no lo conozco.

Dupin sacó su libreta de notas.

—Venía siempre con un coche pequeño, pero el profesor nunca me dijo quién era. Le visitaba aproximadamente una vez al mes. En esas ocasiones ambos salían a pasear y luego regresaban a la casa del profesor. Pero no sé lo que hacían.

—¿No tiene ninguna idea de quién podría ser él?

—No. Llevaba un Citroën C2 blanco, matrícula de Finistère.

Dupin tomó nota y se dirigió a Labat:

—Que los compañeros del pueblo pregunten por ahí, tal vez alguien sepa más cosas sobre este hombre. —Se volvió de nuevo a la señora Corsaire—: ¿Hubo alguna otra visita, señora?

—Marie, de la iniciativa ciudadana. La semana pasada estuvo un par de veces.

—¿Ah, sí?

—La iniciativa ciudadana contra los productos químicos.

Dupin aguardó en vano a que continuara.

—¿Podría contarme alguna otra cosa al respecto, señora Corsaire?

—En el puerto de Camaret se limpia y se aplica un tratamiento contra la podredumbre a unos barcos propiedad de Charles Morin, el rey de los pescadores.

—Lo sabemos.

De lo que no conocía nada era de una protesta, de un movimiento ciudadano. Acababa de encontrar una primera relación: Morin.

—Y todos esos productos luego pasan al mar. Es una auténtica porquería. Como los políticos no se atreven a abordar el problema, algunos ciudadanos se han unido.

Morin, Morin. Una y otra vez.

—Ha dicho usted antes que al profesor Lapointe no le preocupaba nada, pero parece que sí le inquietaba esa contaminación.

—No es un asunto reciente. El tema de los productos químicos se arrastra desde hace años.

—Sin embargo, quizá se produjo un agravamiento. Nos ha dicho que una mujer miembro de la iniciativa ciudadana estuvo aquí un par de veces la pasada semana.

—En ese caso es mejor que le pregunten a Marie Andou. Es profesora de

primaria.

Otra anotación y otra orden a Labat, que permanecía extrañamente silencioso:

—Pase por casa de esa maestra y hable con ella.

Era un asunto que tenían que aclarar.

—¿Algún otro visitante?

—El médico de Île-de-Sein lo visitó un par de veces. Él...

—¿Antoine Manet?

Aquello era algo inesperado.

—¿Le conoce? —preguntó, como si eso no fuera posible.

—¿Y qué quería él del profesor Lapointe?

—¿Cómo voy yo a saberlo? —La señora Corsaire estaba indignada.

Dupin seguía perplejo.

—¿Cuándo fue eso?

—Una vez en abril y otra en mayo, me parece. No lo sé seguro.

Labat intervino:

—Yo me encargaré de él. —Sus ojos echaban chispas.

—Ya hablaré yo con Manet, Labat.

—Eso... —El inspector se contuvo.

—¿Cuánto tiempo permaneció Antoine Manet aquí?

—Una hora, tal vez. No más.

—¿Sabe de qué se conocían?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

Tenía que hablar urgentemente con el médico de la isla.

—¿Tiene usted llave de la casa del profesor?

Ella levantó con gesto triunfante una pequeña llave, que seguro que la había llevado todo el rato consigo.

—Informaré a los compañeros de la científica. Están esperando. —Labat

sacó el móvil.

—¿El profesor cerraba siempre la puerta?

—Sí, debía de ser una antigua costumbre de la capital. —El tono era de profunda compasión.

Lo raro era que no habían encontrado ninguna llave en los bolsillos del profesor.

—Muy bien. Eso es todo de momento, señora Corsaire. Le estamos muy agradecidos.

Dicho esto, Dupin se puso en marcha.

—¿Me devolverán la llave?

—Creo que de momento se la quedará la policía.

Dupin se dirigió hacia el camino estrecho y sin asfaltar que había junto a la casa.

Todavía llevaba el teléfono en la mano.

Buscó el número de Antoine Manet.

Tuvo que aguardar un rato hasta obtener respuesta.

—¿Diga?

—Aquí Dupin.

—Oh, comisario. Me acabo de enterar ahora mismo. Conocía bien al señor Lapointe. Este asunto se vuelve cada vez más atroz.

En la voz de Manet se advertía una profunda preocupación.

—En los últimos meses usted lo visitó en dos ocasiones.

Dupin dejó la frase en el aire expresamente. Manet no se mostró molesto en absoluto.

—Así es. Ambos somos miembros de la asociación Patrimoine et Héritage Culturelle de la Cornouaille, para el mantenimiento y la conservación de las raíces culturales e históricas de la región.

En la Bretaña había un número incontable de asociaciones de ese tipo. En

todas las regiones y localidades. Y a ellas pertenecían personas de lo más variopinto.

—¿Qué motivo había para esas dos visitas?

—Quería que él fuera el nuevo presidente. Tenía muchos conocimientos. Y tiempo.

—¿Y bien?

Dupin había llegado al final del camino. A la derecha había una casa sencilla con entrada en el entresuelo, al estilo del prosaico *nouveau bretonisme* de los años setenta y ochenta, con un tejado estrecho y acabado en una punta marcada. Parecía recién pintada: el blanco brillaba imaculado.

—Quería pensárselo, pero creo que hubiera accedido. Era un fanático, como yo y como muchos otros de por aquí. Se interesaba por todo lo local y regional. Conocía todos los caminos, árboles, piedras y edificios de la península de Crozon, pero en especial todas las historias relacionadas con cada árbol, piedra y edificio. Sabía dónde habitaba cada hada y enano y las cosas que hacían. Nos entendíamos muy bien. Me había pasado un poco de material.

—¿Material?

—Colecciono cosas relacionadas con nuestra isla. Tengo la intención de que se convierta en un gran fondo documental.

Dupin permaneció en silencio durante un rato. Aunque era extravagante, resultaba plausible. En la Bretaña, tal cosa era absolutamente verosímil.

—¿Desde cuándo se conocían ustedes?

—Hará unos cinco años, desde que vino a vivir a la península.

—¿Y ustedes se reunían a solas de vez en cuando? Quiero decir, aparte de las reuniones de la asociación.

—Exceptuando los dos encuentros de los últimos meses, tal vez otras dos o tres veces. No de forma habitual.

—¿La última vez que lo vio le pareció distinto?

—No, en absoluto. No.

—¿Hubo algo que, visto en retrospectiva, ahora le parezca relevante?
¿Alguna cosa que le pudiera preocupar?

—No.

—¿Sabe si seguía investigando por su cuenta, aunque no lo publicara?

—No lo creo. Por lo menos, él no mencionó nada de eso. El año pasado le pedí consejo sobre una prolongada afección viral de una mujer de la isla. Era sin duda toda una autoridad en su materia.

—Eso he oído.

—Me parece que puso punto final a su pasado en cuanto llegó a la Bretaña. Ni siquiera tenía ordenador. Solo usaba el móvil.

—¿Tenía móvil? ¿Está seguro?

Dupin había olvidado preguntárselo a la vecina.

—Si quiere, le puedo enviar el número.

—Hágalo, por favor.

—¿Cree que el profesor podía tener algo que ver con las dos mujeres?

Esa era la cuestión. Y, de hecho, Dupin debería haberle preguntado eso al médico antes.

—Confiaba en que usted me pudiera decir algo al respecto. Al menos, si los tres se conocían.

—Me parece muy poco probable, pero no lo sé. Preguntaré por la isla. Actualmente en la asociación tenemos dinero para repartir, el gobierno regional nos ha concedido una suma considerable. El presidente tiene cierta influencia en el destino de ese dinero.

Tuvo que pasar un buen rato antes de que Dupin reaccionara.

—¿Cree que podría tener algo que ver con algún proyecto cultural o histórico? ¿Con ayudas y subvenciones?

—No tengo ninguna idea concreta.

—¿Había en la asociación rencillas por algún tema? ¿Diferencias de opinión, reproches?

—De hecho, no. Pero, claro, no es posible leer la mente de todas las personas, menos aún si son bretonas.

Dupin estaba desconcertado. Ese era un aspecto interesante, pero no conseguía ver qué relación podía tener con Kerkrom y Darot.

—Seguramente volveré a ello más adelante. Muchas gracias, señor Manet.

—Le llamaré si descubro alguna posible conexión entre los tres.

—Muy bien.

Dupin colgó.

Se apresuró. Labat estaba a punto de aparecer con los hombres de la científica.

Subió los empinados escalones de la entrada da la casa.

La llave estaba puesta y la puerta no estaba cerrada. Eso explicaba, evidentemente, por qué no habían encontrado la llave en poder del profesor. El asesino, por lo tanto, había estado en casa de Lapointe. Igual que seguro que había estado en las de Kerkrom y de Darot. Examinarían la llave a fondo por si había pistas o huellas, pero Dupin no contaba con que el asesino les hubiera dejado ese regalo.

El comisario recorrió primero toda la casa. No vio nada que le llamara la atención. Las estancias, excepto el baño y la cocina, estaban abarrotadas de estanterías que iban del suelo al techo y que, a su vez, estaban repletas de libros. Libros, libros y más libros. Tenía que haber miles. Las estanterías estaban adaptadas a cada estancia para aprovechar cada centímetro. Y eso, además, en todas las estancias. Tanto en el comedor como en la sala de estar

contigua y en las tres habitaciones de la planta superior: un dormitorio, un cuarto pequeño con un diván y un despacho.

Cuando llegaron los dos hombres de la policía científica, Dupin ya había finalizado su vuelta por la casa. Labat hablaba por teléfono frente a la puerta.

Encargó inmediatamente a los colegas el análisis de las llaves.

—Lo haremos de inmediato.

El mayor de los dos hombres dejó en el suelo la maleta con los utensilios de trabajo. Esa era una actitud práctica que permitía resolver la cuestión al momento. Muy del gusto de Dupin.

—Estaré arriba por si me necesitan.

Subió la escalera.

Quería volver a examinar con tranquilidad el despacho de Lapointe. Había un escritorio grande delante de la ventana, con una fantástica vista de la playa, las rocas y la bahía. La mesa servía también, sobre todo, como espacio de almacenamiento de libros. Había una sencilla silla de madera; y delante, en el tablero de la mesa, un pequeño espacio vacío. Ninguna libreta, ningún papel. Nada. Ni siquiera un teléfono. Era un espacio desocupado que resultaba extraño precisamente por ser el único hueco de toda la estancia que no estaba lleno.

Los libros del escritorio eran una mezcla de los géneros y los temas más variados. Novelas, numerosos libros históricos, biografías (arriba había una de Carlomagno), pero ninguno de medicina ni de biología, ni tampoco ninguna revista científica.

Había dos montones de revistas de historia, filosofía y cultura. Y había otros, especialmente altos, de libros sobre temas bretones y de la región. Uno de los montones parecía estar en una posición algo inestable, mientras que los demás estaban sólidamente apilados. Dupin se acercó todavía más, sin tocar nada, inclinó la cabeza a un lado y leyó un par de títulos de los lomos. *Mitos*

y leyendas celtas de Finistère, América antigua, La Bretaña de la Antigüedad, La Alta Edad Media bretona, Oleadas migratorias en la Bretaña, La Revolución en la Bretaña, La cristianización de Finistère, La mar de Iroise: espacio de cultura.

Dupin recorrió las estanterías con la vista. Mallarmé, Flaubert, Apollinaire, Maupassant, Baudelaire, allí estaba prácticamente todo el siglo XIX francés.

Entre los dos montones que había sobre la mesa reparó en un libro titulado *La vida de los mamíferos en la Bretaña*.

Eso era interesante. Lo retiró con cuidado y lo hojeó. Primero hablaba de las ballenas, de muchas especies distintas, de las orcas y luego de los delfines. Pasó las hojas con detenimiento. Buscaba algo: marcas en color, subrayados, comentarios. Cualquier cosa. Había unas fotografías impresionantes de delfines. Dejó el libro en su sitio. No se trataba de un libro para especialistas, sino para legos.

No tenía ni la más remota idea de si alguno de esos libros o revistas podía ser importante en algún momento. A estas alturas de la investigación estaban totalmente a expensas del azar, combinado con un poco de inspiración. Necesitaban un golpe de suerte. Sin embargo, era obvio que el asesino se había llevado todo lo que hubiera podido resultar incriminador. Lo más evidente. Incluso las notas a mano. De todos modos, tal vez encontrarán algo en un registro minucioso. El asesino no había tenido tiempo de realizar un examen a fondo. Tal vez había pasado por alto alguna cosa.

—¿Comisario? ¿Dónde está usted?

Labat subió con estrépito por la escalera.

—La señora Corsaire quiere verlo de nuevo —anunció al llegar al despacho—. Acabo de hablar con la mujer de la iniciativa ciudadana, la maestra de primaria. Al parecer, el profesor era una especie de *consultant* científico de la iniciativa. —Otra manía reciente de Labat. Le parecía

elegante usar expresiones inglesas. Por suerte, no conocía muchas—. Entre otras cosas, colaboró para enviar a un laboratorio muestras de agua obtenidas en la zona portuaria de Camaret y valorar los resultados.

—¿Y bien?

—Se encontraron concentraciones regulares demostrables de determinadas sustancias químicas tóxicas. Siempre aproximadamente en la misma cantidad. Eso demuestra que el uso de esas sustancias nocivas no se había reducido.

—¿Y entonces?

—La iniciativa ciudadana volverá a presentar la documentación a las autoridades. Cuentan con el apoyo del Parc Iroise. Los colaboradores de allí también tomaron muestras, con los mismos resultados.

—¿Se produjo algún altercado?

—¿Qué quiere decir?

—Si hubo conflictos con el personal de la instalación donde se tratan las barcas. O con los propietarios de estas. ¿Tal vez con Charles Morin?

—La maestra no ha dicho nada de eso. Solo ha mencionado que se publicaron artículos en la prensa local.

—¿Se sabía públicamente que el profesor Lapointe apoyaba la iniciativa?

—Sí. En el último artículo apareció incluso una cita suya sobre lo dañinas que son esas sustancias. Algo por el estilo. —Labat carraspeó—. Por mi parte, he preguntado por posibles vínculos, de cualquier índole, entre la iniciativa ciudadana y Kerkrom y Darot. Pero no ha habido suerte. La maestra conocía a Kerkrom solo de nombre. Y nunca había oído hablar de la experta en delfines.

—¿Ha dicho algo sobre Morin?

—Solo que algunos pesqueros son suyos.

—¿Algo más preciso?

—No. Parece que centra su ira sobre todo en los operadores de la

instalación.

—¿Y qué quiere de mí la vecina?

—No lo sé.

Tenían que hacer algo, encontrar algo concreto.

—Labat, quiero conocer el paradero exacto esta mañana de varias personas. Anote el nombre de los posibles testigos y compruébelo. Sea minucioso. Que Le Ber le ayude. Utilice tanta gente como necesite.

El encargo parecía importante, como si, en caso de duda, se pudiera proceder de forma implacable. Algo muy del gusto de Labat.

—¿De quiénes hablamos?

—La directora del puerto, la señora Gochat, afirma haber pasado toda la mañana en la oficina y, de vez en cuando, en la lonja. Si es así, alguien ha tenido que verla; Jumeau, el pescador de Île-de-Sein, afirma que estuvo faenando desde las cinco y media de la mañana. —Para el hombre de las relaciones poco serias habría sido muy fácil hacer una escapada a la península. Dupin hojeó su Clairefontaine—. El muchacho que encontró a la experta en delfines vio a Jumeau a las 7.24 no muy lejos de Île-de-Sein. Esto es todo lo que sabemos con certeza.

—Habría podido asesinar primero a Darot y, luego, al profesor Lapointe.

En efecto.

—Y hable también con Pierre Leblanc, el director científico del parque. — Dupin lo había visto en torno a las dos; antes había tenido tiempo para todo —. Con ese pirata que estaba ayer por la noche en Île-de-Sein hablaré yo en persona. El capitán Vaillant.

Aquella operación, aplicada de un modo tan general, resultaba algo vaga; el comisario lo sabía, pero le traía sin cuidado.

Sobre Morin tenía algunos datos. Declaró haberse reunido a las diez con su *bolincheur* jefe en el puerto de Douarnenez. No tenían confirmación de ello.

—Y una cosa importante: pregunte a ese tal Carrière si hay algún testigo. Alguien que les haya visto esta mañana a él y a Morin. Si no es así, su coartada se desmorona. Y pregúntele también cuánto rato dicen haber estado allí.

—Tomo nota. —Labat estaba contento—. Les apretaremos las tuercas a fondo.

—Localice a ese hombre que visitaba al profesor una vez al mes. —A Dupin se le ocurrió otra cosa—: Pida a los de la científica que hagan una lista de todos los libros y revistas que hay en el escritorio y en el despacho.

—¿Busca algo concreto, comisario?

No se molestó en contestar la pregunta.

—El profesor Lapointe tenía teléfono. Necesitamos cuanto antes la lista de llamadas. Y averigüe también si envió algún email por el móvil, si tenía alguna cuenta de correo electrónico.

—He tomado nota también. —Su tono de voz había perdido la euforia inicial.

—¡E insista de nuevo en las cuentas de correo de Kerkrom y Darot!

—De acuerdo.

—¿La señora Corsaire me espera en su casa?

—Está en la calle, frente a la entrada.

Dupin salió del despacho sin decir nada más.

Al instante se encontró frente a la señora Corsaire, que le miraba fijamente con una expresión difícil de interpretar. Vaciló antes de decidirse a hablar.

—Lo he comentado con mi marido, y él dice que debo contarle otra cosa. —Parecía muy nerviosa—. Algo privado. Del profesor.

—Debe usted contármelo todo, señora Corsaire.

—Desde hace un par de meses, de vez en cuando, recibía la visita de una chica joven. De noche. De una chica muy joven.

La voz de la mujer no mostraba ningún reproche, ni prejuicio ni indignación; al revés. Lo único que parecía preocuparle era ser indiscreta.

—¿Conocía usted a esa mujer? ¿Sabe quién era?

—Nunca la habíamos visto antes.

—¿La podría describir?

—Llevaba el pelo largo, nada más. Y era joven. ¡Qué se ha creído usted! No le espiábamos. Además, nuestras casas no están tan cerca. Mi marido piensa que usted debería saber eso. Tal vez esa joven sepa alguna cosa más.

—Si pudiera darnos algunos detalles más sobre su aspecto nos ayudaría mucho.

—Pelo más bien oscuro, no muy alta. Guapa, creo. La veía siempre un momento. Llevaba una chaqueta larga, normalmente con capucha.

Con eso no irían muy lejos.

—¿Cree que ella no quería que la vieran y que por eso llevaba la capucha?

—Era la impresión que me daba.

—¿Cuándo empezó a visitar al profesor?

—También hemos estado hablando de eso mi marido y yo. A mí me parece que fue a finales de abril; mi marido dice que desde mayo.

—¿Cuántas veces vino?

—Unas cinco. Más o menos. Y no sabríamos decir durante cuánto rato exactamente. De todos modos, no eran unas visitas breves.

—¿Vieron ustedes su coche?

—No.

Dupin aguzó los oídos.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que no había coche. En una ocasión la vi pasar sola junto a nuestra casa. Y otra vez con el profesor.

—¿Y cómo llegaba hasta aquí?

—Puede que alguien la acompañara. Tal vez cogía el autobús hasta Saint-Hernot y luego seguía a pie. A veces lo hacemos. Aunque mi marido aún conduce.

—O bien... —Dupin se interrumpió.

O bien venía en barca.

De pronto le vino una idea a la cabeza.

—Tengo que comprobar una cosa. Ahora vuelvo.

La señora Corsaire lo miró sin comprender nada.

Dupin avanzó unos pasos por un camino de hierba lleno de madrigueras de conejos.

Sacó el móvil. Nolwenn lo tendría en un minuto.

Así fue.

Al regresar, se dio cuenta de que la señora Corsaire había seguido con curiosidad su pequeño paseo.

Acababa de recibir el correo electrónico de Nolwenn en el teléfono. En el anexo estaba lo que a Dupin le interesaba: una foto.

—¿Es esta mujer? —Le mostró el móvil a la señora Corsaire—. ¿Es esta la joven de pelo largo que visitaba al profesor?

La forense de Brest había tomado la fotografía. Los rasgos de Laetitia Darot no estaban deformados; era perfectamente reconocible.

La señora Corsaire abrió los ojos con espanto.

—¡Dios mío! Es ella.

—¿Está segura?

—Sí.

Laetitia Darot conocía a Philippe Lapointe. Lo había visitado varias veces en Lostmarc'h, en su casa. Al parecer, sola. De noche.

Eso era lo que necesitaban. Ahora tenían una relación directa, al menos entre una de las mujeres y el profesor, aunque aún no habían averiguado de

qué tipo de relación se trataba.

La cuestión era también descubrir quién lo podía saber o, de hecho, lo sabía. ¿Quién podía estar al corriente de esos encuentros? Y, de encontrarlo, ¿les explicaría la historia? Céline Kerkrom habría sido la persona adecuada, pero estaba muerta. Con todo, tenían que concentrarse en investigar en esa dirección.

Tras despedirse de la vecina, Dupin intercambió algunas palabras con Labat. Le pidió que cuando comprobaran las llamadas del profesor se interesaran también por los posibles contactos con Darot. ¿Se conocían desde hacía mucho tiempo? ¿Se telefoneaban a menudo? Había otros modos de abordar el tipo de relación que tenían ambas víctimas.

En lugar del callejón de la izquierda, Dupin tomó el mismo camino que había recorrido antes mientras hablaba con Nolwenn por teléfono. En dirección a la bahía y la playa. Si se mantenía a la izquierda, en algún momento encontraría el coche.

Le vinieron a la cabeza varias personas con las que probar suerte.

Era cuestión de intentarlo.

Dupin marcó el primer número.

—¿Señor Jumeau? Soy el comisario Dupin.

La respuesta se hizo esperar un poco.

—Sí.

Un «sí» absolutamente lánguido.

—Tengo una pregunta importante. —Se esforzó en formularla con la mayor neutralidad posible, sin sugerir nada en absoluto— ¿Sabía usted que Laetitia Darot visitaba de vez en cuando a un tal profesor Lapointe?

De nuevo un silencio prolongado.

—Nuestra relación no era formal. Ella podía hacer lo que quisiera.

—Solo me interesa conocer si usted lo sabía. ¿Le comentó algo al

respecto? Es posible que ella le pidiera consejo al profesor respecto a algo en concreto.

—¿Consejo?

—Así pues, ¿usted no sabía nada sobre esa relación?

—No.

—¿Y usted...? —Dupin desistió. Era inútil—. Gracias, mi compañero volverá a contactar con usted muy pronto.

El camino acababa de forma abrupta ante una mata arbustiva de espinas que le llegaba hasta los hombros. No le quedaba más remedio que bordearla.

Tenía que seguir probando suerte.

De nuevo se puso el teléfono al oído. El científico le contestó de inmediato.

—Pierre Leblanc, dígame.

—Aquí el comisario Dupin. —Con Leblanc se podía ir al grano, y así lo hizo—. ¿Tenía noticia de algún encuentro entre Laetitia Darot y un tal profesor Lapointe? Philippe Lapointe. En la península de Crozon. Un virólogo retirado de una universidad de París.

—Ese nombre no me suena de nada. ¿Se trata del último cadáver? Lo acabo de ver en las noticias.

—Así es.

—Esto es horrible. —La reacción fue inmediata. Un pesar profundo en la voz—. Tremendo. Preguntaré por aquí a los compañeros del instituto por si alguien conocía esa relación. De todos modos, me parece muy improbable.

—Eso estaría bien, señor Leblanc.

—Le llamaré si averiguo algo. Este caso está tomando unas dimensiones monstruosas.

—En efecto. —Dupin reflexionó—. ¿Laetitia Darot le habló de si se había extendido alguna enfermedad o infección entre los delfines? ¿Había animales

enfermos?

—No. Me lo hubiera dicho. Seguro.

Esa habría sido una posibilidad plausible.

—Otra pregunta, señor Leblanc. ¿Dónde ha estado usted hoy por la mañana, entre las seis y las once?

La respuesta fue clara y tranquila:

—En la oficina. Aquí. Desde las nueve. A las nueve y media he ido a la punta de Saint-Mathieu, donde estamos construyendo una nueva estación de medición que queremos poner en funcionamiento a finales de este año. Por cierto, que Laetitia estaba muy interesada en ello, ya que los delfines acostumbran a estar por ahí. He regresado sobre las doce.

—¿Y antes de las nueve?

—Estuve en casa. Vivo en Tréboul, solo. Claro que esto le resultará difícil de verificar. —Leblanc adoptó un tono casi científico—. Pensaré en alguien que haya podido verme. Puede que durante el trayecto.

—¿Ha ido solo en barca?

—Sí, yo solo.

—¿Cuánto tiempo se tarda en llegar?

—Está a una hora de aquí.

—¿Y tampoco lo ha visto nadie en ese tiempo?

—Seguramente no. La estación está en un saliente escabroso, de difícil acceso desde tierra firme.

—¿Y después de volver? ¿Sobre el mediodía?

—Mi secretaria me estaba esperando para una reunión.

—¿Ella también lo ha visto a las nueve?

—No había llegado aún. Pero seguro que el técnico sí. Y alguien más posiblemente también. Antes de salir en la barca he estado un rato por aquí arriba.

—¿Y ayer entre las nueve y las once de la noche?

—Estuve mucho rato aquí, en el instituto. Hasta medianoche quizá.

—¿Se encontró con alguien que pueda corroborarlo?

—Aunque me resulta embarazoso, me temo que no. Acostumbro a ser el último en salir.

Una información absolutamente basada en los hechos.

La coartada de Leblanc era tan vaga como las de los demás.

—Muchas gracias. Uno de mis inspectores se pondrá de nuevo en contacto con usted. Y quizá hablará también con su secretaria.

Dupin llegó al final de la mata espinosa. Un pequeño sendero trillado descendía directamente hacia la playa; en teoría, ese camino le llevaría al sendero por el que llegar a su coche.

Por lo que Dupin sabía hasta entonces, esas dos personas eran quienes podrían saber algo sobre los encuentros entre Darot y el profesor.

Se acordó entonces de Manet.

Tecléo en el móvil.

—¿Diga?

—Soy el comisario Dupin. —Tampoco hacía falta andarse con rodeos con el médico de la isla—: Laetitia Darot estaba en contacto con el profesor Lapointe. De hecho, en los últimos meses lo visitó un par de veces en su casa de Lostmarc'h.

Dupin prescindió de plantear la pregunta.

—Interesante. ¿Y eso por qué?

—Eso es lo que me gustaría saber. ¿Lo sabía usted?

—No. Ya se lo hubiera dicho.

No parecía incomodado por la insistencia de Dupin con la pregunta.

—¿Sabe usted sobre qué podrían tratar en esos encuentros? ¿O qué tipo de relación podrían tener los dos?

—No. Para nada.

—¿Se le ocurre alguien que pudiera saberlo?

—Céline. Nadie más.

—Sí.

Ese era el problema.

—Dos cosas más, señor Dupin. Mañana la marea estará bastante crecida. Coeficiente 116. En esos casos, el tiempo suele variar. Por precaución tenemos que llevar las barcas a la parte posterior del puerto. También la de Darot. Es solo para su información. Por otra parte, el ferri de hoy ha traído el correo. Hay una carta certificada para Céline Kerkrom. La cartera se ha pasado por mi casa para preguntar qué hace con ella. De hecho, solo la puede recoger la persona interesada.

—El inspector Le Ber se encargará de recogerla. Hablaré con él. Gracias.

—Hasta luego.

Manet colgó. Ya había hablado con todas las personas que habrían podido ayudarle. Dupin maldijo en voz baja.

Su sentido de la orientación no le había abandonado. Acababa de dar con el camino que le llevaría hasta el coche. Era sorprendentemente empinado. Antes no había reparado en ello.

Miró la hora.

Eran las ocho menos cuarto. Cuando estaba metido en un caso, perdía la noción del tiempo. Debía hablar con Claire. Lo había tenido presente durante todo el día. Y también, inevitablemente, tenía que hablar con su madre.

Se sentía rendido y agotado. La noche para él había terminado antes de las cinco de la madrugada y, desde entonces, la jornada había sido una sucesión turbulenta de acontecimientos. Y aún no había acabado. Necesitaba un café. Era urgente.

—¡Una noticia extraordinaria, jefe! —exclamó Le Ber.

Dupin tenía el móvil en la mano para llamar a Claire cuando el inspector se le había adelantado. Pronto llegaría por fin a su coche.

—¿Sabe usted quién le corta el pelo al profesor? —Le Ber hizo una pausa retórica y luego prosiguió con entusiasmo—: Yan Lapal.

Otra pausa.

—Es el peluquero de la barca, el que también les cortaba el pelo a Darot y a Kerkrom. Tiene un local en Camaret, que era donde acudía el profesor Lapointe. ¡Lapal les cortaba el pelo a los tres!

—¿De veras?

El peluquero, según había confirmado Labat, tenía una coartada firme, al menos para la noche del día anterior.

—Está a un tiro de piedra del nuevo escenario del crimen. Y le bastan cinco minutos para ir de su casa a su barca en el puerto de Camaret. Lo he consultado en el mapa. Desde ahí puede ir a cualquier parte en una hora. Incluso a las islas.

Tenía razón. Y, sí, era una extraña casualidad que los tres hubieran estado con él. De todos modos, ese hombre estaba descartado. No había ningún motivo para cambiar la hipótesis de un único asesino, algo que la forense también consideraba probable.

—¡Piénselo! Un peluquero capaz de acceder en barca a los lugares más remotos para asesinar a quien quiera sin que nadie le moleste. Nadie sospecharía jamás de él.

Eso no apuntaba solo al peluquero, sino también a la idea del asesino en serie. Dupin se lo debería haber imaginado.

—¿Algo más?

La voz de Le Ber se calmó al instante.

—He hablado con varios hombres de la isla que suelen estar en los dos muelles. En los bares. Es gente que se dedica a contemplar la actividad del puerto, a ver zarpar y atracar las barcas.

—¿Y?

—Dicen que últimamente Kerkrom salía más de lo habitual. Que antes ella se tomaba un día de descanso a la semana y que había dejado de hacerlo.

Dupin reflexionó al respecto.

—Deberíamos preguntar en el puerto de Douarnenez. Tal vez ellos...

—Ya lo he hecho. Un trabajador de la señora Gochat nos enviará una lista de los días, a partir de marzo, en que Céline Kerkrom llevó sus capturas a subasta. Es lo único que queda registrado, no si ella atracó en el puerto de Douarnenez. De todos modos, es algo.

—Excelente, Le Ber.

A Dupin se le debería haber ocurrido antes esa idea, esa misma mañana.

—A veces pescaba por encargo directo de algunos restaurantes. Lubinas y abadejos. En esas ocasiones, claro está, ella no se registraba en la subasta.

Era complicado.

—De todos modos, el mejor observador es ese muchacho con el que ha hablado usted hoy por la mañana en el cementerio del cólera. Además, ronda a menudo por el puerto. Conoce muy bien a los pescadores. También él dice que en los últimos tiempos Kerkrom estaba «siempre» fuera. Como Darot. Y a veces ambas iban juntas en una barca.

—¿Qué ha dicho exactamente? —Dupin aguzó el oído.

—Que nunca antes las había visto juntas en una barca. Solo en los últimos tiempos, aunque no sabe decir a partir de cuándo.

—¿En cuál de las dos barcas?

—En las dos. Tanto en la de Darot como en la de Kerkrom.

—¿Con qué frecuencia?

—Dice que «a veces». No he conseguido que fuera más preciso.

—¿Y ha dicho por qué las dos salían juntas en barca?

—Cree que iban a pescar, pero no lo sabe.

—¿Fueron ellas las que le dijeron lo de la pesca?

—No. Él se lo figuró.

—¿Y le ha dicho adónde se dirigían?

De nuevo, una de esas preguntas clave.

—No.

Dupin dobló una esquina cerrada. No recordaba que el camino del coche a la playa estuviera tan lejos.

—¿Alguna otra cosa?

—De vez en cuando, Kerkrom le regalaba un pescado o un cangrejo cuando llegaba. Los demás pescadores hacían lo mismo porque les ayudaba a ordenar las redes en los cobertizos. Si los pescadores encontraban algo en el fondo del mar, él lo llevaba al museo. Allí hay una sala que reúne todos los objetos hallados en el mar. La señora Coquil me lo ha enseñado. Hay de todo, incluso objetos muy antiguos. —Le Ber parecía impresionado—. Bombas de cañón, dos anclas inmensas, trozos de barcos e incluso monedas y cerámica del tiempo de los romanos. Hay cosas sorprendentes, como restos de naufragios y de asentamientos que se remontan a hace seis mil años. Debería usted...

—Eso es todo, Le Ber.

Era preciso poner fin a esas divagaciones. Los asuntos que tenían entre manos eran demasiado importantes como para distraerse con otras cosas.

—Sí.

Al comisario le habría gustado hablar en persona con el muchacho. Eso de la isla era realmente incómodo.

—Muy bien, Le Ber. Hablaremos en un rato.

—Goulch me ha pedido que le informe de otro asunto. Las autoridades ya han hecho el balance final de la «actuación conjunta». Se mantiene lo dicho: no se ha podido imputar nada a ninguna de las embarcaciones de Morin. Como sabe, sí se ha encontrado langosta roja en otros dos pesqueros, ajenos a Morin. En un caso es posible que se trate simplemente de una captura accesoria; en el otro, en cambio, es una infracción punible. Todo el mundo está convencido de que a Morin le avisaron de la operación. Ahora mismo esta cuestión es tema de varias discusiones. Xavier Controc, del servicio nacional de guardacostas, está fuera de sí.

Unas discusiones inútiles. Sin duda.

Dupin recordó entonces dos puntos que casi había olvidado.

—Pase por correos y recoja una carta certificada para Céline Kerkrom. Y me gustaría que alguno de los nuestros esté presente cuando trasladen la barca de Darot al puerto. Antoine Manet me ha dicho...

—El cambio de tiempo de mañana.

—Eso es. Alguien debería supervisarlos.

—Delo por hecho, jefe. Por cierto —Le Ber cambió el tono de voz de forma marcada—, ¿qué tal se siente usted físicamente?

En esta ocasión, el comisario cayó en la cuenta de inmediato.

—Me encuentro perfecto, Le Ber. ¡Y basta ya de eso!

No estaba dispuesto a volver a hablar otra vez de ese tema.

Dupin guardó el móvil en el bolsillo.

Una gaviota pasó desafiante por encima de la cabeza. Eso se había repetido un par de veces desde que cruzó el arbusto de zarzamora. Parecía haberla tomado con él. Chillaba. Tal vez había tenido crías y el nido estaba cerca.

Por fin vio su coche.

No era el único.

Unos metros más allá del Citroën había otro vehículo. Negro. Grande.

Reluciente.

Charles Morin estaba apoyado en la puerta del Citroën y le miraba. Impertérrito. Como si encontrarse allí fuera la cosa más normal del mundo.

Esperó a que Dupin estuviera a un par de pasos de él.

—Hemos averiguado que ese pirata de pacotilla las estuvo siguiendo a las dos. Vaillant permaneció durante días en el mar muy cerca de ellas mientras estaban en la barca de Kerkrom. Según parece, sin que ellas lo notaran. En la entrada de la bahía de Douarnenez.

La misma actitud y ese tono tranquilo y autoritario de su conversación anterior.

—¿Cómo ha sabido usted dónde me encontraba, señor Morin?

—Creo que debería usted centrarse en Vaillant. Yo, al menos, es lo que pienso hacer.

—¿Por qué está usted aquí, señor Morin?

Dupin tenía muchas ganas de saberlo.

—Iba de camino a casa. Mi esposa me espera para cenar.

—Eso no es una respuesta.

Lo inquietante no era que Morin se encontrara cerca del lugar del asesinato; a fin de cuentas, la prensa ya había informado del suceso, sino que estuviera justamente allí, apoyado en el coche de Dupin, en medio de la nada. Eso era una auténtica demostración de poder.

—Es evidente que el asesino tenía prisa —dijo Morin con lentitud—. Quería impedir que las víctimas se avisaran entre sí.

Ese era un aspecto importante. Sin duda. Pero Dupin no estaba dispuesto a participar en las elucubraciones investigadoras de Morin.

—El profesor Lapointe colaboraba en una iniciativa ciudadana contra el empleo de los productos químicos tóxicos utilizados en las tareas de reparación de sus embarcaciones, Morin. Usted tenía una razón para actuar

contra él. Quién sabe lo que podría llegar a averiguar.

—¿Cree usted de verdad que yo mataría a alguien por una ridícula reclamación en mi contra? ¿Por unos agentes limpiadores? —Morin parecía súbitamente abatido—. Y tampoco está claro el motivo por el cual la señora Gochat ordenó vigilarlas. Me parece que nos deberíamos concentrar sobre todo en esa cuestión, comisario. Créame.

Con esas palabras, se apartó de la puerta del coche y se encaminó hacia su vehículo. Ni siquiera se giró.

Dupin abrió la puerta del Citroën, entró y encendió el motor.

Antes de que Morin arrancara, Dupin ya había emprendido la marcha.

El comisario ya tenía muchas ganas de entrevistarse con Vaillant, pero, por supuesto, las palabras de Morin las habían convertido en una necesidad apremiante, a pesar de que Dupin se negara en redondo a seguir las indicaciones del rey de los pescadores. Por mucho que quisiera hacerse pasar por un investigador, para Dupin seguía siendo un sospechoso y no cabía duda de que Morin era muy hábil.

De todos modos, si aquello era cierto se imponía una pregunta: ¿por qué motivo Vaillant había seguido a las dos mujeres con su embarcación? ¿Qué intenciones tenía? El capitán era la segunda persona que hacía lo mismo. Y siempre en la zona en torno a la bahía de Douarnenez.

Dupin estaba citado con Vaillant en Le Conquet, en el puerto de pescadores. Nolwenn lo había dispuesto todo.

Labat había logrado ponerse en contacto con Frédéric Carrière: su cita con Morin había tenido lugar en uno de sus pesqueros de altura, en la zona no oficial del puerto, con el objeto de inspeccionar una avería en una de las embarcaciones. Como era de esperar, solo los había visto otro empleado de

Morin; por lo demás, nadie podía confirmar sus declaraciones. Carrière sostenía que se había marchado en torno a las once. Labat no se molestó en disimular que ese encuentro le parecía tremendamente sospechoso. Y lo era.

En cuanto al resto de las coartadas, todas eran, cómo no, extraordinariamente débiles. Habían visto a Gochat a las doce, y la última vez que alguien se había cruzado con ella antes de eso había sido a las nueve y media. En el período intermedio se había retirado a su despacho. Jumeau afirmaba que, exceptuando la conversación mantenida con Dupin, había estado faenando hasta las seis de la tarde, aunque eso no podía comprobarse.

Al fin, Dupin había hablado con Le Ber. La oficina de correos llevaba horas cerrada.

El comisario tuvo que rodear la rada de Brest, para lo que necesitó una hora larga en coche. Según había dicho Vaillant, también él tardaría una hora. Dupin llegaría en unos minutos.

Había descubierto el encanto de Le Conquet y de esa parte de la costa exterior occidental el año anterior. Fue durante una excursión de trabajo organizada por Nolwenn a la que asistió todo el personal de la comisaría y en la que visitaron la punta de Corsen, el extremo más occidental de la Bretaña y, por lo tanto, de Francia. La salida resultó ser muy agradable, a pesar del escepticismo inicial con que Dupin solía acoger ese tipo de actividades. Regresaron a casa en torno a la medianoche en medio de un ambiente muy animado. Aquella no era solo la punta más occidental de Francia, sino que, exceptuando un pequeño trocito de costa portuguesa y española, constituía el extremo occidental del continente europeo; más aún, de la gigantesca placa continental euroasiática, que se elevaba desde el Pacífico a siete mil kilómetros de distancia y abarcaba Siberia y China.

Aquella era una de las comedidas exageraciones bretonas. Todo bretón que se preciara peregrinaba hasta la punta de Corsen. Evidentemente, la intención

secreta de Nolwenn al escoger ese destino para la excursión había sido realizar un nuevo acto simbólico encaminado a la bretonización de Dupin. La excursión comenzó bajo un sol espléndido en Saint-Mathieu, un lugar mágico cargado de innumerables leyendas, con rocas altas barridas por el viento y las mareas, que albergaba, además de un hermoso faro, las ruinas auráticas de una antigua abadía del siglo VI; a mediodía disfrutaron de un copioso almuerzo en Le Conquet y desde ahí, pasando por la punta de Corsen y la encantadora ciudad de Porspoder, llegaron a las playas de Lampaul-Ploudalmézeau, que eran de una belleza sobrenatural.

Tal vez aquella fuera la parte de la costa bretona que más le había impresionado. De todos modos, esa afirmación en sí misma era ridícula, porque la usaba con frecuencia. Fuera como fuese, era la zona más apartada y solitaria, la más ruda y agreste. En el sur, en su región, la tierra, los campos, los valles y los prados llegaban hasta la costa y acababan de manera abrupta en el mar. Incluso allí la tierra era claramente tierra. No ocurría lo mismo en esa zona. Allí el poder tremendo del Atlántico batiente y los vientos agitados, así como esa espuma infinitamente fina y salada que se desplazaba durante kilómetros, definían la naturaleza hasta tierra adentro. En consecuencia, y a excepción de unos pocos robles o bosques de pinos, el paisaje era árido y la vegetación, escasa. Los rastrojos característicos, los helechos, los arbustos, las matas, la arena, las rocas, las peñas, los peñascos. Con todo, daba la impresión de que la enorme variedad de tonos distintos de verde compensara la ausencia de otros elementos llamativos. Era un paisaje contundente, poderoso, magnífico. Quizá la vista más impresionante era la que tenía desde la carretera junto al mar, entre Penfoul y Trémazan, aunque sin duda era todavía mejor desde la ruta infinita de los contrabandistas que recorría toda la costa.

También las casas tenían un aspecto más sólido y macizo que las de la

región del sur; aquí el granito era más oscuro y todas parecían pequeñas fortalezas proclamando su resistencia centenaria. Igual que en Île-de-Sein, permanecían todas muy juntas entre ellas.

Tras llegar a Le Conquet, Dupin condujo por callejones estrechos en dirección al centro para luego encaminarse hacia al moderno puerto de pesca, donde atracaban también los ferris que llevaban a Île Ouessant e Île Molène.

Al poco se mostró ante él la bahía estrecha, el inicio del angosto brazo de agua, uno de los mejores puertos de abrigo naturales; delante había una península rocosa cubierta de una capa vegetal verde. Del muelle del puerto a la península había unos doscientos metros, espacio suficiente para maniobrar, incluso para embarcaciones de gran tamaño. Un dique largo se abría en la entrada de la dársena. Al final del brazo de mar estaba el Vieux Port, el puerto antiguo, al lado del pintoresco centro de la localidad.

Dupin dejó el coche en la gran plaza situada detrás del muelle, donde aparcaban también los visitantes que iban a las islas a pasar el día.

Paseó junto al agua. No se veía a nadie. Ni siquiera en el muelle. En el dique largo había dos ferris atracados; en ellos se leía en grandes letras PENN-AR-BED. Era la misma empresa a la que pertenecía el *Enez Sun III* en el que había navegado esa misma mañana. En la dársena, fondeadas con boyas de colores, había varias barcas de pescadores.

El capitán Vaillant solo podía amarrar allí delante, en el muelle.

Todavía no había llegado.

Tampoco en el trozo de mar que se veía en la bocana del puerto se distinguía barca alguna. La península impedía la vista hacia el noroeste, hacia Île Ouessant. En cambio, a pesar de que faltaba poco para las diez de la noche, el sol aún estaba lo bastante alto para deslumbrar a Dupin con su luz suave y lechosa. La temperatura era sorprendentemente suave, sin duda por encima de los veinte grados.

Era un magnífico atardecer de verano.

Desde que apagó el motor del coche, Dupin se había dicho que el restaurante donde habían almorzado con todo el grupo de la comisaría no podía estar muy lejos. Recordaba que después de comer habían salido todos a pasear por el puerto.

Calculó que volvería en un cuarto de hora. Y además estaría mucho más despierto y atento.

No se lo pensó más; ante la duda, Vaillant tendría que esperar.

Al cabo de cinco minutos el comisario estaba frente al Relais du Port, situado en la parte baja, en el puerto antiguo. Era un edificio antiguo de piedra, con mucho estilo; un restaurante sencillo, de diario, muy de su gusto. Durante la comida se podía disfrutar de una hermosa panorámica del puerto antiguo. Mejor imposible. En aquel instante se veían varias barcas reposando en el lecho marino y otras yaciendo sobre un costado en la arena; había muchas así, lo que siempre, y más aún a la luz de un atardecer maravilloso, tenía un aire melancólico. Grandes extensiones de algas de color verde claro que el sol hacía brillar en la arena, enfrente de una chalana de madera de color azul intenso; más atrás, una de color naranja, y otra turquesa, y otra roja... Aquel era un alocado juego de colores.

Dupin escogió una mesa situada en la primera línea de la agradable terraza cubierta.

Perfecto.

En un instante se había tomado el café que pidió. Sin embargo, al hacerlo, y sin haberlo previsto de antemano, su mirada recayó en el menú. Tartar de ternera, patatas fritas, ensalada. Uno de los platos preferidos de Dupin, muy poco por debajo del entrecot. El comisario era capaz de hacer muchas cosas por un buen tartar.

Sacó el móvil y marcó un número.

—¿Nolwenn?

—¿Señor comisario?

Su secretaria parecía de buen humor.

—Me he entretenido. —Dupin se esforzó por adoptar un tono especialmente serio—. Dígale a Vaillant que estaré ahí en unos veinte minutos.

Un tartar se servía rápido. Además, tenía que comer algo. Hacía una eternidad que no probaba bocado. Por otra parte, lo más probable era que cuando llegara a Concarneau el Amiral estuviera cerrado. Aquello fue lo que acabó de decidirle.

—Me figuro que estará usted en el Relais du Port. ¡Bien hecho, señor comisario! —Nolwenn hablaba con toda naturalidad—. Que ese pirata espere un poco.

Dupin había sido testigo tantas veces de la capacidad sobrenatural de esa mujer para adivinar su paradero, que aquello no le sorprendió.

—Como sin duda sabrá —el tono de voz de la secretaria cambió, dejando entrever que no estaba nada contenta— su madre ha intentado hablar con usted varias veces. Y cada vez he sido yo quien ha contestado a su llamada.

Para la señora Dupin, cualquier persona ajena a la metrópolis, Nolwenn incluida, era provinciana, en especial, cómo no, la gente de regiones tan remotas como la Bretaña, que era la quintaesencia misma de la provincia. Siempre se lo dejaba bien claro. Nolwenn tenía su propio método de contrarrestarla. Evitaba el enfrentamiento pero, con una actitud impávida y despiadada, se negaba en redondo a ayudarla.

—¡Tiene usted que hablar con ella!

Es decir, que ella no estaba dispuesta a hacerlo por más tiempo.

—Lo haré. Mañana a primera hora.

—Muy bien. —De nuevo su tono de voz fue más alegre—. Por cierto, ya

que está usted en el territorio de Ys, ¿sabe cuándo volverá Ys a surgir de las aguas? ¡Cuando París se hunda en ellas! Eso es lo que los bretones dicen desde hace siglos. Par-Is significa «como Ys».

Dupin sonrió complacido.

—Ahora vamos apagando las luces por aquí, señor comisario. Los preparativos han finalizado e intentaremos dormir un poco. Así mañana tendremos mucha fuerza. De todos modos, ya sabe que llevo el móvil siempre encima. Por cierto, Le Ber pasará la noche en la isla. Le hemos reservado una habitación en el único hotel que hay, un lugar sencillo pero limpio. Seguramente esa será la primera noche que pueda dormir entera desde que Maclou-Brioc llegó al mundo. Labat ha decidido regresar. ¿Y usted? Tiene hora y media de camino. He...

—Yo también voy a volver.

Lo dijo sin pensar.

—Es una hora y media.

—No es problema.

—Como quiera.

—Una cosa más. —Dupin se masajeó la sien; le había venido a la cabeza varias veces una de las cosas que esa mañana le había contado la señora del puesto de café de la lonja, uno de esos rumores—. Es sobre esa embarcación de Morin de la que se sospecha que hacía contrabando. Se dice que el servicio de aduanas la siguió y la acorraló, y que entonces la tripulación, por orden de Morin, la hundió para eliminar las pruebas.

—No he podido contrastar esa historia. El funcionario de aduanas con el que he hablado esta mañana sobre Morin no me ha dicho nada al respecto. Pero insistiré.

—Eso estaría bien, Nolwenn. Y pregúntele también en qué lugar ocurrió.

—Lo haré. En fin, buenas noches, señor comisario.

—Buenas noches.

Dupin se reclinó contra su asiento e hizo una señal a la simpática camarera que en ese momento estaba sirviendo algo a la mesa de al lado.

—Me gustaría tomar el tartar. Y una copa de Cornas. El Empreintes de 2009.

A pesar de la poca memoria que Dupin tenía para muchas cosas, terrible en realidad, era capaz de acordarse perfectamente de los vinos, de su nombre y su origen. En la excursión de trabajo habían tomado Cornas.

—Muy bien, señor.

Tenía que admitir que la «jornada de movilización» de Nolwenn seguía inquietándole; le hubiera gustado mucho saber de qué iba. Por qué era importante tener mucha fuerza. Sin embargo, se dijo, tal vez era preferible hacer caso de su instinto, que le decía que lo mejor para todos era hablar lo menos posible de ello. También le vino a la cabeza otra cosa. Aunque era un poco complicado, debía hacerlo.

Volvió a marcar el teléfono.

—¿Le Ber?

—Jefe, ahora mismo iba...

—Quiero hablar personalmente con el muchacho. —Dupin bajó el tono de voz—. El de la isla. El que se pasa el rato vagando por el puerto. Voy a...

—Jefe, he conseguido la carta certificada. —Le Ber no había podido contenerse—. Me he encontrado con Antoine Manet en Le Tatoon. Él sabía que ese día la señora de correos tenía una invitación para cenar. Como sabía dónde estaba, le ha pedido que me trajera en un momento la carta. Manet...

—Le Ber, ¿y qué es?

—Es una reclamación de pago. De un laboratorio de París. Tenía una factura pendiente.

Le Ber hizo una pausa innecesaria.

—¿Y bien?

—Es un laboratorio especializado en análisis químicos, físicos y biológicos de todo tipo de materiales, tejidos y fluidos.

—¿Cómo?

Eso era inaudito.

—La empresa se llama Sci-Analyses.

—¿Y qué es exactamente?

—Lo que le he dicho. Una reclamación de pago. Se adjunta una copia de la factura. Solo se lee «Análisis XFR».

—¿No dice nada más?

—Nada más. He estado mirando por internet.

—¿Y qué ha encontrado?

—Parece que es un análisis de componentes químicos de materiales.

La camarera dejó ante Dupin la copa de vino, una cesta con pan y la mantequilla.

—Eso es.

—¿De qué fecha es la factura?

—27 de abril.

—¿Y el importe?

—1.479,57 euros.

Una prueba muy cara.

—¿Ha intentado llamar a la empresa?

—A esta hora solo sale el contestador.

Por supuesto.

Le Ber prosiguió:

—He mirado el nombre de los gerentes de la empresa, que figuran al pie de la página, para llamarles directamente. Pero ninguno aparece en la guía telefónica. Tendremos que esperar a mañana por la mañana. No pararé hasta

conseguirlo.

Le Ber había avanzado mucho en la investigación. Sabía que en estas situaciones Dupin no escatimaba en esfuerzos, que le daba igual lo raro o complicado que fuera algo. Sin embargo, si a esas horas quisieran ponerse en contacto con alguien de la empresa habrían tenido que ser muy convincentes con los colegas de la capital. Sobre todo, sin saber si aquel asunto realmente tenía algo que ver con el caso.

—Muy bien. Como le he dicho, me gustaría volver a hablar con ese muchacho.

—En tal caso, va a tener que volver aquí mañana a primera hora, señor comisario. A partir de las ocho y media está en el colegio.

—Yo... —Dupin se interrumpió.

Intuitivamente, sin pensarlo, había dado por hecho que el encuentro tendría lugar en tierra firme. Pero eso habría sido bastante complicado: sacar al chico por la mañana de la escuela, montarlo en una lancha de la policía y llevarlo hasta Douarnenez. Todo para una entrevista muy poco concreta.

Por otra parte, sin embargo, él tendría que volver a subir en una embarcación.

—Goulch lo acompañará, jefe. Basta con que usted se lo pida.

—Me lo pensaré. —Tal vez eso de hablar con el chico no fuera una buena idea.

—Por cierto, la forense de Brest acaba de llamar. Ha comparado los dos cortes y ha pedido que le envíen las fotografías del examen de Kerkrom. En principio podría tratarse del mismo cuchillo, desde luego. Sin embargo, no ha encontrado ningún indicio concreto, por ejemplo, de un defecto en el filo.

—Mmm. —Pausa—. ¿Alguna otra cosa?

—De momento no. Las noticias hablan ya de la «gran movilización» de mañana. Saldrá en la prensa. —El inspector estaba entusiasmado—. ¡Eso es

lo que hay que hacer!

—¿Qué significa exactamente...? —Dupin no quiso terminar la frase—. Hasta luego, Le Ber.

El comisario dejó de nuevo el móvil sobre la mesa y se tomó la copa de vino.

¿Qué podía ser ese análisis que Kerkrom había encargado a un laboratorio especializado de París?

El vino era fuerte y aterciopelado. Tal como le gustaba.

Le dio un buen mordisco a la *baguette* con mantequilla salada. Le sentó muy bien.

Había sido un día duro, como nunca antes en su carrera. Tres asesinatos. Fríos, calculados. Cometidos en una rápida sucesión. En tres lugares separados entre ellos por una hora de viaje más o menos. Era imposible investigar de forma concentrada. Habían tenido que interrumpir las pesquisas continuamente y luego reanudarlas; no habían podido ahondar ni escarbar lo bastante en ningún aspecto.

La camarera llegó con la comida y sirvió más vino.

El tartar era fabuloso. Y su sabor, también. Estaba aderezado con alcaparras, cebolla, mostaza, pimienta de Espelette y estragón. También las patatas fritas eran exquisitas. Dupin las adoraba desde niño. En algún momento de su vida, su padrino se había ido a vivir a Bruselas; siempre que lo visitaban iban a comer patatas fritas, que rebosaban en unos cucuruchos cuyas hojas enrollaban artísticamente ante ellos en un abrir y cerrar de ojos, como por arte de magia. Las servían acompañadas de unas salsas deliciosas. Momentos muy felices. Muy crujientes por fuera y blandas por dentro, como de mantequilla. De pie junto a un vulgar puesto callejero en una sórdida plaza, él y su padre se deleitaban mientras su madre, tan burguesa, se indignaba.

Dupin no se apresuró.

Eran las once menos cuarto cuando regresó al muelle.

Ahora, detrás de los dos ferris, junto a un dique largo, había otra embarcación. Una barca llamativa. De color azul claro algo desleído, con una fina raya blanca debajo de la borda por todo el contorno. Era de madera y se distinguía por una popa muy elevada y con una caída pronunciada, como un cachalote. Nunca antes Dupin había visto una popa así. Con una eslora de quince metros como mínimo y una estructura muy ancha, flotaba impresionante y pesada en el agua. En la cabina de mando había la electrónica habitual. Era una embarcación rara, como salida de una historia de Julio Verne. En la proa se leía *PEBEZH ABADENN*. Aquel tenía que ser el barco de Vaillant.

Incluso en el día más largo del año llega un momento en que la Bretaña da la espalda a la luz. A esas horas el sol, como se dice, ya se había hundido en el horizonte, dejando el mar teñido de un color naranja intenso y el cielo en llamas. Era como si se hubiera producido una catástrofe cósmica. Hasta donde alcanzaba la vista, el confín parecía consumido por un incendio, bañado en un color naranja rojizo impresionante, a excepción de los bordes, que súbitamente adquirirían un tono negro azulado. De todos modos, para un bretón aquello no era una novedad y resultaba tranquilizador saber que el fin del mundo aún no había llegado.

En la cubierta del *Pebezh abadenn* había un grupo de hombres. Uno de ellos estaba ocupado en amarrar el barco; tampoco ellos llevaban mucho rato ahí.

Dupin avanzó por el dique hasta llegar a la tercera de las tres rampas de cemento que llevaban al agua y que, igual que en Île-de-Sein y en toda la

costa, permitían atracar y entrar o sacar las embarcaciones del agua con independencia del nivel de la marea.

—Ya está ahí el madero.

Dupin lo oyó con la misma claridad y nitidez que todos los demás. Ni siquiera le había sonado hostil.

Llegó a la altura de la borda.

Sin decir palabra, uno de los hombres se puso en movimiento. Un tipo enjuto, de rostro curtido por el sol, ojeras y una llamativa mata de pelo negro y enmarañado; al verlo, a Dupin le vinieron a la cabeza los cantantes de rock de los años setenta. Por otra parte, el reflejo del naranja intenso en el pelo rizado acentuaba aún más esa impresión. Llevaba una camisa de lino de color verde oscuro con los botones superiores abiertos, pantalón vaquero y unas botas de goma negras. Calculó que rondaba los cuarenta y cinco años.

—No nos hemos podido resistir. Teníamos debajo un enorme banco de caballas y hemos echado la caña a toda prisa.

Vaillant señaló con la cabeza unos cuantos contenedores de plástico repletos de pescados brillantes que todavía se agitaban. Esa parecía ser la explicación del retraso y significaba también que, si Dupin no hubiera estado en Relais du Port, habría tenido que aguardar tres cuartos de hora en el muelle.

—Le envolveré unas cuantas. En esta época son especialmente deliciosas.

Hablaba en serio.

Reparó entonces que en la borda de barco había una portezuela de madera gruesa.

El capitán Vaillant la abrió y se dispuso a dar un paso largo para acercarse a la rampa.

Dupin se le adelantó:

—Subiré yo.

—Por supuesto. —Vaillant retrocedió. Parecía muy tranquilo—. Inspeccione lo que quiera. —Su voz no dejaba entrever ni el menor asomo de agresividad ni sarcasmo—. Mírelo todo. No tenemos nada que esconder.

Dupin dio una zancada grande, casi un salto, y se encontró a bordo del *Pebezh abadenn*.

—Usted siguió y vigiló la barca de Céline Kerkrom, señor Vaillant. Algunos días iba también en ella Laetitia Darot. Fue en la entrada de la bahía de Douarnenez. Esta mañana ambas mujeres han muerto asesinadas. ¿Por qué lo hizo?

El resto de la tripulación se había dispersado por la embarcación, desapareciendo en la proa o en la bodega.

—¿No le parece que ambas eran extraordinariamente hermosas? Me gusta estar cerca de las mujeres bellas.

Dijo aquello de un modo agradable, nada despectivo.

Dejó oír una carcajada ruda y grave.

—¿Por qué siguió usted a Céline Kerkrom? ¿Qué pretendía? —preguntó Dupin con tono grosero.

—El pescador de Gochat la seguía. Llevaba varios días pisándole los talones, aunque mantenía la embarcación lo bastante lejos como para no llamar la atención.

—Eso no es una respuesta. —Aun así, Vaillant acababa de admitirlo. Dupin insistió—: ¿Por qué la vigilaba?

—Tal vez me preocupé un poco. Yo solo vigilaba al pescador que la acosaba. —A Vaillant le brillaban los ojos—. O puede que, simplemente, estuviera intrigado. Tenía muchas ganas de saber lo que se llevaban esas dos entre manos.

Se estaba haciendo el pícaro.

—No, hablando en serio. En verano, en los días de calma, nos gusta

colocarnos ante la bahía para pescar unos buenos calamares, que atraen también a los delfines. No seguíamos a nadie. Aunque la belleza de esas mujeres también habría sido un buen motivo.

No estaba dispuesto a admitir nada. Mentía. Por supuesto que las había seguido. No era una casualidad.

—¿Hasta qué punto conocía usted a Céline Kerkrom y a Laetitia Darot?

—A la sirena nadie la conocía. Yo tampoco. Era tan misteriosa como las mismísimas profundidades del Atlántico. En cuanto a Céline, de vez en cuando charlábamos agradablemente. Y tengo que admitir que, por mí, habríamos charlado mucho más a menudo. —Por primera vez, su mirada se volvió seria—. Pero ella, en fin, no quiso. No le guardo rencor. Supongo que ya había entregado su corazón a ese pescador de la isla.

—¿A Jumeau?

—Sí, exacto. El joven se llama Jumeau.

Dupin era todo oídos.

—¿Alguien le contó lo que había entre Kerkrom y Jumeau?

—No hace falta que nadie me cuente esas cosas. Las noto.

—¿Y qué cosas notó usted?

—Bueno, pues que ella le iba detrás.

—¿Cuándo habló por última vez con Céline Kerkrom?

—Esta semana, el lunes. En el puerto de Douarnenez. Durante la subasta. Pocas veces llevamos nuestras capturas ahí, pero teníamos gran cantidad de salmonetes.

—¿Y de qué hablaron?

—De la enorme cantidad de salmonetes.

Dupin lo miró de hito en hito.

—¿Le dijo alguna cosa en concreto?

—Me habló del proyecto de Laetitia, lo de los emisores de señales.

—¿Mencionó a Morin?

Él vaciló un instante.

—No.

—¿Y ella...?

Dupin se interrumpió. Acababa de experimentar un cierto mareo. Ya lo había notado al dirigirse hacia el Relais du Port. Sabía lo que era. Cansancio. Más aún, extenuación profunda. Algo contra lo que nada podían hacer ni la comida ni dos cafés.

—Señor Vaillant, ¿conocía usted al profesor Philippe Lapointe?

Lo miró sin comprender.

—Es la tercera víctima. Fue encontrada en la playa de Lostmarc'h.

—Ah, sí. Lo han dicho en las noticias.

—¿Y bien?

—No. Ni siquiera sabía de la existencia de ese profesor.

Dupin rodeó las cajas de pescado, las boyas y las redes; en la barca reinaba un tremendo desorden.

—Me han dicho que, además de la pesca ocasional, le gusta dedicar su tiempo a la antigua actividad del contrabando. —Dupin miró intencionadamente a su alrededor.

—Nos las apañamos. Aunque, claro está, todo cuanto hacemos se encuentra dentro de los límites que marca nuestra respetable legislación.

Vaillant era un provocador.

—Y es usted tan puntilloso que, según me dicen, cuenta ya con un buen número de sanciones por llevar cantidades de alcohol fuera del margen permitido.

—Tonterías. Nos gusta beber. Y fumar también, claro. Algo que en la actualidad se tiene por más aborrecible que la mayoría de los delitos capitales. Ya le he dicho que puede mirar donde le plazca. Tenemos tiempo.

No encontrará nada.

—¿Y qué hay de Morin? ¿También trafica? ¿Quizá tabaco en grandes cantidades?

Aquel punto inquietaba mucho a Dupin.

—Yo no practico el contrabando. —Vaillant se hizo el indignado de forma exagerada—. Y no tengo la menor idea de si Morin está metido en ese lucrativo negocio. De todos modos, no me extrañaría.

—Céline Kerkrom o Laetitia Darot vieron algo. —Dupin se detuvo ante Vaillant—. E incluso es posible que llegaran a documentarlo para tener pruebas de ello. —Frunció la frente—. O tal vez encontraron algo. En cualquier caso, fue algo relacionado con las actividades delictivas de Morin. —Clavó la mirada en Vaillant—. Algo tan sólido y firme que él no habría podido librarse con la misma facilidad que hasta el momento. Y usted, a su vez, lo sabía. De algún modo lo averiguó. Eso es. Y ahora usted también está en peligro.

Dupin tenía que intentarlo. Levantar sospechas al azar. Los mejores atajos se encuentran en medio de la espesura. Porque si realmente había ocurrido así, es decir, si las dos mujeres habían conseguido de verdad una prueba y otros lo habían averiguado, sospechado o incluso especulado con ello, el impacto sería tan enorme que no solo Morin, sino toda la región, se habría puesto nerviosa. En un escenario como aquel, Morin no buscaría al asesino, sino a todo aquel que pudiera tener algún conocimiento al respecto. De todos modos, claro está, quedaba un cabo suelto: ¿qué papel desempeñaba el profesor en todo eso?

—Si realmente supiera alguna cosa, ya me habría encargado hace tiempo de que Morin fuera a la cárcel.

—No me creo nada.

—Pregúntele a la dama de hierro, a Gochat, por qué envió a su pescador a

espiar a Kerkrom.

Había amargura en su voz.

—Como sabrá, señor Vaillant, usted es uno de nuestros principales sospechosos. Acechó a dos de las víctimas. Y ayer por la noche estuvo en Île-de-Sein. Antes podría haber matado a Céline Kerkrom en Douarnenez y luego, ya en la isla, a primera hora de la mañana, a Laetitia Darot.

—Venimos a la isla con regularidad. Cuando lo hacemos, solemos acudir a Le Tatoon. Hasta ahora no sabíamos que tal cosa había levantado el recelo de la policía.

—¿Y esta mañana? Salió de la isla a las siete. ¿Adónde fue? ¿Dónde estuvo entre las siete y las once de la mañana?

—Pescando lubinas. Hasta el mediodía. Por la zona de Pierres Noires, al oeste de Île Molène. —Según la señora Gochat, ese era uno de los lugares donde Kerkrom también iba a pescarlas—. A mediodía hemos vendido el pescado a dos restaurantes de Île Ouessant. Y, lo admito, algunas lubinas nos las hemos comido nosotros mismos. Pregunte si quiere a los restaurantes.

—Me imagino que no tiene testigos para las cuatro o cinco horas de faena.

—No.

Vaillant dibujó una expresión irónica en el rostro.

Dupin desistió.

Lo lamentaba.

No quería continuar. Y tampoco era capaz. Además, una cosa estaba clara: Vaillant no tenía coartada. La intención de Dupin era inspeccionar a fondo la embarcación, pero también lo dejó correr.

—Eso ha sido todo por el momento, señor Vaillant. —Se dio la vuelta con brusquedad y se acercó a la portezuela de la borda—. De todos modos, creo que nos veremos pronto.

—¿De verdad no quiere llevarse unas caballas? No encontrará otras más

sabrosas que las del mar de Iroise —gritó Vaillant tras él.

Dupin, como antes, dio una zancada resuelta.

Regresó a tierra firme.

Subió por la rampa. No respondió. Ni siquiera cuando oyó:

—¡Qué pase usted una buena noche, señor comisario!

Dos minutos más tarde se encontraba junto a su coche.

La conversación con aquel pirata loco le había robado las últimas fuerzas que le quedaban. Se sentía irritado, tenía la impresión de no haberlo hecho bien. De no haber sido lo bastante astuto. De todos modos, de un tipo así no habría podido sacar nada más, ni empleándose a fondo.

Se apoyó un instante en la puerta del coche e inspiró hondo.

Nolwenn tenía razón: Concarneau no estaba precisamente a un tiro de piedra. Pensó con desagrado en el viaje de una hora y media que tenía por delante. Además, se dijo, para llegar a tiempo a la isla y hablar con el muchacho tenía que estar en la barca de Goulch a las siete como muy tarde. Esto significaba que, si quería tomar un café, debería levantarse antes de las seis y, por lo tanto, volvería a dormir muy poco. Además, tampoco vería a Claire ese día porque ella se encontraba en Rennes. Probablemente era muy tarde para organizar alguna cosa.

Sacó el teléfono.

—¿Nolwenn?

—¡Señor comisario! —Parecía despierta.

—Tal vez es mejor que me quede aquí, quiero decir, que pase aquí la noche. A dormir.

Nolwenn conocía todas las pensiones, hoteles y habitaciones para huéspedes.

—Vaya al Château de Sable. En Porspoder. A veinte minutos de donde está usted. Le están esperando. Los propietarios son amigos de Alain Trifin,

el dueño del Ar Men Du. En La Vinotière de Le Conquet ya no quedaba nada libre. En la habitación encontrará un kit con cepillo de dientes y demás.

Formidable. Nolwenn era formidable.

—Gracias.

—Ya me lo había figurado.

—Mañana voy a ir primero a la isla. Puede que Le Ber requiera su ayuda. Hay un asunto con un laboratorio de París y necesitamos la información con urgencia. —No es que no se fiara de la labor de Le Ber, pero Nolwenn sabía obrar milagros.

—Ya hemos hablado por teléfono.

—Yo...

Se sentía rendido. Totalmente hecho polvo.

—Necesita descansar, señor comisario. Todos lo necesitamos.

—Sí.

Una admisión poco habitual.

—Hasta mañana a primera hora.

Nolwenn ya había colgado.

Era fabuloso. El lugar, el hotel, la habitación. Incluso aunque Dupin se percatara de ello a través de un velo de absoluto cansancio.

El Château de Sable se encontraba en medio de un tosco paisaje de dunas, de arena cubierta por la capa verde de vegetación que imperaba en todas partes y donde se alternaban formaciones rocosas escarpadas. Parecía como si la tierra se hubiera abierto. Una gran terraza de madera orientada hacia el Atlántico. A derecha e izquierda, dos salientes terrestres escarpados abrazaban las aguas mansas, creando una bahía de líneas suaves. La excursión de la comisaría les había llevado también a Porspoder, aunque la

visita fue muy breve, lo justo para visitar Route Mandarine, una tienda propiedad de una amiga de Nolwenn que elaboraba magníficos jabones naturales a partir de los aromas de la tierra, las plantas, las algas y el mar. Dupin, muy dado a excederse en esas ocasiones, había comprado un lote completo para Claire. Los jabones tenían nombres poéticos, como Ciel d'orage sur Ouessant, Avis de Tempête o Envie d'ailleurs. Había uno que se llamaba como su canción favorita de Serge Gainsbourg, *Sous le soleil exactement*.

Dupin abrió la gran puerta que daba a la terraza y salió al exterior. Quería volver a aspirar ese aire fantástico y tal vez conseguir al menos un instante de calma interior después de aquel día.

A continuación se acostaría. Y se dormiría de inmediato. La cama era prometedora.

Aunque débil, el cielo brillaba aún al oeste. Eran las últimas luces. Un brillo oscuro, de color azul negruzco, sin ser negro todavía. El mar, en cambio, era infinitamente más luminoso que el cielo, a pesar de que tal cosa no pareciera posible. Dupin ya había visto ese fenómeno en alguna otra ocasión en los últimos años, aunque nunca de un modo tan acusado como ese día. El agua de la bahía brillaba, refulgía. Y la luz procedía claramente de su interior. Como si las aguas en sí mismas fueran una fuente de luz. Como si hubieran acumulado la luminosidad del día. El brillo y el fulgor eran centelleantes. Con un color entre ocre y plata, metálico; un color extraterrestre. Una mágica superficie lisa, sin encrespamientos, sin olas.

La luz parecía cada vez más intensa. Dupin tuvo la chocante sensación de que se había alterado el orden elemental de las cosas: el cielo ya no iluminaba el mar, sino que era el mar el que iluminaba el cielo. El cielo, y todo el mundo. Aquella peculiar sensación le provocó pensamientos e imágenes extrañas. Recuerdos del primer trayecto en barca del día, sorprendentemente

remotos, desplazados; evocaciones de las sombras profundas de Île Tristan; imágenes de las siete sepulturas. Tenía que ir con cuidado de no perderse. Se agarró con las dos manos a la barandilla de la terraza.

De pronto oyó un ruido.

Se sobresaltó. Al principio se sintió aliviado, porque ese estallido había ahuyentado las extrañas imágenes de su cabeza.

El ruido venía de lo alto. De muy arriba, en algún punto situado delante de él. Era una especie de trueno, que retumbaba y luego crecía con fuerza.

Dupin levantó la cabeza y escrutó el firmamento.

El ruido se hizo más y más fuerte, cada vez más amenazador. Parecía venir de todas partes y lastimaba los oídos. Intentó vislumbrar un avión. Tal vez unas luces de posición, una estela de condensación. Nada.

De repente, el estallido se oyó claramente a sus espaldas. Estuvo a punto de girarse con un respingo, pero se obligó a hacerlo con una especial lentitud. Ahí tampoco había nada. Durante unos instantes el ruido disminuyó. No. No se lo estaba imaginando. El ruido era menor. Luego aumentó. Volvió a retumbar por todas partes. Era un ruido extraño: técnico, artificial, y a la vez completamente natural. Recordaba el de las tormentas o el de un volcán procedente de las profundidades de la tierra.

El extraño cambio de emplazamiento y las oscilaciones del sonido se repitieron. Luego, del mismo modo repentino en que había surgido, finalizó.

Dupin se quedó quieto un momento.

Se sacudió con fuerza. Se pasó la mano por el pelo.

¿Qué había sido aquello? ¿Acaso su agotamiento le provocaba delirios? ¿Sus sentidos le estaban jugando una mala jugada?

Se dio la vuelta, regresó al dormitorio y se desplomó sobre la cama. Se quitó los zapatos con dificultad. Ni siquiera era capaz de generar un solo pensamiento claro.

El segundo día

Otra vez el teléfono de Dupin había sonado a deshora y lo había arrancado del sueño. Uno especialmente intranquilo y confuso. Cierto que por la noche había caído rendido, pero poco después se había despertado sobresaltado para luego quedar sumido en un duermevela de ideas desordenadas y, al final, volver a recuperar el descanso. Poco antes de la llamada de Labat, a las 5.07, había sucumbido a un sueño más profundo, que apenas había durado media hora.

—¿Y no podríamos —balbuceó—, quiero decir, no tenemos ninguna posibilidad de seguir el rastro del correo electrónico para saber quién es el remitente?

—Por el momento, eso no es posible. Hemos enviado el mensaje a los expertos de Rennes.

—¿Dice usted la caseta de jardín de Gochat? ¿Tenemos que registrar la caseta de jardín de la directora del puerto?

Dupin estaba sentado en la cama, con la espalda apoyada en el cabezal; adoptar esa posición le había costado un gran esfuerzo. Aún no estaba en condiciones de demostrar su malhumor.

—Eso es. —En la voz de Labat se adivinaba ya una cierta desesperación—. Solo pone una frase: «Registre la caseta de jardín de Gaétane Gochat». Ni asunto ni remitente. Nada.

—¿Y no hay ninguna pista de lo que podemos encontrar allí?

—Solo pone eso.

Labat ya había repetido aquello varias veces.

—Debemos empezar la operación de inmediato. —La voz del inspector desprendía una energía insufrible—. En una hora estaré ahí. ¿Dónde está usted, por cierto?

—En Porspoder.

—¿Y qué hace en Porspoder?

Dupin ignoró la pregunta.

—Tal vez sea una broma. De algún idiota con ganas de divertirse. O del propio asesino, quizá con la intención de desviar la atención o crear confusión sembrando pistas falsas.

—Esto podría resolver el asunto al instante.

Tal vez.

—Y poner fin a la serie de asesinatos.

A Labat le encantaba cargar las tintas. Pero era cierto. No podía descartarse que esas acciones funestas prosiguieran.

—De acuerdo. Registraremos la caseta.

—Tendrá que ocuparse de la orden de registro, señor comisario.

—Peligro inminente —musitó Dupin.

Aunque era siempre una cuestión delicada que a menudo le había acarreado problemas, los cuales, por otra parte, le traían sin cuidado, el principio fundamental era que mejor tener disgustos en el futuro que no actuar a tiempo ahora. En un caso de emergencia, un fiscal, o incluso un comisario, podían ordenar un registro si demostraba que para ello se habían dirigido antes a un juez. Nolwenn se encargaría de eso.

—Me pondré en marcha de inmediato. —Labat estaba en modo dinámico—. Nos encontraremos en el lugar. Pediré refuerzos a Douarnenez, vamos a

necesitar a algunos colegas.

Dupin no tuvo que pensárselo mucho.

—Usted se encargará de todo, Labat. —Se apresuró a añadir—: Es decir, queda usted nombrado responsable de esta importante operación, inspector.

Se produjo un breve silencio. Dupin notó cómo Labat se debatía entre el impulso de protestar ante la ausencia del comisario, porque quitaba relevancia a la acción, y el orgullo de ser designado responsable de una operación que podía ser decisiva.

—Bien. —El orgullo se impuso—. Le tendré al corriente de todo.

—Hágalo, Labat. —Y colgó.

No es que ese correo electrónico anónimo careciera de importancia. En absoluto. Era solo que los planes que se había hecho inicialmente para esa mañana le parecían más adecuados.

Dupin siguió sentado en la cama.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que le dolía la cabeza, detrás de la frente, en los ojos. Odiaba esa sensación. Se sentía por completo molido. Una perspectiva magnífica para otra jornada agotadora.

En cuanto al correo electrónico, ¿qué podía significar y quién lo había enviado? Evidentemente, no era descabellado sospechar de Morin. Llevaba una investigación por su cuenta.

Miró la hora. Las 5.15.

Lo importante ahora era averiguar dónde tomar un café a una hora tan temprana.

Se desperezó y se levantó.

Dupin albergaba una esperanza y esta, aunque solo en parte, se cumplió. El pequeño puerto de pesca de Le Conquet, donde se había reunido la noche

anterior con el capitán Vaillant. Y donde además Goulch lo recogería para acompañarlo a la isla. Seguramente allí los pescadores también estarían despiertos desde primera hora de la mañana para salir a faenar. Y necesitarían tomarse un café. Y así era, en efecto, salvo por que no había un puesto de café, sino una simple máquina expendedora. Pero mejor eso que nada.

Era tan temprano que no había visto a nadie en el hotel; Dupin se duchó a toda prisa y luego se marchó; había dejado sus datos a la llegada, por la noche. Llamó a Nolwenn antes de salir de la habitación; esta, rebosante de energía, estaba, cómo no, al tanto de todo, tenía noticia del correo electrónico anónimo y ya había avisado a Goulch. En ese momento se disponía a presentar la solicitud de un registro ante el juez.

Dupin, pertrechado con dos vasos de plástico marrón con un expreso doble en cada uno, había descubierto un banco situado cerca de la lonja de pescado, junto al agua. El café sabía a plástico, pero estaba caliente y le proporcionaría la cafeína que necesitaba.

Hacía rato que había empezado a clarear; no faltaba mucho para que amaneciera. La marea estaba peligrosamente alta, apenas diez o quince centímetros y el agua inundaría el muelle. Antoine Manet había hablado de un coeficiente 116. Eso era muchísimo. El máximo era 120; solo un eclipse solar completo hacía subir tanto las aguas, un fenómeno que solo se producía tres veces a lo largo de un siglo.

En la pequeña lonja, que estaba abierta al puerto, reinaba mucha actividad. Pescadores vestidos en diferentes combinaciones de amarillo; cajas de plástico de distintos colores distribuidas por el suelo; en la parte posterior de la sala se veía una gran pileta de agua, que Dupin supuso que era para los cangrejos, los centollos y los bogavantes. Tres coloridas barcas pesqueras de bajura parecían estar preparándose para zarpar; los pesados motores diésel ya estaban en marcha.

Durante la noche la temperatura había seguido siendo desacostumbradamente templada; el aire era húmedo y olía a sal y a yodo con especial intensidad.

Dupin se esforzaba por mantener la mente clara, por reflexionar. Con poco éxito.

Cuando, veinte minutos después, la embarcación de Goulch llegó al puerto, él había estado a punto de quedarse dormido en el banco. Solo le hizo efecto el tercer café doble que se tomó entonces.

El comisario recorrió mecánicamente el dique hasta llegar a su extremo. El nivel del agua hacía innecesarias las rampas de cemento.

Goulch también estaba cansado; a Dupin le gustó encontrarse a esas horas con otra persona igual de agotada. Recibió al comisario con un saludo breve.

Pronto la barca había salido del puerto y, al poco tiempo, abandonaban la última protección que les ofrecía la península situada delante.

Goulch aceleró.

Lo único bueno de aquello fue el intenso viento en contra, cuyo efecto resultó ser más vivificador que los seis cafés que se había tomado. Dupin, como siempre, se había sentado en la popa. Los jóvenes agentes de la tripulación de Goulch lo conocían y lo dejaron en paz.

En dirección oeste y noroeste, y hasta donde alcanzaba la vista, se extendía toda una serie de islas de playas blancas y lagunas extensas. Île Molène, la segunda en tamaño, se veía claramente, con Île Ouessant detrás. Los altos acantilados situados en el extremo este de la isla y el majestuoso faro cerca del cual vivían Vaillant y sus hombres. Pese a la marea, además de las islas de mayor tamaño, que apenas distaban unos cuantos metros entre ellas, asomaban numerosos islotes y rocas. Allí debían de estar las colonias de focas de las que hablaban con deleite Nolwenn y Le Ber y que aparecían en muchas postales. Dupin se iba recobrando poco a poco: el panorama era

impresionante. Ahí se veía y sentía hasta qué punto el mar de Iroise estaba casi rodeado de tierra. Recluido, protegido. El ambiente era apacible. Suave como la brisa. Las aguas, como un espejo, brillaban en color azul plateado bajo las primeras luces del sol. El barco se deslizaba suavemente y en línea recta y no había ni asomo de olas u oleaje. Era casi como un planeo. El mar apacible y sosegado de esa zona no asustaba a Dupin.

Llevaba un rato casi inmóvil cuando el tono penetrante de su teléfono le sacó de su ensimismamiento. Había dado por hecho que, como casi siempre, allí no habría cobertura. El indicador mostraba las cinco barras. El número era el de Le Ber.

—Jefe, ayer por la noche intenté hablar con usted, pero no contestó.

Por la mañana Dupin no había visto ningún aviso de llamada perdida en el móvil, aunque, de todos modos, a esas horas estaba medio dormido.

El inspector hizo una pausa innecesaria.

—Siga, Le Ber.

—Los expertos de Rennes han estado analizando las cuentas y los extractos bancarios de las tres víctimas. El día dos de junio de ese año hubo una transferencia de diez mil euros de Laetitia Darot a Luc Jumeau. Los dos tenían una cuenta en el Crédit Agricole de Douarnenez.

Resultaba difícil entender lo que Le Ber decía con el viento en contra y el ruido de los motores.

—¿Qué referencia se indicó?

—Nada. La casilla de motivo de la transferencia está vacía.

Jumeau no había dicho nada de eso, lo que no era precisamente algo inteligente, aunque no tuviera la menor importancia. Debería haber sabido que, más pronto o más tarde, saldría a la luz.

—Estoy de camino a Île-de-Sein.

—Lo sé.

—Hablaré en persona con Jumeau.

Otra novedad inesperada a primera hora de la mañana.

—Ya debe de estar faenando.

—Póngase en contacto con él, que vuelva.

—De acuerdo, jefe.

—¿Tenemos ya la lista de llamadas de teléfono de las víctimas? ¿Cómo va lo de las cuentas de correo electrónico?

—Los expertos están trabajando en ello. Es complicado...

—Que nos informen de inmediato en cuanto logren acceder a ellas.

—Lo harán.

Dupin miró la hora.

—Estaremos allí sobre las siete y cuarto. ¿Puede avisar usted a la madre del chico?

—Ahora mismo, jefe. —Le Ber se esforzó en vano por adoptar un tono de voz inocente—. Por cierto, ¿qué tal ha dormido? ¿Se encuentra bien esta mañana?

Dupin se limitó a colgar.

Se preguntó cuál podía ser el período de incubación de la maldición según Le Ber, por llamarlo de alguna forma. ¿Cuánto tiempo, como máximo, duraría eso?

Luego pasó a centrarse en la novedad. Diez mil euros era una suma respetable. Tenía ganas de oír la explicación de Jumeau.

El registro en la casa de Gochat tenía que estar a punto de empezar; Labat llegaría a Douarnenez en breve. Dupin notó que aquello le tenía algo intranquilo. Marcó el número de su inspector.

—¿Dónde está usted, Labat?

De fondo se oía un motor a toda velocidad.

—En diez minutos estoy ahí. Ya hay cuatro compañeros de Douarnenez en

la calle donde vive Gochat, pero me esperan. —La voz le vibraba.

Sin duda habría un altercado. Dupin se imaginó a Gochat abriendo la puerta y al grupo de agentes entrando en la vivienda a pesar de las airadas protestas de la directora del puerto.

—Infórmeme de todo, ¿me oye? Y no monte ningún número.

Una orden inútil.

—Me comportaré tal como la situación lo requiera.

Dupin se metió el móvil en el bolsillo de sus vaqueros.

Recorrió con la mirada las aguas refulgentes.

—Hola, jefe.

Le Ber les había dado la bienvenida en el dique, donde el día anterior los había recibido la directora del museo. Parecía que habían transcurrido varios días de aquello.

—¿Qué tal el trayecto?

Esta vez, el inspector parecía sinceramente interesado. Dupin, por si acaso, no respondió a la pregunta.

—¿Cuándo veré al muchacho?

—A las siete y media. Junto a los cobertizos de Darot y Kerkrom.

En veinte minutos, por lo tanto.

—Muy bien —murmuró Dupin.

Esto significaba que aún tenía tiempo.

—Ha llegado muy rápido —añadió Le Ber asintiendo.

En efecto, habían navegado a toda velocidad. Las aguas habían permanecido tranquilas; incluso en el último tramo «abierto» el mar parecía inerte y denso. Los bretones decían entonces que las aguas eran «como una balsa de aceite», y ciertamente era una buena imagen. En esos días uno

podría jurar que en realidad no había agua.

En la isla tampoco corría la brisa y la temperatura era cálida y húmeda. El olor de mar seguía siendo intenso. Dupin había aprendido que el mar olía de forma distinta cada día, y eso no solo hacía referencia a la intensidad, sino, por usar una expresión bretona, al «aroma marino». Podía ser intenso y pesado, como ese día, o ligero y sutil; y oscilar entre salado, amargo, dulce y suave; en resumen, toda la gama. Los bretones describían los aromas marinos como perfumes con tonos olfativos complejos. Hoy predominaban las algas marinas.

—Jumeau llegará pronto. Ha aceptado sin rechistar.

Dupin ya se lo imaginaba.

—Perfecto.

Avanzó con paso decidido y dejó atrás a Le Ber, pero al cabo de unos metros, se volvió de nuevo y le dijo:

—Acompáñeme, Le Ber.

Cinco minutos más tarde estaban sentados en la terraza de Le Tatoon y, por primera vez en ese día, el comisario casi se sintió de buen humor. En el muelle sur se sentía como en casa; en él esa sensación no dependía del número de visitas, sino de una sola cosa: su relación interior con el sitio.

Había ya bastantes isleños despiertos. La isla se preparaba para un nuevo día, un momento que a Dupin le gustaba mucho, como por las mañanas en el Amiral, en Concarneau, donde, salvo escasas excepciones, empezaba su rutina diaria. Una anciana de cabello blanco brillante, zuecos y delantal azul avanzaba por el muelle con dos *baguettes* en la mano; un hombre un poco entrado en años, tocado con una gorra algo deslucida y pantalón ancho, tiraba de una carretilla repleta de madera. Un joven desenvuelto en vaqueros y camiseta silbaba montado en una bicicleta oxidada y demasiado pequeña para él. En algún lugar de la isla se oyó un solo golpe, aunque sordo. Al igual que

el resto de los sonidos se perdió en la nada, se extinguió, como si de repente no hubiera atmósfera que transmitiera el sonido.

Aquella era una maravillosa jornada atlántica, uno de esos días de colores puros y brillantes que siempre embriagaban un poco a Dupin. Todos los tonos eran intensos, penetrantes, profusos. Brillantes y majestuosos. Una auténtica exaltación de los colores.

El comisario escogió el lugar al sol más bello de la terraza, en la parte más adelantada junto al muelle; Le Ber se había sentado a su lado en lugar de enfrente y disfrutaba también del sol.

—¿Ha oído alguna otra cosa sobre la relación de Darot y el profesor? — preguntó para iniciar la conversación.

—No. Nadie sabía nada. Manet ha convertido esa pregunta en tema de conversación en la isla.

Dupin entendió de inmediato lo que el inspector quería decir.

—Pero nadie sabía nada al respecto.

Habría sido demasiado bonito.

—Sin embargo, hemos localizado al hombre mayor del Citroën C2, el que visitaba al profesor Lapointe una vez al mes. Es un catedrático de literatura jubilado. Se conocieron por casualidad hace tres años en el quiosco de prensa de Crozon. Y se volcaron juntos en los clásicos, sobre todo Maupassant. Los colegas lo han comprobado todo. Está completamente descartado como sospechoso.

—¿Alguna novedad de los de la científica? ¿Qué hay de la lista de libros?

—En la casa no hay nada destacable. Y la lista ya está hecha.

—¿Y bien?

—Mucho Maupassant. Clásicos, sobre todo. Muchas obras sobre esta región. Historia, cultura, flora, fauna, lo que quiera. Pero ni un solo libro de virología u otras ciencias naturales, ningún libro o revista especializados.

Aquí tiene la lista.

Le Ber le pasó a Dupin su smartphone.

El comisario examinó la lista. En principio no se podía inferir nada concluyente de ella.

En el local estaba la misma camarera simpática del día anterior. Dupin había pedido dos cafés, acompañados de dos napolitanas de chocolate; Le Ber, un café y dos cruasanes. Lo depositó todo en la mesa ante ellos con una sonrisa encantadora.

Aquello le reconfortó. Además, estaba delicioso. El café fuerte, un *torré* auténtico, eliminó el regusto amargo con sabor a plástico de antes.

Aquel día Francia, la tierra firme, se distinguía a la perfección, con la punta de Raz, los elevados acantilados de granito, tan poderosos e inhóspitos; curiosamente, a pesar de que apenas corría el aire, la vista era de primera categoría. De todos modos, aquello parecía muy alejado. Ese era el primer efecto que la isla causaba al llegar: la sensación de encontrarse lejos de todo. Mucho más de los nueve kilómetros que había en realidad.

A pesar de la multitud de temas que tenían que tratar, tras el primer sorbo interrumpieron la conversación de mutuo acuerdo. De lo contrario, no habrían podido disfrutar del café y la hermosa panorámica.

Por desgracia, el sonido del móvil de Dupin rompió aquella calma tan agradable.

Labat.

—¿Sí?

—La señora Gochat quiere hablar personalmente con usted —berreó Labat—. Le hemos solicitado de manera oficial el registro de su caseta de jardín. —Sin duda Gochat debía estar cerca de Labat; a fin de cuentas, ella era la auténtica destinataria de esas palabras—. No ha aceptado el requerimiento policial. De todos modos, nosotros accederemos a sus órdenes.

Dupin vaciló.

—Pásemela.

Tenía que hacerlo. No había otra opción.

—¿Tendría usted la gentileza de explicarme qué pretende con todo eso? — El tono de la directora del puerto era cortante, sarcástico. Le costaba mucho contenerse—. Acabo de informar a mi abogado, que interpondrá de inmediato una demanda. Esto es un allanamiento de morada.

Dupin ya contaba con que esa operación levantaría ampollas.

—Disponemos de un indicio importante que apunta a que usted oculta algo de gran interés en su caseta de jardín. No tengo otra opción, señora Gochat. —La entonación fría de Dupin no llevaba implícita disculpa alguna.

—¿Tiene usted una orden de registro?

—El juez está informado. —O, si no, pronto lo estaría—. Eso permite ordenar el registro. Algo que hago ahora mismo de forma oficial. No se preocupe, señora Gochat, todo esto sigue su cauce legal. Su abogado se lo confirmará. Por cierto, ahora que hablamos, ¿tiene algo que declarar? Piénselo bien. Si tiene algo que decir, es mejor para usted hacerlo ahora y no más tarde.

—No tengo nada que decirle a usted ni ahora ni más tarde.

Dicho esto, colgó.

Él esperaba una reacción todavía peor.

Le Ber lo miraba con gran curiosidad.

Dupin se reclinó y se comió el último bocado de la segunda napolitana.

—La señora Gochat no está muy contenta.

Dupin se levantó mientras aún masticaba.

—Tengo que ver al chico. Avíseme en cuanto sepa algo de la empresa de París.

Dejó un billete en la mesa, abandonó la terraza y se dirigió por el muelle

sur en dirección a los cobertizos.

Al cabo de unos metros sacó de nuevo el móvil

Pensó que tal vez sería bueno asegurarse.

—¿Nolwenn? —Y sin esperar, prosiguió—: ¿Tenemos el beneplácito para el registro de la casa de la señora Gochat?

—Está al llegar. Doy por hecho que el juez Erdeven no nos dará problemas. He hablado a fondo con su secretaria, que lo tiene bien dominado. Me ha dicho que será una pura formalidad.

—Muy bien. Eso es todo por el momento.

—¿Ha llamado usted a su madre?

—Lo haré ahora mismo.

—No pienso responder a ninguna otra llamada suya.

—Lo entiendo.

—Ah, otra cosa importante más: acabo de hablar con los de aduanas. Con distintas personas. Lo de la historia de la embarcación hundida es un asunto complicado. Me han...

—Entonces ¿no es un rumor? —le interrumpió Dupin. Tal vez su instinto se mantenía más o menos intacto.

—La historia se remonta a un capitán de barco que ya está retirado. A un informe que hizo, fechado el 23 de mayo de 2012. La policía de aduanas sospechaba entonces que el contrabando de cigarrillos se realizaba por vía marítima y, por consiguiente, reforzó los controles. El capitán declaró que, al atardecer, un día que hacía mal tiempo y la mar estaba agitada, avistaron un pesquero, un *bolincheur*. Se encontraba en la entrada de la bahía de Douarnenez. Ese día habían salido muy pocos pescadores. El capitán declaró haber distinguido los colores propios de la flota de Morin: celeste, naranja y verde. Otro miembro de su tripulación afirmó lo mismo y dos más no pudieron confirmarlo. Al capitán aquello le pareció sospechoso e intentó

aproximarse al *bolincheur*. Pero cuando lo hizo, el pesquero apagó todas las luces y partió a toda prisa. Lo siguieron durante veinte minutos con el radar, con una función de rastreo hasta que, de pronto, desapareció. Se dice...

—¿Dónde lo perdieron? ¿Cuál fue su última posición conocida?

—Detrás de la entrada de la bahía, en la cara norte, por donde baja la punta de la península de Crozon, en el cabo Rostudel.

Dupin se detuvo en seco.

—Es decir, más o menos donde se vio a Kerkrom en su barca. A las dos mujeres.

—Según lo entiendo yo, un poco más al sur.

Dupin no quiso ir más allá en esa cuestión.

—Así pues, según el capitán, tras una búsqueda infructuosa llegó a la conclusión de que la tripulación había hundido la embarcación.

—Eso es. Y que los hombres llegaron a tierra con una lancha. La meteorología empeoró todavía más y eso también podría explicar por qué perdieron el pesquero. Esto es lo que ponía en un informe acerca de esa declaración. Pero también es posible que el *bolincheur* se escondiera en la bahía. En vista de las circunstancias meteorológicas, el capitán no pudo registrar la zona de forma sistemática.

—¿En los días siguientes se emprendieron labores de búsqueda del pesquero?

—Durante dos días. Pero fueron infructuosas. A fin de cuentas, no sabían cuál era la última posición exacta. Así que se suspendió la búsqueda. Además, al poco surgió la noticia de que las posibles rutas de contrabando a través del mar habían dejado de tener importancia. Se habían descubierto enormes cantidades de cigarrillos metidas en camiones frigoríficos que circulaban por el túnel del canal. Las cajetillas estaban ocultas dentro de animales sacrificados y congelados.

—¿Había algún indicio de que hubieran hundido el pesquero expresamente, aparte de las sospechas del capitán? ¿Alguna cosa concreta?

—No. Exceptuando el extraño comportamiento de la embarcación no hubo ninguna otra sospecha.

Dupin reflexionó.

—El capitán estaba convencido de que había sido un ardid, que llevaban a bordo grandes cantidades de cigarrillos de contrabando.

—¿Cómo se llamaba el capitán?

—Marcel Deschamps. Le enviaré el número de teléfono al móvil. Está retirado de la policía de aduanas.

—Bien.

—Hasta luego, señor comisario.

Dupin reemprendió la marcha.

El comisario llegó a los cobertizos sumido en sus pensamientos. Había supuesto que se encontraría también con la madre del muchacho, pero Anthony estaba solo frente al pequeño almacén de Darot, cuyo acceso ahora estaba cerrado por la cinta policial. Parecía llevar un buen rato esperando. De nuevo llevaba los vaqueros sucios con los bolsillos repletos y una camiseta verde limpia.

—Le he visto llegar con la lancha de la policía. —El chico sonrió con orgullo—. Le he estado observando.

Ni asomo de inquietud. Hablaba con tranquilidad.

—¿Todo ese rato? ¿Desde que he llegado a tierra?

—Usted y el inspector han ido directamente del dique a Le Tatoon. Usted ha tomado dos cafés y dos napolitanas de chocolate. Ha estado charlando con el inspector y ha hablado varias veces por teléfono. No ha dejado de pasarse

la mano por el pelo. Ha sido divertido.

Admirable. Dupin no se había percatado de la presencia de Anthony y eso que, considerando los detalles que había visto, el chico debía de haber estado bastante cerca.

—Vaya. Tú serías un espía de primera. ¿Has venido solo?

—Mi madre me ha pedido que le diga que no puede acompañarme. Tengo hermanos pequeños —dijo poniendo los ojos en blanco.

—Mi inspector me ha contado que también te dedicas a observar a los pescadores cuando se hacen a la mar y después de regresar. Y también cuando trabajan en el puerto.

—A veces los ayudo.

—¿Con las capturas?

—Con todo: a bajar la pesca a tierra, a ordenar las redes, a clasificar el pescado...

—¿Le iba bien la pesca a Céline Kerkrom en los últimos tiempos?

—No le iba mal. Pero solo traía pescado aquí de vez en cuando; la mayoría lo vendía en Douarnenez. —Miró a Dupin de hito en hito—. ¿Por qué?

—Por saberlo. Tú dijiste que últimamente salía a pescar más a menudo que antes.

—Oiga, esto son auténticas preguntas de policía, ¿verdad?

—Muy auténticas.

—Sí. Salía más a menudo.

—¿Y alguien más lo hacía? ¿Hubo algún otro pescador que saliera más de lo habitual? ¿Jumeau tal vez?

—No. Los demás hacían lo de siempre.

—¿Cuándo ayudaste a Céline Kerkrom por última vez?

—La semana pasada. Pero no sé decir qué día era.

—¿Hablabas con ella cuando la ayudabas?

—Oh, sí. Me hablaba del mar y de sus salidas. Conocía historias fantásticas.

—¿Qué tipo de historias?

—De lugares secretos.

Dupin aguzó el oído.

—¿Lugares secretos?

—Donde se pescan las mejores piezas.

—¿Y te dijo dónde estaban?

A unos metros, junto al agua, había un banco de grandes maderos sostenidos por soportes de cemento. Dupin se acercó hacia allí y el muchacho lo siguió.

—Sí, pero no pienso contarle dónde están.

Anthony se sentó junto a Dupin.

—Bueno, entonces dime más o menos dónde. ¿En qué zona?

—Tal vez —respondió, haciéndose el interesante—, puede que fuera cerca de la Bruja.

A Dupin le llevó un momento entenderlo.

—¿Quieres decir el faro?

El muchacho lo miró sin comprenderlo.

—¿Qué si no? El faro Ar Groac'h.

La mañana del día anterior lo había visto en el trayecto hacia la isla. Si Dupin lo había entendido bien, ese faro de nombre tan sonoro no se encontraba en la Chaussée de Sein, sino un poco más allá, hacia el norte. Es decir, casi en la entrada de la bahía de Douarnenez.

—¿Hay allí un lugar secreto?

—Allí hay cavernas submarinas y corrientes muy fuertes. Y enormes bandadas de peces pequeños. Por eso allí se encuentran las lubinas y los abadejos más grandes, de más de un metro. Bajo la superficie del agua

primero hay muchas algas y por eso nadie pesca ahí. Sin embargo, si utilizas un plomo pesado, llegas abajo y los pescas. —El muchacho tenía los ojos brillantes—. Solo es cuestión de saberlo.

Anthony dirigió una mirada triunfante al comisario.

—¿Cuánto tiempo llevaba yendo a ese lugar? ¿Lo sabes?

—Me parece que empezó este año. Pero me contó que había ido en otras ocasiones.

—¿Hay más lugares secretos como ese dentro de la bahía de Douarnenez? ¿Alguno al que fuera más a menudo últimamente?

—Ahí no hay ningún lugar secreto para pescar.

Un dato claro.

—Y, aparte de los mejores sitios de pesca, ¿te parece que iba a algún lugar de la bahía por otros motivos?

—No lo creo. No me dijo nada de eso.

—¿Estás seguro?

El muchacho miró fijamente a Dupin.

—Esto es importante, ¿verdad?

—Mucho.

—No conozco ningún otro motivo —respondió Anthony finalmente. Era incapaz de disimular su decepción: le hubiera encantado tener algo decisivo de lo que informar.

—¿Y qué hay de Laetitia? ¿También la observabas?

—A veces. No muy a menudo. Yo nunca sabía cuándo zarparía. Ni cuándo regresaría. Siempre era distinto. Pero ella era muy agradable. De vez en cuando me contaba historias de delfines.

—¿Qué tipo de historias?

—Me hablaba de su delfín favorito. Una hembra. Darius. El año pasado tuvo dos crías. Me habló de la comida que Darius daba a sus hijos. Y cómo

les enseñaba los mejores lugares para cazar. El delfín también tenía lugares secretos, como Céline.

—¿Y alguna otra historia?

—Sobre cómo los delfines ayudan a las personas. El año pasado, un nadador de larga distancia fue atacado por un tiburón blanco. Entonces aparecieron doce delfines, formaron un círculo alrededor y lo acompañaron durante veinte kilómetros. Y la historia de un niño que se cayó por la borda durante una tormenta y que un delfín llevó a tierra. Ese delfín se llamaba Filippo. Pero también piden ayuda. Saben quiénes somos. Hace poco, un delfín se enredó con un sedal porque se le había clavado el anzuelo en la aleta. Entonces se acercó a dos submarinistas y les llamó la atención sobre el sedal. Cuando los submarinistas lo liberaron, se lo agradeció dándoles una palmadita con la aleta. —De pronto, Anthony adoptó una actitud seria—. Si no me cree, se lo puedo demostrar, porque está grabado.

—Tienes toda mi confianza.

Pareció satisfecho con la respuesta de Dupin.

—¿Te habló también de los delfines muertos?

—Sí. Es terrible. —La cara del niño mostraba una profunda aflicción.

—¿Dijo algo al respecto? ¿Si había alguien responsable de la muerte de los delfines?

—Dijo que era culpa de los grandes pesqueros y de las flotas. Pero eso lo sabe todo el mundo.

—¿Te habló de ese pescador a gran escala, Morin? ¿Charles Morin?

—No.

Un no rotundo.

Dupin suspiró. Aquel muchacho era fantástico, pero la charla no le estaba proporcionando ninguna novedad.

—Una vez, Jumeau sacó una gran bola de cañón del fondo del mar.

Antoine dice que es del siglo XVII o del XVIII. Es posible que fuera de un barco de piratas auténtico. Por aquí había muchos piratas. —El muchacho miró con atención al comisario—. Ahora está en la cámara del tesoro del museo. Allí hay también varias monedas auténticas; la señora Coquil cree que algunas son de plata, aunque están totalmente cubiertas de caliza. ¿Ha estado alguna vez en el museo?

—No, todavía no.

—¿Tiene usted que ver la cámara del tesoro! La señora Coquil me ha nombrado encargado especial de la cámara del tesoro del museo. Yo siempre llevo allí lo que encuentran los pescadores. La última vez...

El teléfono.

Labat de nuevo.

Dupin temió lo peor.

—¿Sí?

—Comisario, tenemos el arma del crimen.

Pese al empeño de Labat por adoptar un tono dramático, sus palabras resultaron más bien cómicas. Por un momento permaneció en silencio. Dupin se puso de pie de un salto.

—¡Repita eso!

—Un cuchillo de pescador, el modelo estándar negro que se puede encontrar en cualquier puerto bretón. Filo de ocho centímetros, largo total de 19,4 centímetros, acero inoxidable, empuñadura de plástico duro. Se trata...

—¿Cómo sabe usted que es el arma del crimen?

—En él se aprecian rastros de sangre. En la hoja y en el mango.

—¿Dónde lo han encontrado?

A Dupin le acudían a la cabeza las preguntas más variopintas. Recorrió algunos metros mientras hablaba.

—El cuchillo estaba escondido detrás de un tablón de madera. Lo he

encontrado yo. De hecho, era fácil que pasara desapercibido. Ha sido cuando yo...

—Quiero... —Dupin se interrumpió.

Miró al chico, que continuaba sentado en el banco mirándolo con los ojos como platos. Lo había oído todo.

—Lo siento, tengo que marcharme, Anthony.

El muchacho asintió. No parecía afligido; al contrario, en realidad parecía fascinado ante esa repentina agitación.

—¿Comisario? ¿Sigue usted ahí? —Labat parecía ofendido.

Dupin corría hacia el muelle.

—Que los forenses analicen el cuchillo tan rápido como sea posible. Quiero estar seguro de que se trata realmente de la sangre de una de las víctimas. Y que averigüen si hay otras señales en el arma. ¡Que dejen todo lo demás que estén haciendo!

—Entendido.

—¿Ha interrogado a la señora Gochat sobre ese hallazgo?

—Ella afirma que jamás había visto ese cuchillo, que no es suyo. Dice que lleva viviendo en esa casa desde hace apenas dos años y que aún no se había dedicado a fondo a la caseta. —Labat adoptó cierto tono burlón—. Según parece, las estanterías ya estaban montadas. Además dice que esa caseta nunca está cerrada con llave y que está oculta por dos árboles grandes.

—Vamos a tener que detenerla de forma provisional —murmuró Dupin, sumido en sus pensamientos—. Acompáñela a Quimper, Labat.

—Lo que le estaba diciendo antes es que, de hecho, era imposible ver el cuchillo, estaba perfectamente escondido, lo he documentado todo con fotografías...

Dupin colgó.

De forma intuitiva se había encaminado hacia el sur en busca de Le Ber.

Sin embargo, no lo encontró. El inspector no había vuelto a la terraza de Le Tatoon ni estaba tampoco en ningún otro sitio del muelle.

Ese hallazgo podía significar cualquier cosa. Ni siquiera se podía descartar que fuera un montaje.

Todo aquello era muy raro y, sobre todo, demasiado simple. Aunque ese cuchillo fuera el arma del crimen y hubiera restos de la sangre de Kerkrom, Darot o Lapointe, había varias posibilidades. Alguien podía querer incriminar a Gochat y acusarla de los crímenes. No era difícil esconder un cuchillo en una caseta de jardín, y el asesino se había arriesgado mucho más en otras ocasiones. Lo cierto es que era una jugada efectiva. Aunque no hallaran huellas de Gochat en el cuchillo, ahora ella se encontraba en una situación muy comprometida y, considerando además que había ordenado seguir a Céline Kerkrom, se veía implicada en un delito muy grave. Tal vez fuera una maniobra tosca, pero sin duda eficaz. A menos que la mujer tuviera una coartada muy sólida, la situación podía complicarse mucho para ella. Sin duda, el asesino era capaz de actuar con esa sangre fría.

La otra posibilidad era que Gochat fuera realmente la asesina, aunque no tenía ni la más remota idea de cuáles podían ser sus motivos. Quizá alguien había hecho sus propias indagaciones y, tras descubrir algo, había decidido pasarle la información a la policía. Morin.

Dupin no sabía qué pensar. De momento, su intuición permanecía muda. No tenía nada, ni siquiera una dirección hacia donde apuntar. Ni intuición, ni voz interior, ni sospecha. Fuera lo que fuese, él debía permanecer tranquilo, concentrado, seguir las pistas, no precipitarse con tantos cambios.

—¡Jefe!

Dupin se volvió.

—¡Aquí!

Le Ber salía a toda prisa de uno de esos callejones estrechos.

—Todo esto es increíble, jefe. Nolwenn ha logrado ponerse en contacto con la empresa y hablar con el químico del laboratorio. —Se detuvo justo delante de Dupin—. La prueba encargada era un análisis de fluorescencia de rayos X que se aplica, entre otras cosas, para el análisis de metales preciosos. Se basa en una compleja...

—¡Le Ber! ¡Basta ya!

—¡Es oro!

—¿Qué quiere decir con «oro»?

—El análisis de la muestra que Céline Kerkrom envió a Sci-Analyses dice que era de oro. Un oro muy puro, de casi veinticuatro quilates.

—¿Oro?

—¡Es asombroso! El hombre del laboratorio afirma que una cara de la muestra, que era una plaquita de dos centímetros y medio de largo muy fina, estaba muy sucia. Parecía desgastada y presentaba sedimentos; a primera vista no era posible adivinar que eso era oro. O Kerkrom no sabía de qué metal se trataba, o sabía que era oro y quería averiguar su calidad.

—¿Y eso qué tiene de increíble?

A él todo aquello no le parecía tan extraordinario.

—Es posible que Céline Kerkrom —dijo Le Ber subrayando todas y cada una de las sílabas y tomándose su tiempo para hablar— viera o encontrara algún objeto de oro. O tal vez fuera Darot. —Inspiró hondo—. ¡De pronto todo tendría sentido! ¡Absolutamente todo!

Dupin comprendió. Eso sería algo muy del gusto de Le Ber: un tesoro.

Pero el comisario no estaba de humor para dejarse llevar por las fantasías de su inspector:

—O tenía una medalla antigua, un brazalete o una cadena. Una herencia cuyo valor desconocía. Tal vez estuviera sopesando la posibilidad de venderlo.

La expresión de Le Ber reflejaba una profunda decepción. E incomprensión también.

—En el formulario que Kerkrom imprimió de internet y envió con la plaquita escribió «Muestra». —Le Ber no daba su brazo a torcer—. No podía ser un objeto pequeño. Dos centímetros y medio es bastante. Nadie estropea así una joya heredada. Ni encarga un análisis tan caro por una cadena.

—Pero hay otros objetos de oro: platos, copas. También esas cosas se pueden heredar. —Dupin recordó entonces la casa de su madre en París. Y se acordó de que tenía que llamarla de inmediato—. ¿Y no dijo nada sobre el origen de la muestra cuando la envió?

—No. No sabemos nada.

—Tengo que marcharme, Le Ber.

Sentía una gran desazón. Lamentaba haber interrumpido bruscamente la charla con el chico. Habían llegado a un tema en el que le hubiera gustado ahondar un poco más.

Comprobó la hora.

Podía funcionar, aunque por poco tiempo. Haría la llamada por el camino y luego esperaría al chico en la escuela.

Se encaminó en dirección al muelle norte.

—¿Señor Deschamps?

—¿Quién lo pregunta? —Una respuesta áspera.

—Georges Dupin, comisario de la policía de Concarneau.

Empleó un tono de voz amigable; a fin de cuentas, era él quien quería obtener algo de ese hombre.

—¿Y?

—Es sobre Charles Morin. Estoy investigando el caso de los tres

asesinatos.

—¿Y?

—Me interesa lo que ocurrió en mayo de 2012. Cuando usted persiguió a un pesquero sospechoso. Creía que era un *bolincheur* de la flota de...

—Olvídelo.

—¿Qué quiere decir?

—Aquello no me dio más que problemas. Como nunca antes. No tengo ganas de hablar de ello.

—¿Acaso ha cambiado de opinión? ¿Cree que entonces se equivocó?

—¿Qué quiere decir con eso?

—Le pregunto si ya no cree que el pesquero al que persiguió era uno de los de Morin. ¿Sigue convencido de que llevaba cigarrillos de contrabando a bordo y que la tripulación hundió la embarcación al verse acorralada?

Dupin acababa de pasar frente al banco en el que había estado sentado con el chico. Casi había llegado al muelle norte.

—Por supuesto que fue así. Fue exactamente así. Pero eso no le interesaba a nadie. Al contrario. De repente, me convertí en un buscapleitos. No estoy dispuesto a hablar más del asunto. Ahora llevo una pequeña destilería con mi cuñado y soy una persona feliz. Esas historias no me convienen.

Dupin simpatizó con ese hombre. Pero no quiso dejarse convencer.

—¿Tenía usted pruebas? ¿Indicios concretos?

Deschamps guardó silencio.

Luego se decidió a hablar.

—La embarcación iba mucho más rápido que nosotros. ¿Qué *bolincheur* lleva un motor así? Normalmente los pesqueros marchan a la mitad de velocidad que nosotros. Le digo yo que esas barcas están equipadas en especial para el contrabando.

—Por eso perdió su señal en el radar.

—Como ya le he dicho, no tengo ganas de hablar de ese tema.

—¿Sabe si luego alguien contó las embarcaciones de Morin? A ver, supongo que todas las barcas de su flota están registradas y que, si de pronto falta una, alguien se daría cuenta de ello.

—Le deseo al comisario parisino mucho éxito en sus pesquisas. — Deschamps habló con tono de suficiencia, pero sin enojo—. Y ahora, si me disculpa...

Antes de que Dupin pudiera decir algo, Deschamps ya había colgado.

El comisario se masajeó la sien.

Para entonces había abandonado el muelle norte. El día anterior ya le había llamado la atención un reluciente edificio de piedra pintado de blanco con un cartel que lo identificaba como la escuela primaria.

En la escalera había dos niños sentados: un chico flaco en pantalón corto y una niña menuda y despeinada que llevaba un vestido del color del mar.

Dupin supuso que Anthony no aparecería hasta el último momento, y que hasta entonces estaría dando vueltas de un lado a otro.

El comisario se mantuvo a cierta distancia, pero lo bastante cerca como para poder verlo todo.

Marcó el número de teléfono de Le Ber. El inspector era un experto en el tema de embarcaciones y pesca.

—¿Jefe?

Tal vez aquello fuera una investigación algo laboriosa, pero daba igual.

—Es sobre esa supuesta barca de contrabando de la que se dice que la tripulación la hundió hace tres años. He estado hablando con el capitán jubilado del servicio de aduanas y...

—Estoy al corriente. Nolwenn me ha informado de sus indagaciones.

En ese caso podía ir al grano.

—Si realmente la barca fue hundida, se tuvo que dar de baja. Es decir —

ordenó sus ideas mientras hablaba—, que supongo que tuvo que constatarse que en efecto había desaparecido de forma repentina.

—Por lo general, las embarcaciones se registran en distintos organismos oficiales. Pero, por supuesto, estos no controlan de manera continua si aún existen o no. Ni si están siendo utilizadas.

—Así pues, ¿es posible que esas embarcaciones existan oficialmente aunque se encuentren en el fondo del mar?

—Los pesqueros deben someterse cada cuatro años a unos controles técnicos. Una especie de ITV.

—Y podría ser que fuera ese año.

Dupin había hablado para sí mismo, sin saber muy bien a dónde quería llegar.

—¿Quiere decir si habría llamado la atención de algún otro modo?

Sí, eso era lo que había querido decir.

—No necesariamente —reflexionó Le Ber—. Morin podría haberse limitado a darla de baja. Declarándola en desguace o parada. Eso no requiere ninguna inspección oficial.

—Tenemos que averiguar si en los últimos años Morin ha dado de baja algún *bolincheur*.

Era eso.

—También podría haberla sustituido con un par de trucos.

—¿Cómo es posible eso?

—Todas las embarcaciones están identificadas con dos números que se utilizan también para registrarlas. Uno está escrito delante, en el casco; es una especie de matrícula oficial. El otro número es el del motor.

Dupin aguzó el oído.

—¿Debo entender que con esos dos números es posible identificar de forma inequívoca cualquier barca que se encontrara en el fondo del mar?

—De inmediato. Sin ninguna duda.

Se hizo un largo silencio. La mente de Dupin funcionaba a toda velocidad.

—¿Sospecha usted que Kerkrom y Darot encontraron la embarcación?

—Es posible —respondió con aire ausente.

—¿Y qué hay del profesor Philippe Lapointe? ¿Qué papel jugaba él en todo esto?

—No lo sé.

Eso le preocupaba. Pero por fin había empezado a elaborar un escenario.

—Le Ber, ¿cómo habría podido Morin hacer pasar ante los inspectores una embarcación nueva por la vieja?

—Manipulando los dos números de identificación.

—¿Cómo funciona eso exactamente?

—Es complicado, pero posible. En una serie de fabricación hay varias embarcaciones de similar estructura, solo hay que modificar los números de identificación. Tanto los del casco como los del motor. Al fin y al cabo, todo se puede manipular si hay la suficiente motivación.

Le Ber tenía razón. Esa suposición era una parte esencial de su oficio.

Dupin tenía la vista clavada en la entrada a la escuela. Los dos niños se habían levantado con desgana y habían desaparecido dentro del edificio. La clase estaba a punto de empezar.

—Le Ber, quiero que lo revise todo. ¡Pida refuerzos! —La necesidad de personal era enorme, pero ese no era su problema—. Que alguien haga una lista de todas las embarcaciones de Morin, con todos los *bolincheurs* que había registrados hace cuatro años, y luego compárenla con la lista de las registradas en la actualidad. A continuación, revíselos meticulosamente. Coteje los dos números de identificación por si se aprecian manipulaciones. Además, tenemos que averiguar si Morin ha comprado un *bolincheur* en los últimos tres años, ya sea nuevo o usado. —Parecía como si las órdenes le

salieran solas—. Al final, hemos de saber qué embarcaciones han pasado la ITV en los últimos años y cuáles no. Todas las variaciones posibles.

—Lo dispondré todo de inmediato, jefe.

Le Ber estaba completamente centrado en ese asunto.

—Bien.

—Por lo tanto —dijo Le Ber con tono vacilante—, el resumen de la historia sería el siguiente: Morin se burla de nosotros de forma intencionada. No quiere cooperar ni que la investigación avance; en realidad, lo que pretende es librarse sin escrúpulos de la gente que ha encontrado pruebas de su delito, es decir, del pesquero cargado con contrabando y hundido por su propia tripulación. Puede ser la parte del casco con el número de identificación o el motor.

Dupin no respondió. Pero, en efecto, podría haber sido más o menos así. Eso era lo que se le había ocurrido, aunque de forma imprecisa, la noche anterior. Era un relato marcado con demasiados condicionales. Pero al principio era habitual. Casi siempre.

—Hablamos luego, Le Ber.

Se puso en marcha rápidamente. Había visto al muchacho.

Anthony caminaba por un prado procedente del mar. También él había visto a Dupin.

Sonreía de forma desenvuelta.

El comisario se le acercó.

—¿Más preguntas de policía?

Dupin le devolvió la sonrisa.

—¿Voy a tener que saltarme la clase? —preguntó el chico esperanzado.

—Solo unos minutos. Pero dile al maestro...

—Maestra. La señora Chatoux.

—Entonces dile a la señora Chatoux que el comisario necesita tu ayuda.

Dibujó una sonrisa pícaro; al parecer, con eso bastaba.

Dupin fue al grano.

—Antes me decías que a veces los pescadores traen cosas que encuentran en el fondo del mar, como esa bala de cañón o las monedas; mi inspector me habló también de un ancla antigua, de partes de buques naufragados y...

—Todo eso lo puede ver usted en el museo. ¿Quiere que se lo muestre?

—Yo... —Esa era una buena idea—. De acuerdo. Pero entonces será mejor que hable un momento en persona con tu maestra.

La cara del chico resplandecía de satisfacción.

—Espera aquí.

Dupin subió los escalones de piedra y entró en el edificio.

—El aula de la derecha. Abajo solo hay dos.

—La encontraré —aseguró Dupin hablando por encima del hombro.

Volvió a salir al cabo de unos minutos.

—Listo. Tienes permiso para media hora. Por colaboración en tareas de investigación policial.

—En ese caso, no hay tiempo que perder. —El chico se apresuró hacia el muelle norte, en cuyo extremo se encontraban los museos.

A Dupin le costaba mantener el ritmo.

—¿Sabes si últimamente Céline Kerkrom o Laetitia Darot habían descubierto algo en el fondo del mar? ¿Sabes si dieron con alguna cosa especial que pudieran incluso haber traído consigo?

—Céline encontró algo.

Dupin se detuvo de forma brusca.

—Mamá no me creyó y papá, tampoco. Me dijeron que no hay que hacer bromas con los símbolos sagrados. Piensan que me lo inventé.

—¿Qué quieres decir?

El muchacho había seguido andando y no hizo el menor ademán de

detenerse. Dupin reemprendió la marcha.

—No lo pude ver bien. Estaba envuelto en una tela.

—¿Céline Kerkrom trajo algo?

—Sí. Lo llevaba en la barca.

—¿Y qué era?

—Una cruz grande. Una cruz realmente grande.

—¿Viste una cruz grande?

Dupin se detuvo de nuevo. Todo eso parecía muy descabellado.

—Sí. —El muchacho vaciló por primera vez—. Bueno, parecía una cruz.

—¿Y por qué crees que lo era?

—Por la forma. Tal como estaba tapada por la tela parecía una cruz; bueno, quiero decir, lo que había debajo.

—¿Así que estaba envuelto en una tela?

—Sí.

—Y no viste ese objeto.

—No. Pero creo que era una cruz.

Aquello era inaudito.

¿Acaso habían encontrado de verdad un trozo del *bolincheur* de Morin? ¿Tal vez la parte con el número de identificación? ¿O el motor? No se podía descartar que, envuelto de un modo provisional, tuviera cierta forma de cruz. O quizá fuera un trozo del casco.

—¿Cuándo ocurrió eso, Anthony?

—Oh... A principios de mes. Lo sé porque ese día fui a nadar, el primer baño del año. Hacía calor. ¡Y el agua también estaba caliente!

Dupin recordó la breve ola de calor que hubo a principios de junio.

—Mamá siempre dice que me dejo llevar por la imaginación. Pero no es así, señor.

A Dupin se le acababa de ocurrir una cosa.

—¿La barca llevaba ya instalado el nuevo pescante?

—Sí.

Seguramente lo habían montado en las semanas anteriores. Tal vez justo para eso. No podía ser una casualidad.

—Y Laetitia también estaba allí.

Dupin clavó la mirada en Anthony.

—¿Ella también estaba en la barca?

—Sí. Últimamente habían salido varias veces en la barca de Céline. Y antes, una vez en la de Laetitia. Pero en los últimos días, solo en la de Céline.

Dupin tenía que concentrarse.

—¿Y llevaron el objeto a tierra?

—Eso no lo vi. Tenía que volver a casa. Era muy tarde. Al día siguiente lo primero que hice fue ir a ver la cámara del tesoro. Antes incluso de ir a la escuela. Pero allí no había nada. Le pregunté a la señora Coquil si había llegado alguna novedad. Y a Antoine también. Céline ya había sabido salir a pescar.

—¿Y?

—Me dijeron que no. Luego, al atardecer, se lo pregunté a Céline.

—¿Y qué te dijo?

—Que era una viga de madera que necesitaba para su casa. Que la había traído de Francia. Pero yo creo que eso era mentira.

—¿Dijo que era una viga?

—Sí.

—¿Dónde te habías escondido? ¿Desde dónde las viste?

Casi habían llegado. Ya se veían los museos.

—En la zona de los cobertizos. Entre los dos muelles. Cuando eres pequeño —de nuevo esa sonrisa de bribón— te puedes esconder sin que te vean detrás de las jaulas de los bogavantes.

Dupin en persona había sido testigo de la impresionante capacidad de Anthony para ocultarse y espiar.

—Quiero que me lo muestres antes de llegar al museo.

—Pero entonces media hora no será suficiente. Tendré que perderme más clases.

El chico sonreía. Al instante cambió de dirección.

En un abrir y cerrar de ojos estaban junto a los cobertizos.

—Aquí. Me escondí justo aquí.

Señaló hacia una docena de jaulas de bogavantes amontonadas que no estaban a más de tres o cuatro metros del borde del muro del muelle.

—Ahí detrás. Ese día no había tantas; pero ellas no me vieron. Y aquí — dijo, corriendo hacia el agua— fue donde atracaron. La cruz estaba en la parte posterior del barco, metida entre varias cajas de pescado. Casi no se veía. Estaba completamente envuelta. Creo que no querían que nadie la viera.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Que la llevaban muy tapada. Y llegaron al puerto cuando ya estaba oscuro.

—De todos modos, tú la viste.

—Sí.

Si había estado agazapado detrás de las jaulas de los bogavantes, se había encontrado a muy pocos metros.

—Supones que era una cruz porque la forma te lo recordó.

Ya habían hablado de eso antes, pero era un punto importante.

—Es que de verdad tenía forma de cruz, exactamente así. Era muy grande.

—Pero ¿no pudiste ver nada de lo que había debajo de la tela?

—No.

No iba a sacar nada más sobre este tema.

Había visto lo que quería ver.

—Vámonos.

De nuevo Dupin se encaminó hacia el muelle norte. El chico se mantenía muy pegado a él.

—¿Ese atardecer había alguien más en el puerto? ¿Viste a alguna otra persona?

—No.

—¿Y antes? ¿Viste a alguien cerca?

—Los otros dos pescadores habían regresado antes.

—¿Jumeau el primero?

—No, él fue el segundo.

—¿Y se quedó más tiempo en el muelle? Quiero decir después de atracar.

—Cuando llegó la barca de Céline él ya se había ido. Amarró la barca y se marchó.

—¿Hacía mucho rato?

—No. Eso no.

Dupin había sacado la libreta y anotó algo mientras andaban.

—¿Se lo está apuntando? —El muchacho intentó echar un vistazo a las notas—. ¿Le he dicho algo importante?

—Es posible que lo sea. Otra cosa: ¿viste a alguien más antes de que las dos atracaran con la barca de Céline?

—Antoine Manet se pasó por ahí justo cuando llegaba Jumeau.

—¿Qué quería?

Sabía que esa era una pregunta imposible de responder. Pero los niños no entendían de preguntas imposibles.

—Estuvieron charlando un rato. Él estaba muy cerca de la barca. No les pude oír. Luego se marchó.

—¿Y eso fue todo?

—Sí. No había nadie más.

—¿Y en los días siguientes seguiste observando a Céline?

—Sí.

—Pero no viste más objetos.

—No. Al día siguiente la cruz no estaba. La llevarían a algún escondite. — Su voz adoptó un tono de profundo pesar—. Pero, por desgracia, no sé adónde.

Hubo una pequeña pausa. Pronto llegarían a los museos.

—Antes has dicho que era un objeto grande. ¿Cómo de grande?

—Como yo, tal vez.

—¿Estás seguro?

Dupin se dijo que Anthony medía alrededor de un metro cuarenta. Se preguntó si era posible, o prudente, fiarse del muchacho.

El comisario estaba convencido de que el chico no se había inventado esa historia, ni se la había imaginado. No le estaba tomando el pelo ni tampoco quería llamar la atención. La cuestión era saber si tal vez había visto algo perfectamente normal y luego se había dejado llevar por la imaginación.

—Sí. Estoy seguro del todo. Puede que la cruz fuera de plata, o de oro, y Céline haya muerto por haber encontrado un tesoro de verdad. ¿Le parece que podía ser eso?

El chico hablaba con una mezcla de tristeza y fascinación.

Dupin lo miró muy atentamente.

—¿Por qué has hablado de oro?

—Por nada. Es muy valioso, ¿verdad?

Dupin suspiró.

—Vamos a echar un vistazo a esa cámara del tesoro.

Se encontraban ya dentro del patio interior del museo.

Dupin no confiaba en que Kerkrom y Darot hubieran escondido ahí lo que fuera que hubiesen encontrado. De todos modos, quería ver esa estancia. Tal

vez allí se le ocurriría alguna otra cosa.

—Por aquí. Está en el Museo de la Sociedad de Salvamento Marítimo.

Los edificios eran magníficos. Estaban dispuestos en forma de herradura en torno a aquel patio tan encantador. A Dupin le impresionó que el salvamento marítimo tuviera un museo propio.

El muchacho atravesó con paso decidido la puerta de entrada, luego giró a la izquierda y pasó junto a la impresionante vitrina situada en el centro del corredor en la que se exponía una antigua barca de salvamento.

—¡Ah, pero si ha venido! Ya era hora. Visitar la isla sin pasar por los museos es inaceptable.

La señora Coquil, esa fantástica dama de hierro, acababa de aparecer como surgida de la nada.

—Jacques de Thézac en persona, el fundador de los *abris du marin*, las hospederías y albergues para marineros cuando están en tierra, hizo construir estos tres edificios. ¡Son los albergues más antiguos que existen! Y lo hizo porque aquí las condiciones para la gente eran peores que en cualquier otro lugar. Y, además, en aquella época muchos barcos hacían escala en la isla.

Los ojos se le iluminaron con nostalgia.

—En cualquier caso, a finales de julio vamos a celebrar aquí, en Île-de-Sein, una gran fiesta para celebrar el ciento cincuenta aniversario de la Sociedad Nacional de Salvamento Marítimo. Tiene usted que venir, señor comisario. ¡Por supuesto! La SNSM tiene 219 puntos de actuación, 259 puestos en las playas, 7.000 voluntarios y solo 70 empleados. Se fundó en Audierne, en 1865. —Hizo hincapié en el año, como si ni ella misma se lo pudiera creer—. Allí tendrá lugar el acto principal, pero evidentemente nosotros no vamos a dejar de celebrarlo. A fin de cuentas, la estación de Île-de-Sein fue una de las primeras en abrir, apenas dos años más tarde. Aquí el salvamento marítimo tiene una gran tradición.

Dio un paso hacia Dupin. Iba a decir algo importante:

—¿Se imagina la cantidad de gente que estos valientes han salvado en el curso de los siglos? ¡Cientos de miles! Antoine ha hecho una lista de todas las acciones de salvamento. ¡Puede consultarla en internet! En 1762, el duque d’Aiguillon ofreció a la isla la posibilidad de un reasentamiento completo; estaba dispuesto a regalarnos los mejores terrenos en tierra firme. Pero la gente se negó en redondo. ¿Por qué? La razón se expresa en la carta oficial: «Si la isla queda deshabitada, ¿quién se ocuparía entonces de los naufragos?». En señal de agradecimiento, el duque nos regaló toneladas de galletas. ¡Habíamos salvado la vida a diez mil personas! ¡En 1804 rescatamos incluso a doscientos ochenta ingleses! Hasta que se construyó el faro, cada dos o tres años zozobraba aquí algún barco grande.

Dio un paso atrás y sonrió.

—En fin, ¿qué le puedo enseñar? ¿Qué le interesa especialmente?

—Anthony quería mostrarme algo —se apresuró a decir Dupin.

—La cámara del tesoro. El comisario quiere ver la cámara. Asuntos policiales.

La apostilla estaba pensada para recalcar la autoridad.

—Ya sabes que esa sala está restringida al público. ¡No forma parte del museo! Y, además, ahora mismo allí reina el caos más absoluto. De hecho, no se debería dejar pasar a nadie.

Una advertencia categórica.

—No hay problema, señora Coquil. Solo quiero echar un vistazo.

—¿Y por qué motivo, si se me permite la pregunta? Su inspector ya estuvo aquí.

El chico siguió avanzando hacia la puerta sin hacerle caso.

—Por el momento —Dupin se interrumpió— estamos investigando distintas pistas. Pura rutina.

—Está cerrado con llave.

Anthony sacudió el picaporte.

—Sí. Durante la temporada alta está cerrada. Son instrucciones de Antoine Manet.

—La verdad es que me gustaría echar un vistazo.

Dupin sentía simpatía por la señora Coquil e intentó transmitirlo con su tono de voz.

Al parecer ella se dio cuenta.

—Está bien.

Rebuscó en el bolsillo de su chaqueta de punto de color canario, que ese día llevaba sobre un vestido rojo carmesí, y sacó una llave.

—Antes no cerrábamos ni siquiera durante la temporada alta. —Anthony seguía molesto—. En cambio, ahora siempre tengo que pedir permiso para entrar.

—¿Quién tiene la llave de esa sala? —preguntó Dupin.

—El señor Manet y yo. Y hay otra en el cajón de la mesita sobre la que ponemos los folletos, en la entrada del otro museo —dijo señalando con la cabeza hacia ahí.

Abrió la puerta al instante y la sostuvo.

—Luego debería pasarse por el museo de historia. La historia de esta isla le debería interesar tanto como esto de aquí. Sin nuestra memoria no somos nada. ¡Simples espectros fantasmales! ¡No lo olvide nunca! —Y añadió con una sonrisa—: Para la visita guiada por nuestra cámara del tesoro le dejo con la persona más informada de toda la isla.

Se marchó.

Dupin entró en la sala.

Era una estancia muy sencilla y era evidente que hacía tiempo que no había sido renovada. Las paredes, blancas en otra época, habían adoptado un color

amarillento y olían mal. Toda la sala desprendía un olor desagradable. Una mezcla fuerte de polvo —que se acumulaba en varios centímetros en algunos puntos del suelo—, moho —supuso Dupin—, una especie de pegamento y carburante. Era un hedor bastante intenso. La estancia tenía una sola ventana de cristales sucios que la iluminaba con una luz mortecina.

Sin duda, la palabra «caos» era la más adecuada para describir el estado en que se encontraba la sala. Había varias mesas grandes dispuestas en forma de L. Debajo, al lado, en medio, contra la pared y en todas partes se apilaban cajas de cartón marcadas con unos grandes adhesivos amarillos con abreviaturas. Todos obedecían a un mismo patrón: S.-28.-29./GEORGES BRADOU/05.2002.

El chico se dio cuenta de que Dupin miraba las cajas.

—En las mesas solo están los mejores objetos —explico—. Y en las cajas lo demás. Los adhesivos indican datos importantes: las coordenadas de los puntos de localización, la persona que hizo el hallazgo, etc. La S significa Sein. Antoine inventó el sistema. Pero se utiliza en todo Finistère. Él pertenece a una asociación, ¿sabe? Esa gente decide ese tipo de cosas.

Seguramente se refería a la asociación a la que también había pertenecido el profesor Lapointe.

—Mire, señor comisario. Estas son monedas romanas auténticas.

Anthony señaló el centro de la mesa.

—Aquí se ve al emperador Maximiano. Es mi preferida. Y este es Carausio, a quien el emperador le concedió la defensa de la Bretaña contra los germanos. Es de bronce auténtico. Y estas de ahí —señaló otro puñado de monedas— son todas de plata.

Estaba en su elemento.

Dupin recorrió todo el perímetro.

Era una colección curiosa y magnífica. Todas las piezas estaban provistas

de una cinta fina con los datos exactos sobre el lugar del hallazgo, la fecha y el descubridor.

Cuando casi había llegado al final de las mesas, Dupin se detuvo.

Había visto algo.

Era un motor. Debajo de la mesa, entre dos cajas, había un motor. Uno grande y oxidado, de al menos un metro de longitud. Se inclinó.

—Era de un pesquero que se hundió en la zona oeste de Île-de-Sein durante una tormenta, justo al lado de la playa, no muy lejos del faro.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Puede que un par de años. Tal vez más.

—No lleva etiqueta. —Dupin había intentado, sin éxito, ver la identificación.

—Mmm. —El chico no supo qué responder.

—¿Era un pesquero conocido?

—Sí. Era de un pescador de bajura de Douarnenez. Logró llegar a tierra en el último momento; no le pasó nada.

—Entiendo. Así que llevas viendo el motor aquí desde comienzos de año. Pero ¿antes también estaba?

El muchacho miró a Dupin sin entender adónde quería ir.

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Lo acabo de decir.

Entonces ese no era.

Dupin se puso de cuclillas. Nunca antes había visto un motor de barco desmontado. Era alargado, pero en uno de los lados sobresalía un eje, de unos treinta o cuarenta centímetros, con una vara dentro que posiblemente conectaba con la hélice de la embarcación. En el otro extremo, aunque más arriba, había un tubo arrancado del que solo quedaban unos centímetros, tal

vez la tubería del depósito de combustible. Con algo de imaginación, colocando el motor derecho y tapándolo con una tela, podía parecer la silueta de una cruz. Dupin lo miró atentamente: hacía falta mucha imaginación.

Se incorporó.

—¿Así que antes la puerta que lleva a esta sala no se cerraba nunca?

—No. Antes nunca.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste aquí?

El chico reflexionó.

—No lo sé. Tal vez hace dos semanas. Últimamente no ha habido hallazgos.

—¿Nada? ¿Nada de nada?

—Nada. Solo el pequeño caballo de hierro.

Anthony señaló al final de la mesa. Allí había un caballo de hierro oxidado de forma tosca.

—Lo encontró Jumeau.

—¿Adónde crees que esas dos mujeres pudieron haber llevado ese objeto tan grande?

—Esa es una pregunta clave, ¿verdad?

Dupin asintió.

—Aquí no. Seguramente a su casa. Tal vez, al principio, a uno de los dos cobertizos y luego a casa. Algún día por la noche, cuando no hay nadie por la calle. O puede que a primera hora de la mañana. —De nuevo parecía estar pensando—. Sí, yo lo habría hecho así.

Dupin volvió a recorrer la sala con la mirada. Por las mesas. Se pasó la mano por la nuca.

—Esta es una colección magnífica. Muchas gracias por la visita. Y, sobre todo, por la estupenda investigación. Has prestado un gran servicio a la policía, Anthony.

Al niño le brillaban los ojos. Luego su mirada volvió a ensombrecerse.

—¿Y ahora tengo que regresar a la escuela?

—Eso me temo. De todos modos —añadió Dupin mirando el reloj—, has perdido más de media hora.

La cara de Anthony se volvió a iluminar.

Dupin se dirigió hacia la puerta.

—Creo que nos volveremos a ver.

Le tendió la mano al chico. Este se la tomó y la estrechó con firmeza.

—Puede sacarme de clase cuando quiera. Ya sabe dónde está mi aula.

Y con una amplia sonrisa salió corriendo.

Dupin también sonrió.

Cerró la puerta de la cámara del tesoro.

La señora Coquil apareció enfrente de él poco antes de que llegara a la salida. Como antes, parecía haberse materializado de la nada.

—¿Y bien? ¿Ha encontrado lo que buscaba?

Dupin vaciló.

—Es una colección fascinante. Pero me interesaban hallazgos más recientes. De las últimas semanas.

Dirigió una mirada inquisitiva a la señora Coquil.

En sí, un gesto inútil. Por la idea que se había hecho de esa mujer, si supiera alguna cosa, lo disimularía muy bien.

Ella tampoco reaccionó ante su sibilino comentario. Impertérrita, le dirigió una mirada severa.

—Muy bien, entonces voy a explicarle un poco la historia de la isla. Tenemos que ir aquí al lado. Empezaremos con Île-de-Sein en la prehistoria...

—Yo...

El teléfono de Dupin. El comisario suspiró aliviado.

Labat.

—Señora, lo siento, tengo que contestar la llamada. Lo siento mucho.

Se alejó rápidamente hacia el patio interior.

—¿Qué hay?

—El cuchillo no tiene huellas. Han intentado encontrarlas aquí mismo mediante impresiones digitales. —El estilo sincopado y diligente de Labat—. Ahora el cuchillo va camino del laboratorio para analizar restos de ADN y la sangre del filo. Un coche está acompañando a la señora Gochat a la central de Quimper. Yo voy también para allá. Naturalmente, le esperaremos por si quiere encargarse en persona del interrogatorio. —Aquella era una fórmula solo retórica—. De lo contrario, me ocuparé yo mismo. Por lo demás, los expertos en informática de Rennes han informado sobre el correo electrónico anónimo y dicen que de momento solo han averiguado el operador telefónico utilizado para enviarlo.

Dupin se esforzó por adoptar un tono lapidario.

—Vamos a tener que soltar a la señora Gochat.

—¿Que qué? —Labat se esforzó por contenerse—. ¡No puede hacer tal cosa!

—La vamos a liberar. De inmediato. ¿Me ha entendido?

—Pero si hemos encontrado el arma del crimen en su casa. No tiene una coartada sólida. Ordenó seguir a Céline Kerkrom.

Aún no se podía afirmar que aquella fuera el arma del crimen; en cuanto a la coartada, ninguno de los sospechosos tenía una y, de todos modos, Gochat no había sido la única que había seguido a Céline Kerkrom. En cualquier caso, era evidente que todo eso bastaba para retener de forma provisional a la directora del puerto; y, evidentemente también, los hechos se habrían podido formular de un modo concluyente, tal como Labat había hecho. Pero al comisario le interesaba otra cosa.

—Si fue ella, es más interesante vigilarla cuando esté libre.

Así era. Dupin estaba convencido de ello.

—Quiero ver lo que hace, y usted, Labat, la seguirá con discreción, vaya donde vaya. Tal vez tenga algo escondido —ese era el punto más importante— o sabe dónde se oculta algo. —Para entonces Dupin hablaba más para sí mismo que para Labat—. O tal vez tiene alguna sospecha.

Labat había recuperado la compostura.

—¿Tiene una idea concreta?

Aún no era el momento de dar a conocer, sin necesidad, las posibilidades vagas y en potencia descabelladas que barajaba.

—Quería decir en general.

—Personalmente, me parece que es un error pero, en fin, usted es aquí quien da las órdenes.

—Exacto, Labat. Aquí soy yo quien da las órdenes.

Se le ocurrió entonces otra cosa, una variante; era una idea excelente y adicional.

—Labat, antes de soltar a la señora Gochat, me gustaría hablar de nuevo con ella. Tráigala a aquí, a la isla. Rápido. —La ocurrencia cada vez le gustaba más—. Zarpen a toda prisa. Con sirena y luces. Directamente a Audierne y a la lancha rápida.

Labat estaba confuso.

—¿Y si se niega? Quiero decir, si le digo que se puede ir y que no la vamos a interrogar pero, en cambio, le ordeno que antes me acompañe hasta la isla para que usted le tome declaración... Su abogado... En fin.

—Si tiene algo que objetar, díglele que escoja entre salir libre después de hablar conmigo de nuevo, o ingresar de inmediato en prisión preventiva y ser sometida a numerosos interrogatorios. Que decida.

Se produjo un breve silencio. Luego:

—Creo que nos veremos muy pronto en la isla.

—Yo también. Le estaré esperando.

Dupin colgó.

Por prudencia, mientras hablaba por teléfono, se había ido alejando furtivamente del patio de los museos.

Le quedaba un asunto pendiente desde hacía rato. Llamar a su madre. Eso era algo que no podría esquivar. No quería arriesgarse a que volviera a hablar con Nolwenn.

Se armó de valor y cogió el teléfono.

—¡Jefe! ¡Jefe!

Dupin se dirigía hacia el muelle sur y de nuevo Le Ber asomaba ante él, salía a toda prisa de uno de los estrechos callejones.

—¡Estaba usted comunicando, jefe! Jumeau ha llegado. Está en Chez Bruno.

—Vamos allá.

Dupin se dirigió sin más hacia la pequeña terraza del bar.

La conversación con su madre había sido atroz, pero acabó pronto. Tal vez en eso tuvo que ver la circunstancia, afortunada para él, de que el florista acabara de llegar y ella estuviera un poco «ocupada». El comisario no se anduvo por las ramas y le dijo que, desde su última conversación, el caso se había complicado aún más, que había aparecido otro cadáver, que la investigación no acababa de arrancar y que, por todo eso, cada vez era más improbable que él pudiera asistir a la fiesta del día siguiente. Ella, por su parte, apenas se dignó a tomar en cuenta una parte de esas conclusiones, que él repitió expresamente dos veces, y conservó la compostura. Aunque eso se debió tal vez a que ignoró por completo lo que él le decía, una técnica que

ella dominaba con maestría. Lo que no quería oír no lo oía, y punto. En consecuencia, como despiadado remate final, tal cosa no existía. Por otra parte, ella era una maestra consumada en el arte de provocar remordimientos en los demás.

El joven y enjuto pescador tenía un café delante y daba la impresión de estar ensimismado.

—Me gustaría saber —empezó Dupin antes de llegar hasta la mesa y mientras Jumeau volvía la cabeza hacia él— qué significa esa considerable suma de dinero que Laetitia Darot le transfirió.

Se sentó en la silla de delante, con Le Ber a su lado. La pregunta no pareció inquietar lo más mínimo a Jumeau.

—Estoy pasando dificultades financieras. Llevo así dos o tres años —respondió él sin el menor asomo de autocompasión o queja; no parecía importarle admitir algo así—. La pesca se está volviendo difícil, sobre todo para una persona como yo.

—¿De modo que ella simplemente le transfirió diez mil euros, sin más? ¿Un importe así, de repente?

—Sí.

—¿Y qué debería yo pensar al respecto?

Jumeau le dirigió una mirada de indiferencia.

—¿Ese dinero debe entenderse como un préstamo?

—No.

Lo absurdo es que Dupin no tenía ni la menor idea de cómo interpretar lo de la transferencia. Ni siquiera sabía en qué medida eso podía ser delictivo. No se le ocurría un contexto para ello, ni siquiera teniendo en cuenta las posibilidades, extremadamente especulativas y muy vagas, que habían surgido en las últimas horas. Por otro lado, diez mil euros eran una suma considerable.

—¿Tiene usted deudas? —intervino entonces Le Ber.

—Tengo el crédito que me concedió el banco para la barca. Tenía la cuenta en números rojos. Ni siquiera se lo pedí. Ella lo descubrió por casualidad y me pidió mi número de cuenta.

Tratándose de Jumeau, esa respuesta era asombrosamente completa.

Laetitia Darot tenía ingresos regulares y no del todo malos. Pero también para ella era mucho dinero. Si hubiera habido irregularidades notorias en su cuenta, como ingresos importantes, Le Ber lo habría mencionado.

El inspector prosiguió:

—¿Y si Laetitia le hubiera pagado a cambio de, digamos, algunos encargos especiales? ¿Tal vez por ayudarla a esconder algo? ¿O bien —continuó, con el ceño fruncido—, para que usted vigilara a Morin y a sus barcas mientras llevaban a cabo prácticas ilegales?

Desde luego, eso era plausible. De todos modos, a Dupin le interesaba cada vez más el primer tema.

Jumeau permaneció impasible y ni siquiera protestó ante ese planteamiento.

—Se limitó a dármele, sin más. Quería ayudarme.

—¿Y usted a cambio no tuvo que hacerle ningún favor a ella? —insistió Le Ber.

—Nada en absoluto. —Jumeau se calló—. Era así. Para ella el dinero no significaba nada.

—A principios de junio, durante la ola de calor, las dos mujeres salieron juntas en la barca de Céline Kerkrom y regresaron a última hora del atardecer, cuando el sol ya se había puesto.

Dupin no apartaba la vista de Jumeau, atento al menor movimiento de los ojos, la boca o los músculos de la cara.

—Recuerdo esos días de tanto calor. ¿Y?

Ningún gesto delator.

—Usted atracó su embarcación poco antes que ellas. En la parte delantera del muelle.

—Siempre atraco ahí.

Jumeau ni siquiera mostraba signos de impaciencia, lo que habría sido comprensible teniendo en cuenta el modo tan complicado de hacer las cosas de Dupin. Por la cara de Le Ber, también el inspector esperaba que el pescador perdiera los nervios.

—¿Recuerda ese día?

—Solo me acuerdo de un atardecer en que Céline llegó tarde. Yo ya había terminado y vi su barca detrás, en el primer dique. No sabría decir si Laetitia también iba a bordo.

—¿Ya había oscurecido?

—Sí, eso creo.

—¿Regresó de nuevo a la zona de amarres junto a los cobertizos?

—No.

Dupin reflexionó. Luego decidió disparar un tiro a ciegas.

—¿Adónde se lo llevaron las dos? —preguntó con un tono expresamente enérgico—. ¿Dónde está ahora? Sabemos lo del hallazgo.

La pregunta sorpresa no obtuvo respuesta alguna. Tampoco en esa ocasión Jumeau demostró la menor emoción.

Le Ber fue el primero en decir algo, aunque a media voz:

—¿Cómo dice?

—No sé a qué se refiere. Ni idea.

¿Se equivocaba Dupin o el pescador estaba extrañamente triste?

—No le creo.

—Eso es cosa suya.

—Sabemos que... —Dupin iba a intentarlo de nuevo, pero luego lo dejó.

Así no avanzaría.

Saber que ellos tenían noticia de un hallazgo no había impresionado a Jumeau de forma visible; tal vez no había sido buena idea mencionarlo. Dupin se sintió molesto consigo mismo.

Se levantó sin más preámbulo.

—Muchas gracias.

De hecho, esa habría sido una excelente ocasión para tomarse un café rápido, pero se le habían pasado las ganas. Estaba muy insatisfecho. De todo y, en especial, de sí mismo. Todo el caso le daba mala espina, los acontecimientos se precipitaban constantemente, no lograban investigar de forma sistemática, ni siquiera en parte, y tampoco conseguían seguir una pista hasta el final; los personajes principales pasaban a segundo plano y volvían a aparecer de repente; las tareas no se debatían y tenía la impresión de que nada era suficiente.

Se dio la vuelta y abandonó la terraza sin decir palabra.

Le Ber se quedó de pie sin saber qué hacer. Miró a Jumeau, que no parecía especialmente inquieto por la marcha repentina de Dupin, y murmuró:

—¡Hasta la vista, señor! Estaremos en contacto.

Luego salió tras el comisario.

Al llegar al final del muelle, Dupin tomó el camino que transcurría junto al mar y que, como todos los demás, conducía irremediablemente hacia la ruta del faro. Al lado del camino yacía una hélice enorme de acero oxidado; como en muchas otras partes de la isla, los restos de los naufragios destacaban como si fueran esculturas de un museo al aire libre. Debajo de esa inmensa hélice descubrió una familia de liebres con su prole.

—¿Tenemos algo sobre el presunto hundimiento de la barca de contrabando de Morin?

—He dado máxima prioridad a las comprobaciones, pero eso aún tardará

un poco.

Así era. Efectuar comprobaciones llevaba tiempo. Por mucho que eso contrariara a Dupin.

—Nolwenn me está ayudando. Tiene buenos contactos en las administraciones.

—Perfecto.

Eso le tranquilizó.

—¿De verdad cree que es por la embarcación hundida? —preguntó Le Ber con expresión seria y muy preocupado—. ¿Vamos a por Morin?

—No lo sé. —Era la verdad—. Es preciso investigar en todos los frentes.

Le Ber carraspeó. Con un gesto muy poco discreto.

—¿Ya le han dicho que el profesor Lapointe era una autoridad sobre Ys? —El inspector se interrumpió y reformuló la frase—: Quiero decir que, en general, era un experto en la arqueología de la zona pero, en particular, en la historia de Ys. Desde hace dos o tres años, la historia de esa mítica ciudad hundida se convirtió en su principal objeto de interés.

—¿Ys? ¿En serio? —Dupin no estaba de humor para el rico acervo de leyendas bretonas.

—Es posible que Kerkrom y Darot dieran con un hallazgo arqueológico en el fondo del mar. Me refiero a uno importante. Algopreciado, de gran valor. Y tal vez por eso contactaron con el profesor Lapointe, apelaron a sus conocimientos y le pidieron consejo. De este modo, incluso aquella prueba de análisis de material encaja, así como la compra de componentes técnicos de Darot y Kerkrom: el pescante nuevo y el sistema de radar de alto rendimiento que permite analizar el fondo del mar y las capas de barro y arena. Con un equipo así se puede encontrar de todo.

Dupin no dijo nada.

Dos liebres huyeron en zigzag por el camino, muy cerca de ellos.

—Además, eso explicaría por qué Kerkrom navegaba hasta zonas a las que no acostumbraba a ir. Tal vez Darot lo descubrió primero, en la entrada de la bahía de Douarnenez, donde los delfines cazan calamares en verano, y pidió ayuda a Kerkrom. La barca de esta era muchísimo más adecuada para el rescate. Y al estar con frecuencia en esa zona, llamó la atención de alguien. Por lo que sabemos seguro, la de la directora del puerto y la de Vaillant. Pero puede que la espiera alguien más. Así habría empezado todo.

—¿Cree usted —preguntó Dupin, esforzándose por adoptar un tono de voz neutro— que al final todo esto va de un tesoro?

Esta vez fue Le Ber quien guardó silencio y miró fijamente al comisario.

—¿Que las dos mujeres hicieron un hallazgo arqueológico sin precedentes? ¿Una cruz, tal vez? ¿O algo similar? —La voz de Dupin adoptó un tono más audaz, como si hablara para sí mismo.

Había procurado sonar como si no diera importancia a sus palabras. Sin embargo, al oír la palabra «cruz», Le Ber enarcó las cejas.

—¿Por qué ha mencionado una cruz?

Dupin hizo un gesto de desdén.

—A principios de junio, ese jovencito, Anthony, vio a Kerkrom y Darot regresando a última hora de la tarde en la barca de Céline con un objeto a bordo. Algo tan grande como él, envuelto en una tela. Dice que el objeto tenía forma de cruz. —Dupin se interrumpió y, claramente incómodo con lo que estaba explicando, añadió—: Él dice que era una cruz. Al día siguiente preguntó a Kerkrom y ella le dijo que era una viga que había comprado para su casa.

Dupin se había esforzado por explicar aquello del modo más lacónico posible, pero el asunto de la cruz no admitía ese tono.

Le Ber se quedó parado. Por un instante palideció. Luego se le iluminó la mirada. Esa precisamente era la reacción que Dupin temía. El comisario se

apresuró a añadir:

—A mí me parece que tal vez era el motor o una parte del casco del pesquero hundido, tal vez un trozo de madera con el número de identificación.

—Jefe, usted sabe lo que se dice de Ys, ¿verdad? —Le Ber se esforzaba, sin éxito, en contener su emoción—. Que el Viernes Santo en que se celebre misa en la gran iglesia de Ys, la ciudad resurgirá, Dahut regresará y el reino legendario reaparecerá. —Como era de suponer, aquel tema desbocó todos los caballos épicos e imaginarios de Le Ber—. Además, y esto es lo importante, aunque no lo crea, según se afirma en algunos documentos, ¡ojo, «documentos», nada de leyendas!, la misa deberá celebrarse ese día bajo la gran cruz dorada que preside el altar de la iglesia. ¡El símbolo de esa catedral legendaria!

Dupin se sintió aliviado: cuanto más inverosímiles fueran las historias, menos tenía que ocuparse de ellas.

De nuevo una pareja de liebres se paseó frente a ellos; al parecer solo se mostraban a pares y, de nuevo, a una velocidad temeraria.

—¿De modo que en muchas versiones de la leyenda es importante la presencia de una gran cruz dorada? —Dupin formuló la pregunta casi en contra de su voluntad.

—Así es.

—Cuénteme. —Sabía que lamentaría haber dado pie a aquello—. Pero sea breve, solo lo esencial de ese mito, límitese a lo esencial, sin adornos. Sea conciso.

Le Ber tomó aire:

—El rey Gradlon el Grande, monarca de Cornualles, era un guerrero famoso y victorioso que poseía riquezas infinitas. Era hijo de Conan Mériadec, el primer rey de Armórica. Posiblemente, el núcleo histórico se

encuentra en torno a los siglos IV o V. Gradlon conoció en los fiordos del norte a la bellísima Malgven, que murió al dar a luz a la hija de ambos, Dahut. Con el tiempo esta se convirtió en una mujer más bella incluso que su madre. Gradlon la quería más que a su propia vida.

»Como la muchacha adoraba el mar por encima de todas las cosas, él construyó para ella una ciudad junto a las aguas, la más bella que jamás ha visto el mundo. Con tejados de oro puro y una fabulosa catedral. Aquel pequeño reino estaba resguardado del mar por unas murallas poderosas y elevadas y tenía una única puerta de acceso de la que solo Gradlon tenía la llave. Este era un rey sabio, muy querido por todos, con un importante consejero llamado Guénolé. Dahut, en cambio, era egoísta y codiciosa, pero su padre no se daba cuenta; ella era para él su rayo de sol. La hizo reina y le entregó la llave de entrada a la ciudad. Ningún hombre era lo bastante bueno para ella hasta que un día, en un baile, Dahut conoció al hombre más hermoso de la tierra. Ella era reina, poderosa, infinitamente rica y, además, ahora también tenía el amor.

»El príncipe le pidió una muestra de su pasión por él y ella le entregó la llave de la ciudad una noche de luna llena. Pero resultó que ese príncipe —Le Ber tomó un poco de aliento— era, en realidad, el mismísimo diablo. Aquella noche adoptó de nuevo su forma verdadera y abrió la puerta con la llave. Poco después la ciudad se hundió bajo el Atlántico, llevándose consigo a todos sus habitantes. Gradlon y Guénolé se salvaron subiendo a la torre más alta del palacio. Poco después salieron dos caballos de las aguas y los pusieron a salvo en la orilla. El rey no dejaba de llamar a su hija. Dahut, Dahut... Solo en una ocasión pudo verla, en una ola. «¡Es por mi culpa! ¡Estoy maldita!», le gritó a su padre. Luego ella se hundió, de forma del todo consciente. Por decisión propia. —Le Ber estaba visiblemente conmovido—. El hueco por el que Dahut desapareció aún existe, se conoce como Poul

Dahut. Está al este de Douarnenez. Las piernas de la chica se transformaron en una cola de pez y ella se convirtió en sirena. Luego nadó hasta su ciudad hundida, que está en el fondo de la bahía, y desde entonces vive allí y solo podrá ser liberada si...

—Entendido, Le Ber. Ya está bien.

—Hasta el fin de sus días, Gradlon acudió cada día a la orilla de la bahía para buscar a su hija. Pero nunca la volvió a ver. Sin embargo, algunos días oía las campanas de la catedral, que tenían un sonido especial, según se decía, ajeno a este mundo, muy diferente al de las campanadas normales. Era una especie de trueno, modificado y reforzado por las aguas y por la profundidad en la que de pronto se encontraba toda la zona.

Sin poder evitarlo, Dupin se acordó entonces del extraño ruido que había oído la noche anterior, aquel fenómeno tan insólito, y se esforzó en apartar de sí aquel pensamiento.

—Incluso hoy en día, aún hay noches en que se oye. Y esta es, muy resumida, la historia de Ys.

Le Ber se había contenido bastante. El inspector sabía que no era inteligente poner en juego la extraordinaria disposición de Dupin para escuchar una historia legendaria como aquella, aunque fuera por motivos relacionados con la investigación.

—De hecho, se podría decir que también es una historia de demonios. ¡*An Diaoul!*

Las historias de demonios. Como bien sabía Dupin, uno de los géneros favoritos de los bretones. En la Bretaña Dios no se entendía sin el diablo: eran un binomio inseparable. La historia favorita del comisario era la de la babosa, *ar velc'hwedenn ruz*. Según se decía, desde el principio de los tiempos, el diablo, en su afán continuo por imitar las obras divinas, rivalizaba con Dios en la creación de las cosas. Sin embargo, nunca lo lograba por

completo, siempre se quedaba a las puertas o le faltaba algo. Esto explica por qué en el mundo hay tantas cosas imperfectas, a medio hacer, poco logradas o que están mal; tal idea, viendo cómo era la realidad, sin duda tenía un poder extraordinariamente persuasivo. De ahí que, cuando Dios creó el caracol de viña, el diablo quiso imitarlo y, como no hubo modo de que le saliera bien el caparazón, surgió la babosa.

—El diablo tienta a las personas, las atrae. Pero, en realidad, solo las pone a prueba. Es una prueba de carácter, porque no todo el mundo se doblega ante él; solo las personas en las que la codicia, la envidia, el afán de distinguirse y el egoísmo destacan más que las demás cualidades. Como es el caso de nuestro asesino. —La voz de Le Ber adoptó un tono muy triste—. Lo que les pasa no se debe a su trágico destino, sino a que lo permiten. Tienen elección.

—Bien.

Dupin no sabía qué había querido decir con ese «bien».

—No crea que es descabellado considerar la posibilidad de algo así, jefe.

De ninguna manera Dupin había considerado la posibilidad de «algo así», es decir, de Ys.

—Como le he dicho, la búsqueda de Ys es objeto de un serio interés científico. Acuérdesse de la expedición que le mencioné, o del gran número de historiadores famosos que han estudiado a fondo esta cuestión.

Era un modo de decir que esas cosas no eran motivo de vergüenza.

Entretanto habían llegado al cementerio del cólera, al lugar donde Laetitia Darot había perdido la vida de forma macabra.

—Eso de la viga de madera que Céline Kerkrom necesitaba para su casa, ¿no le parece que está un poco fuera de lugar? —apuntó entonces Le Ber con prudencia.

Dupin no quiso entrar en esa cuestión. Pero retomó otro tema:

—El profesor Lapointe era un estudioso de la historia de Ys, ¿verdad?

No había visto nada en el despacho de Lapointe o en la lista de libros que apuntara en ese sentido.

—Era su gran afición. Lo sé por mi primo. Pertenece a la misma asociación cultural que Lapointe y Manet.

Aun así, podía haber numerosos motivos por los que Darot y Kerkrom se hubieran dirigido al profesor. A fin de cuentas, también era médico. Y biólogo.

—¿Le he dicho alguna vez que mi primo es, en realidad, historiador? Estudió en París.

—¿Su primo conocía al profesor Lapointe?

—Solo de manera superficial. En los últimos años no ha podido frecuentar las reuniones de la asociación a causa de su implicación en el *Kouign Amann*.

—¿De qué trabaja su primo?

—Es jefe de bomberos en Douarnenez desde hace muchos años. Empezó como voluntario.

—Kerkrom y Darot —dijo Dupin masajeándose las sienes— seguramente sabían que Lapointe asesoraba la iniciativa ciudadana contra el uso de productos químicos tóxicos para la limpieza de las barcas de Morin, y buscaron un aliado.

—Pero ¿para qué? ¿Para qué necesitaban un aliado? ¿De qué les servía Lapointe en relación con la historia de la barca de contrabando hundida? ¿Qué ayuda podía prestarles?

Esa era una de las cuestiones pendientes. Y era evidente que a Le Ber le gustaba retomarla.

De repente, mientras Dupin contemplaba la isla sin fijarse en el camino, una liebre pequeña y solitaria apareció delante de ellos. No parecía sentir temor ni tampoco seguir su instinto de huida. Le Ber la había visto, pero optó por ignorar su presencia. Dupin avanzó trazando una vuelta grande en torno

al animal; recientemente se había preguntado si las liebres podían enfermar de rabia.

—¿Qué pasa —preguntó Dupin con un tono forzosamente neutro— cuando alguien, un particular, hace un descubrimiento arqueológico serio? ¿Se le concede una gratificación?

—El 5 por ciento del valor estimado. En la actualidad el precio del kilo de oro se encuentra en torno a los treinta y tres mil euros. Y sin duda estaríamos hablando de varios kilos. En el caso de una cruz grande, sería una cantidad de varios millones. Y eso contando solo el valor material. El valor real de un hallazgo como ese sería más del doble. Imagínese. —De nuevo Le Ber se dejó llevar—. ¡Un vestigio de la ciudad legendaria! ¡La prueba definitiva de su existencia! Incalculable. El valor sería, sin duda, incalculable. Y otra cosa está clara: el descubridor sería rico y famoso en todo el mundo.

Dirigió una mirada de disculpa hacia Dupin. Pero el remordimiento le duró poco. Al instante reemprendió el ataque:

—Seguro que le han contado la historia del desembarco de los vikingos, de la precisión con que todavía hoy se habla de ello. La gente que no es de aquí las consideraban fábulas, leyendas. En cambio, los acontecimientos históricos y lugares exactos se habían ido transmitiendo oralmente durante miles de años y, además, con pocos adornos. Ninguna cultura dispone de una tradición oral tan exquisita como la celta. Nosotros la hemos convertido en una forma de arte. ¡Y lo llaman leyenda! —Le Ber se estaba encendiendo de rabia—. ¿Por qué esto mismo no habría podido ocurrir con Ys? Es un acontecimiento mucho más importante que el desembarco de los vikingos. El hundimiento de una ciudad fabulosa. Algo que tal vez se debió a una gran subida del nivel del mar, un hecho del que ahora tenemos constancia. —Ahora incluso fundamentaba científicamente sus quimeras; sin duda, una táctica inteligente—. Podría tratarse de una antigua ciudad celta, con riquezas inmensas por el

comercio floreciente y la pesca, igual que cuando en la edad moderna la Bretaña llegó a ser una de las regiones más ricas de Europa. Una ciudad construida junto al agua, en tierras bajas, por debajo del nivel del mar, en una zona resguardada por dunas altas y diques naturales que posteriormente se fueron ampliando. Hasta que un día, estando la marea muy alta, estalló la violencia de la naturaleza. —Le Ber miró a Dupin a los ojos—. ¡Esto es un escenario muy realista! ¡Piense en la inundación del siglo que se produjo después del eclipse solar de este año! ¡O en 1904, cuando toda la costa bretona quedó cubierta por el mar durante dos días, Douarnenez incluida! Y ahora imagine la inundación del milenio acompañada de una tormenta inmensa. Evidentemente, de aquí cien o quinientos años también habrán desaparecido bajo las aguas algunas ciudades bretonas actuales.

Le Ber era muy hábil. Tal como contaba la historia, esta adquiría un toque menos fantástico y mucho más prosaico.

—¿Sabe usted cuántos pescadores han afirmado durante siglos haber visto ruinas en la bahía estando la marea muy baja? Sobre todo, la torre de la catedral. —Y, con un tono extraordinariamente suave, añadió—: Incluso en nuestros días se habla de ello.

Dupin y Le Ber estaban atravesando un impresionante fragmento de la isla donde el mar había engullido de manera peligrosa parte de la tierra por ambos lados. Al poco rato, el camino se bifurcó: a la derecha se dirigía hacia el faro y, a la izquierda, hacia una capilla de piedra.

Le Ber reemprendió el tema:

—Debería considerar que...

El teléfono de Dupin.

Lo sacó muy agradecido.

Nolwenn.

—¡Su instinto no le ha engañado, señor comisario! Tal como suponía

usted, Morin dio de baja un *bolincheur*. ¡De solo diez años de antigüedad! Eso es muy poco para este tipo de embarcaciones. Presentó la baja tanto a las autoridades de pesca como a la administración del puerto. Y ahora viene lo bueno: lo hizo cuando apenas había pasado un año del incidente y dos meses antes de que la embarcación tuviera que someterse a la ITV. A la luz de su hipótesis, yo diría que eso sugiere una conducta extraordinariamente sospechosa.

—¡Excelente, Nolwenn! ¡Excelente! —Instinto, en efecto, había sido eso —. ¿Nadie ha vuelto a ver la embarcación que se dio de baja?

—Bueno, no sabría decirle.

—¿Y en el tiempo transcurrido entre el incidente y la baja?

—Tampoco lo sé.

—Tenemos que hablar con Morin. Y con el jefe de sus *bolincheurs*, ese tal Carrière. Tenemos que preguntarle dónde está esa barca y pedirle que nos la enseñe.

—Me pondré a ello de inmediato.

—¿Consta algún motivo para la baja?

—No. Pero no es necesario. Los propietarios pueden sacar de la circulación sus embarcaciones en cualquier momento sin tener que dar explicaciones.

Casi habían llegado al faro. Este se alzaba majestuoso contra el cielo azul. Elegante, clásico, de un intenso color blanco y con unas letras enormes en las que se leía SEIN. Más arriba, la linterna de cristal, una artística estructura metálica y, sobre ella, la cúpula negra. La torre destacaba por encima de un edificio no menos elegante del cual partían, a derecha e izquierda, en perfecta simetría, unos anexos que conectaban con dos edificios cuadrados. Era una construcción impresionante.

—Seguiré investigando, señor comisario. Además, ahora nos vamos a

poner en marcha para la movilización. Esto está a punto de empezar. Hasta luego.

Nolwenn colgó.

Dupin le habría dado un abrazo. Con ese descubrimiento la realidad regresaba de nuevo a la investigación. Eso era una pista concreta. Por fin.

Dupin le transmitió la noticia a Le Ber con entusiasmo. A pesar de la expresión de decepción que asomó en el rostro del inspector, fue lo bastante profesional como para involucrarse al momento en esa novedad.

—Si todo esto es cierto, Morin juega un papel destacado en el contrabando de tabaco; seguro que no se tratará de algo aislado. Tendremos que replanteárnoslo todo.

Le Ber tenía razón.

—Fuera lo que fuese lo que hubiera esa noche de junio en la barca de Kerkrom —el inspector guiñó los ojos—, tuvieron que meterlo en algún lado. Y...

—¡Hola!

Un grito. Ambos se sobresaltaron.

No se veía ni un alma alrededor.

—¡Buenos días, caballeros!

Seguían sin ver a nadie. A Dupin esa voz le resultó familiar.

—¡Aquí arriba!

Aunque a unos cuantos metros de altura, Antoine Manet era perfectamente visible. Se encontraba en la estrecha plataforma situada en lo alto del faro.

—¡Buenos días! —gritó Dupin a su vez.

—¡Suban! —Las palabras de Manet se entendían con claridad; no había viento que se llevara el sonido—. Iba a ir a buscarles de todos modos.

—Es que... —Dupin se interrumpió.

De hecho, una charla con Antoine Manet no era una idea descabellada; a

fin de cuentas, habían surgido un par de cuestiones nuevas e importantes que, a su vez, suscitaban novedosas preguntas y consideraciones.

—¡Señor comisario, no puede perderse esto! ¡Tener una panorámica sobre las cosas no es malo! ¡Estará a cincuenta y dos metros y noventa centímetros por encima de la realidad!

—Ahora subimos. —Dupin parecía sorprendentemente decidido.

—La puerta está abierta. Entren, giren a la derecha y luego hacia arriba. No tiene pérdida.

Ocultó la cabeza detrás de la barandilla.

—Pero, señor, vaya con mucho tiento. —La expresión de Le Ber mostraba una profunda preocupación—. Este gran faro, el Goul Enez, es muy alto. Y las escaleras son empinadas y peligrosas. Yo preferiría que se quedara aquí abajo.

Dupin no contaba con la ascensión. Ni con la cantidad increíble de escalones. Ni con una escalera de caracol que se volvía más empinada según se aproximaban a la punta. Dicho de otro modo: no imaginaba una estancia cargada de aire viciado, que abajo ya era estrecha y que a cada metro se reducía aún más y en la que se acumulaba aire muy cálido, muy húmedo y muy rancio que apestaba a polvo, aceite y maquinaria. Las diminutas ventanas estaban tan sucias que ni siquiera permitían adivinar la vista, sin duda impresionante. No había ni rastro de romanticismo. Era un faro en activo, no una atracción turística.

Tampoco era un lugar para claustrofóbicos.

Los escalones empinados pronto le hicieron sudar; tenía la frente perlada de gotas de sudor. Incluso Le Ber, que era más joven y estaba en mejor forma, y a quien Dupin, con buen tino, le había cedido el paso, tenía que

detenerse de vez en cuando a la vez que dirigía miradas inquietas hacia su superior.

El comisario no habría podido decir cuánto tiempo llevaban ascendiendo cuando de pronto los escalones terminaron y se toparon con una escalerilla de acero que ascendía varios metros de forma acentuada y temeraria. El espacio se había vuelto demasiado estrecho para una escalera convencional. Al final se veía una escotilla, parecida a la de un submarino. Estaba cerrada. Allí arriba prácticamente no había más aire, parecía que no hubiera oxígeno.

Como era de esperar, Le Ber tenía experiencia en faros y su estructura, así que se encaramó sin vacilar por esa escalera, abrió la escotilla y la levantó. Al cabo de un momento pasó por ella.

Dupin hizo lo mismo.

—Jefe, cierre rápido la escotilla, o de lo contrario se cerrarán de golpe todas las puertas del edificio.

El comisario se encontró de rodillas en una plataforma de acero repleta de remaches redondos situada dentro de la linterna del faro, donde se alojaba un elemento técnico espectacular: una lente gigantesca. El espacio seguía siendo tremendamente estrecho y la calidad del aire no había mejorado.

—¿Está usted listo?

No sabía para qué debía estarlo.

Le Ber abrió entonces una pequeña puerta, también de acero, se inclinó un poco hacia delante y desapareció.

Dupin le imitó.

—Vigile la cabeza, jefe.

Al instante se encontró encaramado en una estructura temerariamente estrecha que rodeaba toda la zona de la linterna. Miró en dirección oeste.

Era increíble la cantidad de luz. De claridad. De libertad. La panorámica sobre el Atlántico era maravillosa y se extendía a lo lejos hasta el infinito,

ampliándose una y otra vez con cada mirada.

El infinito era azul. Todo era azul. Azul zafiro, turquesa, cian, azul claro, celeste más oscuro cerca de la isla, con tonos violeta y azul oscuro en dirección al horizonte huidizo, mientras que en el cielo el efecto era inverso: primero los tonos azulados más oscuros, que se volvían más claros y ligeros conforme aumentaba la altura. Durante un momento se sintió embriagado.

Era como si flotara, como si por arte de magia estuviera suspendido en el aire y a su alrededor solo hubiera agua y cielo. Majestuoso.

A ello se unía otro efecto imponente: desde allí se podía ver..., no, de hecho, se podía comprobar que la tierra es redonda. Esférica. Allí arriba, a cincuenta metros sobre el nivel del mar, justo en medio, se podía apreciar con nitidez que el horizonte estaba arqueado. Esto solo pasaba junto al mar. De pequeño, a Dupin eso le había fascinado, aunque nunca de un modo tan intenso como entonces desde esa atalaya.

—La Chaussée de Sein. —Le Ber, que permanecía muy cerca de él y no le quitaba la vista de encima, le había permitido disfrutar a sus anchas. Manet también se les había unido—. Si se acuerda, ayer desde la barca vimos el primer tramo de estas formaciones escarpadas de granito. —Por desgracia, Dupin recordaba a la perfección todos los detalles—. Se extienden desde la punta de Raz y se prolongan veinticinco kilómetros mar adentro. Île-de-Sein se encuentra a medio camino. Prácticamente al final de la Chaussée está el Ar Men, el faro bretón situado en el extremo más apartado, sobre un peñasco solitario y desnudo en el Atlántico infinito. Por cierto, el faro es obra de Jean-Pierre Abraham, que vivió allí durante muchos años.

El escritor favorito de Nolwenn. Ese que había escrito aquella bonita frase sobre los pescadores.

—Y Henri Queffélec, en su novela *Un feu s'allume sur la mer*, describe de forma precisa su construcción y la singular sociedad de Île-de-Sein.

Aquel no era momento para disquisiciones literarias, por interesantes fueran.

Dupin avanzó un trecho por la estrecha barandilla.

Pudo mirar entonces en dirección este. La isla parecía un pedazo de tierra extendido. Vista desde esa altura, tenía forma de S invertida. Le vinieron a la cabeza las palabras de la señora Coquil, su «somos tan poca cosa», su temor a que la isla pudiera sucumbir muy pronto bajo las aguas. Entonces la comprendió mejor. Desde allí arriba aquella «poca cosa» parecía aún más frágil, más delicada. Completamente expuesta al océano. Era imposible protegerla. Era un puñado de tierra, hierba, rocas y arena.

—¿Es su primer faro? No está mal, ¿verdad?

Antoine Manet hablaba con tono animado, fresco, vigoroso. Llevaba en la mano una pesada cámara fotográfica.

—Aquí, en las aguas más peligrosas de Europa, los faros son de una importancia tremenda. Recientemente todos ellos fueron declarados monumentos históricos. Salvan vidas. Señalan el rumbo. Proporcionan seguridad absoluta, fiable, inamovible. No hay símbolos más poderosos. Son auténticos mitos. Subo todos los días aquí, si es posible a la misma hora, y hago fotografías. Es una tarea de documentación, una empresa ambiciosa.

Era evidente que no quería profundizar en ello.

Y Dupin no iba a pedírselo.

Le Ber tomó la palabra. Como no podía ser de otro modo, también conocía la historia de ese faro:

—El faro original, de 1839, era de bloques de granito. Estuvo en funcionamiento todas las noches durante ciento cinco años. Los alemanes lo volaron en 1944. Este es de 1951. Es muy potente, muy luminoso. Se ve incluso a cincuenta y cinco kilómetros de distancia. Sin embargo —su voz se volvió casi sentimental—, el corazón de los isleños sigue apegado al faro

antiguo. Por cierto, los dos edificios que hay a derecha e izquierda albergan la central eléctrica y la planta desalinizadora. Ambas necesitan combustible para funcionar.

—Para la gente de aquí la historia de la isla es, en realidad, la de los temporales, las tempestades y las inundaciones. —El alcalde en funciones se apoyó con los brazos en la barandilla y contempló pensativamente el pueblo.

De hecho, como ya sabía Dupin, eso también se podía decir de toda la Bretaña. Las tempestades dividían la historia como si se tratara de grandes batallas, guerras u otros acontecimientos políticos importantes. Había cientos de libros al respecto; todos los años las revistas bretonas publicaban ediciones especiales con títulos como *Grandes tempestades*, *Las tempestades del siglo*, *Las mayores tempestades de todos los tiempos*.

—En 1756 un tornado pasó por Île-de-Sein y provocó una marea enorme; las olas abatieron la isla durante días y el duque de Aiguillon ordenó evacuarla. Pero los supervivientes se negaron y se refugiaron en sus desvanes. El mar se llevó consigo una tercera parte de la población. 1761, 1821, 1836, 1868, 1879, 1896, y otras más. Esas son las fechas importantes. —Por el modo en que Manet se expresaba, aquellas pérdidas no parecían derrotas, sino victorias. Grandes victorias: actos de autoafirmación. Habían plantado cara a los elementos, una y otra vez—. Las últimas inundaciones graves en la isla se produjeron entre finales de 2013 y principios de 2014. Fue un infierno. El mar rugía. El suelo de la isla se agitaba, igual que las paredes de las casas. Una ola arrastró una parte de la sujeción del muelle, de cinco toneladas de peso, la desplazó un metro; y un enorme saco de arena se elevó por los aires como si fuera una pluma y mató a un hombre. —El rostro de Manet se ensombreció—. El futuro nos deparará cada vez más infiernos. Y cada vez la isla pierde un metro de tierra.

Era tremendo: a pesar del fantástico tiempo de verano y del mar calmado

de ese día, resultaba fácil imaginar aquello, ya que en aquella isla tan peculiar los extremos estaban muy próximos.

—Las liebres también contribuyen a la debacle. Excavan la tierra y, al hacerlo, aceleran la erosión. Como los turistas, que se llevan piedras de las playas de recuerdo y que nosotros reponemos con un gran esfuerzo.

Manet tenía un modo impresionante de explicar las cosas, con un tono banal y, sin embargo, conmovedor. Dupin se sobrepuso a esa sensación.

—Se han producido novedades, señor Manet. Novedades decisivas. Creemos que Kerkrom y Darot...

Se interrumpió y no terminó la frase.

Al hablar le vino a la cabeza que antes de hablar de eso era preciso hacer otra cosa. Y, además, de inmediato. Le Ber y el muchacho tenían razón: esa noche Kerkrom y Darot tuvieron que haber llevado ese objeto a algún sitio.

A algún lugar de la isla.

Y esta, tal y como se apreciaba desde ahí arriba, no era grande.

—Lo que quería decir es que me gustaría volver a hablar con usted, señor Manet. ¿Le parece que nos reunamos más tarde en Le Tatoon? —Miró el reloj—. Le llamaré en cuanto tenga tiempo.

El médico de la isla lo miró divertido.

—Por supuesto, aunque por mí —añadió sonriendo—, podríamos hablar ahora mismo.

—Más tarde en Le Tatoon. Perfecto.

Dupin se dio la vuelta y, sin decir nada más, entró en la linterna.

Le Ber se encogió de hombros y lo siguió.

Bajó la escalerilla rápidamente. Tenía prisa.

—Jefe, tiene que ir con mucho cuidado. Sea prudente.

Ya había llegado a la escalera de piedra. Le Ber se quedaba cada vez más atrás.

Ya abajo, Dupin aguardó a su inspector.

—¡Quiero ver las casas! ¡Y regresar a los cobertizos!

Le Ber no dijo nada, pero en su rostro se reflejó un gran alivio al ver que los escalones empinados no habían significado el fin de Dupin.

—¿Está pensando dónde podrían haber llevado la cruz?

—Vamos a olvidarnos de Ys y de todos esos cuentos. ¿De acuerdo, Le Ber? —Habló con firmeza, pero sin resultar desagradable—. Ahora nos concentraremos por completo en la idea de que el «objeto» podría ser un fragmento de la barca hundida.

Se encaminaron con paso rápido hacia la salida. Se oían ruidos procedentes de las salas de máquinas, una especie de golpes amortiguados.

—Seguramente llevaron esa pieza de noche a un lugar donde permaneció bastante tiempo. Tal vez hasta el momento de los asesinatos, hasta que el asesino se hizo con ella. O puede que no la haya encontrado aún y siga ahí.

Le Ber frunció el ceño:

—Lo malo es que tenemos que encontrarla. Todo depende de ella. De lo contrario, son puras especulaciones.

Ya habían salido a la calle.

Dupin prosiguió a paso ligero sin decir nada en dirección a la aldea.

Al poco rato se encontraron frente a la casa de Darot.

El comisario y su inspector habían permanecido en silencio el resto del camino.

Entonces sonó el móvil de Dupin.

Labat.

—¿Diga?

—¿Es usted, señor comisario?

Después de unas cuantas llamadas prometedoras, de nuevo había regresado esa costumbre suya tan irritante.

—¿Qué ocurre, Labat?

—Estamos en la punta del puerto. Muelle norte. En el dique principal. La señora Gochat y yo.

Casi lo había olvidado.

—De acuerdo. Ahora voy. Pero tardaré un poco.

—¿Qué quiere decir con un poco?

Dupin colgó.

Se volvió de nuevo a Le Ber:

—Venga. Vamos a examinar la casa.

Era una construcción pequeña pero muy bien cuidada. Seguramente no hacía mucho que la habían pintado, porque las paredes blancas eran luminosas y limpias. Había una banda estrecha de hierba seca y un muro de cemento pintado de blanco que llegaba a la altura de la cadera.

—Por cierto —Le Ber miró a un lado y a otro—, los vecinos no notaron nada raro, tampoco ayer por la mañana.

Dupin soltó la cinta policial de la cancela, que tenía un aspecto ridículo, y la abrió.

No fue directamente a la puerta de entrada a la vivienda, sino que se dirigió a la parte posterior de la casa. Allí la tira de hierba era el doble de ancha que delante, de modo que se podía considerar como un jardín.

Dupin se sintió decepcionado. Ni cobertizo, ni anexo. Nada. Lo único extraordinario allí era la vista: unas cuantas peñas de granito de forma extraña y, detrás, el Atlántico resplandeciente.

Junto a uno de los ventanales encontró la estrecha puerta de la terraza. Dupin comprobó el tirador. No estaba cerrada.

Entró en la vivienda con Le Ber extrañamente pegado a él. Al acecho. Con expresión tensa.

Se encontraban en la sala de estar, que hacía también las veces de

comedor: era una estancia agradable, con las paredes pintadas de color azul celeste, un sofá amplio y de aspecto ajado situado en la esquina opuesta, una mesita baja repleta de revistas y un sillón orejero orientado para poder contemplar el bonito paisaje a través del ventanal.

Dupin echó un vistazo a las revistas. Eran publicaciones especializadas. Todas dedicadas al submarinismo: *DiveMaster*, *Plongée*, *ScubaPeople*, *Diver*. Hojeó las revistas de papel satinado.

Abrió a continuación una puerta estrecha y al atravesarla se encontró en la cocina, una habitación alargada y no más ancha que la propia puerta. Restos de cruasán en un plato. Una taza al lado.

Un pasillo corto conducía a una escalera empinada que llevaba al segundo piso. No había trastero ni armario. Era una casa diminuta. Arriba había un dormitorio pequeño y una habitación minúscula que parecía estar en desuso. El baño disponía de una ventana sorprendentemente grande orientada hacia el mar. Junto a la bañera, una mesita con una taza y más revistas.

Allí había vivido alguien, los rastros del día a día eran visibles. En todos los casos, siempre, esa era una sensación inquietante.

—No pudo traerse nada aquí. Al menos nada del tamaño que dijo el muchacho.

Le Ber resumió con tono decepcionado sus conclusiones en cuanto Dupin volvió a la planta baja.

Cinco minutos después, el comisario y su inspector se encontraban ante la casa de Kerkrom.

La vivienda era bastante más grande. Era de piedra de color gris claro. La ubicación era semejante a la de Darot, con una vista impresionante en la parte posterior. También el terreno era más amplio y estaba rodeado por un muro de piedra medio derruido. La puerta de entrada era azul. En el jardín había un anexo de techo recto, ante el que destacaba una terraza de madera con una

mesa, dos sillas, dos tumbonas de madera y tres macetas de terracota con unas camelias que, considerando el clima de la isla, estaban muy crecidas. La terraza estaba algo elevada y tenía una escalera de madera empinada para acceder hasta ella. Dupin estuvo a punto de tropezar. Aquel era un jardín de verdad, y que, además, a diferencia del de Darot, se usaba. De todos modos, esta última apenas llevaba unos meses en la isla.

Le Ber recorrió con la mirada el espacio entre la casa y el anexo.

—Tal vez —dijo— esa noche solo ocultaron el objeto en un escondite provisional para luego llevarlo a otro sitio.

—Pero entonces el peligro de ser vistas habría aumentado. No creo que haya tantas posibilidades en esta isla. Edificios, lugares, sitios a los que solo ellas tuvieran acceso, emplazamientos especialmente seguros.

Dupin intentó abrir la puerta del anexo. Era una puerta de madera de aspecto provisional y que parecía hecha por alguien inexperto. Le bastó con levantarla con un poco de fuerza para abrirla.

Justo a la derecha había otra puerta estrecha. Estaba abierta; varios escalones conducían desde ahí hasta la vivienda principal. Una pequeña ventana situada en una esquina iluminaba el anexo con una luz difusa; a la derecha había un interruptor que accionó una bombilla desnuda que apenas lograba hacer su función. Sin embargo, era suficiente para ver lo que Kerkrom guardaba en la estancia. Cerca de la entrada había un buen número de jaulas para bogavantes que, a diferencia del cobertizo de Kerkrom en el puerto, estaban cuidadosamente apiladas, igual que el resto de las cosas, que parecían observar un cierto orden. Junto a las jaulas había un montón de boyas de distintos tamaños y colores.

Dupin rebuscó entre las jaulas y detrás de ellas. Y movió también algunas boyas. Más atrás había tres armarios viejos en los que se apoyaban las cañas. En el centro de la estancia había un espacio desocupado. Olía a fruta pasada,

fermentada; un olor de la infancia para Dupin. Así olía la antigua casa de la familia en el pueblecito del Jura del que procedía su padre. Al fondo de la habitación distinguió una cesta grande de manzanas que descansaba en el suelo.

Le Ber había empezado a abrir armarios.

Dupin se colocó en el centro de la estancia. Lo examinó todo sistemáticamente con la mirada. Si ese objeto era tan grande como había dicho el muchacho, esconderlo no habría sido fácil. Incluso los armarios estaban demasiado pegados a la pared como para poder ocultar algo detrás de ellos.

—En los armarios hay provisiones, comida, papeles antiguos. Todo está muy bien ordenado.

El suelo era de tierra compacta.

—Mire esto. —Le Ber sacó algo de entre las jaulas de bogavantes; Dupin lo acababa de ver también. Era un bastidor con dos ruedas grandes y de unos cincuenta centímetros de altura —. Es un remolque. Para canoas y kayaks. — De pronto, Le Ber se quedó quieto, como electrizado. La voz le vibró al hablar—. Es muy nuevo. No hace mucho que lo tenía. Con una cosa así es posible transportar perfectamente una cruz grande y pesada.

Dupin se había acercado al inspector.

—¿Lo ve, jefe? Solo tiene que acercar el remolque a la... —Dirigió una mirada de disculpa a Dupin—. Al objeto pesado, apoyarlo aquí, levantarlo y prácticamente se desliza solo sobre el soporte y se puede llevar a cualquier parte. Es muy práctico. De aluminio cromado, muy ligero y maniobrable.

Le Ber y su sentido práctico. Dupin se estremeció; la idea del inspector era brillante.

El comisario se puso en cuclillas para ver el remolque con más detenimiento.

De pronto se incorporó.

—Vamos a examinarlo mejor con la luz de fuera.

Le Ber lo sacó con facilidad del anexo; no era muy grande y la puerta no supuso ningún problema.

Al instante se dedicaron a inspeccionarlo.

—Es nuevo, casi no tiene señales de uso. La pintura está intacta en todas partes; yo diría que debe de tener como máximo dos semanas. Aquí —Le Ber señaló con el dedo un lugar—, justo donde se habría colocado el objeto, entre los protectores de goma, a derecha e izquierda, en el lugar donde estaría la canoa o el kayak, hay unos arañazos muy marcados. Verdaderas rozaduras.

Dupin también se había percatado de ellas.

Increíble. El hormigueo iba en aumento. Miró detenidamente los arañazos en la pintura verde oscuro. Eran profundos al tacto.

—Le Ber, pregunte en correos. Kerkrom tuvo que comprar el remolque en tierra firme o hacérselo traer en un paquete grande. Quiero saber cuándo. Si nadie de correos recuerda un paquete de grandes dimensiones, hable con los del ferri. —Reflexionó un momento—. O tal vez lo recogiera ella con su barca.

El inspector ya tenía el móvil en la mano.

Dupin volvió a examinar los arañazos intentando imaginarse el procedimiento que había descrito Le Ber. Ni en la casa de Darot ni en la de Kerkrom habían visto ninguna canoa o kayak.

—Señora, aquí el inspector Le Ber... En efecto, el de ayer por la noche con el certificado de Céline Kerkrom. Sí. Verá, tenemos otra pregunta... No, no. Es otra cosa. ¿Céline Kerkrom recibió hace poco un paquete voluminoso de —hizo una pausa— un metro ochenta centímetros? Y más o menos... — No acabó la frase. La respuesta había sido inmediata— ¿De veras? ¿Y ese fue el único paquete grande? Un envío de una conocida tienda de náutica de

Douarnenez. ¿Y le sorprendió que Kerkrom necesitara un remolque? Claro, claro. En efecto, como no tenía kayak ni canoa... No, no. Ahora sin duda ya no lo necesita. Una desgracia, sí, sí, muy triste.... Ha sido usted de gran ayuda... No, lo siento, no puedo decirle por qué. Pero, claro, sí, sí. Ha sido usted de muchísima ayuda. Muchas gracias.

Aquel «Muchas gracias» pretendió ser el final de una conversación telefónica difícil de terminar; Le Ber no parecía confiar por completo en su efecto y, por si acaso, colgó de inmediato.

—Dice que...

—Lo he oído todo, Le Ber.

Dupin paseaba intranquilo de un lado a otro de la terraza. Era abrumador: el pescante, el radar de altas prestaciones, el remolque... Pero continuaban siendo indicios muy vagos y especulativos, que sustentaban además una teoría tremendamente vaga e hipotética y que, de momento, solo podía aplicarse a una parte de las actividades delictivas. De todos modos, tenía que haber personas implicadas en el contrabando de tabaco y, sin duda, formaban parte de un sistema muy sofisticado. Integral. Un sistema que utilizaba otro ya existente para funcionar, como un puerto, por ejemplo, o la pesca.

Necesitaban indicios más sólidos. Algo que fuera realmente definitivo. Le Ber estaba en lo cierto: tenían que encontrar lo que fuera que hubieran hallado Kerkrom y Darot. De lo contrario, todo aquello no sería más que una quimera.

Le Ber apartó el cordón policial de la puerta que llevaba de la terraza a la vivienda.

—Jefe, yo puedo examinar la casa solo. Quiero decir, bueno, que no hace falta que esté usted. La directora del puerto le está esperando. Lo miraré todo a fondo y le informaré de inmediato.

Le Ber tenía razón. Por desgracia tenía que marcharse.

En pocos segundos el humor de Dupin se había venido abajo. Era una pequeña depresión investigadora que sentía no pocas veces después de que un momento de euforia en las pesquisas no le permitiera ver de inmediato las cosas más claras. Además, la conversación con la soliviantada directora del puerto seguramente iba a ser muy desagradable. De todos modos, era importante.

Dupin se dio la vuelta para marcharse.

—Y no le diga nada a nadie, Le Ber. Sobre nada.

—Jumeau ya sabe que buscamos algo y que sospechamos que Kerkrom y Darot lo encontraron.

—Lo sé —rezongó Dupin.

De camino al faro se había enfadado mucho consigo mismo. Aquello había sido algo en exceso irreflexivo. Una tontería. Había muchos motivos para pensar que habría sido mejor que nadie supiera nada sobre esa suposición. Sin embargo, ahora tal vez estaba en boca de todo el mundo, aunque Jumeau no era precisamente una persona dicharachera.

—Hasta luego, Le Ber.

Segundos después ya estaba en la calle. Se encaminó de mala gana hacia el puerto, mientras se decía que cuando mejor se hacía frente a los momentos desagradables era después de que ya se habían superado.

Se detuvo de golpe tras recorrer apenas unos metros. Le acababa de venir una idea a la cabeza.

Dio la vuelta al instante.

Entró en casa de Kerkrom por la entrada principal. En teoría solo tenía que atravesar la casa: un pasillo y sala de estar-comedor. Llegó al anexo a través de la puerta estrecha abierta con la escalera empinada.

—¿Le Ber?

Gritó de forma enérgica por la casa. No había visto al inspector.

Tuvo que esperar un instante.

—Estoy aquí, jefe. Ya vengo. Estaba en la cocina; hay una pequeña despensa. Pero no hay nada. Solo una cantidad increíble de leche, copos de avena y agua Volvic.

Se acercó a Dupin mientras hablaba.

—¿Qué hay de la señora Gochat?

—Antes quiero probar una cosa.

Dupin asió el remolque que Le Ber ya había colocado de nuevo en su sitio, junto a las jaulas de bogavante.

—Acompáñeme.

Tiró del remolque hacia la terraza y lo guio hasta el borde. Recorrió con la mirada la casa, el jardín y el anexo una y otra vez.

—Posiblemente, esa noche alzaron ese objeto envuelto con el pescante, lo colocaron en el remolque —continuó mientras iba pensando— y lo llevaron de inmediato a un lugar seguro. Para facilitar las cosas, tenían que evitar las escaleras empinadas e ir rápidas, porque en cualquier momento podía aparecer alguien y hacer preguntas.

Dupin levantó el remolque con una mano por encima del borde de la terraza, lo dejó sobre la hierba y dio la vuelta a la casa con él mientras Le Ber lo seguía con curiosidad.

—Solo la entrada principal está a ras de suelo. —El comisario hablaba concentrado. Aquello se le acababa de ocurrir.

Abrió la puerta de entrada con un golpe. Tampoco era muy ancha.

Ahora se vería.

Funcionaba. El remolque pasaba sin problemas.

—El objeto —comentó Le Ber— no debía sobresalir mucho para poder pasar. Pero si partimos de la base de que tenía forma de cruz y que verticalmente medía unos ciento cuarenta centímetros, en horizontal no

pasaría de los ochenta. Sí, habría sido factible.

Dupin se quedó quieto, en silencio. Del pequeño vestíbulo salían tres puertas.

Delante, en dirección a la sala de estar por la que se accedía al anexo y a su escalera empinada; luego estaba la puerta que llevaba a la cocina y, a la izquierda, la que daba al baño.

Llevó el remolque hasta la sala de estar.

Si había pasado por algún sitio, tenía que haber sido por ahí.

Era una sala de estar-comedor con una mesa de madera antigua y rústica. Suelos de madera que crujían al pasar. Un sofá mullido con una funda de terciopelo. Paredes decoradas con pinturas de trazo tosco, pero artístico: cangrejos, bogavantes, sardinas. De intensos colores atlánticos que daban a la estancia un ambiente alegre y feliz. Había también una vitrina antigua. A la derecha, una puerta cerrada.

Dupin miró a su alrededor.

¿Dónde ocultar allí un objeto voluminoso?

Se acercó al sofá. Estaba demasiado cerca de la pared. Aun así, lo intentó. También la separación respecto al suelo era insuficiente. Pero también lo comprobó.

Nada.

Abrió la vitrina.

Le Ber examinaba la mesa y su tablero.

—Madera maciza.

Dupin lo miró todo otra vez mientras pensaba febrilmente.

Entonces volvió a coger el remolque y lo llevó hacia la puerta cerrada.

Era un dormitorio lleno de luz. Con vistas al jardín, a las rocas y al mar. Entró arrastrando consigo el remolque. También cabía sin problemas.

Una cama doble, dos sillas de madera a modo de percheros, un armario

antiguo, una mesilla de noche y, de nuevo, ese suelo de madera gastado.

Le Ber se acercó de inmediato al armario y lo abrió.

—Nada.

—¡Maldita sea! —exclamó Dupin—. Tuvieron que llevarlo a algún sitio.

Se quedaron de pie un rato sin decir nada.

Luego Dupin se acercó a la cama.

Se arrodilló y miró debajo de la cama. Tuvo que girar la cabeza y apoyarla casi lateralmente en el suelo.

Tampoco allí había nada.

Nada excepto polvo. Mucho polvo. Pelusas espesas. Toda la habitación presentaba una fina y visible capa en el suelo, pero ahí, debajo de la cama, el polvo se había acumulado a base de bien.

—¡Por todos los diablos! —masculló, frustrado.

—Jefe, se me ha ocurrido otra cosa. —Le Ber usó un tono cauteloso, pero apremiante—. Si al final la muestra de material tiene algo que ver con los acontecimientos de este caso, la tuvieron que obtener de algún sitio, ya sea en tierra o bajo el mar. —En su voz asomó entonces cierta obstinación—. Y seguramente usaron herramientas.

Dupin frunció el ceño.

—Volveré a mirar en el anexo.

Por él, Le Ber podía hacer lo que le pareciera.

Dupin estaba a punto de ponerse de pie cuando algo le dejó perplejo.

Sin darse cuenta, volvió a inclinar la cabeza hacia el suelo con una mirada de profunda concentración.

No. No estaba confundido.

No había duda.

Al otro lado de la cama, la capa de polvo en el suelo finalizaba de golpe; apenas había reparado en ella antes. Y dibujaba una línea recta.

Allí habían limpiado el polvo. Era absolutamente evidente.

Se puso en pie de inmediato y fue hacia el otro lado de la cama.

En ese lado había una mesita de noche de madera con dos paquetes de pañuelos de papel, un libro y una crema de manos junto a una delicada lámpara de noche.

Desde la mesita de noche al rincón de la habitación había aproximadamente un metro y medio. La pared era de color blanco con revoque grueso, como en el resto de la casa. Y, además, tal como se apreciaba con más claridad allí, el suelo estaba limpio e inmaculado.

Era fácil llegar hasta ahí con el remolque; era un recorrido cómodo por la casa.

De nuevo, Dupin volvió a ponerse en cuclillas con cuidado. Intentó imaginárselo con la máxima precisión y dejó que su mente trabajara de forma precisa. Examinó con atención las lamas anchas del trozo de suelo en el rincón comprendido entre la cama y la pared. De forma sistemática. El lugar donde ese objeto tendría que haber descansado, aunque lo más plausible era que hubiera estado de pie. Porque desde el remolque solo habían tenido que colocarlo contra la pared. Eso habría sido lo más lógico.

Dupin se arrodilló. Con cuidado y muy lentamente se fue deslizando de esa guisa hacia la ventana, con los ojos clavados en el suelo.

Al cabo de unos instantes se detuvo.

Lo vio de pronto.

Claramente.

Un arañazo.

Un buen arañazo. Una muesca de unos quince centímetros. Dupin se acercó más. Lo tocó, lo palpó, pasó el índice por encima. Era una ralladura profunda, de medio centímetro, y de borde afilado. El objeto debía tener un canto desnudo. Y, además, tenía que pesar mucho.

El suelo de madera, evidentemente, presentaba muchos arañazos y marcas por varias décadas de uso. Sin embargo, no había duda de que esa muesca era reciente porque el lugar donde se había hundido la madera tenía un tono más claro y era más porosa.

Dupin la examinó un buen rato.

Luego levantó la mirada.

Hacia la pared.

Intentó calcular la altura a ojo. El objeto habría estado un poco inclinado para facilitar su estabilidad.

Entonces la vio.

Una marca en la pared blanca.

Horizontal, de una longitud casi igual que la de la ralladura en el suelo. Solo que ahí era mucho más fina, apenas una línea. Con todo, y eso era lo decisivo, se veía sin problemas.

Dupin se deslizó un poco hacia atrás. Analizó alternativamente los dos puntos. Estaba un poco mareado. En efecto. Allí se había alzado algo. Una cosa maciza. Era evidente.

Habían encontrado el lugar.

Pero ¿qué podía haber habido allí?

¿Un madero pesado de barca con un número de identificación? Los motores también tenían piezas con bordes desnudos: de metal: hierro, aluminio... La pregunta era: ¿un madero de barco podía pesar tanto? ¿Y un motor dejaría marcas como esas en ambas partes?

Dupin notó una sensación extraña que se sumaba al mareo.

Todavía de rodillas, se deslizó vacilante un poco hacia la izquierda.

Allí no se veía nada. En absoluto. Dupin se sintió casi aliviado.

Por si acaso, se dijo, miró también a la derecha.

También a ese lado estudió atentamente la pared.

Había algo.

Era innegable.

No era una muesca alargada como la de arriba, pero sí puntiaguda. Apenas medía un centímetro y también presentaba los bordes cortantes.

Todo aquello era demasiado fantástico, absolutamente descabellado. Lo curioso era que encajaba a la perfección.

—Jefe —Le Ber entró en el dormitorio con expresión compungida—, no he encontrado nada.

—Vale —respondió Dupin ensimismado.

—¿Por qué está usted de rodillas en esa esquina?

Se levantó con rapidez y habló con voz ausente:

—Trajeron el objeto aquí, Le Ber. Exactamente aquí.

El inspector lo miró con expresión de incredulidad.

—Venga, se lo enseñaré.

Labat había escogido uno de los bares del muelle norte, donde llevaban más de una hora esperando al comisario.

La directora del puerto arremetió con dureza contra él antes incluso de que Dupin hubiera tomado asiento. Estaba fuera de sí.

El comisario se mantuvo imperturbable. Solo habló para pedir dos cafés cuando la camarera se le acercó. Le alegró que estuvieran a solas; de momento no había ninguna otra mesa ocupada.

Le Ber, entretanto, se ocupaba de que la policía científica analizara las marcas en el suelo y la pared. Había llegado a la misma conclusión que Dupin y, aunque se había mostrado bastante más alterado que el comisario, había reprimido toda referencia a Ys; de hecho, contuvo cualquier expresión de júbilo.

—Eso le va a costar muy caro, comisario. Ha sido coacción. Un acto de arbitrariedad policial. ¡Ponerme en la encrucijada de elegir entre venir sin mi abogado o ir a prisión preventiva! —La mujer había bajado un poco el tono de voz, aunque no había perdido ni un ápice de su desprecio y su agresividad—. Estos son métodos propios de una dictadura.

—Estoy convencido de que el inspector Labat —respondió Dupin, reclinándose en el asiento y dirigiendo una señal de solidaridad hacia el inspector— jamás ha indicado tal cosa. Nada más lejos de su intención. Y de la nuestra. —Pasó de hablar con una arrogancia manifiesta a expresarse de forma categórica—: Señora Gochat, tiene usted suerte de seguir libre. Me va a costar mucho justificarlo ante mis superiores, y también ante la fiscalía. —

Algo, de hecho, absolutamente cierto. Hacía rato que Dupin no pensaba en el prefecto—. Hemos encontrado el arma del crimen en su casa y tenemos la declaración de un pescador que dice haber seguido a la primera víctima por órdenes tuyas. Y hay además una serie de informaciones que nos ha ocultado. Estos son hechos.

—Mi abogado...

—No va a seguir mucho tiempo en libertad si no habla. Usted decide.

Ella sabía algo. Dupin estaba convencido de eso. Y podía ser, sin más, la persona que estaban buscando.

La señora Gochat lanzó una mirada fulminante al comisario, pero calló.

—Saldrá de la isla bajo custodia policial. Ante la contundencia de los hechos no me queda más remedio. —Dupin se estaba divirtiendo—. Independientemente de mi opinión personal.

Para entonces en los ojos de la mujer brillaba un odio puro; tenía el rostro pálido y la expresión descompuesta.

Levantó la barbilla con gesto desafiante.

—Soy inocente. No he matado a nadie. Eso es todo lo que tengo que decir.

—¿Dónde está el hallazgo, señora Gochat?

Por una milésima de segundo, de forma casi imperceptible, ella se sobresaltó.

—¿Dónde está el hallazgo? —repitió Dupin con tono duro.

—No sé de qué me habla.

—¿Dónde está?

—No tengo nada que decir. En absoluto —bufó ella. Labios fruncidos. Pupilas contraídas. La mirada clavada al frente. No andaba escasa de coherencia.

Entretanto la camarera había servido los dos cafés; Dupin notaba su aroma tentador ante él.

—En ese caso, aquí termina nuestra charla.

Se tomó con parsimonia un café y luego el otro. La señora Gochat lo miraba atónita. Tras el último sorbo, él se levantó.

—¡Esto es inaudito! —De nuevo ella parecía estar a punto de perder los nervios.

Dupin, completamente impasible, se volvió a su inspector para darle instrucciones:

—Haremos lo que habíamos acordado. —Dupin hacía como si la directora del puerto no estuviera presente—. La soltaremos. La detendremos en el momento que nos parezca oportuno.

Se dio la vuelta y se marchó.

—¡Ah, Labat! —Dupin ya había bajado de la terraza—. Hable con Le Ber para que le ponga al día de la investigación. —Dupin se percató del sobresalto de Labat al oírle hablar de un hallazgo, aunque el inspector había guardado muy bien la compostura.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer ahora? —Oyó que preguntaba Gochat a sus espaldas—. ¿En esta desgracia de isla? El ferri no saldrá hasta pasado el mediodía. ¡No me puede dejar aquí tirada sin más!

Dupin no se molestó en aminorar el paso. Que el comisario concluyera los interrogatorios de forma brusca era algo que ocurría en todas sus investigaciones, aunque aquí parecía haberse convertido en la norma, lo cual, sin duda, se ajustaba a la compleja naturaleza del caso. Estaba de un humor de perros. Con todo, sabía que era mejor que adoptara una actitud positiva, por muy odiosa que le resultara esa expresión.

Recientemente, en una terrible noche de insomnio en la que Claire, de nuevo, estaba de guardia, vio un documental sobre el primer americano que llegó al polo sur a pie, sin apoyo técnico, en cuarenta y seis días de locura. Regresó medio moribundo, pero lo logró. Cuando le preguntaron cómo había

conseguido ponerse en marcha todas las mañanas, a pesar de sufrir congelaciones graves, dolores tremendos e impedimentos de todo tipo, como cambios bruscos en la climatología y averías en el trineo, él respondió: «Solo me permitía pensamientos orientados a lo positivo de cada situación y no hacía caso de los negativos». Aunque parecía sencillo, a Dupin esa noche, a las dos y media de la madrugada, le había impresionado mucho oírlo.

Se esforzó con todas sus fuerzas en concentrarse en lo positivo, es decir, en que el objeto había estado ahí. Y, lo que era más importante, ¡existía! Ese era el factor crucial, además de un gran progreso. Ya no se trataba de una hipótesis sin más. Las dos mujeres habían encontrado algo y el caso giraba en torno a eso. Esa era la historia que tenían que investigar. Dupin estaba convencido de ello. Había demasiados indicios, demasiadas historias secundarias que casaban a la perfección, a pesar de que aún no tenían ninguna prueba. Y eso, incluso bajo una óptica positiva, era algo que necesitaban desesperadamente. Tenían que encontrar el hallazgo.

Dupin conocía ese momento arriesgado que tenían todas las investigaciones: aquel en que era urgente centrarse en algo concreto porque, de no hacerlo, seguro que no se conseguía nada, a pesar del riesgo de que luego todo cambiara por completo. Existía la posibilidad, por supuesto, de seguir una pista falsa y equivocarse estrepitosamente, pero eso no le inquietaba. Eso jamás le había dado miedo.

Había llegado al espacio del puerto que quedaba entre los dos muelles, donde estaban los cobertizos. Se detuvo. Estaba justo en el lugar donde Kerkrom solía atracar su barca. Como siempre, se situó demasiado cerca del agua. Volvió la mirada hacia el puerto.

Se había decidido. En efecto. Todo giraba en torno al hallazgo. La pregunta era si realmente consistía en parte de una barca hundida a propósito. De hecho, también él se había aferrado a esa posibilidad. Pero ¿y si Kerkrom

y Darot de verdad hubieran encontrado un objeto arqueológico en el fondo del mar? En principio, Dupin nunca había tenido problemas con ideas o teorías extraordinarias, caprichosas o descabelladas, relacionadas con una investigación, y menos aún desde que estaba destinado en la Bretaña. En caso de duda, la realidad superaba con creces la fantasía, sobre todo cuando se trataba de cuestiones absurdas o inauditas. No era un novato: que las cosas parecieran desatinadas o incluso ilógicas no era un argumento frente a la realidad. Con todo, había una clara línea que separaba la temeridad y la ficción. No se podía contemplar la posibilidad de Ys. En todo caso, se podía tratar de un hallazgo arqueológico de gran magnitud, de los que todos los años se producían docenas en Francia. Siempre había algún artículo al respecto. Aunque fuera una cruz.

Dupin se espabiló y se puso en marcha de nuevo. Tenía una sensación rara. Quizá fuera esa isla. Debía mantener la cabeza fría.

Había dos posibilidades sobre quién podía haber sacado el hallazgo de la casa de Kerkrom. La primera: la propia Kerkrom junto a Darot. Pero ¿adónde lo habían llevado? ¿A otro lugar de la isla? ¿Quizá a un sitio que más tarde el asesino había encontrado? ¿O bien, cosa también posible, a un lugar donde seguía estando porque el asesino no había dado con él? Y luego estaba la segunda posibilidad: que el asesino se hubiera llevado el hallazgo de la casa de Kerkrom inmediatamente después de actuar y lo hubiera sacado de la isla. Aunque, bien pensado, cabía también otra opción: que lo hubiera dejado allí y luego lo hubiera recogido. En cualquier caso, si lograban hacerse con ese objeto, este los conduciría, más pronto o más tarde, al asesino. No le cabía la menor duda.

Sacó el teléfono.

—¿Le Ber? ¿Dónde está usted?

—Detrás de usted, jefe. Justo detrás.

Dupin se dio la vuelta. Tenía al inspector a menos de quince metros de él.

—Lo estaba buscando en el muelle norte.

Le Ber no hizo ademán de colgar. Dupin, sí. Impaciente, se acercó a su inspector.

—Necesitamos llevar a cabo una inspección sistemática de toda la isla. De todos los escondites posibles. Todos los edificios abandonados, los cobertizos vacíos y lugares similares. —Se detuvo un momento para pensar—. Y también la capilla y la iglesia. Salas de edificios públicos que se utilicen poco o nunca.

—Es posible que la hayan sacado de la isla.

Dupin estuvo a punto de reprender a Le Ber por ese «la», pero prefirió dejarlo estar. No serviría de nada.

—Es posible. ¿Cuántos colegas tenemos ahora en la isla?

—Ocho.

—Bien. Por cierto, ¿para qué quería verme?

De nuevo se dirigían al muelle sur.

—Ah, sí. Hoy la isla parece haberse convertido en un gran punto de interés.

Dupin lo miró sin comprender.

—Nuestro capitán pirata Vaillant acaba de atracar ahí delante, en el dique. Y Jumeau se ha encontrado con el jefe de *bolincheurs* de Morin, Frédéric Carrière, cuando regresaba a la isla para entrevistarse con usted. Ah, y el director científico del Parc Iroise también ha llegado hace media hora con su barca para hacer la lectura del registro de la estación.

—¿Qué trae por aquí a Vaillant?

—Nadie ha hablado aún con él.

—Hágalo. Hable con él. Quiero que... —Dupin cambió de idea—. No. Déjelo. Que haga lo que haya venido a hacer en la isla. Usted vaya tras él.

Sígalo.

—De acuerdo, jefe. Por cierto, a Jumeau le ha parecido que Carrière lo estaba siguiendo. Como sabe, el pescador es de pocas palabras. El otro ha echado la red muy cerca de él, aunque no suele estar por esa zona, porque allí hay poco pescado para él. Todo esto no es casual.

Dupin calibró varias ideas.

—Le Ber, una cosa más. —Intentó adoptar el tono más neutro y frío posible—. Me gustaría que hable en la más estricta confidencialidad con su primo el historiador. Es absolutamente secreto. Pregúntele qué cosas, en su opinión, podrían ser consideradas como hallazgos arqueológicos importantes en esta zona. Que sea concreto. Que le cuente si tal vez alguna historia local o un suceso histórico... —Hizo una pausa al ver la expresión de entusiasmo en la cara de su inspector—. Vale, de acuerdo, por mí puede preguntarle también si quiere por una cruz de oro macizo. Pregúntele por todo aquello que pudiera tener importancia desde el punto de vista arqueológico. —Aquella había sido una frase arriesgada, temeraria; se imponía acotarla—. Solo una cosa, Le Ber, nada de Ys. Hable de lo que quiera menos de Ys. Quiero algo tangible, real, científico.

En la expresión del inspector apareció un amago de protesta, pero logró sofocarla.

—Eso es todo por el momento. Yo...

El teléfono.

Nolwenn.

—Novedades, señor comisario.

Ese tono de voz dejaba entrever dos cosas: que la llamada era importante y que ella no tenía mucho tiempo para hablar. Que era un mal momento pero que no había tenido más remedio.

—He hablado con Carrière, con el director del puerto de Le Conquet donde

estaba registrada la barca en cuestión, con las autoridades pesqueras y, finalmente, con el propio Morin.

Detrás de Nolwenn se oían puertas de coche cerrándose con estrépito. Eran portazos muy enérgicos.

—Lo más interesante es lo que me ha contado el director del puerto. Dice que le sorprendió mucho que aquella barca fuera dada de baja porque la conocía. Estaba impecable. Oficialmente iba a ser trasladada a otro puerto. Pero, según aseguran las autoridades portuarias, de momento eso no ha ocurrido. No se ha registrado ninguna embarcación de Morin con ese número de identificación en ningún puerto.

—¿Qué dicen Carrière y Morin al respecto?

—He hablado más detenidamente con Carrière. Se ha esforzado por mostrarse más o menos colaborador, pero el tema no parece inquietarle lo más mínimo. Dice que aquella barca tenía enormes problemas de podredumbre en el casco. Que la tuvieron que sacar del agua y que se encuentra en un terreno propiedad de Morin junto a otras barcas más pequeñas. Y dice también que la reparación es muy cara y que todavía no está claro si alguna vez la volverán a echar al agua ni cuándo. Le he dicho que nos gustaría ver la barca, y él me ha dicho que se lo pidiera a su jefe.

Aunque a Carrière ese tema no le inquietara, lo cierto es que todo aquello no parecía muy sólido. Y además era justo lo que cabía esperar como excusa.

—El señor Morin, por su parte, se ha mostrado muy circunspecto, aunque no ha sido descortés. En realidad, no ha dicho nada en absoluto. Solo ha afirmado que todo era normal y que, a fin de cuentas, él es quien decide qué embarcaciones son aptas para navegar y cuáles no. A diferencia de Carrière, no ha preguntado por qué nos interesa tanto esa barca. —Dupin ya conocía la actitud de superioridad de Morin. Eso, en sí mismo, no era significativo—. En todo caso, no está dispuesto a permitir una inspección de la embarcación.

Ni tampoco ha dicho dónde se encuentra.

Por supuesto.

—¿Cómo se llamaba la embarcación?

Era algo que había querido preguntar todo el tiempo.

—*Iroisette*.

—Averigüe en qué sitios guarda Morin las embarcaciones o partes de las mismas.

—Si hay algo podrido en este asunto, seguro que no lo habrán llevado allí. Seguramente.

—Y aunque registrásemos todos esos lugares y no lo encontrásemos, eso no significaría, en absoluto, que lo que buscamos esté en el fondo del mar, en algún punto a la entrada de la bahía. —La mente aguda de Nolwenn funcionaba, como siempre, a toda máquina—. Ni siquiera eso sería una prueba.

—¿Y si damos orden de examinar el fondo del mar de la zona?

—Olvídelo. Sería más fácil encontrar una aguja en un pajar. De ser cierto todo lo que estamos hablando, solo queda una posibilidad: encontrar los trozos de embarcación que Kerkrom y Darot descubrieron. Si es que el asesino no los ha hecho desaparecer aún. Sin embargo, señor comisario, también se puede tratar de algo muy distinto. Le Ber me ha puesto al corriente. No lo olvide nunca. ¡Está usted investigando en la Bretaña!

Su tono de voz dio a entender que aquel era el final de su conversación telefónica. Como si hubiera dicho: «Tengo que marcharme».

—El convoy ya está en marcha, señor comisario. Yo avanzo la primera con el coche. Le llamo más tarde.

Y colgó.

Dupin y Le Ber tomaron el mismo camino que habían recorrido hora y media antes, el que llevaba al cementerio del cólera pasando junto a la línea

del agua. Dupin pensó que, desde las alturas, a vista de pájaro, como desde la perspectiva de las muchas gaviotas que los sobrevolaban, tenía que ser entretenido verlos ir y venir sin parar por esa pequeña isla.

—¿Qué ha dicho Nolwenn?

Dupin le puso al corriente de las novedades.

—Voy a ocuparme ahora mismo de la operación de búsqueda.

—Le Ber.

—¿Sí, jefe?

Dupin no sabía exactamente cómo decir eso. No quería dar mucha importancia a ese asunto.

—Nolwenn y su tía. Dice que encabezan un convoy. Ellas...

Era mejor dejarlo estar.

—La «gran jornada de movilización» se inicia con una caravana de automóviles que parten de distintos puntos, principalmente, claro está, de Lannion, y que se dirigen todos hacia Quimper. Automóviles, camiones, tractores. Van por la vía rápida de cuatro carriles. —Una especie de autopista bretona y principal vía de comunicación—. Va a dificultar el tráfico durante horas.

Un entusiasmo desacomplejado.

Dupin se esforzó por apartar de sí las imágenes que le vinieron de pronto a la cabeza. Una trabajadora de la policía, funcionaria del Estado, llevando a cabo una acción ilegal durante su horario de trabajo con el fin de provocar un atasco colosal contra el cual la policía tendría que actuar de forma decidida y sin que le quedara más remedio. Una marcha hacia Quimper. ¡Quimper nada menos! La sede de la prefectura.

Lo más inteligente era no preocuparse más de ello. Su inspector parecía compartir esa misma opinión.

—¡Hasta luego, jefe!

Tras el saludo, Le Ber volvió sobre sus pasos.

Dupin siguió avanzando. Se alegró de estar solo.

El comisario se encontraba a medio camino entre el cementerio y el faro. A la derecha estaba el dique, el único que había fuera de las instalaciones portuarias. Allí había amarrada una de esas Zodiac de motores colosales. Le Ber le habría recitado al instante los datos técnicos, los centímetros cúbicos, la potencia, la eslora.

Debió tratarse de Leblanc, que estaba tomando nota de los valores registrados.

Dupin pensó entonces que tal vez sí que fuera buena idea empezar a hablar de forma directa sobre el hallazgo. Incluso tal vez sobre las distintas posibilidades; pero no debía mencionar a Morin al hablar de trozos de una embarcación. De hecho, los isleños se darían cuenta de que buscaban algo cuando los policías empezasen a registrar todos los edificios. Seguramente harían suposiciones descabelladas que, a su vez, se convertirían en rumores. Una operación de búsqueda tan extensa no podía mantenerse en secreto. En ocasiones, utilizada en el momento exacto de un caso, la divulgación repentina ejercía una presión interesante. Activaba algunos resortes. Incluso el mismo Le Ber debería decirles a los policías qué estaban buscando; de hecho, no habían hablado de eso.

En cualquier caso, eso tendría un efecto: el asesino se asustaría. Y, con suerte, haría algo imprudente, precipitado. Incluso se podía recabar ayuda e información de la población. ¿Por qué no darle la vuelta a la tortilla? ¿Anunciar la caza del asesino? Dupin no tenía escrúpulos. La cuestión era solo si era inteligente hacerlo. Si con eso lograrían su objetivo. Porque, claro está, con una acción como esa también se podía obligar al asesino a actuar

con la máxima prudencia o incluso a desaparecer. O a permanecer quieto.

Tras abandonar el camino asfaltado, Dupin se encaramó a las imponentes montañas de gujarros en forma de hoz que había junto al dique y que bordeaban la bahía. En la orilla, una construcción pequeña y plana, no muy distinta de los cobertizos de hormigón del puerto, con una caja de acero sobre el tejado y dispositivos técnicos. El dique era más largo de lo que parecía desde lejos y en su extremo había una sofisticada estructura técnica, una especie de jaula alargada que penetraba en el mar. Seguramente aquellos eran los dispositivos de medición.

—¡Señor comisario!

Leblanc apareció al instante por detrás del cobertizo y saludó a Dupin con la mano.

Este se acercó a él.

—¿Algún avance en las pesquisas?

—Conocemos el contexto y el motivo. Sabemos de qué va el asunto. Solo nos queda descubrir el asesino.

—Eso me tranquiliza mucho. —Leblanc bajó la mirada—. Todavía no me hago a la idea. Desde que estoy en la isla no dejo de pensar que Laetitia está a punto de llegar aquí con su barca. —Miró a Dupin a los ojos—. Me figuro que querrá reservarse para usted el relato de lo ocurrido.

—Aún no estoy seguro del todo.

Dupin no había pretendido responder con tanta franqueza. Leblanc tenía una expresión pensativa. Se le notaban las ganas de preguntar, pero no lo hizo.

—Acabo de recoger los valores medidos durante la semana pasada. ¿Quiere ver la instalación de delante, la del dique? Es pequeña, pero fantástica. Proporciona todo lo que hace falta para los análisis más avanzados.

Ahí estaba de nuevo el investigador entusiasta.

—Yo... —respondió Dupin, vacilando—. ¿Y esa construcción plana?

—Es la parte técnica. Forma parte de la estación de medición. Allí hay otros aparatos de medición para el viento, las precipitaciones y la presión atmosférica.

—¿Y no hay nada más?

—Algunos elementos constructivos. Equipo y ese tipo de cosas.

—¿Le importa si echo un vistazo?

—En absoluto. Pero la verdad es que no hay nada que merezca la pena.

Dupin se dirigió hacia el edificio.

Una puerta de acero y un ventanuco orientado hacia el mar. En un rincón, junto a la entrada, una mesa de aluminio con una silla delante. Un portátil conectado a un dispositivo de acero con muchos botones y lucecitas colgado de la pared. Cables que subían por el muro y que salían al exterior a través de un orificio, posiblemente conectados al equipo del tejado.

—Desde aquí recojo todos los valores que proporcionan los instrumentos medidores situados en la parte delantera en el muelle. Valor del pH, nivel de oxígeno, ese tipo de cosas.

Dupin apenas lo escuchaba. Estaba mucho más interesado en la sala.

—Laetitia Darot tenía acceso a este edificio, ¿verdad?

—En teoría sí, claro. Pero creo que estuvo pocas veces. No se me ocurre ningún motivo por el que tuviera que venir. En alguna ocasión recogió los datos por mí. En períodos prolongados de mal tiempo. Pero solo entonces.

Dupin empezó a recorrer con lentitud el recinto. Calculó que medía unos dieciséis metros cuadrados y daba la impresión de no tener luz eléctrica.

En dos de los lados de la habitación había unas piezas de aluminio que seguramente formaban parte de la estructura situada en la zona anterior del dique. En un rincón, un ancla bastante grande y varios bidones de plástico

que Dupin supuso que contenían aceite o combustible. En medio de la estancia, sobre el suelo áspero de hormigón, descansaba una escalera de mano. Había polvo por todas partes. En la esquina opuesta a la mesa había una lancha de goma hinchable que, aunque pequeña, parecía profesional.

Leblanc reparó en la mirada de Dupin.

—A veces tengo que arreglar alguna cosa de la estación desde el agua. En esos casos utilizo esa lancha pequeña.

Fuera lo que fuese el objeto que buscaban, no era pequeño. Eso significaba que no era fácil de esconder.

Y que tampoco estaba allí.

—¿Hay alguna otra sala por aquí, un anexo o algo parecido?

—No. Solo esto.

Era evidente que a Leblanc le confundían cada vez más las preguntas de Dupin.

—También me gustaría ver los dispositivos de medición del final del dique.

El hallazgo había permanecido mucho tiempo en el mar, no le haría ningún mal continuar allí. En sí, un lugar tranquilo y resguardado debajo del agua era un buen escondite.

—Perfecto. En otros tiempos hacían falta laboratorios enteros para estas cosas. ¡Venga conmigo!

Leblanc salió del cobertizo. Dupin volvió recorrer la estancia con la mirada y lo siguió.

—¿Laetitia Darot tenía acceso a todas las instalaciones del instituto en Île Tristan?

—En principio sí. Pero, exceptuando la sala del equipo técnico, nunca la vi en ninguna. Como le dije, ni siquiera quería una oficina propia.

Llegaron al dique.

Se oían voces a lo lejos. En realidad, palabras sueltas. Dupin se volvió. Vio a cuatro policías de uniforme recorriendo el camino que llevaba al extremo de la isla. La operación de búsqueda había empezado.

Se le ocurrió entonces una cosa.

Sacó el móvil.

—Un momento, señor Leblanc. Ahora mismo estoy con usted.

El comisario recorrió algunos metros por la playa.

—¿Jefe? —Le Ber hablaba tan bajo que apenas se le oía.

—Sobre todo registre bien el faro. Y los edificios adyacentes a la central eléctrica y la planta desalinizadora.

—De acuerdo. Cuatro compañeros se dirigen a la capilla.

—Los acabo de ver. Que les muestren todas las salas.

—Por cierto —Le Ber bajó aún más la voz—, Vaillant acaba de salir de su embarcación. Va acompañado por tres hombres. Lo estoy siguiendo.

—¿Adónde van?

—Al pequeño supermercado.

—¿Al pequeño supermercado?

—Exacto.

—¿Y qué van a hacer allí?

—Todavía no lo sé a ciencia cierta, pero veo la caja. La veo muy bien. Aún no han pagado.

Aquello era grotesco. Sobre todo, cuando Dupin se imaginó a Le Ber escondido detrás de algún murete.

—Llámeme si se produce alguna novedad.

Dupin se guardó el móvil en el bolsillo del pantalón.

Leblanc ya estaba al final del dique. Lo estaba esperando.

—¿Busca alguna cosa en concreto, señor comisario? ¿Le puedo ayudar?

Dupin llegó junto a él. Dio un paso hasta el borde exterior, donde la

estructura sobresalía del agua.

Era increíble lo transparente que era el agua allí. Brillaba bajo el sol en tonos verde esmeralda y azul turquesa. Se veían todas las piedras y los moluscos, y también las finas ondulaciones de arena al fondo. Una bandada de peces verdes pasó a toda prisa; por un instante, todos los vientres brillaron en tonos plateados, cientos, como si en las aguas hubieran estallado fuegos artificiales. Dos cangrejos negros se marcharon a toda prisa.

No hacía falta mucho rato para comprobar que allí no había nada.

Dupin se volvió.

—Eso ha sido todo, señor Leblanc.

—¿Y ahora ha averiguado más cosas? —Leblanc no podía disimular su asombro.

—Debo seguir mi camino. —Dupin tenía el ceño fruncido—. Muchas gracias por su ayuda.

—Espero que pronto pueda poner punto final a este caso. Es una catástrofe. Todo esto.

Miró con tristeza a la lejanía. Ese día parecía más afectado que el anterior.

—Sí.

—Por cierto, hablando de medición de valores. —El tema pareció animar de nuevo a Leblanc—. Desde hace media hora la presión atmosférica se está desplomando. Eso anuncia tormenta. Si quiere regresar a tiempo a tierra firme, debería zarpar pronto.

Dupin levantó la mirada y escrutó en todas las direcciones.

El cielo estaba blanco, magnífico, y no había nada amenazador en él. Ni el menor atisbo. Ni el más mínimo indicio de cambio de tiempo, y menos aún de tempestad. Por supuesto que Dupin, comparado con un bretón auténtico, no era experto en predicciones meteorológicas, pero tampoco era ya un principiante, pues llevaba años entrenándose con ahínco. Conocía las señales.

Y esas no anunciaban tormenta. Tampoco la intuición le decía nada sobre la inminencia de una tempestad.

En principio, los registros de los edificios no privados de la isla habían finalizado. Los policías habían examinado todas las estancias. La señora Coquil se negó en primera instancia a entregar las llaves de las salas de los museos cerradas al público, pero finalmente accedió entre protestas. Además, ella era la responsable de las llaves de la iglesia y del pequeño faro del muelle norte.

Dupin no había caído en la cuenta de algunos edificios, como el antiguo Bureau du Port, que estaba vacío, pero Le Ver, sí. Al final resultaron ser bastantes y los policías tuvieron que separarse.

De todos modos, no habían encontrado nada. Ningún fragmento de embarcación sospechoso, ni un motor, ni un objeto metálico de las dimensiones indicadas, ni tampoco ninguna cruz. Ni una pista sospechosa. Nada inusual, curioso, llamativo. Nada.

La operación había resultado infructuosa.

Era desalentador. El pesimismo era abrumador y resultaba tremendamente difícil ver más allá y mantener la mirada enfocada solo en lo positivo. En realidad, en ese momento, Dupin ya no tenía nada más que ver.

Durante el camino de vuelta desde la estación de medición de Leblanc había echado un vistazo a algunos de los edificios ya registrados y en los que no se había encontrado nada. El edificio de bomberos y la iglesia. Estaba nervioso, más de lo que habría admitido en principio, y esa sensación había aumentado en el curso de la operación.

Esa tensión se había ido convirtiendo gradualmente en malhumor y susceptibilidad. Un estado que, tenía que admitirlo, no era nuevo para él en

ese día. La diferencia ahora es que era más evidente.

Como era de esperar, la noticia de que la policía buscaba «algo» se había propagado por toda la isla en un abrir y cerrar de ojos. Se llegó a decir incluso que buscaban otro cadáver. Luego se habló de un «tesoro», de una vara dorada decorada con piedras preciosas, como las de los magos o los druidas, y que, al parecer, había sido encontrada en el fondo del mar. Antoine Manet había llamado y puesto al corriente a Dupin. Pronto aparecerían titulares en la prensa digital y habría noticias exaltadas en la radio. Dupin no se hacía ilusiones.

Había dado instrucciones a los policías de que no dijeran nada sobre lo que estaban buscando, aunque tampoco tenían que desmentir nada. Era mejor que se limitaran a repetir «sin comentarios». Los rumores no le inquietaban.

Posiblemente ahora, o muy pronto, el asesino se enteraría de todo y supondría que la policía estaba al tanto.

Le Ber tenía novedades. Esperaba al comisario en el Ar Men, el único hotel de la isla, en el que el inspector había pasado la noche. Aquel día el ferri había traído a un número muy grande de turistas, ahora aposentados en los bares y las cafeterías del puerto. Dupin lo entendía perfectamente, pero por desgracia esos locales habían dejado de ser lugares adecuados para reuniones policiales discretas.

También el inspector parecía abatido. No había ni rastro de su entusiasmo y parecía agotado. Como Dupin, él también llevaba en pie desde las cinco de la mañana. Y como ayer, seguramente tampoco había tomado bocado aún. Era posible que al proponer el Ar Men, que también era restaurante, Le Ber tuviera segundas intenciones. A Dupin le crujía el estómago. Por otra parte, el comentario de Leblanc sobre el desplome de la presión atmosférica tenía ocupado el estómago de Dupin, proporcionándole una leve sensación de aprensión que se resistía a remitir. Comer algo seguramente le ayudaría a

sentirse mejor; un estómago vacío nunca va bien. Además, no se veía ninguna nube en dirección alguna; solo el azul del cielo se había vuelto un poco más blanco; si se quería, era algo más lechoso. Pero solo un poco.

—¿Así que Vaillant y sus hombres han regresado sin más a la embarcación tras salir del supermercado? ¿Con refrescos de cola, chicles, patatas fritas y cervezas? —Dupin seguía sacudiendo la cabeza, incapaz de dar crédito a eso.

Le Ber le había informado de su operación de seguimiento.

—Así es. Como si quisieran tomarnos el pelo.

—¿Y luego han zarpado de inmediato?

—Al momento. Han atracado, han ido al pequeño supermercado, han regresado a la embarcación y han zarpado otra vez. Por cierto, a Carrière ya no se le ve en el mar. Y a Jumeau tampoco. Puede que se haya dirigido hacia la Chaussée de las Pierres Noires.

Dupin reflexionó. Estaría bien vigilar a Vaillant también en el agua, aunque eso, por otra parte, no era nada fácil. Para no llamar la atención deberían conseguir un pesquero. Pero también deberían vigilar a todos los demás, a todos sus sospechosos. Y para eso harían falta muchos barcos.

El mar era un terreno muy complicado para hacer pesquisas. Hacía que todo resultara más difícil de lo que ya era.

Le Ber interrumpió los pensamientos infructuosos de Dupin.

—Tal como me pidió, he vuelto a hablar con mi primo. —Le Ber había escogido las palabras de forma especialmente prudente y no apartaba la vista de Dupin. Aguardó un poco y prosiguió—: En su opinión científica, el hallazgo de una cruz de oro macizo en el fondo de la bahía de Douarnenez sería un hito. Jefe, no le va a gustar, pero me limito a contarle lo que él me ha dicho. —Tras vacilar un poco, se decidió a proseguir—: Ese hallazgo estaría relacionado por fuerza con Ys. Ni en Douarnenez, ni en ninguno de los municipios o ciudades en torno a la bahía, había iglesias o monasterios, ni

eran lugares lo bastante importantes para albergar una cruz como esa u otros hallazgos arqueológicos similares. —Siguió hablando con rapidez, por si Dupin le interrumpía—. Por otra parte, afirma que en toda la historia de la cristiandad en Francia no ha habido cruces de esas dimensiones. Y que no falta ninguna. Según sus propias palabras: «Debe tener un significado arriesgado en un lugar arriesgado». Otra cosa sería inconcebible.

Dupin no le interrumpió. Estaba demasiado cansado. Extenuado. Además, él había pedido a Le Ber que hablara con su primo. Debería habérselo imaginado.

Esperaba algo por completo distinto. Un contexto realista relacionado con la historia del arte que, siendo preciso, también incluyera una cruz. Una explicación del tipo: en la gran catedral de Quimper, Rennes o Vannes hubo hasta el siglo tal una cruz de oro especialmente grande que fue robada en algún momento por los normandos, los anglos o los sajones, los cuales la trajeron hasta Douarnenez en un barco que una noche se hundió en el curso de una temible tempestad... Algo así.

Dupin permaneció en silencio.

—¿Qué hacemos ahora, jefe?

—Quiero que nos centremos sobre todo en Morin.

Aunque su tono de voz era enérgico, la impresión que daba era de abatimiento.

No había nada sólido en ninguna línea de investigación. Era desesperante.

—No. Vamos a seguir investigando también a los demás —se corrigió.

Su tono de voz entonces no sonó tan abatido.

—El asesino no nos lo pondrá fácil —masculló Dupin—. Tiene que ser un escondite muy sofisticado. En cualquier caso vamos a ampliar la búsqueda de forma sistemática. En tierra firme. Deberíamos iniciar las operaciones allí.

Iba a ser mucho trabajo. Mucho trabajo y muy frustrante.

Dupin dejó oír un profundo suspiro. No había nada que fuera útil.

—Nos pondremos a ello —respondió simplemente Le Ber.

—Pero antes, Le Ber, comamos algo.^[P]_[SEP]La cara del inspector se iluminó al momento.

—La especialidad de este restaurante se conoce en toda Francia. —La perspectiva de algo agradable había dado un nuevo brío a Le Ber—: ¡*Ragoût de Homard!* —Pronunció el nombre del plato como si lo estuviera proclamando a toque de clarín—. Le va a encantar, jefe. El ragú se prepara en unas cacerolas grandes. Lleva bogavante cortado a trocitos y pelado en parte; cebollas rosadas de Roscoff; apio; semillas de hinojo; mejillones ahumados. Luego eso se dora en aceite de cacahuete con aguardiente de sidra y tres o cuatro vasos de un buen vino blanco. —Aquello tenía que ser un poema—. Y luego están las incomparables patatas amandine, con un poco de nata, pimienta de Espelette, sal, sal gruesa y, como toque final, mantequilla salada. Y entonces se deja cocer, cocer y cocer.

—¿Qué va a ser? —Una mujer delgada de pelo negro se plantó ante ellos. Parecía amable, pero era evidente que su paciencia no era infinita. Llevaba una pequeña libretita de comandas y un bolígrafo en las manos.

—Que sean dos —pidió Dupin.

—Muy bien, señor. Dos. ¿Y me podría decir de qué, por favor?

—Dos ragús de bogavante —intervino Le Ber—. Y dos copas de Quincy.

—Mejor que sea una botella —le corrigió el comisario.

La mujer asintió y se marchó.

También ese lugar era fabuloso. Desde las mesas y bancos del edificio rosado del Ar Men se podía admirar la parte final de la isla, el faro, la capilla y el camino que pasaba junto al cementerio del cólera. Aquí y allá había campos extensos salpicados de pequeñas flores rosadas. Y, a ambos lados, el mar.

Era innegable que el blanco lechoso del cielo, que había barrido por completo el fantástico azul de antes, se había convertido de forma lenta pero inexorable en un gris claro.

Le Ber parecía ensimismado, pero en un momento recuperó de nuevo sus ganas de contar historias.

—Merlín, el mago más famoso del mundo, que era bretón, era amigo de las nueve brujas de Île-de-Sein. Visitaba a menudo la isla para hablar con ellas sobre el arte de la magia. —Su narración ganaba dinamismo con cada palabra—. Ellas le confiaron a Merlín sus visiones y le anunciaron la llegada de un gran rey, que, como sabemos, era Arturo. Poco tiempo después, Merlín lo conoció y se convirtió en su mentor. Un día Arturo fue gravemente herido en una terrible batalla en Camlann; estaba tan grave que ni siquiera Merlín se creyó capaz de curarlo. Sin pensarlo dos veces, Merlín llevó a Arturo a Île-de-Sein para que lo vieran las nueve brujas. Estas le prepararon un lecho de oro puro. Velléda, llamada «*la femme de l'autre monde*», la mujer del otro mundo, era la curandera y lo tomó a su cargo. Aunque estaba prácticamente muerto, ella le devolvió la vida, sin que Merlín pudiera comprender cómo. Ella tenía el poder de abrir las puertas del submundo. Como puede ver, esta isla juega un papel fundamental en la leyenda del rey Arturo.

Le brillaban los ojos.

Dupin guardó silencio.

—¡Señor comisario!

Dio un respingo.

Era Labat. Casi lo había olvidado. En un momento tenía a su segundo inspector resollando delante de la mesa. Teniendo en cuenta su manera de ser, parecía avergonzado.

La impresión no engañaba:

—Se me ha escapado. —Su tono era una mezcla de admisión de fracaso y

rabia—. ¡Es muy astuta! Seguramente después de hablar con usted llamó de inmediato a su marido. Entonces empezó a dar un paseo inocente por el puerto. Entre los muelles y...

—¿De qué está usted hablando, Labat?

—De Gochat. Se ha ido. Ha abandonado la isla. Su marido la ha recogido en su barca. Ella ha andado tranquilamente hasta la parte más adelantada del dique cuando de pronto ha salido un barco por detrás de los grandes peñascos de la entrada del puerto, ha atracado un momento, y ella se ha subido en él.

Aunque eso no era una auténtica sorpresa para Dupin, no dejaba de ser muy molesto.

—¿Cómo sabe que era su marido?

—He podido ver el nombre del barco. *Ariane DZ*. Está registrado a nombre de François Gochat. Y además he visto a un hombre.

—Con un barco como ese pueden ir a cualquier sitio. —Le Ber, el experto, tomó la palabra—. Y además, muy deprisa. Tiene buenos motores. Lo vi ayer en Douarnenez.

Labat estaba desolado. Esa era una imagen muy poco habitual.

—Encárguese de que Gochat sea sometida a vigilancia en cuanto llegue al puerto de Douarnenez. Y luego siga usted con ello. Pero ahora mismo — Dupin habló de un modo extrañamente enérgico— usted va a comer algo.

De hecho, Labat llevaba despierto incluso más tiempo que ellos. Y se le notaba, aunque en ese momento estaba sobre todo estupefacto. Esperaba una reacción diferente.

De todos modos, no protestó.

—¿Ragú de bogavante? —preguntó esperanzado.

—Sí.

Instantes después, él y Le Ber estaban sentados compartiendo un banco, con Dupin sentado delante de ambos. Todos ensimismados en sus propios

pensamientos. Por suerte, no pasó mucho rato hasta que la camarera llegó con la botella de Quincy, tres platos grandes y una cacerola enorme, repleta, con las pinzas del bogavante sobresaliendo a derecha e izquierda. Era como si el cocinero hubiera adivinado cómo se sentían por dentro y quisiera animarlos. Habrían podido invitar a un par más de policías hambrientos y todos habrían quedado satisfechos.

—Es genial, ¿no le parece, jefe?

Dupin asintió con gesto vehemente. Era cierto. Era grandioso: con sustancia, de sabor intenso. Sabía a aguas turbulentas, al carácter de la isla, que contrastaba con la carne suave y delicada del bogavante. Una mezcla asombrosa a la par que maravillosa. Y luego estaba ese vino blanco y fresco. Eso era la gloria.

El soniquete del móvil de Dupin los sacó de ese estado intermedio entre el agotamiento y el éxtasis.

Era Nolwenn.

—¿Diga? —Se tragó el último bocado.

—He conseguido localizar al hermano de ochenta y seis años de Lucas Darot. —Había una profunda satisfacción en la voz de Nolwenn—. Es el hermano del supuesto padre de Laetitia Darot. Vive retirado en un pueblecito cerca de la punta de Raz y me ha dado la impresión de que sigue estando muy en forma.

Todo eso sonaba confuso, pero prometedor.

—Un sobrino de mi marido tiene una carnicería cerca y a veces el hermano va a comprar allí.

De nuevo, Dupin era incapaz de ver adónde conduciría todo eso.

—He hablado con él. ¡Es todo cierto! La madre de Laetitia y Morin tuvieron una relación, aunque muy breve. Lucas la perdonó y crió a Laetitia con todo su amor, como si fuera su propia hija. Nunca se lo dijo a nadie, solo

a su hermano, que hasta hoy siempre se lo guardó para sí. Sin embargo, ahora, con la muerte de Laetitia, todo ha cambiado para él.

Así pues, era cierto. Y era exactamente lo que su intuición le había dicho todo el rato.

—Es una historia conmovedora, señor comisario. De verdad este caso cala hondo. Es muy exigente. En cualquier caso, el ragú de bogavante le dará energía. Ya lo verá.

¿Cómo podía saberlo?

—Nosotros —balbuceó Dupin—, es decir, Le Ber, Labat y yo, estamos almorzando juntos. En el Ar Men. Así podemos hablar con calma.

Por el teléfono se oían ruidos de motores. Alguien había reducido la marcha. Todo indicaba que Nolwenn seguía en el coche. Dupin se imaginó nítidamente el caos: vehículos, camiones y tractores avanzando a paso de caracol. La autopista de cuatro carriles tenía que estar absolutamente atascada.

—Vaya, esto significa que la fiesta de su madre no va a poder ser. Pero así son las cosas. —Hablaba sin el menor asomo de ironía—. No hay nada que hacer. El trabajo es el trabajo. En fin, hasta luego, señor comisario.

Dupin colgó.

Volvió la mirada hacia el cielo. El gris brumoso se había convertido ya en un gris amenazador. Todo indicaba que se iría volviendo más denso hasta convertirse en un nubarrón. Todo el cielo estaba cubierto. Se había transformado en un muro gris, difuso y sin forma definida. No soplaba ni la menor brisa. El aire estaba quieto. Dupin no había visto nada igual, y eso que él creía que, tras cinco años expuesto a los elementos primarios bretones, con toda suerte de fenómenos meteorológicos, cambios bruscos del tiempo y rarezas climáticas, ya lo había visto todo.

Tenían que ponerse en marcha. Espabilar.

—Vamos a ampliar la búsqueda a tierra firme. —En la voz de Dupin había cierto tono apremiante—. Por el momento, diría que en la isla no tenemos nada que hacer.

—¿Y hacia dónde exactamente ampliamos la búsqueda? —Labat hablaba con la boca llena. Tenía que ser él, por supuesto, el que metiera el dedo en la llaga.

—Examinaremos todas las propiedades, terrenos, primeras, segundas y terceras residencias, casas de vacaciones, edificios, cobertizos, apartadizos y bodegas que sean propiedad de nuestros «protagonistas». Y empezaremos con Morin.

—Jamás en la vida nos dirán el lugar donde han ocultado esa cosa. —Labat sorbía con deleite su última pinza de bogavante—. Siempre y cuando alguna vez haya habido algún hallazgo. —La punta de la pinza, infinitamente delicada, infinitamente deliciosa, desapareció en su boca—. No lo ha visto nadie aún. Todo esto podría ser una simple fantasía. La de un muchacho aburrido que se inventa historias. Un remolque nuevo y unos arañazos en el suelo y la pared. Todo eso es poco sólido.

Había sido una mala idea permitir que Labat recuperara las fuerzas. Dupin se lo debería haber figurado. El caso era que Labat no parecía hacerlo con mala intención. No pretendía incomodar a Dupin. Creía lo que decía. Y, en cierto modo, expresaba las dudas que le surgían al comisario una y otra vez.

—Nos vamos. —Dupin se levantó sin previo aviso—. Discutiremos los detalles en la barca. —Volvió la mirada hacia el cielo. Cada vez sentía más aprensión. Con tono más decidido, añadió—: Cuando llegemos a tierra firme, volveré a hablar con Morin.

Estaban listos para zarpar.

El comisario y sus dos inspectores se reunieron en la proa de la lancha de diseño aerodinámico de Goulch.

—¡Amarras sueltas! —gritó un joven alto a Goulch, que se encontraba en la cabina de mando. En ese instante arrancaron los poderosos motores diésel, que hasta entonces solo habían traqueteado suavemente.

Dupin había dejado a cuatro agentes en la isla con órdenes concretas. Uno vigilaría la casa de Kerkrom y otro la de Darot; el tercero estaba a cargo de los cobertizos y el último, que era el encargado de coordinar el equipo, permanecería en el puerto. Por si acaso.

Por precaución, Dupin había preferido no preguntarle a Goulch por el tiempo. No quería saber si aquella nebulosa materia gris podía devenir de veras en una tempestad. Si hubiera eventos meteorológicos inminentes dignos de mención, Goulch se lo diría a tiempo.

—Quiero que primero nos...

De pronto, los motores enmudecieron. Dupin, irritado, se interrumpió.

Goulch salió de la cabina de mando. Considerando su forma de ser, su expresión reflejaba una gran inquietud.

—Un aviso de radio. Acaba de llegar.

Se plantó ante Dupin.

—Es Charles Morin. Lo acaban de rescatar del mar. Está herido, presenta una hemorragia y apenas le quedan fuerzas. Ha estado a punto de ahogarse; parece que ha sido un salvamento en el último minuto.

Imposible.

—¿Morin?

—En efecto.

—¿Qué ha pasado?

—Todavía no lo saben.

—¿Quiénes son los que no lo saben?

—Una lancha de los guardacostas. Morin ha sido socorrido por un pescador de algas, un *goémonier*. Él lo ha subido a bordo y ha avisado a los guardacostas, que han zarpado desde Île Molène. En unos minutos estarán con él.

—Tengo que saber lo que ha ocurrido.

—Como le he dicho, no tenemos más información.

—¿Morin no ha contado nada al pescador de algas?

—El pescador de algas no ha comentado nada al respecto a los guardacostas. Acaba de ocurrir. Quiero decir, el mensaje acaba de llegar.

—¿Dónde lo han rescatado?

—A cuatro millas náuticas de Île Molène, en dirección sur, es decir, hacia Île-de-Sein. Es una zona con unas corrientes extraordinariamente intensas. Y tenga en cuenta también la escasa visibilidad que hay ahora mismo.

En otras palabras: en realidad había tenido suerte de que alguien lo hubiera encontrado y de seguir con vida.

—¿Es posible hablar con Morin? ¿Está en condiciones de tomarle declaración?

—Tampoco puedo responder a eso.

—¿Adónde lo llevarán?

—A Douarnenez. Al hospital.

Estaba claro lo que tenía que hacer.

—Vamos a Douarnenez. Cuanto antes.

Dupin era muy consciente de que eso, sin embargo, significaba ir a toda velocidad. Pero no había otro modo.

—De acuerdo. Tome mi radio. Los compañeros volverán a llamar.

Goulch le pasó a Dupin un aparato de color amarillo intenso.

Al cabo de unos segundos los motores atronaron con el doble de fuerza e intensidad que antes. La lancha salió disparada hacia delante con una

sacudida.

Al cabo de un cuarto de hora ya llevaban un buen rato en alta mar. En teoría, a esas alturas deberían estar viendo al este la punta de Raz, pero el difuso muro gris se había convertido en una especie de caldo oscuro, extenso y repugnante que no tenía nada en común con la bruma o la niebla normales. El mar, en sí, había adoptado un color grisáceo, de hormigón, mortecino, y apenas se podía ver nada que estuviera a doscientos o trescientos metros. Hacía rato que aquella materia ominosa había engullido el horizonte. Ni siquiera Goulch podía ver nada, ningún peñasco que sobresaliera ni, aún peor, ninguna roca plana oculta, de las muchas que había por ahí. Eso significaba depender por completo del sofisticado equipo de navegación, algo en lo que Goulch debía confiar ciegamente, ya que hasta ese momento no había aminorado ni un instante la velocidad. Dupin había pasado ese cuarto de hora en silencio.

—Aquí *Stelenn. Bir*, por favor, informe.

Las voces roncas procedentes del aparato de radio que Dupin llevaba en la mano le hicieron dar un respingo.

—Sí, aquí *Bir*. Dupin —respondió, sobreponiéndose—. Aquí Dupin. El capitán Goulch está al mando de la embarcación.

El guardacostas ignoró el balbuceo.

—Tenemos a Charles Morin a bordo. Se niega a que lo llevemos al hospital de Douarnenez. Quiere ir a Île Molène. Dice que tiene una casa allí y que en la isla hay un buen médico. Está muy débil, sufre hipotermia. Debería ir al hospital. —El guardacostas informaba de forma profesional y aséptica—. Pero afirma que se encuentra bien. Aunque cuesta mucho entender lo que dice.

Eso era inconcebible.

—¿Ha explicado lo ocurrido?

—Dice que ha sido un accidente, una torpeza. Él...

—¿Una torpeza?

El guardacostas seguía imperturbable.

—Dice que estaba pescando y que se ha caído por la borda al inclinarse demasiado para tirar del sedal. Luego la corriente se lo ha llevado. Su barca se encuentra a unos dos kilómetros. Lo ha encontrado un pescador de algas. El problema es que las posiciones no concuerdan. —El hombre continuó informando de forma aséptica—: La posición del rescate de Morin y la del lugar donde estaba su barca.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que las corrientes van en otra dirección.

—¿Cómo puede ser entonces que él se encontrara allí?

—Ni idea.

Aquel guardacostas no era proclive a las especulaciones.

—¿Y qué ha ocurrido?

—El señor Morin dice que ha nadado media hora más o menos. Por lo tanto, calculo que cayó al agua sobre las 13.45.

Dupin se quedó en silencio unos segundos.

Le acudieron a la mente pensamientos de lo más dispares. De hecho, se le arremolinaron en la cabeza, como si esta fuera una bola de nieve que hubiera sufrido una sacudida rápida e intensa.

—¿Está usted ahí, comisario?

—Sí.

—Está consciente y ha expresado muy claramente su voluntad. —Dupin sabía lo que eso significaba—. Vamos a tener que acompañarlo a Île Molène.

El comisario no vaciló.

—Yo también me dirigiré hacia allí.

Tenía que ver a Morin.

—Como quiera.

—¿Dónde tiene la herida?

—En el antebrazo. Sangra bastante. Dice que ha sido al caerse de la barca. Aunque no entiendo cómo pudo ocurrir. En todo caso, lo cierto es que sangra. Todo aquello resultaba absurdo.

—¿No cree su versión?

—Si él lo dice...

—¿Me equivoco si digo que tiene usted dudas sobre lo que él está contando? —En cualquier caso, Dupin sí las tenía. Unas dudas inmensas— No fue un accidente, ¿verdad?

—No lo creo —repuso el hombre, ahora imperturbable.

—Estamos de camino, señor. Corto.

Le Ber y Labat se habían acercado a Dupin y, a pesar del viento en contra, lo habían podido oír todo.

Dupin tenía que informar de inmediato a Goulch, que permanecía en la cabina de mando.

Regresó poco después.

—No fue un accidente. —Le Ber estaba convencido—. Ese agente de los guardacostas, sin duda, es un experto en las corrientes de la zona. Tuvo que ser exactamente como él dice.

Dupin pensaba lo mismo. Un accidente habría sido una casualidad demasiado grande.

Le Ber ensombreció la mirada.

—Ha sido un ataque.

—Un intento de asesinato —precisó Labat con frialdad—. Un intento de asesinar a Charles Morin.

Dupin callaba.

Las consecuencias eran inmensas. Y, además, echaban de golpe por tierra

el planteamiento preferido de Dupin. ¿Acaso alguien con un apego especial por alguna de las víctimas había querido vengarse al saber que Morin era el asesino? Eso explicaría por qué mentía, no les decía nada y les venía con el cuento del accidente.

Dupin se inclinó mucho sobre la borda. De forma temeraria. Aquello le aclararía las ideas; inspiró profundamente un par de veces contra el intenso viento. Luego se colocó frente a sus dos inspectores. Ante una situación complicada, cuando uno no sabía por dónde seguir, solo se podía huir hacia delante.

—Quiero saber dónde se encuentran ahora mismo todos nuestros sospechosos. —La voz de Dupin era firme y clara, autoritaria—. Ahora y hace una hora. Quiero saberlo de forma precisa, con testigos. Pruebas. Nada vago. A partir de ahora, eso es lo único que nos interesa. Nada más.

—¿Qué personas exactamente? —quiso saber Le Ber por precaución.

Dupin estrechó la mirada. Estaba enfadado.

—Nuestro joven pescador Jumeau; el pirata Vaillant; nuestra encantadora directora del puerto; Pierre Leblanc y el *bolincheur* de Morin, claro está, Frédéric Carrière.

Morin estaba reclinado en una butaca de piel marrón en la sala de estar de su casa, muy distinta de la que Dupin había visitado en Douarnenez. Era un lugar simple, sencillo, no demasiado grande. Una de las antiguas casas de pescadores de Île Molène. Lo único que llamaba la atención a primera vista respecto a las demás era su situación privilegiada: justo detrás del puerto antiguo, con la playa de arena de tipo lacustre de la isla, de la que no se veía gran cosa en medio de esa masa densa de color gris oscuro.

Morin llevaba puesto un chándal y estaba tapado con varias mantas de lana

de colores. Su aspecto era preocupante y parecía completamente exhausto. En el rostro llevaba escritas las fatigas pasadas; temblaba de manera irregular, lo que le daba una apariencia más frágil, como al borde del colapso. Sin embargo, a Dupin le dio la impresión de que también estaba furioso, muy furioso. Una y otra vez se le tensaban las facciones y se le deformaba el rostro.

El médico le había aplicado un vendaje en el antebrazo derecho de forma que, por desgracia, Dupin no pudo ver el corte, que era una «herida de cuidado». El médico también le había administrado un calmante y algo también para la circulación. Por otra parte, le había dejado muy claro a Dupin que, por prudencia, no iba a apartarse de su paciente durante el interrogatorio.

El comisario se presentó solo. Le Ber y Labat no le acompañaron.

—Así es, estaba pescando. —Morin hablaba en voz baja—. En uno de mis sitios secretos. Me he colocado mal y he caído por la borda. Al hacerlo me he lastimado. Eso es todo. Así de simple.

—Ha estado usted a punto de morir. Tiene suerte de seguir con vida. — Dupin estaba irritado. No sentía la más mínima compasión.

Ya antes, al saludarse brevemente, Morin había dejado claro que consideraba esa charla por completo innecesaria y que, a diferencia de las otras veces, no le interesaba ni el comisario ni la conversación.

—Las posiciones en las que se le ha hallado a usted y a su embarcación no se ajustan en absoluto con las corrientes de la zona. Explíqueme cómo es posible tal cosa, señor Morin.

Permanecía en el centro de la estancia. No había querido sentarse en la butaca que había frente a Morin y que este le había ofrecido con un débil gesto de la mano.

—Piense lo que quiera —respondió con una indiferencia absoluta mientras desviaba ostensiblemente la mirada hacia el ventanal.

—¿Con qué barca salió a pescar? ¿De qué tamaño?

—Ocho metros noventa de eslora. Una Antarès. Un modelo antiguo.

Una buena embarcación para navegar solo. Por las extensas explicaciones de Le Ber, sabía que era excelente para salir a pescar. No era una lancha rápida, pero tampoco iba lenta.

—¿Con qué se hirió?

—No lo sé.

Ni siquiera se molestaba en explicarse. Aquello rozaba el insulto.

—No me creo nada de lo que dice.

—Me da igual.

—Ha sido víctima de un ataque. Le han agredido. Alguien ha querido acabar con su vida.

Morin se limitó a repetir:

—Es libre de pensar lo que quiera.

Como era de esperar, Dupin había previsto confrontarle con el asunto de la barca de contrabando de la que habían tenido conocimiento. Amenazarle con pruebas irrefutables. Pero sabía que Morin lo rechazaría con una sonrisa de suficiencia.

—Sabe quién es el asesino. De algún modo, lo ha descubierto.

El comisario empezó a ir de un lado a otro mientras hablaba.

—Solo era cuestión de tiempo. —A pesar del leve temblor que afectaba de nuevo a Morin, en su rostro asomó una sonrisa de complacencia.

—Así pues, lo admite.

Lo había dicho al tuntún y había tenido suerte. Sin embargo, al instante le vino otra idea a la cabeza. También podía ser que Morin hubiera descubierto al asesino, se hubiera enfrentado a él y lo hubiera matado, y que luego se cayera por la borda. También era posible que ambos cayeran y que solo Morin hubiera sido rescatado. Sin embargo, todo eso no se correspondía con

la inmensa tensión interior de Morin; para él, ese asunto, fuera cual fuese, no había terminado.

—Yo no admito nada de nada. He sufrido un accidente. Y me parece —añadió, alargando las palabras— que ahora debería descansar.

—Lo cual, desde el punto de vista médico, es absolutamente conveniente —intervino entonces el doctor, un hombre pálido y rechoncho—. Se lo recomiendo de forma encarecida, señor Morin.

—Sí, necesitaré todas mis fuerzas.

Habló casi en un murmullo. Al hacerlo, apretó los puños durante unas milésimas de segundo. A Dupin no se le escapó ese detalle. Morin se dio cuenta, pero no pareció importarle.

Escucharon entonces un retumbo lejano; no fue muy fuerte, pero perfectamente audible. Era un trueno de tormenta. Aún estaba muy lejos. Pero era un trueno.

Se hizo entonces un silencio cargado de agresividad.

Morin no iba a decir nada más. Y ellos no podían obligarle. Si el percance llegaba ante un juez, él seguiría insistiendo en la versión de un accidente. Era insoportable: Dupin no podía hacer nada. En absoluto. Se sintió impotente. No había nada peor para él. Aquello le sacaba de sus casillas.

—Ahora descansaré un poco. Si me disculpa... —Morin se arrebujó entre las mantas.

—Hemos hablado con el hermano de Lucas Darot. Ahora ya conocemos la historia. Laetitia era su hija.

Fue como si estuviera hablando solo. Sus palabras caían en la nada.

—Se lo prometí, señor Morin. Lo descubriremos todo. —Dupin se detuvo un instante—. Averiguaremos toda la verdad. —Las palabras salían de la boca del comisario sin surtir efecto alguno. Impotentes. Ridículas.

Dupin se giró.

Se acercó a la puerta.

Segundos más tarde abandonaba la casa.

Tomó a la izquierda un sendero fangoso y en pendiente que lo llevó en poco tiempo junto al agua a través de un camino estrecho.

Se detuvo al cabo de unos metros.

—¡Mierda!

Maldijo desde lo más profundo de su ser.

Apretó tanto las mandíbulas que las muelas le dolieron de forma atroz.

La situación se estaba descontrolando por completo y él solo podía asistir impotente a ello.

—¡Mierda!

El grito resonó por toda la isla.

El aire era denso, caliente, húmedo, sofocante. La materia nebulosa engullía todos los ruidos. Reinaba un silencio sepulcral. Ni siquiera se oía un leve chapoteo en las aguas espesas. Ni gaviotas. Ni personas. Ni motores. Todo estaba extrañamente teñido con una luz crepuscular.

A la izquierda se alternaban las rocas puntiagudas de formas extrañas, con placas de granito grandes y lisas. Al cabo de unos metros, todo aquello pasaba a hundirse en el oscuro Atlántico, que ya se había abierto camino hasta las líneas costeras más interiores. Faltaba poco para la marea alta. Algo más lejos se entreveían sombras, siluetas de pequeños islotes escarpados, muchos de ellos tocados con un manto de color verde oscuro. Campos irreales. Imágenes propias de las películas de ciencia ficción. Paisajes imaginarios de planetas extraños.

El aire no olía, apestaba e irritaba los ojos; era un cóctel de algas podridas y mohosas y entrañas marinas en descomposición que las aguas crecientes

empujaban hacia la isla. Sin embargo, el comisario no había oído más truenos, ni siquiera en la lejanía. Así pues, la tempestad había amainado.

La distancia entre Île-de-Sein e Île Molène no era muy grande, aunque sí las diferencias entre ellas. Île Molène tenía una forma completamente distinta. Mientras que Île-de-Sein era alargada, estirada, como desgarrada, Île Molène presentaba una apariencia redondeada y armónica, como de isla de cuento. El borde del agua estaba dos o tres metros más arriba que en Île-de-Sein y, desde ahí, el terreno ascendía en dirección al centro de la isla. Era capaz de ofrecer resistencia ante una tempestad furiosa. Las formas parecían más suaves que en Île-de-Sein, más equilibradas, más armónicas, aunque la vegetación de *Moalenez*, que significa «isla pelada» en bretón, no tenía tampoco mucho más que ofrecer; también aquí faltaban árboles, arbustos e incluso matas. El pueblo, de doscientos habitantes, se arremolinaba al este, en torno al puerto.

Dupin había seguido el camino solitario que transcurría junto al agua y que parecía recorrer todo el perímetro de la isla. Se esforzaba por recuperar la agudeza y la claridad de pensamiento. Tenía que calmarse. Pensaba con demasiado esfuerzo, de forma febril, acalorada. Quería conseguirlo. A la fuerza. Con odio. Y con eso lo único que lograba era ponerse nervioso.

Empezó haciendo un repaso tranquilo de todo. Los acontecimientos que se habían sucedido desde la mañana del día anterior, cuando se encontró, cansado y congelado, en la sala embaldosada y estrecha de la lonja de pescado. Tal vez se le había escapado algo. En algún punto, en algún momento, quizá alguien había dicho alguna cosa; o tal vez él había reparado en algo, o incluso había anotado en la libreta un detalle que contenía una pista. El único problema era que él todavía no era consciente de ello. Sacó su Clairefontaine y la hojeó sin detenerse; estuvo a punto de tropezarse varias veces mientras lo hacía.

De pronto, un ruido estalló en esa calma tan particular. Dupin estaba seguro de que su móvil jamás había sonado de ese modo.

Un número oculto.

—¿Diga? —preguntó con tono desabrido.

—Le he estado dando vueltas, Georges. —Su madre. Eso no podía estar ocurriendo; era evidente que tenía un sentido infalible para escoger el momento más inoportuno—. No sé si esta mañana, cuando el florista estaba por aquí, he sabido expresarme de forma clara. Resulta impensable que mañana no puedas asistir. Ni siquiera vamos a contemplar esa posibilidad. Entiendo que te encuentras inmerso en una investigación y que se trata de una historia de lo más desagradable. Lo comprendo perfectamente. Pero mañana por la mañana ya la habrás resuelto.

—Yo...

—Lo tienes que hacer, Georges. Y sí, ya lo sé. Te dejaré seguir trabajando. Nos vemos mañana, querido.

Fin de la conversación.

Una conversación por completo descabellada.

Antes de que Dupin guardara el móvil en el bolsillo del pantalón, este volvió a sonar.

Otra vez un número oculto.

—¡Ah, señor comisario!

Lamentablemente, reconoció la voz al instante. Y deseó que fuera de nuevo su madre. Porque esta llamada era muchísimo peor: era el prefecto. Tal vez, en este sentido, aquel caso había sido el más afortunado de todos a los que se había enfrentado en la Bretaña, porque casi se había olvidado de él. Por eso ahora su presencia resultaba tan demoledora para su conciencia.

—Hay problemas. —El prefecto fue al grano—. Problemas de suma gravedad.

Esas palabras dejaban entrever que a continuación se produciría una de sus famosas andanadas. Lo raro era que en su voz no se advertía ni un atisbo de cólera.

—Se trata de la señora Gochat, la directora del puerto. Ha presentado una demanda. Contra usted y contra el procedimiento policial. Al parecer tiene un par de conocidos poderosos en Rennes, del lobby de la pesca. —Con esas últimas palabras su voz empezó a endurecerse cada vez más. Estaba a punto de estallar—. Por coacción, privación de libertad y cosas por el estilo. Y ahora, escúcheme bien. —Hizo una pausa retórica. Dupin se preparó para lo peor—. ¡No vamos a dejar que nos amedrente una persona tan engreída! ¡Por mí, que se desgañite! ¡Lo ha entendido bien? ¡Nada de ir con guantes de seda con ella! Sea implacable. Haga todo lo que tenga que hacer.

Dupin creyó estar alucinando.

—Yo... bueno. Eso haré, señor prefecto. Lo que sea necesario. Lo que sea policialmente necesario

—¡Déjese de policialmente! ¡Menuda tontería! No sea tan melindroso. Ya sabe usted que mi esposa es de Douarnenez. Todavía tenemos allí la casa de sus padres. —Dupin, claro está, no lo sabía y no podía imaginar tampoco por qué debía saberlo—. Hace un par de años nos compramos un barco nuevo y, evidentemente, lo queríamos fondear en el puerto antiguo. ¿Dónde si no? En uno de esos bonitos amarres que están justo delante. Pues bien, Gochat se negó en redondo a hacer eso por mí. ¡Por pura mezquindad!

Claro. Eso lo explicaba todo. Debería haberlo imaginado.

—Ah, y otra cosa más, querido comisario. —Cuando aparecía esa expresión era preciso extremar las precauciones. Dupin se preparó—. Supongo que sabe usted que este ejercicio tan crucial para la seguridad de las calles de nuestra nación en el que participo se prolongará hasta las seis de la tarde de mañana domingo. ¿Sí?

—Sí, claro. —Eso le proporcionaría cierta tranquilidad hasta entonces. Sin embargo, seguía sin tener ni idea de cuáles eran las intenciones del prefecto.

—Lo dicho. ¡Es de suma importancia para la nación! Así que hasta el lunes por la mañana no pienso dar ninguna conferencia de prensa para anunciar el final de la investigación en curso.

El prefecto guardó silencio y no hizo amago de proseguir. Por lo tanto, seguramente, ya había dicho lo importante.

Dupin necesitó un momento. Luego lo entendió.

—Yo... —No sabía qué responder.

—Así pues, no se apresure por nada. Ni trabaje todo el día con una premura exagerada. Basta con que detenga al culpable al principio de la semana. —A Dupin aquel tono de complicidad le resultaba más insufrible que las explosiones coléricas—. De ese modo disfrutaremos de un excelente inicio de semana. ¡El anuncio del final de nuestras investigaciones!

Era absolutamente abominable. En todos los casos pasaba lo mismo. Llegaba un momento en que Dupin se decía: «Esto va más allá de todo cuanto el prefecto ha hecho hasta ahora y no podrá superarlo». Y siempre ocurría algo que le sacaba de su error.

—Por cierto, comisario, ahora que hablamos. Me han mencionado una acción de protesta a causa de esa duna. Parece que ser que termina con una gran concentración justo delante de la prefectura de Quimper. ¿Sabe algo de eso?

—Yo...

—¡Jefe!

Dupin dio un respingo.

—¿Va todo bien, jefe?

Le Ber, con Labat a la zaga, venía corriendo por el estrecho camino que bordeaba la costa.

El comisario reaccionó al instante:

—Lo lamento muchísimo, señor prefecto. Hay novedades urgentes. Ya le llamaré.

Colgó. No podía arriesgarse.

—Tiene que ir con mucho cuidado. Entre los rastros de hierba del camino hay una piedra de granito muy resbaladiza que provoca muchos accidentes.

Dupin no respondió.

Le Ber prosiguió de inmediato:

—Tenía la línea ocupada. Nos hemos encontrado con el médico. Se ha fijado en que usted tomaba el camino que bordea la isla y le ha extrañado. ¿Sabía que en este camino hay veintisiete bancos azules y que cada uno de ellos se encuentra en un hermoso mirador? —Dupin había estado demasiado concentrado en sus pensamientos como para reparar en la presencia de uno de esos bancos—. Es el camino circular oficial de la isla.

La frase de Le Ber sonó como un desafío, de modo que, al oírla, los tres reemprendieron la marcha.

—Si se pudiera ver algo —prosiguió Le Ber—, aquí, en la costa noroeste, tendríamos una panorámica fabulosa. Sobre todo si la marea estuviera baja. —Dos condicionales absurdas—. Entonces se podría hacer usted una idea perfecta de todo el archipiélago. En dirección sur hay un par de islas bastante grandes. —Le Ber hizo un gesto vago hacia la bruma grisácea—. En una de ellas hay una casa derruida que en otros tiempos estuvo habitada por un pescador loco; en otra, el Parc Iroise tiene instalada una estación de medición. Más allá, en otra, los ornitólogos tienen un puesto de observación. Todo este archipiélago es un paraíso para las aves. Geológicamente se trata, en realidad, de un gigantesco altiplano de granito que durante el período de la glaciación formaba parte de la tierra firme bretona y que poco a poco se fue convirtiendo

en fondo marino. Excepto las islas. ¿Sabe lo que se dice? —Era una pregunta retórica. Dupin estaba aún demasiado apabullado por las dos llamadas telefónicas para poder intervenir—. «Si la marea está alta, es un mar con tierra; si la marea está baja, es una tierra con mar».

Le Ber se calló y miró a Dupin de forma inquisitiva; era, a todas luces, un intento de adivinar el humor del comisario. Luego puso punto final a su cháchara con una pregunta sobre el caso:

—¿Qué tal fue la charla con Morin?

Dupin tenía que aclarar una cosa, no le quedaba otra opción, aunque con ello iba a dar al traste con uno de sus principios:

—Le Ber, ¿sabe usted algo sobre la «gran concentración final» de la protesta delante de la prefectura?

—Por supuesto. La marcha de protesta se ha iniciado en el muelle de l’Odet. La concentración tendrá lugar ante la prefectura, como debe ser. En estos momentos debe de estar empezando. Hay varios cientos de personas. El ambiente debe de estar muy caldeado. La gente está furiosa. ¡Y con razón! Aunque el prefecto no esté, habrá imágenes muy atractivas para la prensa.

Justo ese era el problema. Dupin las veía ante sí: un primer plano de Nolwenn con una pancarta en primera fila, justo delante de la oficina de Guenneugues. Huevos y tomates volando por los aires. Cristales de ventanas haciéndose añicos.

De pronto, sin poder evitarlo, se le escapó una sonrisa. ¿De qué se preocupaba? ¡Era Nolwenn! Ella no necesitaba su ayuda. Y si llegaba el caso, él, por supuesto, estaría ahí. A su lado.

—Y bien, ¿qué ha dicho Morin? —Le Ber tenía toda la razón del mundo. Había cosas más importantes de que hablar.

Dupin reprodujo la conversación lo mejor que pudo.

—Eso es absolutamente inaceptable. Hay que obligarle a hablar —

sentenció Labat con tono ufano.

—¿Y qué piensa hacer? ¿Torturarlo? Labat, a partir de ahora usted vigilará a Morin de forma permanente. ¡Y que lo note, da igual! Quédese aquí, en Île Molène. Alguien más se tendrá que encargar de Gochat. Busque refuerzos. Haga lo que haga, usted manténgase pegado a Morin.

—Esta vez no pienso cometer ningún error.

—Está bien. —Dupin estaba recuperando las ganas de pelea—. Y ahora, lo más importante: ¿dónde estaba todo el mundo entre la una y las dos y cuarto de la tarde de hoy?

Entonces se oyó un estruendo sordo. Y no precisamente lejos.

—Venía del sur. —Le Ber volvió a gesticular hacia un punto difuso—. El asunto de Morin ocurrió en algún lugar de por allí.

Labat, más absurdo aún, había seguido con la vista el gesto de Le Ber.

—Por cierto —añadió el segundo inspector—, hemos investigado al pescador de algas que rescató a Morin del mar. No parece sospechoso. Nada indica que pudiera tener algo que ver con el asunto.

—Bien. —Dupin asintió apreciativamente.

—Es de Lanildut —apuntó Le Ber—. El puerto de algas más importante de Europa; cuenta con unos cien pescadores. Los lugareños llaman a las algas el «pan del mar», y a las algas laminarias, que pueden alcanzar una longitud de hasta cuatro metros, los «espaguetis marinos».

Dupin sabía que las algas eran, y con razón, uno de los grandes temas bretones.

Seguían avanzando, aunque a poca velocidad: el camino de la costa era tan estrecho que se vieron obligados a andar en fila india, pero tenían que mantenerse bastante cerca para poder oírse. Dupin, Le Ber, Labat.

—Las leyendas hablan de una hierba marina mágica de múltiples colores con la que se alimentaba a la vaca marina Mor-Yvoc'h. —Le Ber estaba otra

vez yéndose por las ramas—. No ha sido hasta hace poco que se ha demostrado científicamente el fantástico potencial de los distintos tipos de algas. Tienen aplicaciones en medicina, biotecnología, farmacia, cosmética, como fertilizantes naturales y como material aislante alternativo. Sin embargo, su mayor potencial se encuentra en la nutrición. ¿Cómo alimentaremos a los cerca de nueve mil millones de personas que pronto seremos en el planeta? —Parecía de verdad que Ber en persona fuera a encargarse del asunto—: ¡Con algas! ¡Solo con algas lo conseguiremos!

—Volvamos al caso. —Dupin se impacientaba.

—¡Son muy saludables! Son ricas en yodo, magnesio, fibras vegetales y antioxidantes. Y los grandes cocineros de la Bretaña han creado delicias maravillosas con ellas. Pronto habrá incluso una cadena de televisión dedicada solo a las algas, *Breizh Algae TV*, que...

—Las coartadas. —Dupin se hartó—. ¿Qué hay de las coartadas?

—Gaétane Gochat todavía no ha regresado a la oficina y, hasta el momento, es imposible contactar con ella. —Labat se adelantó a Le Ber y empezó el informe rápidamente—. En el puerto antiguo, donde fondea su embarcación, aún no la ha visto nadie, y hasta ahora su marido tampoco...

—¿No deberían haber regresado hace rato?

Dupin era todo oídos.

—Es evidente que no han ido directamente de Île-de-Sein a Douarnenez.

—¿Y no le parece que eso es algo alarmante? —Dupin estaba atónito.

—¿Cree que deberíamos volver a detenerla en cuanto aparezca?

Labat no se molestó ni siquiera en ocultar esa ironía insolente de su tono de voz.

Dupin permaneció impasible.

—En cuanto aparezca, alguien la debería interrogar. Y, evidentemente, si los datos que nos proporciona la señora Gochat respecto de su paradero

después de partir de Île-de-Sein son incompletos, aunque solo sea en parte, la volveremos a detener. De inmediato.

Labat hizo una mueca de disgusto.

—Le Ber, ¿cuántos helicópteros tienen los guardacostas?

—No se lo puedo precisar, jefe. Tal vez tengan cinco en la zona sur de Finistère.

—Quiero que busquen a Gochat.

—No creo que eso tenga sentido con este tiempo.

—Es cierto —gimió el comisario.

—¿Cree que fue ella?

—Tal vez. En todo caso, anda buscando algo. Igual que nosotros. Estoy convencido. Sigamos; ¿cuál es la coartada de los demás?

—Usted mismo vio a Leblanc al mediodía en Île-de-Sein. —Era evidente que Le Ber se había ocupado del científico—. Luego partió a Île Ouessant para tomar nota de los registros. He hablado con él mientras estaba allí. Desde la barca, a las 14.33. El instituto tiene un pequeño puesto de investigación con dos colaboradores. He hablado con uno de ellos, que me ha confirmado que Leblanc había estado un buen rato allí, pero no me ha sabido precisar cuánto. Leblanc dice que llegó sobre las 13.45. Si eso es así, puede que no tuviera tiempo suficiente para el encontronazo con Morin. Si no lo fuera, si hubiera llegado media hora más tarde a Île Ouessant, entonces la cosa sería muy distinta. Depende mucho de la velocidad de su embarcación.

—Mmm. —Un gruñido desabrido de Dupin. Era una de esas coartadas tan precarias de las que habían oído tantas desde ayer. En sentido estricto, eso no significaba nada.

—Creo...

De pronto, Dupin dio un respingo.

Se quedó quieto, paralizado.

Le Ber estuvo a punto de chocar con él.

Frente a ellos había unas piedras de granito oscuras y de formas extrañas. Justo al lado del camino. Y una de esas piedras se acababa de mover. Lentamente, con tranquilidad, pero se movía. Se veía claramente.

Dupin se quedó quieto en el sitio.

—Es una foca gris. Cansada de tanto comer. Salen de caza y luego descansan aquí. —Le Ber parecía encantado.

La foca levantó la cabeza hacia ellos. Durante unos segundos escrutó con atención al pequeño grupo de personas para luego, por algún motivo, decidir que no parecían peligrosos. Volvió a apoyar con cuidado la cabeza sobre las rocas. El mimetismo con el granito de color antracita sobre el que descansaba era perfecto. Solo a ambos lados del morro y en torno a los ojos oscuros la piel brillaba un poco más clara. Fue entonces cuando Dupin se dio cuenta de que ahí no había solo una foca, sino varias. Ocho. Las demás ni siquiera habían considerado necesario tomarse la molestia de levantar un poco la cabeza y examinar la situación. Parecían cómodas; tumbadas con toda tranquilidad, muy cerca las unas de las otras. Eran unos ejemplares de casi dos metros de largo. Y nadie, excepto Dupin, parecía especialmente asombrado por eso.

—En cuanto a Vaillant —Labat volvía a intervenir. Dupin seguía impresionado por las focas—, se encontraba en la parte oeste de Île Ouessant cuando lo he contactado por radio. Estaban pescando caballas.

—¿Podría encontrarse hacia las 13.45 donde ha ocurrido todo?

—Es posible. Igual que Leblanc. No se puede descartar por completo.

Fabuloso. La tendencia continuaba.

—¿Ha ido a Île-de-Sein a comprar refrescos de cola, chicles, patatas fritas y cerveza y luego se ha ido a pescar? Y antes de ir al supermercado, ¿qué ha estado haciendo?

Habían dejado las focas atrás, no sin que Dupin se hubiera girado una vez más.

—Dice que dormir un buen rato.

Era grotesco.

—Yo...

El móvil de Labat.

Hizo un gesto ostentoso hacia un lado y respondió:

—Inspector Labat, dígame.

Escuchó atentamente.

—¿Tres de sus embarcaciones grandes? ¿Tres pesqueros de altura?

Una respuesta. A continuación, otra pregunta de Labat:

—¿Y qué hay de las de bajura?

De nuevo escuchó con atención durante un buen rato. Luego puso fin a la conversación.

Se acercó a Dupin y Le Ber con una expresión significativa.

—Acaban de zarpar tres de los pesqueros de altura de Morin que estaban en el puerto de Douarnenez. No estaba previsto que salieran hasta mañana.

Dupin se pasó la mano por el pelo. Eso tampoco podía ser una coincidencia.

—¿Dónde están las demás embarcaciones grandes? —Si mal no recordaba, había seis.

—Entre Escocia e Irlanda. Muy lejos. Demasiado.

—Va a activar también a todos sus pescadores de bajura —añadió Le Ber con tono sombrío.

—Seguro —confirmó Labat.

Aquello no sorprendió a Dupin. Por eso Morin necesitaba todas sus fuerzas. Para una operación a gran escala.

—Sin embargo, la búsqueda no va a ser fácil —musitó Le Ber—. El mar es

grande. Y, por otra parte, la persona en cuestión podría estar en tierra.

—¿No podríamos hacer seguir a la flota de Morin? —se preguntó Dupin en voz alta.

—Aunque quisiésemos, no tenemos suficientes embarcaciones.

—Continuemos. —Dupin necesitaba avanzar—. ¿Qué hay de Jumeau? ¿Dónde estaba?

Se habían vuelto a poner en marcha. Ahora caminaban en el orden inverso: Labat, Le Ber y Dupin, uno tras otro, muy cerca entre sí. Pronto habrían rodeado toda la isla.

—Acabo de hablar con él. Se encontraba al norte de Île-de-Sein, donde estaba ayer. Dice haber permanecido todo el rato en la misma zona; eso son unas diez millas náuticas de distancia.

—Entendido.

También eso resultaba muy vago. Jumeau había salido a la mar, lo cual, desde luego, era parte de la naturaleza del caso. Y para poder calcular y valorar las distancias y los tiempos en el agua había que combinarlos con las potencias de los motores, el oleaje y las corrientes. Lo cual convertía a la fuerza los cálculos en algo complejo y muy elástico.

—Frédéric Carrière. —Labat volvió a tomar la palabra—. A las 14.15 el jefe de los *bolincheurs* de Morin se encontraba a solo dos millas marinas de Île Ouessant, no muy lejos de la zona en cuestión. Fue visto por otra barca, por un *bolincheur*, con el que Morin no tiene nada que ver. Carrière, por su parte, afirma que se encontraba bastante alejado, en dirección norte. Casi en el límite de las aguas del territorio nacional. Eso significa que ha mentido. Me ha mentado a la cara.

Tal vez ese pescador de Morin desempeñara un papel destacado en la historia.

—Interróguelo de nuevo, Labat, y...

Dupin se interrumpió.

Se quedó paralizado.

Como si le hubiera alcanzado un rayo.

—Le Ber, ¿qué es eso que ha dicho antes?

El inspector se dio la vuelta, confundido.

—¿Yo? ¿Sobre Jumeau o sobre Vaillant? Que el mar es grande y...

—No, no. Eso de la estación de medición del parque. Ha dicho que el Parc Iroise tiene allí fuera una estación de medición. —Dupin apuntó con el dedo hacia aquel gris difuso, igual que antes había hecho Le Ber—. Que está en una isla al sur de Île Molène, cerca de donde ocurrió lo de Morin.

—Sí. En Île de Triélen. Pero...

—Un momento. —Dupin sacó el móvil a toda velocidad.

Ya había marcado ese número hoy.

Le Ber y Labat permanecieron ante él, sin saber qué hacer.

Tuvo que esperar un rato.

—¿Diga?

Una voz alegre de mujer. Llena de entusiasmo.

—¿Es usted la secretaria del señor Leblanc?

—Yo misma.

—Soy el comisario Dupin. Estuve ayer...

—Me acuerdo.

—Solo una pregunta. ¿Cuál es la ruta que hace el señor Leblanc los viernes para ir a las estaciones de medición?

—Siempre es la misma: Île-de-Sein, Île de Triélen, Île Ouessant, Île Béniguet y luego Rostudel, en la península de Crozon.

Por un momento, Dupin se quedó sin palabras.

—¿Ha dicho usted Île de Triélen, la que se encuentra al sur de Île Molène?

—Exacto.

—¿Y dice que siempre hace la misma ruta en el mismo orden?

—Solo la modifica si las condiciones meteorológicas son extremas. Île de Triélen es la más delicada a causa del oleaje y las corrientes. Si la situación es complicada, no pasa por ahí y recoge los resultados la semana siguiente.

—¿Y hoy?

—Creo... —Ella vaciló—. La verdad es que no lo sé. Desde hoy a mediodía esperamos una gran tormenta, aunque hasta ahora el mar ha estado bastante calmado. ¿Quiere que le pregunte?

—No, déjelo. Ya le llamaré yo mismo. —Dupin iba a colgar y añadió—: Muchas gracias.

Le Ber y Labat se habían ido aproximando al comisario durante la conversación. Labat fue el primero en tomar la palabra:

—Leblanc ha dicho que ha ido directamente a Île Ouessant. No ha mencionado para nada Île de Triélen. Seguramente hoy se ha saltado esa parada.

—Piensa que Leblanc estuvo en Île de Triélen, ¿verdad? —Le Ber habló vocalizando de forma muy marcada—. De resultar así, él sería el hombre que andamos buscando.

Dupin permaneció en silencio.

—Pero, aunque hubiera estado en Île de Triélen y acechara a Morin, y esto cuadre cronológicamente —Le Ber hizo una pequeña pausa—, ¿cómo lo demostramos? Alguien debería haber visto a Leblanc por casualidad. Y eso es muy poco probable, sobre todo con este tiempo. De hecho, es casi imposible.

Dupin permaneció en silencio.

Por desgracia, Le Ber tenía razón. Sintió una intuición repentina, justo lo que necesitaban con urgencia.

—Tiene que haber un modo. —Sus palabras eran casi una súplica.

—Quiero hablar con Vaillant. Él sabe...

Se volvió a interrumpir.

Y, al momento, tenía de nuevo el móvil en la mano.

Marcó el mismo número.

—¿Diga?

—Hay otra cosa que me gustaría saber. —Fue directo al grano— Esos valores que el señor Leblanc registra, los que pasa a su ordenador. —De pronto se sintió sumido en un estado febril; se le acababa de ocurrir otra cosa—. Esos valores, digo, solo los ven cuando entran en el sistema, ¿verdad? Es decir, cuando Leblanc regresa a la oficina. Lo que quiero saber es si él los pasa entonces al sistema o los transfiere antes mediante una conexión de radio.

Esa era la cuestión que le acababa de pasar por la cabeza.

—No. Solo cuando regresa.

—Por lo tanto, si él los borrara antes, ustedes no los verían jamás.

—Así es. —La voz de la secretaria reflejaba una justificada confusión—. Acabo de hablar con el señor Leblanc. Tenía que aclarar con él un par de cosas antes del fin de semana. Y, sobre su pregunta: me ha dicho que hoy no ha pasado por Île de Triélen, porque pensó que la tormenta iba a estallar de inmediato. Pero dice que ahora se pasará por allí, de camino a Île de Béniguet.

—Yo...

Durante unos segundos, Dupin se quedó sin palabras ante la intensidad con la que aquel pensamiento le asaltó. Una idea que, esa vez, era nítida como el cristal.

Y que lo explicaba todo.

En efecto.

Dupin estaba seguro.

—¿Le ha dicho usted al señor Leblanc que yo había preguntado por su ruta?

—Solo de paso.

No podía ser de otro modo.

Eso era. Esa era la solución.

—¡Necesito a Goulch! ¡Que nos venga a recoger de inmediato!

Le Ber y Labat se quedaron mirando al comisario, perplejos.

—No hay tiempo para explicaciones. Le Ber, hable con Goulch. ¡Que venga ya!

Dupin se apartó del camino y se dirigió hacia el agua a través de las rocas.

Tenían que ser rápidos.

Más que él.

De lo contrario, habrían perdido la partida.

—¿Dónde espera que atraque la barca?

Le Ber tenía ya el móvil en el oído; conocía el tono imperioso de Dupin.

—Tiene que venir a toda prisa.

Dupin hablaba en serio. Siguió avanzando hacia el agua.

Tenían muy poco tiempo.

No podía destruir la prueba. Tenía que dársela.

Dupin alcanzó la línea de agua. Miró a su alrededor. No se veía ni arena, ni piedras, solo unas rocas negras enormes. Por suerte, había marea alta. Tal vez Goulch se podría acercar lo suficiente. El agua tenía un color gris oscuro, triste. Se distinguía una espesa alfombra de algas.

Al cabo de unos minutos, Le Ber y Labat estaban a su lado.

—Goulch está de camino.

—Bien. —Dupin estaba sumido en sus pensamientos.

—¿Adónde vamos? —La pregunta de Labat fue comedida, nada imperiosa; incluso él parecía haberse percatado de que no era el momento de

comportarse con demasiada insistencia.

Dupin ni siquiera la oyó.

Empezó a ir de un lado a otro, con la cabeza baja.

—La *Bir* estará aquí de inmediato —dijo Le Ber para tranquilizar al comisario.

De repente, Dupin se quedó quieto. En su rostro llevaba escrita la mayor de las determinaciones.

Un segundo después se precipitó hacia el agua.

Directo a su interior.

Labat y Le Ber le miraron boquiabiertos, inmóviles en su sitio.

Pronto el agua le llegó a las rodillas.

Luego a las caderas.

Entonces se quedó quieto. No notaba el frío en absoluto.

Esperó.

—Jefe, eso no es una buena idea. —Le Ber por fin se había recuperado del asombro y se precipitó también hacia la orilla.

De repente, se oyó un gran estrépito. Eran los potentes motores de la barca de Goulch. Se percibían por la derecha. Pero con aquella bruma gris era imposible ver nada.

—¡Aquí! ¡Estamos aquí!

Dupin gritaba con todas sus fuerzas.

—¡De acuerdo, comisario!

Goulch era la calma en persona. Su voz les llegaba de forma clara y nítida. Hablaba a través de un megáfono. Al cabo de un momento, Dupin distinguió la silueta de la *Bir*.

—Prepararé el bote auxiliar, comisario. No puedo acercarme más.

—Tardarán demasiado.

Dupin, decidido, enfiló hacia delante con más precaución que hasta

entonces. El fondo estaba cubierto de piedras y algas; no era fácil mantener el equilibrio.

Para entonces el agua ya le llegaba al pecho. Ahora sí sentía el frío. Dupin calculó que estaría a dieciséis grados. O a quince. O a catorce.

—¡Vaya con cuidado, jefe! ¡No pierda el equilibrio!

Por su tono de voz, Le Ber ya veía la desgracia cerniéndose sobre su comisario.

Dupin se detuvo por última vez. Solo había diez metros hasta la embarcación.

Entonces, sin dar más pasos, se deslizó por completo dentro el agua.

Y empezó a nadar.

Avanzó hasta llegar a la cubierta más baja. Goulch lo había visto todo y, acompañado de dos miembros de su tripulación, se apresuró hacia la parte trasera de la embarcación.

Le Ber y Labat también se habían metido en el agua. Cada vez más adentro, hasta que también ellos tuvieron que nadar. Conforme más se acercaban, más rápido avanzaban, conscientes de que el comisario no iba a esperarlos.

Dupin alcanzó la embarcación y llegó a los escalones de la cubierta baja. Goulch lo ayudó a subir a bordo. Rechazó la manta que le ofreció un colega.

—A Île de Triélen. Cuanto antes. —Su corazón latía a toda velocidad.

—De acuerdo.

Goulch desapareció en la cabina de mando.

Le Ber y Labat aún recorrían los últimos metros a nado.

En el mismo momento en que subían a bordo, los motores se pusieron en marcha.

—Ya hemos llegado.

Durante el rápido trayecto, Dupin permaneció en la cabina de mando de Goulch. El agua le chorreaba por la camiseta, los pantalones, los calcetines y los zapatos, pero no lo notaba. Aunque era inútil, se mantuvo todo el tiempo vigilante desde aquel punto elevado. La materia brumosa parecía haberse vuelto todavía más impenetrable.

—Existen dos pasajes. —Goulch mostró a Dupin una sección detallada de la carta de navegación en una pantalla impresionante—. La estación de medición se encuentra aquí, en esa punta estrecha. Da la impresión de que es posible llegar hasta allí tanto desde el norte como desde el sur. Nosotros venimos del norte.

Labat y Le Ber se habían reunido entretanto con Goulch y Dupin; se apretaron en la cabina de mando, muy estrecha de repente.

Todavía no se adivinaba la isla. Ni silueta, ni rocas.

—¿Cuánto nos podemos acercar?

—Unos metros más; luego es imposible, ni siquiera con marea alta.

—¿No hay dique?

—No. Necesitarán el bote auxiliar.

—Apague los motores, Goulch.

Si no podían utilizar la vista, entonces se tendrían que valer de los oídos. Y, sobre todo, tenían que confiar en que no fuera demasiado tarde.

Al instante se hizo el silencio.

El silencio absoluto. Solo se oía el leve chapoteo del agua provocado por el ligero deslizamiento de la embarcación.

—Hay tres posibilidades —dijo Dupin en voz baja—: una es que tal vez ya se haya marchado y esté tan lejos que no podamos oír la barca; otra es que se encuentre aún en la isla y que, al tener los motores de su embarcación apagados, ya sepa que hay alguien más, y la tercera es que aún no haya

llegado y que, por lo tanto, pronto le oiremos acercarse.

Por un momento, nadie dijo nada.

—Vamos a tierra. —Dupin corrió hacia la cubierta—. Quiero ir a la estación.

—Yo de ustedes usaría el bote auxiliar —indicó Goulch con tono desapasionado.

De pronto empezaron a vislumbrarse unas formas, unas rocas oscuras y planas. Siluetas. Tal vez a unos veinte metros de distancia. Estaban realmente frente a la isla.

—Será muy rápido.

Goulch pulsó un gran botón amarillo y al momento los dos enormes brazos de la embarcación depositaron el bote auxiliar en el agua.

—Bien.

Tras un salto ágil, Dupin se colocó en el bote de goma. Labat y Le Ber lo siguieron.

—Tomen esto. —Goulch le entregó un aparato de radio al comisario—. Yo me quedaré justo aquí. En cuanto lleguen a tierra, la estación está a unos cien metros a la derecha. Junto al agua.

Dupin asintió.

Goulch soltó la barca.

Labat y Le Ber tomaron los remos y desplazaron el bote.

Avanzaron hacia las rocas casi sin hacer ruido. Instintivamente, Dupin se palpó para comprobar dónde tenía el arma.

Uno metros más y llegarían a la isla.

Le Ber buscó un lugar apropiado para desembarcar. Todavía no se oía nada. Tampoco aquí había gaviotas ni personas. Nada.

Le Ber fue el primero en salir de la barca.

—Aquí está bien.

Dupin lo imitó. Luego Labat.

El agua les llegaba a las caderas.

Sin duda, si Leblanc se hallaba en la isla, sabía que estaban ahí, pero no exactamente dónde. Y además, tampoco él los podía ver. Dupin vadeó hasta llegar a tierra.

Se encaramó a las rocas oscuras hasta que alcanzó la hierba arbustiva. Como le había dicho Goulch, se dirigió hacia la derecha. Sus inspectores lo seguían a dos o tres metros de distancia.

Era inquietante. La niebla espesa. El silencio absoluto. Como si la naturaleza, la isla y el mar contuvieran el aliento.

Dupin se movía lentamente, con su SIG Sauer en la mano.

Al cabo de un rato el terreno empezó a ascender.

A la derecha, sobre las rocas, junto al agua, descubrieron unos edificios de hormigón que posiblemente formaban parte de la estructura de protección de los aparatos de medición.

De pronto escucharon un estruendo enorme.

Dupin lo reconoció en el acto.

Era el rugido del motor de una embarcación.

Había llegado.

—Viene desde el otro lado de la isla.

Le Ber salió disparado, igual que Labat. Tampoco Dupin vaciló. El ruido había remitido un poco, pero se mantenía constante.

Corrieron entre la hierba y las piedras, sin ver adónde. Se dirigían directos hacia la fuente del ruido. La isla era mayor de lo que Dupin había pensado.

Alcanzaron la orilla.

Y tampoco ahí vieron nada.

Seguramente la barca había virado a la izquierda. Las rocas allí parecían más agudas y abruptas que en el otro lado. Debían ir con cuidado para no

resbalar. Era fácil romperse un brazo o una pierna.

Pocos metros después descubrieron la barca. Era una Zodiac. Dupin la reconoció al momento. Vieron un cabo tendido de forma provisional en torno a una roca que tenían delante.

No se veía a nadie.

—Está en punto muerto.

En efecto. Le Ber tenía razón. Mientras corrían, a Dupin también le había llamado la atención el ruido de los motores.

Reaccionó en milésimas de segundo. el comisario se dio la vuelta de un salto y se precipitó a toda velocidad por donde habían venido.

—¡Atrás! ¡Regresemos! ¡A la estación de medición! ¡A toda prisa!

Les había engañado. Había sido una maniobra de distracción. Y ellos habían caído en la trampa.

Pretendía alejarlos de la estación de medición y lo había conseguido. Y eso que Dupin sabía que su objetivo solo podía ser ese.

El comisario corría tan rápido como podía. Imposible. ¿Fracasarían de un modo tan absurdo? ¿En el último momento? ¿Por una treta tan tonta?

Sin aminorar la carrera, Dupin sacó el arma.

—¡Policía! ¡Aléjese de la estación! —gritó con todas sus fuerzas contra aquella masa gris y difusa—. ¡Alto!

Siguió corriendo sin esperar respuesta.

—Voy a disparar. Aléjese de la estación y deténgase.

Nada.

Mientras corría, dirigió el arma hacia el cielo.

Y disparó.

Una vez. Otra. Otra.

Nada.

Enseguida volvió a ver agua. Habían regresado al lado de la isla por el que

habían llegado. Oyó a Le Ber y Labat corriendo detrás de él y se mantuvo a la izquierda.

Su sentido de la orientación no le había abandonado. Al cabo de unos metros atisbó de nuevo la estructura de hormigón. El equipo de medición.

Si la instalación estaba diseñada como en Île-de-Sein, el cobertizo debía de estar en algún sitio cercano.

Dupin trastabilló y estuvo a punto de caer. Siguió corriendo.

Se detuvo de golpe.

Acababa de ver el contorno de algo a su izquierda. Sí. Tenía que ser eso.

Lo distinguió poco después: un sencillo cobertizo de hormigón. A la derecha, una puerta.

Era cuestión de segundos, de décimas de segundos.

Entró de un salto. Dispuesto y pistola en mano.

No había nadie.

Labat y Le Ber entraron tras él.

—No está aquí —gimió Labat.

—Da igual. —Dupin había recuperado el aliento. Estaba muy concentrado.

Escrutó la sala. También por dentro se parecía a la de Île-de-Sein. Una mesa de aluminio con una silla delante. Dispositivos colgados en la pared sobre la mesa, una caja y pequeños diodos parpadeando en rojo.

Se esforzó por recordar dónde estaba conectado el cable.

En uno de los lados.

Exacto.

Allí había dos conexiones. Conexiones USB, de las normales, si es que Dupin no se equivocaba.

—Quiero saber qué está ocurriendo —espetó Labat, que no estaba de humor para contenerse por más tiempo—. ¿Qué significa todo esto, comisario?

Antes de que Dupin pudiera contestar, oyeron el estruendo de los motores de una embarcación.

—¡Está huyendo! —Le Ber se acercó a la puerta de un salto—. ¡Se nos ha vuelto a escapar!

—Déjelo. Si ya ha estado en la estación, está todo perdido. Y si no es así, tenemos aquí todo cuanto necesitamos.

El aparato de radio de Dupin sonó.

—Aquí Goulch. Parece que una embarcación está abandonando la isla. ¿Qué debo hacer?

—Es Leblanc. Síganle.

—¿Debemos detenerlo cuando lo atrapemos?

—Se lo diré entonces.

—Entendido. Cambio y corto.

Dupin se volvió hacia el instrumental.

—Necesitamos un portátil ya mismo.

Hasta entonces no había pensado en ello.

De nuevo se oyó el rugido de unos motores. Otra vez, el ruido era tremendo.

Le Ber detuvo el gesto y su rostro se iluminó con una sonrisa.

—Usted quiere conectarse con el aparato. Aquí. Esta es la hora de la última visualización de datos. —Hablaba precipitadamente—. Él ya había estado aquí. Nos mintió. Leblanc estuvo aquí e hizo una lectura de los valores. Poco antes del incidente con Morin. Y esto, esto es la prueba —balbuceó, emocionado—. Una prueba irrefutable. La estación de medición nos lo dirá. Por eso él tenía que volver, para borrar la hora de la transferencia de datos, la hora que lo delata. —Podía verse cómo el rompecabezas iba encajando en la mente de Le Ber—. Sobre todo, después de que su secretaria le dijera que usted se había interesado por la ruta que seguía. La hora de la lectura de los

datos se guarda en dos lugares: en el propio ordenador y aquí. Él la puede borrar con facilidad del ordenador. Pero para eliminarla de aquí tenía que regresar. —Hizo una pausa—. Leblanc no fue de ningún modo a Île Ouessant. Imposible. Estuvo aquí. Y aquí fue donde Morin intentó detenerlo. ¡En la isla! Lo acechó aquí, posiblemente cuando Leblanc se disponía a abandonar la isla de nuevo. Debe de haber borrado los datos.

Esas eran, más o menos, las mismas conclusiones a las que Dupin había llegado.

—Pediremos que nos traigan un portátil desde Île Molène. Debe haber dos lanchas de policía en la isla. —Labat ya estaba totalmente implicado en el asunto. Salió del cobertizo para telefonar.

—En cualquier caso, ahora sabemos que fue él —espetó Le Ber.

—Si ha podido borrar la fecha de la transferencia del mediodía, no tenemos nada.

—De todos modos, ha venido a la isla y nos ha entretenido con una treteta. Eso no deja de ser también un indicio claro.

Dupin no quería hacerse ilusiones. Él ya se había figurado qué ocurriría entonces.

—Dirá que tras hacer la parada de Île Ouessant ha visto que tenía tiempo para acercarse a Île de Triélen porque, en contra de lo esperado, la tempestad aún no había estallado. Que no se ha dado cuenta de nuestra presencia en la isla debido al ruido del motor. Y que él lo había dejado encendido porque solo iba a estar aquí un minuto, como siempre hace. Etcétera, etcétera.

Labat había vuelto.

—Nos traerán un portátil. No tardarán mucho.

Por el tono de voz que empleó, era evidente que había aterrorizado a alguien.

—Vale.

Dupin recorrió lentamente la estancia. Aparentaba estar tranquilo, pero por dentro la tensión estaba a punto de estallar.

Ese rato iba a ser terrible.

Debían esperar. Tener paciencia.

Dupin se esforzó con todas sus fuerzas en dirigir su pensamiento hacia otras cosas. Volvía a imponerse una pregunta: ¿dónde se encontraba el objeto en torno al cual giraba todo, ese que Kerkrom y Darot habían ocultado? Porque Dupin estaba convencido de que en esa cuestión nada había cambiado: se trataba de ese hallazgo. Era el núcleo en torno al cual giraba todo. ¿Qué podía ser? Ahora ya sabía que iban tras Leblanc y no tras Morin, al menos en la cuestión de los asesinatos. Todo había cambiado. No podía tratarse de un trozo de madera ni del motor de una barca de contrabando.

Intuitivamente, los dos inspectores habían dejado tranquilo a Dupin y este seguía dando vueltas por la sala.

—Den orden de registrar la casa de Leblanc. Todos los edificios y terrenos que le pertenezcan o con los que tenga relación. Cobertizos, cabañas, almacenes, lo que sea. Lo mismo para el instituto y todos los edificios del Parc Iroise. Especialmente en Île Tristan. Pero no se limiten a eso. —Dupin reflexionó—. Van a tener que registrar todas las estaciones de medición del parque. La explicación oficial será que buscamos un objeto valioso, de un metro cuarenta de altura más o menos, posiblemente de oro. —Se volvió hacia sus inspectores—: Que sea una operación a gran escala.

—De acuerdo, jefe. —Le Ber parecía aliviado. Labat se limitó a asentir.

Ambos abandonaron la sala.

Dupin se quedó solo. Se detuvo delante de los aparatos.

Los miró, inmóvil.

Labat llevó el portátil como si de un objeto sagrado se tratara. Lo colocó con un cuidado exagerado sobre la mesa de aluminio. Dupin estaba impaciente.

—Y esto de aquí es el cable USB —explicó Labat sacándolo del bolsillo del pantalón.

Dupin lo cogió y lo insertó rápidamente en la ranura del aparato.

El portátil se puso en marcha. Le Ber tomó la iniciativa y se colocó frente al teclado. Labat le dejó hacer.

—Evidentemente, no disponemos del programa del instituto con el que se transfieren y se guardan los valores de medición. Por eso lo intentaré desde el sistema operativo. El puerto USB de la instalación, como un hardware externo, solo indicará cuándo fue la última vez que se conectó.

Dupin no entendía de las elucubraciones técnicas de Le Ber. Le traían sin cuidado.

El inspector tecleó con energía y una expresión de atención extrema.

—Así no. —Un zumbido. Chasquidos del teclado. Otro zumbido—. Así no.

De nuevo, un chasquido y un pitido sordo y amortiguado:

—Y así tampoco.

Una pausa.

Le Ber tecleaba con todos los dedos.

—¡Oh, no! —Le Ber inspiró profundamente—. Pero si lo hago así... — Una pausa prolongada—. Así, sí.

De pronto, parecía muy contento.

En la pantalla no se veía gran cosa. Solo en el borde inferior izquierdo se leía toda una secuencia de comandos. Letras, caracteres, números. Con un tamaño de fuente diminuto.

Dupin clavó la mirada en la última línea:

«*Synchronising run: 22.06.---13.25.*», sincronización, 22 de junio, 13.25 h.

—Aquí está. Nuestra prueba. A las 13.25 en punto alguien descargó datos. Esta es una prueba sólida.

Dupin se mantuvo inmóvil. Callado.

Durante unos solemnes instantes todo permaneció en silencio.

Hasta que, de pronto, regresó el ruido. La lluvia empezó a caer con fuerza. Diluviaba. Con una intensidad apocalíptica.

Entonces estalló un trueno aterrador que hizo temblar el cielo y la tierra.

La tempestad. Por fin había llegado.

—Informe a Goulch, Le Ber. Que detenga a Leblanc en cuanto encuentre la embarcación.

En el rostro de Dupin se dibujó una breve sonrisa.

—Goulch ha llamado hace unos instantes, cuando estábamos fuera. Tienen la embarcación de Leblanc en el radar y van a por ella. Está intentando librarse de la *Bir* por todos los medios, con maniobras temerarias a un lado y a otro. A pesar de que el mar está revuelto, ahora mismo se encuentra en las pequeñas islas frente a Quéménès, un lugar donde el agua es muy poco profunda.

Un resplandor gigantesco iluminó el cielo y la isla; un relámpago cuya intensidad parecía atravesarlo todo, incluso las paredes macizas. Le siguió al instante el trueno correspondiente. El estallido fue aún más intenso que el primero.

—Deberíamos irnos de la isla cuanto antes y llegar a una zona de tierra firme más segura. Esto ahora se va a poner serio. —Le Ber parecía verdaderamente preocupado; eso no era una buena señal porque, en lo referente a situaciones meteorológicas extremas, él era el más curtido de los tres.

Además de la lluvia, los relámpagos y los truenos, empezaron a soplar rachas de viento intensas.

—La embarcación que ha traído el portátil se encuentra más o menos donde antes estaba Goulch. Dos colegas han desembarcado en la isla. Esperan en el bote auxiliar. —También Labat mostraba en la frente una profunda arruga de preocupación.

—Entonces en marcha.

El comisario tenía un recuerdo desagradable de una tempestad en las islas Glénan que le obligó pasar la noche en una miserable cama plegable de un dormitorio húmedo y estrecho acompañado de Le Ber y otro policía. Y ahí ni siquiera se veía una cama plegable.

—Dejaré el ordenador como está. Por si acaso, haré un par de capturas de pantalla.

Al cabo de unos clics, Le Ber cerró la tapa del portátil.

—¿Cómo lo llevaremos a la barca sin que se moje?

Buena pregunta. No podían guardarlo bajo la ropa. Aún estaban empapados a causa de la excursión por el agua.

Dupin miró a su alrededor.

En un rincón había dos grandes trozos de poliestireno junto con todo tipo de cachivaches.

—Eso debería servirnos. —Tiró de ellos—. Colocaremos el portátil en medio.

Estaban revueltos y sucios, pero secos.

—De acuerdo —asintió Le Ber.

Dupin puso el portátil entre los dos trozos de poliestireno.

Se produjo otro relámpago espantoso y, de nuevo, se oyó un trueno atroz.

—¡A la barca!

Se detuvieron un momento bajo el umbral de la puerta.

—Labat, encárguese de que no le pase nada al portátil y que sea trasladado a Quimper de inmediato en cuanto lleguemos a tierra.

—¿Adónde vamos ahora?

—A Île Tristan.

La decisión no admitía objeciones.

—¿Al instituto?

—Sí.

Corrieron lo más rápido que pudieron. Bajo aquella lluvia monstruosa. Bajo la tempestad que ahora se abatía justo sobre sus cabezas.

Los sesenta y siete minutos en la lancha de la policía que el día 22 de junio llevó a Dupin de Île Triélen a Île Tristan fueron, sin ninguna duda, los más desagradables, terribles y horripilantes de toda su vida.

Poco tiempo después de zarpar se manifestaron los síntomas más agudos de un tremendo mareo. No fueron solo los «síntomas principales», como náuseas, mareos y vómitos. También aparecieron todas las demás reacciones que guardaban alguna relación con el mareo en el mar. Dupin no estaba pálido sino lívido. Una fría capa de sudor le cubrió la frente mientras le sacudía una arcada demoledora y compulsiva. El ritmo cardíaco se le aceleró hasta el punto de desbocarle el corazón, igual que su dolor de cabeza. El mareo se agravó y se convirtió en vértigo.

Por lo general, la persona afectada notaba una sensación similar a la de girar o balancearse, pero en su caso creía estar girando y balanceándose a la vez. Al pánico contribuyó también que no solo la embarcación y, con ella, él mismo y toda la tripulación, se desplazaba ineludiblemente arriba y abajo, sino que era todo el mar, el mismísimo Atlántico. Era como si la Tierra, todo el planeta, estuviera a punto de volcar; como un desvío repentino de la posición del eje terrestre o una catástrofe de tipo cósmico. Era curioso lo mucho que podía prolongarse la sensación de pánico.

Fue una pesadilla.

Visto en perspectiva, el trayecto de la mañana del día anterior, que en opinión de Dupin había supuesto un desafío extremo para su condición física y psíquica, había sido cosa de niños.

Aunque sonara raro, el mareo le había cogido por sorpresa. En Île de Triélen se había concentrado tanto en los avances de la investigación, había estado tan ocupado en sus pensamientos, que instintivamente confiaba en que durante el trayecto le ocurriría lo habitual a esas alturas de una investigación, es decir, que la realidad quedaría relegada a un segundo plano sin que él hiciera nada para llegar a ello. De repente, durante un tiempo, dejaba de existir para él. No fue así ese día. El mareo había sido más intenso que nunca.

De un modo absolutamente imprevisible e irregular, las olas se convirtieron en colosos monstruosos, como si un titán enfurecido asestara golpes con el puño en la superficie de las aguas, aquí y allá, levantado cada vez nuevos golpes de agua desordenados y dramáticos. El aire había dejado de existir y su lugar había sido ocupado por la espuma, presente en cada respiración. También el estruendo era ensordecedor: el ruido del agua, no de la tempestad. Cuando las tremendas crestas de las olas estallaban, el viento barría el agua, que salía despedida de forma horizontal. No había visto nunca antes algo así.

El Atlántico estaba embravecido. Literalmente. Dupin siempre había creído que los términos que se empleaban en muchas historias sobre grandes tempestades eran metáforas, imágenes poéticas espectaculares. No era cierto. El agua hacía esas cosas. De verdad. Rugía embravecida. Daba bandazos. Arrasaba con todo. Le Ber le había explicado en innumerables ocasiones los indicios que permitían clasificar las tempestades. Ahora él ya las había experimentado todas. Fuerza del viento nueve, temporal fuerte: olas de varios metros con espuma arrastrada, bandazos de agua; fuerza de viento diez,

temporal duro: embates de mar, olas aún más altas; fuerza de viento once, tempestad de tipo huracanado: mar embravecido, se pueden superar los cien kilómetros por hora; fuerza de viento doce: huracán: un auténtico infierno de espuma blanca.

Dupin estaba convencido de que más pronto o más tarde les alcanzaría un relámpago. Ante la inmensa cantidad de rayos que se desplomaban sin tregua muy cerca de la embarcación, era casi un milagro estadístico que tal cosa aún no hubiera ocurrido.

Tampoco la expresión de Le Ber, que se había ensombrecido poco después de zarpar, ayudaba mucho. El inspector, como Labat, estaba lívido y no había dicho ni una sola palabra durante todo el trayecto. Solo en una ocasión, aunque Dupin no sabía si tal vez se lo había imaginado, Le Ber se había vuelto hacia él y, con cara de espanto, le había dicho algo que no había podido entender bien a causa del fragor de la tormenta. Creía haber oído «No hay escapatoria», pero eso, claro está, era un disparate. Igual que esa escenita de la mañana anterior, con las siete sepulturas. Muy a su pesar, porque era ridículo, el recuerdo de esa maldición había vuelto a asomar a su mente durante el trayecto. Intentó oponerse con todas sus fuerzas a ese pensamiento. En unas imágenes confusas e iluminadas por destellos de luz, Dupin se había visto a sí mismo en el cementerio del cólera delante de la séptima sepultura.

Lo malo fue que solo los giros desaparecieron en cuanto puso pie en tierra firme. Las sacudidas y los tambaleos no lo hicieron. Incluso entonces, ya en Île Tristan, Dupin seguía notándolos.

Al abandonar la embarcación, tuvo que agarrarse para poder hacer cualquier movimiento; la última vez se había cogido a la borda. Ahora, sin esa posibilidad, tenía que ir con mucho cuidado para no tropezar.

Intentó avanzar decidido hacia el edificio del instituto, hacia donde Labat y Le Ber se dirigían a paso rápido, pero sintió que oscilaba. La sensación de

náusea seguía siendo tremenda.

La lluvia no había amainado. Ahora simplemente era bastante más fría, igual que la temperatura, que había descendido varios grados.

Dupin estaba empapado. Lo bueno, si es que tal cosa se podía llamar así, era que apenas era consciente de su deplorable aspecto. Como mucho, del frío. Se dirigió a la pared del edificio que quedaba entre dos ventanas. Todavía no estaba en condiciones de mantener una conversación, ni siquiera una medianamente sensata.

Pensó que sería mejor permanecer apoyado ahí un momento.

En cuanto notó la pared en la espalda se obligó a inspirar y espirar siguiendo un ritmo constante. Retener la respiración cinco segundos después de inspirar, y cinco segundos tras espirar. El doctor Pelliet le había recomendado ese método para situaciones de estrés extraordinarias.

Confiaba en que aquello le ayudara en lo más importante entonces, que era concentrarse por completo en el caso y centrar las ideas. Debía ordenarlas, y eso implicaba, sobre todo, dirigir la atención de forma coherente a lo que había que hacer: registrar todas las estancias relacionadas con Pierre Leblanc y detenerlo.

Tuvieron que pasar varios minutos antes de que se atreviera a separarse con cuidado de la pared. Se dijo que, por desgracia, en ese estado su estómago no toleraría un café, y eso que jamás en la vida lo había necesitado con tanto apremio como en ese momento.

En la entrada del instituto la agitación era febril.

Se le acercó un grupo de seis agentes uniformados capitaneados por el inspector Labat, que en ese momento exclamaba:

—¡En ese caso, examinaremos el sector de las instalaciones técnicas del edificio! ¡Y esta vez, a fondo!

Precisamente ese edificio era el que más interesaba a Dupin.

Uno de los policías se detuvo frente al comisario. Era un muchacho joven y mofletudo.

—Ya hemos inspeccionado el edificio de forma sistemática, señor comisario —le informó en tono orgulloso y claro—. No hemos encontrado nada.

Dupin se limitó a asentir. De todos modos, no había nada de malo en repetirlo. La primera inspección no podía haber sido muy exhaustiva porque, a fin de cuentas, esos hombres no llevaban allí mucho tiempo.

Consideró la posibilidad de unirse a Labat. Sin embargo, antes debía hacerse una idea general. Siguió avanzando con paso inseguro, atravesó el pequeño vestíbulo y cruzó la segunda puerta hasta una especie de recepción en la que vislumbró a Le Ber. Seguía sin sentirse bien, en absoluto.

Le Ber se le acercó. Era evidente que estaba inquieto.

—Leblanc ha girado en dirección a Le Conquet, tal vez para resguardarse de la tormenta. Goulch le pisa los talones. Aunque la Zodiac de Leblanc es más rápida y ágil, esas maniobras desatinadas no le ayudan; Goulch pronto lo atrapará. Me figuro que entonces querrá interrogarlo de inmediato.

—De inmediato. —Incluso hablar era un esfuerzo—. Aquí, en la isla.

El comisario no podía esperar.

—¿Aquí, en el instituto?

—Aquí.

Con ese tiempo, Dupin no se veía capaz de recorrer en una embarcación ni siquiera los doscientos metros que había hasta Douarnenez. La mera idea de tener que hacerlo le provocó un nuevo mareo.

—De acuerdo, jefe. Ha finalizado el registro inicial de la casa de Leblanc y también el de una segunda residencia más pequeña que tiene. —El inspector parecía desanimado—. No está muy lejos de la punta de Raz, en Kermeur. Sin éxito en ninguna. Lo mismo puede decirse de las salas de aquí. Hasta

ahora no se ha encontrado nada. Y, de hecho, no se trata de un objeto precisamente pequeño. Por otra parte, estamos buscando también a personas del entorno de Leblanc que tal vez sepan si tiene otros edificios, ya sean de uso profesional, o privado.

—Yo... —Dupin se estremeció.

Tenía que apoyarse en la pared. Le asaltó la tremenda sensación, la impresión totalmente real, de que la tierra se desplomaba ante él.

Esperó. Respiró profundamente. La fórmula de los cinco segundos.

—¿Está bien, jefe? —Le Ber parecía muy preocupado.

—Tengo que salir fuera un momento.

No consiguió sentirse mejor hasta que caminó un buen rato.

El aire fresco le sentó bien. Las ráfagas y la lluvia habían amainado un poco.

Aquella sensación tan atroz empezó a aflojar muy lentamente y se vio capaz de poner en orden sus pensamientos. Tenía que regresar. Continuar la reunión con Le Ber. Quedaban aún una serie de puntos importantes que tratar.

Dio la vuelta. Al cabo de un rato distinguió entre los árboles las ventanas iluminadas del instituto.

Y una figura que se acercaba a toda prisa.

—¿Jefe? ¿Es usted?

Le Ber.

—Le estaba buscando.

—Estoy bien. Yo...

De nuevo Dupin se estremeció.

Sin embargo, esta vez no fue un mareo, sino una idea que le vino a la cabeza. Algo que surgió como de la nada. Rebuscó en el bolsillo del pantalón. Su Clairefontaine. Los distintos chapuzones en el Atlántico y la

lluvia bretona la habían dejado maltrecha.

—¿Qué le parece, jefe? ¿No cree que deberíamos entrar? No llueve tanto como antes, pero...

—Tranquilo, puede marcharse. —Dupin estaba totalmente ausente.

En efecto, la apariencia de la libreta era deplorable. El cartón de la tapa estaba reblandecido y la fina capa protectora del final se soltaba por todos lados; aunque había permanecido en todo momento bien apretada en el bolsillo del pantalón, había resultado severamente afectada por fuera y por dentro.

Era solo una idea. Absolutamente plausible, aunque también algo increíble. Pero ¿qué significaba eso en realidad?

—Solo quiero ver una cosa, Le Ber.

Dupin recorrió con la mirada el camino, del cual, sin darse cuenta, había caminado ya un buen trecho.

—¿Le parece que yo también mire? —preguntó Le Ber, vacilante.

—No, no. Solo es... una cosa.

—¿Está seguro? —Le Ber no lo estaba en absoluto.

—Por supuesto. —Dupin se esforzó en adoptar un tono firme—. Estaré ahí en un instante.

Se dio la vuelta y volvió a marcharse. Le Ber se encogió de hombros en un gesto de impaciencia que el comisario no llegó a ver.

Dupin iba a paso rápido y decidido.

No necesitaba la Clairefontaine. No, al menos, para estar seguro de lo que el día anterior había dicho la maravillosa propietaria del hotel Ty Mad. El dique medio derruido al oeste de la isla y las cuevas. Esas que, según decían las leyendas, eran la entrada de cavernas y pasadizos escondidos. Donde se hallaban los fantásticos tesoros de los temibles piratas.

Leblanc solo habría podido llevarse ese objeto de Île-de-Sein en barca. Por

lo tanto, muy posiblemente a la hora de elegir un escondite, la existencia de un dique habría sido un factor de importancia. Como en la casa de Kerkrom. Era preciso pensar de forma absolutamente concreta y práctica, desde la perspectiva de Leblanc: ¿adónde y cómo transportar un objeto tan pesado de forma fácil y que estuviera lo mejor escondido posible?

La isla ascendía en dirección al centro. Los relámpagos y los truenos se habían trasladado ahora hacia el este. El cielo seguía dejando pasar muy poca luz y, sin embargo, de vez en cuando se podían adivinar las siluetas de los pesados nubarrones.

A ambos lados del camino había árboles altos dispuestos en una especie de avenida natural. Si no le había abandonado el sentido de la orientación, el camino ahora tenía que seguir recto hacia delante.

El comisario jadeaba a causa del rápido ritmo de marcha. En su fuero interno, sin embargo, aún no se sentía estable. La ocurrencia que había tenido, aunque era interesante, le provocaba ahora muchas dudas. Dudas fundamentales, corrientes. De golpe, su convencimiento se vino abajo. ¿Y si esa historia del hallazgo fuera solo una quimera? ¿Y si la tela solo había ocultado, en realidad, una viga de madera para la casa? ¿Y si en el dormitorio de Kerkrom hubiera habido algo de lo más banal que había provocado las muescas? ¿Y si se había dejado llevar por su imaginación, como tantas veces le ocurría a Le Ber? Y luego estaba lo de Leblanc y la isla... Quizá en el fondo todo era de lo más normal. ¿Y si al final sí se trataba de la embarcación de Morin? ¿Aunque tal vez de un modo complicado que él simplemente no entendía y ni siquiera sospechaba? ¿O acaso el asunto era por completo distinto? En ese caso, él no hacía más que perseguir una fantasía en la isla.

Esas dudas repentinas, que esperó que fueran solo una consecuencia de su estado lastimoso, le hicieron aminorar el paso.

Aun así, prosiguió hacia delante.

Con la mirada clavada al frente, con obstinación.

Entretanto, los pesados nubarrones empezaron a disiparse; curiosamente, aquello alegró de algún modo a Dupin. Se sintió aliviado. Eso impregnaba las cosas con algo de realidad. El imperio de la siniestra materia grisácea generado por esa tempestad veleidosa tocaba a su fin.

El camino descendía entonces hacia el mar en una pendiente empinada; tenía que ser prudente.

Poco después distinguió la silueta de un edificio. Era una casa vieja de piedra, con parte del techo y el muro de un lado completamente hundidos.

El camino pasaba justo delante de la casa.

Vio el dique semiderruido, del que apenas quedaban unos pocos metros en pie. Una fuerte tempestad debió de llevarse el resto consigo mucho tiempo atrás.

Aunque el cielo parecía calmarse, el Atlántico no. Dupin se aproximó al extremo del dique, procurando guardar una distancia de seguridad de un par de metros respecto a las aguas revueltas. Allí había espacio suficiente para atrancar una Zodiac.

Era un buen sitio para desembarcar.

Se dio la vuelta.

Se concentró.

Seguramente Leblanc también había necesitado alguna ayuda, igual que hizo Kerkrom con el remolque. Otra cosa era impensable.

La casa vieja de piedra no estaba a más de veinte metros. El camino presentaba un estado bastante bueno; era pedregoso, pero estaba bien. Desde allí había otro camino que partía hacia la derecha; también estaba bastante nivelado y pasaba junto al mar. Detrás de él se elevaban varios bloques abruptos de rocas. Una señal de advertencia: PROHIBIDO EL PASO: PELIGRO DE MUERTE. Otra con un símbolo de la costa bretona que Dupin conocía bien:

una roca soltándose de un peñasco y precipitándose. Con un gran signo de exclamación rojo al lado.

Siguió avanzando.

Tomó el camino junto al mar. Un par de curvas suaves; a la izquierda, la pared de roca; a la derecha, el mar. Veinte, treinta metros.

Luego el camino terminaba bruscamente en una especie de plataforma de piedra. Excavados en la roca había dos orificios de corte dentado, altos y oscuros. Uno estaba justo detrás de la plataforma; al otro se accedía tras atravesar unos metros de grava. Con ese tiempo, bajo aquella luz escasa, parecían fauces abiertas. Junto a ambos, de nuevo la advertencia: PROHIBIDO EL PASO: PELIGRO DE MUERTE.

Dupin sacó el móvil, uno de esos modernos modelos todoterreno con que Nolwenn había equipado a toda la comisaría y que había resistido las horas pasadas mucho mejor de lo que él hubiera creído.

Activó la función de la linterna. La luz sería ridícula, pero era cuanto tenía.

Entró sin vacilar por la boca de la primera cueva.

El interior estaba totalmente sumido en las sombras. Y el frío era increíble.

Dupin se detuvo e iluminó la cámara rocosa. El móvil le permitía ver más de lo que esperaba. Reveló unas dimensiones imponentes. No tanto a lo largo y ancho, pues la cueva no superaba los diez metros de largo y medía unos seis de anchura, sino en altura. La luz se perdía en lo alto y no alcanzaba a ver el techo. Varios puntos de la roca brillaron cuando los iluminó. Debían de ser incrustaciones minerales, cuarzos.

El suelo estaba tapizado con una capa espesa de algas secas y solo en el centro se apreciaba un corredor estrecho de piedra. Seguramente, cuando la marea subía mucho y había grandes temporales, la corriente empujaba las algas al interior. Daba la impresión de que llevaban años acumulándose ahí.

No había rastro de ningún tipo de actividad ni parecía que alguien hubiera

estado allí recientemente. Recorrió el lugar. Observando. Iluminó el suelo. Parecía asombroso, pero la cueva estaba seca; notaba que las algas crujían bajo sus pies.

Permaneció quieto unos instantes, con las algas hasta los tobillos. Sin darse cuenta, negó con la cabeza, se dio la vuelta y se dirigió a toda prisa hacia la salida.

La otra cueva era el doble de grande que la primera. Tampoco en ella se veía el techo. Sin embargo, a diferencia de esa, aquí el suelo de piedra estaba totalmente limpio de algas. No se veía ni una. En cambio, justo detrás de la entrada, a la izquierda, había una fisura, de un metro cincuenta de alto y un metro de ancho. Dupin la iluminó. Aunque la luz era insuficiente, le bastó para darse cuenta de que aquella grieta se había convertido en una especie de galería natural dentro de la roca.

Se preguntó si debería examinarla. ¿O era mejor regresar con refuerzos y un equipo más adecuado, incluida una linterna? Seguro que Le Ber sabría cómo realizar una incursión en ese tipo de galerías de las cuevas.

Vaciló. Luego se inclinó y se dispuso a entrar.

De pronto, en el instante en que iba a poner un pie dentro de la grieta, con la cabeza cuidadosamente inclinada hacia delante y una postura muy forzada, cayó en la cuenta de una cosa.

Estuvo a punto de levantarse de golpe.

Una imagen. Una imagen de la cueva de las algas. De cuando había orientado el móvil al suelo.

Algo había brillado allí. Solo lo había visto de soslayo, y seguramente no le había llamado la atención en ese momento porque el cuarzo destellaba también en muchos más puntos. Pero cayó en la cuenta de que este solo brillaba en las paredes. Y eso, en cambio, lo había visto en el suelo.

Se giró rápidamente, abandonó la cueva y, al cabo de unos segundos,

volvió a entrar en la primera cavidad, expectante.

Todas las algas parecían iguales.

Tenía que intentarlo.

Se colocó en el centro, un poco en cuclillas, con la linterna del móvil orientada hacia el suelo, y fue girando poco a poco.

Nada.

Avanzó dos pasos más. Volvió a intentarlo.

Otra vez. Nada.

Y otra.

¿Acaso se lo había imaginado?

—¡Mierda!

Dupin se incorporó. Esas palabras, que él había pronunciado en voz baja, retumbaron ostensiblemente, deformándole la voz de un modo extraño.

—Habrà que intentarlo de otro modo —murmuró con obstinación.

Se encaminó entonces a la esquina derecha de la entrada de la cueva. Allí se giró y empezó a remover las algas de forma sistemática con el pie derecho.

El suelo de la roca era más desigual de lo que habría podido pensar en un primer momento; presentaba pequeños socavones y fisuras que la capa de algas de la superficie había ido igualando.

Avanzó despacio.

La capa de algas llegaba en algunos puntos al medio metro de altura, mientras que en otros apenas alcanzaba unos centímetros. Eso era algo que antes no había apreciado. Se acordó de cuando era niño y en otoño corría entre capas espesas de hojas, o cuando lanzaba al aire los montículos de hojas que su padre apilaba con esfuerzo en el jardín.

De pronto perdió el equilibrio. Por algún motivo, algo le hizo resbalar.

Se tambaleó, intentó en vano sostenerse en pie y al final cayó. Hacia delante, con las manos instintivamente adelantadas. Cayó de bruces de un

modo brutal.

Notó un dolor tan agudo en las manos, los brazos y los hombros que por un instante no sintió absolutamente nada más.

Intentó orientarse.

Estaba tumbado sobre el hombro derecho.

Miles de pedazos diminutos de alga revoloteaban por el aire. Tosió.

El móvil con la linterna había caído en la alfombra de algas. Tuvo que aguardar un momento a que la vista se le acomodara a la penumbra. Tan solo por la entrada de la cueva penetraba algo de luz mortecina.

Intentó levantarse, a lo que su cuerpo reaccionó con un dolor agudo e intenso en ambas muñecas. Palpó con cuidado a su alrededor con la mano izquierda.

Notó el borde de una roca de unos cuarenta centímetros de alto. Entonces supo lo que había pasado.

Había caído por un hueco que había en el suelo de roca y que las algas habían ocultado. Un hueco importante, de varios metros cuadrados. La espinilla también le dolía muchísimo. Se imaginó que se había golpeado contra el saliente anguloso. Movié la pierna con cuidado. Aunque estaba lastimada, el dolor no era tan atroz como el de las muñecas. Se dio cuenta entonces de que aquello no podía ser un saliente de la roca. Tenía una forma distinta.

Se puso de lado como pudo y levantó el torso. En la oscuridad, en medio de las algas, había divisado un borde recto y afilado. Oscuro.

Allí había algo.

Apartó de prisa algunas algas y palpó el objeto. La superficie parecía blanda, orgánica, pero por debajo era dura. Se arrodilló, ajeno al dolor de las manos.

Siguió liberando el objeto.

Era una especie de poste. Cuadrado. De unos quince centímetros de ancho y cinco de profundidad.

Intentó moverlo un poco. Imposible.

Siguió palpándolo hacia arriba.

Se quedó paralizado.

Como si lo hubiera alcanzado un rayo.

Ni siquiera respiraba.

Allí había un travesaño horizontal. En ángulo recto.

Liberó el travesaño. Era más corto que el otro.

Apenas podía respirar.

Increíble.

Una cruz.

Era una cruz.

Una cruz grande. De un material macizo.

Se le erizó la piel.

Era de locos. Demasiado disparatado. No podía ser. ¿Acaso se había golpeado la cabeza? ¿Estaba alucinando? El dolor en las muñecas, en cambio, era absolutamente real. Le llevó un rato recuperarse de la fascinación que le invadió.

Se espabiló y volvió a mirar hacia ahí. No se veía gran cosa. Sobre la superficie de los travesaños se había posado una especie de musgo, que en varios puntos incluso había formado hilillos más largos. Algunos de los objetos rescatados del mar que guardaban en la cámara del tesoro de Île-de-Sein presentaban esa misma cobertura vegetal.

Entonces descubrió otra cosa. Justo al lado de la cruz. Sobre la roca desnuda.

Era su móvil.

En cuanto lo cogió vio que tenía la pantalla rota. Le faltaba un tercio del

cristal, y también la carcasa parecía magullada. Lo peor era que ya no iluminaba. Pulsó el botón de encendido. Nada.

Tenía que ponerse de pie. Por doloroso que fuera. Y lo fue. No solo le dolieron las manos, los brazos y los hombros de un modo infernal. Le dolía todo.

Clavó la mirada en la cruz y se percató de que en la parte inferior había algo reluciente.

Se acuclilló, no sin sentir un dolor atroz al hacerlo.

La cobertura vegetal del objeto había sido retirada en un espacio de unos pocos centímetros, mostrando debajo una superficie reluciente. Aquello tenía que ser lo que había visto brillar antes entre las algas, cuando iluminó el suelo. Ese fue el origen del centelleo.

Resultaba difícil con esa luz adivinar si despedía un brillo dorado, pero desde luego no se podía descartar. Dupin palpó ese punto y notó que la muesca tenía un borde afilado. El material estaba dañado. En realidad, le faltaba un trozo. No mucho. Un trozo alargado y pequeño.

De nuevo se quedó paralizado.

¿Qué había dicho Le Ber sobre la carta certificada de Kerkrom?

¿Podía ser la muestra de material que el laboratorio de París había identificado como oro puro?

Se incorporó.

Tenía que serlo.

Kerkrom y Darot había encontrado una cruz. Una cruz de oro. En el fondo del mar. En la bahía de Douarnenez. La habían rescatado con la barca de Kerkrom y la habían guardado en su casa. Luego, después de los asesinatos, Leblanc se la había llevado.

Tal vez ellas habían acudido a él y al profesor Lapointe para que revisaran el hallazgo. Para valorar de qué se trataba. Para decidir lo que debían hacer.

Quizá tuvieran la intención de donar la cruz a un museo, a la región o al Estado y Leblanc no estaba de acuerdo. O quizá él se había enterado por casualidad y ellas ni siquiera sospechaban que alguien más estaba al corriente.

En teoría, la cruz podía datar de cualquier siglo, XIX, XVIII, XVII, o incluso podía ser de la Edad Media, con independencia de la opinión de Le Ber. La historia estaba repleta de sucesos de lo más descabellados. De hecho, al final del Imperio romano de Occidente muchos santos habían acudido a la Bretaña para convertir a la población; la fe entonces era fervorosa. A saber lo que podían haberse llegado a gastar algunos con tal de asegurarse el cielo. Y quién sabe lo que las tropas de Napoleón pudieron traer a escondidas de su campaña en Rusia. De alguna iglesia ortodoxa de riqueza legendaria. Las posibilidades eran, en verdad, numerosas y, además, muy realistas.

—Tengo que... —dijo en voz alta—. Tengo que avisar a los demás.

La frase retumbó con fuerza, como si estuviera asegurándose a sí mismo.

Se levantó con pesadez del hueco del suelo y contempló de nuevo por un instante la cruz oscura que yacía allí. Aunque la veía, le parecía absolutamente irreal. Fantástica. Increíble.

Se dio la vuelta y se dirigió a la salida de la cueva tan rápido como le fue posible.

Al salir lo cegó una luz intensa. Tuvo que taparse los ojos con la mano.

El velo del cielo se había empezado a desgarrar por varios puntos. Unos rayos de sol se colaban entre los jirones dispuestos en lo alto sin orden ni concierto.

—Una cruz. Sí, Le Ber. Era un hallazgo arqueológico.

El inspector tenía los ojos muy abiertos. A Dupin le pareció que se

estremecía un poco. Aunque Le Ber esperaba, deseaba, exactamente eso, ahora que se había hecho realidad, le parecía demasiado para él. Dupin lo entendía a la perfección.

A su lado, Labat no parecía menos estupefacto.

—Dice usted que...

—Hablemos de Leblanc. ¿Qué ha ocurrido, Le Ber? Cuénteme.

En cuanto el comisario puso un pie en el edificio del instituto los dos inspectores se abalanzaron hacia él. Le Ber, nervioso, empezó a explicar algo acerca de Goulch, Leblanc y que «seguía a la fuga». Dupin lo interrumpió y les contó todo. Su descubrimiento. Aunque intentó explicarlo en tono prosaico, la actitud le delataba. Fuera de la cueva, bajo la luz del día, ese descubrimiento resultaba aún más fantástico.

Le Ber, que seguía claramente afectado por la noticia de Dupin, intentó sobreponerse para informarle.

—En la entrada del puerto, a pocos metros de rodear las rocas de la bocana, ha dado un súbito golpe de timón, ha puesto el motor a toda velocidad y ha salido disparado en dirección norte. Y ya sabe usted lo rápidas que pueden llegar a ser las Zodiac. De todos modos, haga lo que haga, Goulch lo atrapará.

—No tiene ninguna posibilidad —corroboró Labat—. Ahora además se han incorporado a la persecución dos lanchas rápidas de la policía de protección de aguas.

—Muy bien. Calculo que necesitaremos cuatro hombres en la cueva. — Dupin tenía prisa—. ¿Hay algún coche por aquí?

—Un viejo Landrover Defender. Íbamos a cogerlo para salir a buscarle. — Le Ber hablaba con expresión radiante—. He intentado contactar con usted por el móvil, pero...

—¿Dónde está el coche?

—A la izquierda, detrás del edificio.

Dupin salió a toda prisa. Aunque el dolor de las magulladuras había ido remitiendo, el de las muñecas se agravaba por momentos.

Medio minuto más tarde estaba ante el Landrover junto con los hombres de refuerzo.

Dupin se sentó delante. Le costó bastante encaramarse al vehículo. Una de sus peculiaridades era que, a pesar de contar con un escalón, había que agarrarse a un asidero para montarse.

Le Ber puso en marcha el motor y pisó el acelerador.

El fuerte traqueteo del vehículo por aquel camino no asfaltado le revolvió el estómago, pero no tardaron mucho en llegar a la casa derruida y salir al aire libre.

Dupin abría la marcha, seguido por el resto de los hombres.

Las altas paredes rocosas, el camino corto y serpenteante junto al mar, la pequeña plataforma de piedra, las señales de prohibición.

Se detuvo ante la entrada de la cueva. Los demás se agolparon a su espalda.

Entró.

Le Ber, que iba justo detrás de él, encendió una potente linterna. Ella sola bastaba para iluminar toda la cueva. Aun así, los demás encendieron sus linternas.

—Es ahí delante.

Dupin avanzó con cuidado. Casi había llegado a la cubierta de algas.

—¡Aquí! Con cuidado, esto mide casi medio metro. Es fácil caerse. Está debajo...

No terminó la frase.

Él había despejado la cruz.

Y había quitado una cantidad considerable de algas del hueco donde

estaba. Sin embargo, ahora el socavón apenas se veía y en él solo se apreciaba el borde rocoso en un punto. Las algas volvían a estar repartidas de forma uniforme y configuraban una superficie lisa. Tal vez una ráfaga de viento había barrido la cueva y las había movido, aunque ni antes ni ahora Dupin había notado ninguna corriente de aire.

Palpó con el pie derecho el borde del socavón y bajó con mucho cuidado.

—¿Aquí, debajo de las algas?

Labat también había bajado.

Dupin no dijo nada. Removió con el pie derecho el lecho de algas, de un lado a otro.

Dio un paso adelante y repitió el movimiento. Labat hizo lo mismo.

Le Ber y los demás permanecieron quietos en el borde. Observaban al comisario y al inspector mientras dirigían el haz de las linternas hacia ellos.

Nada.

No podía ser.

—Tiene que haber otro hueco.

Le Ber se había adentrado un poco más en la cueva.

Tenía que ser eso. Claro. Aunque Dupin habría jurado que era ese lugar. De hecho, estaba completamente seguro. Aun así...

Los demás policías siguieron el ejemplo de Le Ber y se desplegaron por la zona.

—Aquí. Aquí hay algo.

Labat se había puesto en cuclillas.

Dupin se giró.

Con un gesto ridículo y el brazo en alto, el inspector blandió el móvil roto de Dupin. El comisario lo había abandonado allí antes.

Los demás se volvieron en silencio y reemprendieron la búsqueda.

Todos guardaban silencio.

El desconcierto de Dupin aumentaba a cada segundo.

Uno de los cuatro policías fue quien, tras unos instantes de silencio agobiante, dijo lo evidente:

—Aquí no hay nada. Ninguna cruz. Nada de nada.

—Eso es del todo imposible. Tiene que estar aquí. Antes estaba. Aquí, exactamente. En esta cueva. En este socavón de la roca.

—Pero ahora ya no está —objetó Labat.

—Solo he estado fuera veinte minutos. —Dupin hablaba en voz alta y todos le oían, pero en realidad lo hacía para sí mismo—. Entre salir de la cueva y encontrarnos no han pasado más de veinte minutos.

—Pues parece que eso ha bastado para que alguien se llevara la cruz de la cueva —concluyó Labat—. También es posible —añadió, reflexionando con voz tranquila— que nunca haya existido tal cruz. Sin una linterna y con el móvil roto, esto debía de estar bastante oscuro.

¿Cómo era posible? ¿Había confundido el borde de una roca con una enorme cruz dorada? ¿Había sufrido alucinaciones?

—Después del trayecto en barca estaba usted muy confuso, señor comisario. —Labat empleó un tono amigable que, en cierto modo, reforzó aún más el efecto de sus palabras—. Yo afirmaré que estaba en extremo mareado. Ese estado provoca una gran alteración, repercute en la percepción sensorial y tiene unos efectos secundarios que pueden prolongarse durante horas. También es posible, y eso sería perfectamente comprensible, que se hubiera golpeado la cabeza al caer.

Dupin estaba demasiado abrumado con la situación como para ahondar en las insolencias de Labat.

—¿Y si fuera la otra cueva, jefe? —Le Ber acudió en su ayuda—. ¿No le parece que deberíamos examinarla?

La intención era buena, pero no hizo más que empeorar las cosas. No se

equivocaba. Había sufrido un intenso mareo, pero después había recuperado los cinco sentidos. No se había imaginado nada.

—¡Estaba aquí!

La única explicación posible y lógica era la primera posibilidad que Labat había planteado.

—Alguien se ha llevado la cruz. Alguien me ha estado observando y luego se la ha llevado.

Por lo tanto, tenían que actuar deprisa.

Dupin salió de la cueva sin esperar la respuesta de los demás.

—Fuera quien fuese, no puede estar lejos. ¡Le Ber, Labat! ¡Cierren las entradas y salidas de la isla y ordenen un registro sistemático de toda ella! — Dupin sabía que ya había dado esa misma orden una vez en otra isla—. Con otras lanchas de refuerzo, controlen todas las embarcaciones que se encuentren en las inmediaciones. —Vaciló, aunque solo un instante—. No, mejor que sean todas las embarcaciones de la bahía de Douarnenez. Hay que registrarlas todas, con independencia de su tamaño o de su función. Averigüen dónde se encuentran ahora mismo Gochat, Jumeau, Vaillant y Carrière. —Esa orden también la había dado antes, pero podía ser importante—. Y quiero saber también qué está haciendo Morin en Île Molène. Quiero que hablen con cada uno de ellos personalmente.

¡La había tocado! ¡Había tenido la cruz en las manos! Hacía veinte minutos. Y luego había cometido un error fatal. Jamás debería haberla dejado sin vigilancia.

Seguramente Leblanc había supuesto que empezarían a buscar en Île Tristan. ¿Acaso tenía algún cómplice y habían estado en un error todo el tiempo? De ser así, le habría avisado inmediatamente después del incidente con Morin. Una de dos: o había llegado cuando Dupin ya había abandonado la cueva, o lo había hecho cuando aún estaba en ella sin que él se diera

cuenta. En ese último caso, le habría bastado con esperar a que saliera para llevarse la cruz.

Seguramente eso era lo que había ocurrido: alguien se la había llevado.

Dupin corrió hacia el dique. Le Ber, Labat y los cuatro policías lo siguieron a cierta distancia.

Llegó ante el dique resollando. Miró a su alrededor. Giró sobre sí mismo. Escrutó el cielo. La isla.

—¡Hay que subir a la colina! ¡A un sitio donde se pueda observar bien la zona y el mar!

Dupin salió corriendo de nuevo y emprendió la ascensión de la empinada cuesta.

—Arriba, a la izquierda. —Esta vez Le Ber le pisaba los talones—. Yo se lo enseño.

Dupin escuchó a Labat voceando órdenes por teléfono.

El corazón le latía a toda velocidad.

Le Ber, entretanto, le había alcanzado.

—Venga. Por aquí.

El inspector abandonó el camino.

Corrían campo a través, entre árboles poderosos. Aunque no duró mucho, la carrera bastó para que las muñecas de Dupin le empezaran a doler intensamente por culpa de las sacudidas.

Luego, de repente, se abrió ante ellos una visión magnífica.

Tenían ante sí toda la bahía de Douarnenez. Esos cincuenta metros sobre el nivel del mar bastaban para tener una vista impresionante. Un panorama completo. Le Ber tenía razón.

Dupin se situó peligrosamente cerca del borde del precipicio.

Escrutó las aguas de forma sistemática. Continuaban muy revueltas. Unas olas gigantescas chocaban contra los acantilados. Dupin notó la espuma fina

en la cara.

No se veía ninguna barca.

Ni una sola.

—Con este mar tan agitado —comentó Le Ber, resollando mientras intentaba recuperar la respiración—, lo más inteligente sería salir por la parte izquierda del dique y navegar muy cerca de la costa para entrar luego en el puerto deportivo de Douarnenez. Allí hay docenas de embarcaciones. Tras amarrar en esa zona, el traslado de la cruz proseguiría por tierra, o bien, más adelante, en otra embarcación, en cuanto el mar se hubiera calmado un poco.

Dupin lo entendió al instante.

—Que registren el puerto deportivo. Todas las embarcaciones.

—Al instante, jefe. —Le Ber sacó el móvil.

Dupin recorrió un tramo por entre las rocas. Se pasó la mano por el pelo. Una y otra vez.

—¡Por todos los demonios!

El comisario y su inspector bajaron a pie desde el acantilado hasta el coche, que estaba junto al dique medio derruido, y salieron hacia el instituto.

Mientras, Labat y los cuatro agentes iniciaron la búsqueda desde el dique. Otros colegas se les habían unido.

Por el momento, la operación estaba resultando infructuosa, tanto en la isla como en el mar. Había cuatro embarcaciones patrullando las aguas y seis policías peinando el puerto deportivo.

Dupin estaba rabioso. Leblanc se había burlado de ellos de forma descarada y seguía haciéndolo, tanto con su reciente intento por darse a la fuga como, sobre todo, con su escaramuza en la isla.

No podían subestimarle de nuevo. Ese hombre actuaba con sangre fría y

era muy astuto. Era uno de esos asesinos a quien nadie creía capaz de hacer algo semejante. Dupin conocía a ese tipo de gente. Estaba deseando echarle el guante.

Estaba rabioso contra Leblanc pero, sobre todo, contra sí mismo. Y no solo por el estúpido error que había cometido, sino también por haberse dejado engañar tantas veces.

Dupin abrió de golpe la puerta del instituto. Le Ber lo seguía de cerca.

—Debemos concentrarnos en averiguar quién es su cómplice.

El teléfono de Le Ber.

—Es Goulch.

Dupin se lo arrebató de las manos.

—¿Ya ha...?

—Un pesquero de altura, el *Gradlon*. Salía de la bahía de Lanildut, del puerto. Y... —Goulch balbuceó. Dupin jamás había notado así a ese policía, que siempre era dueño de sí mismo—. Es una zona sin visibilidad. Y se ha llevado la Zodiac por delante. No hemos podido hacer nada por impedirlo. La lancha ha saltado por los aires, él...

—¿Cómo?

Dupin se quedó plantado donde estaba.

Se oían gritos por el teléfono, llamadas, órdenes nerviosas.

La tripulación de Goulch.

—Acaba de suceder. Hace apenas unos segundos. Estamos buscando a Leblanc. La Zodiac ha sido engullida por la quilla del pesquero, iba a gran velocidad, él...

—Morin.

Goulch lo entendió de inmediato.

—Sí. El pesquero pertenece a su flota. Le he ordenado regresar a puerto de inmediato. Ahora mismo está virando.

Dupin estaba sin habla.

—Debe de haber captado la radio de la policía. —En la voz de Goulch se advertía cierta resignación. No podía ser de otro modo, Morin tenía que estar perfectamente equipado—. Como en la operación intervenían varias lanchas de patrulla...

Eso era algo insoportable.

Era demasiado.

—¡Ahí! ¡Ahí está!

Un grito potente. Seguramente, uno de los patrulleros.

—Acabamos de avistar el cuerpo de Leblanc —continuó Goulch al cabo de unos instantes—. No cabe duda de que está muerto. Vamos... Le llamaré más tarde.

Goulch colgó.

El comisario seguía inmóvil, clavado en el sitio.

De repente, salió de su aturdimiento y se puso en marcha.

Corrió hacia la calle con el móvil de Le Ber pegado al oído.

Tuvo que esperar un momento hasta que respondieron a su llamada.

—¿Dígame?

Un murmullo de indiferencia.

—¡Lo ha ejecutado! —A Dupin le costaba mucho articular las palabras—. Ha lanzado una embarcación contra él. Eso es asesinato.

—¡Ah, comisario Georges Dupin! —Morin hablaba con voz tranquila, muy reposada, sin el menor asomo de cansancio—. Como puede suponer, no sé de qué me habla.

—Uno de sus pesqueros se ha llevado por delante a Leblanc y a su Zodiac.

—¿Me está usted diciendo que se ha producido un lamentable accidente? —Morin no se esforzó en aparentar sorpresa ni en mostrarse escandalizado, aunque tampoco se advertía en su actitud la menor intención de provocar. No

pretendía humillar a Dupin. Ni burlarse de él. Para él se trataba de otra cosa.

—Ha empezado a acosarle en Île de Triélen y ahora por fin ha culminado su obra.

Era de locos. ¿Cómo conseguirían echarle el guante a Morin?

—Es inútil negarlo. Lo sabemos.

—Todo indica que usted ya ha descubierto al asesino —dijo Morin respirando tranquilamente—. Por lo tanto, ha resuelto el caso. Sin duda, esto debe de ser un gran alivio para usted. En realidad, es un alivio para todos. Le felicito. —La tranquilidad de Morin resultaba siniestra—. Era un asesino brutal, atroz, y además por pura codicia. Mató a tres personas. Dos mujeres maravillosas. Si lo he entendido bien, parece que ha recibido su merecido.

—¿Lo admite?

—Yo no admito nada.

Dupin iba de un lado a otro ante el instituto, presa de un estado febril.

—Lo demostraremos. Puede estar seguro de ello.

En realidad, eso no ocurriría. No quería engañarse: sería muy complicado conseguir acusarle de algo.

—Por desgracia, con tan mal tiempo y el mar tan agitado, a menudo se producen trágicos accidentes. Sobre todo en una zona escabrosa en la que hay tantas rocas. Además, sospecho que Leblanc iba a una velocidad imprudente.

—¿Qué se le había perdido a su pesquero en el puerto de Lanildut?

—No sé qué decirle. Como puede imaginarse, no estoy en contacto permanente con todos mis capitanes. Pero supongo que buscó refugio en medio de la tempestad. Seguramente había zarpado de Douarnenez para dirigirse al canal. En estos casos, lo prudente es navegar cerca de la línea de costa.

Era pérfido. Pero esa sería la historia que contaría. Exactamente esa.

El capitán era el único que podía acusar a Morin, pero Dupin estaba

convencido de que no soltaría prenda y sería fiel a su jefe.

—No creo que para la gente y la opinión pública sea un problema que un asesino despiadado que mató a tres personas pierda la vida en un accidente que él mismo provocó al huir de la policía.

Era inaudito.

Y lo peor. Morin tenía razón.

Así era.

—Además —Morin hablaba pausadamente, pero su voz adquirió un tono mordaz—, piense en lo difícil que habría sido imputarle todos los crímenes. Él, por supuesto, lo habría negado todo. Y usted solo tendría una serie de hipótesis e indicios, más o menos bien hilvanados, que nunca serían suficientes para condenarlo. ¡Lo sabe! ¿Le habría gustado que sucediera eso? Dependería por completo de mi declaración. Todo el caso estaría sometido a mi decisión de declarar. O a que presentara alguna prueba. —Su tono de voz era cada vez más bajo—. Podría ser, y esto es pura ficción, que alguno de mis pescadores realmente hubiera visto algo lo bastante sólido como para acusarle. O que yo reconociera que Leblanc había intentado matarme...

No esperó ninguna respuesta.

—Usted es una persona inteligente, señor Dupin. Sabe que yo no tenía el menor interés en llevar a la cárcel a Leblanc. Aunque mi declaración lo hubiera encerrado para siempre.

Era cada vez más péfido, más disparatado. Y, a la vez, más evidente. Pero lo peor era que Dupin comprendía exactamente lo que Morin estaba diciendo. No quería a Leblanc a salvo en prisión. Lo quería libre para poder vengarse. Si Leblanc hubiera intentado desaparecer, Morin lo habría perseguido sin piedad hasta encontrarlo.

Era espantoso.

En su interior, Dupin se resistía. No podían aceptarlo sin más. No podían

dejarlo estar.

—La cruz, señor Morin. Ha desaparecido. —Se dijo que tal vez así podría pillarlo—. Alguien se la ha llevado de donde Leblanc la había escondido.

Morin no dijo nada.

Hubo un largo silencio. Un silencio elocuente. Al parecer, Morin estaba al corriente del asunto de la cruz. Pero no sabía que había desaparecido. Tal vez fuera lo único que ignoraba.

—Leblanc debía tener necesariamente un cómplice —intervino Dupin de nuevo—. Y tal vez fuera ese, y no Leblanc, quien mató a su hija.

Morin seguía sin decir nada.

—O bien —Dupin acababa de tener una idea—, puede que usted mismo encargara que la cogieran.

Esa también era una posibilidad.

Tal vez, durante su disputa en Île de Triélen, Morin empleara la violencia para obligar a Leblanc a decirle dónde estaba el escondite. Antes de que él sufriera esa agresión. En tal caso, a Morin le habría bastado con esperar el momento oportuno y hacer que alguien recogiera la cruz. Tal vez uno de los pescadores de bajura que trabajaban para él y cuyas embarcaciones faenaban a pocos metros de distancia.

—A mí la cruz me trae sin cuidado —espetó Morin con profundo desdén.

De nuevo se hizo silencio en la línea. Dupin oía la respiración del rey de los pescadores.

—Adelante, señor comisario. —Su voz volvió a ser casi alegre—. Si eso es lo que quiere, busque también la cruz. Haga lo que le parezca oportuno. Puede rebuscar entre mis cosas tranquilamente; mis puertas estarán siempre abiertas. Pero quiero que sepa que no hubo cómplices. De todos modos, esto ya es agua pasada.

—Nada es agua pasada, señor Morin. Nada en absoluto.

Dupin colgó.

Sin darse cuenta, tras llegar al final del muelle había seguido andando a lo largo de la playa de piedras. Había recorrido un buen trecho.

—¿Jefe?

Le Ber. En algún lugar a lo lejos.

—¡Aquí!

Cuando vio a Le Ber, el inspector estaba en la explanada de hierba que había delante del instituto y se dirigía rápidamente hacia él. Dupin le salió al encuentro.

—Ya han subido el cadáver de Leblanc a bordo. —Se había quedado casi sin aire—. El cuerpo está en muy mal estado. Seguramente lo pilló la hélice. —Luego añadió, a modo de conclusión—: Tuvo que ser una muerte atroz. El brazo izquierdo y el hombro...

—Está bien.

—He hablado un momento con el capitán del pesquero. Afirma encontrarse en estado de shock.

Evidentemente. No esperaba otra cosa.

—No ha visto venir la Zodiac. Tenían ganas de zarpar después de la tormenta. Hay tres coches patrulla de camino a Lanildut. Nos llevaremos al capitán y a toda la tripulación a Quimper para interrogarles.

—Sí, háganlo.

Era inútil. Pero tenían que intentarlo.

—Entonces, ahora solo se trata de la cruz.

Le Ber ya había aceptado la muerte de Leblanc.

Como todos. Morin lo había profetizado. Nadie se rasgaría las vestiduras por la muerte de un asesino brutal.

Dupin se puso las manos en la nuca.

—Quiero que... —se interrumpió—. Tengo que reflexionar.

Se dio la vuelta de forma brusca.

Tenía que estar solo.

Solo un bretón podría creerse algo así: el cielo volvía a estar completamente despejado, no había ni una sola nube. El horror de la tormenta había pasado. Como si, dos horas antes, el mundo no hubiera estado a punto de acabarse. Lo único que recordaba la tempestad era que todo estaba mojado, incluidos Dupin, sus inspectores y el resto de los policías que habían estado de servicio.

El comisario siguió andando durante bastante rato.

Hasta llegar a una bahía pequeña.

El mundo exhalaba vapor. Douarnenez, la ciudad, a su derecha, la isla, los árboles, las rocas, la tierra. Todo estaba muy caliente cuando la lluvia fría cayó como un diluvio. Era un espectáculo cautivador; le gustaba mucho esa humareda delicada y etérea que se elevaba por todas partes. Sin embargo, en ese instante apenas era consciente de lo que le rodeaba. Ni tampoco del calor y la potencia que el sol aún conservaba al caer la tarde.

Dirigió la mirada hacia las aguas, a un punto indefinido, vacío. El dolor de las muñecas no le daba tregua.

—¿Jefe?

Le Ber se le acercó con cuidado por un lado, acompañado por Labat.

—Hemos... —empezó a decir el inspector.

Labat lo interrumpió:

—Hemos registrado la isla. A fin de cuentas, no es muy grande. No hemos encontrado nada, ni a nadie. A menos que haya cuevas ocultas, no sé cómo se podría esconder aquí una cruz de metro y medio, considerando además el escaso margen de tiempo. Por cierto, hemos revisado también la otra cueva. Al cabo de unos metros se vuelve más estrecha e inaccesible. Por allí no hay

quien pase.

Dupin no respondió.

—Hemos inspeccionado dos barcas en la bahía. —Le Ber no se molestaba en demostrar su profunda decepción—. Eran las únicas que han salido al terminar la tempestad. Ninguna es sospechosa. Tampoco hemos encontrado nada hasta ahora en el puerto deportivo. Al director del puerto no le ha llamado la atención ninguna embarcación que hubiera entrado en la hora en cuestión; su oficina está justo delante, en la entrada, y tiene una panorámica general excelente.

—Alguien se la ha llevado. —Dupin hablaba con tono apagado—. Alguien tiene que habérsela llevado. —Esta segunda frase casi parecía una súplica—. No hay otra explicación.

—También podría ser el mareo. Como he dicho antes, esas cosas pasan — afirmó Labat con tranquilidad. Tampoco esta vez parecía que quisiera burlarse de Dupin.

—¿Dónde han estado Vaillant, Jumeau, Gochat y los demás en la última hora?

—Gochat y su marido han aparecido en Douarnenez; acabamos de contactar con ellos por teléfono en su casa. Gochat tenía algunos asuntos que atender en Morgat; ha ido directamente allí desde Île-de-Sein, lo hemos comprobado. Es imposible que en la hora que nos interesa se hubiera podido escapar hasta Île Tristan.

—¿Y Frédéric Carrière, el *bolincheur* de Morin?

—Todavía no lo hemos localizado. Tengo su teléfono. Lo intentaré ahora mismo de nuevo.

Le Ber sacó el móvil.

—Lo mismo para Vaillant. —Labat no parecía motivado—. No está localizable.

—Si no lo encuentra pronto, ordene su búsqueda.

Labat enarcó las cejas.

—¿No le parece un poco exagerado?

Dupin ignoró la objeción del inspector, que intentó adoptar un tono de voz amistoso. Eso le hizo temer lo peor.

—No pretendo ofenderle, comisario. Y no pienso que haya perdido la cabeza. Pero, tal y como ya le he comentado, hay mucha gente que tras sufrir un mareo en alta mar ha...

—Ya basta, Labat. ¿Me entiende? Que sea la última vez.

Dupin imprimió a la frase toda la firmeza de la que fue capaz en ese momento.

—Inténtelo de nuevo con Vaillant. ¡Ahora!

El inspector se alejó con aire ofendido.

Dupin observó que Le Ber se había apartado unos metros para llamar por teléfono; al parecer, había conseguido comunicarse con alguien.

Regresó al poco rato.

—Justo antes de la tempestad Carrière puso rumbo a Île Ouessant. Ha estado todo el rato allí, en uno de los bares del puerto. Debe de haber un buen puñado de testigos. Si quiere que...

—Está bien.

De nuevo, se había equivocado de objetivo.

—¿Y Jumeau?

—Está en Chez Bruno. Ha vuelto a Île-de-Sein en cuanto ha empezado la tormenta. Él también queda descartado.

Era desesperante. Alguien tenía que haberse llevado esa cruz.

—No se desanime, comisario. —Le Ber parecía realmente confuso—. A fin de cuentas, ha resuelto el caso.

Le Ber lo decía con buena intención, pero eso no le ayudaba en absoluto.

Aquello era inconcebible. Habían descubierto al culpable. Sí. Habían resuelto uno de los casos más difíciles y agotadores de toda su carrera. Pero el culpable se les había escapado y había muerto asesinado delante de sus narices. A manos del padre de una de las víctimas, el cual, a su vez, era un delincuente y ahora, además, un asesino. Un último giro brutal para un caso atroz con unos abismos morales siniestros y espantosos. Un asesino a quien no atraparían.

De por sí, todo aquello era de todo menos loable. Pero, por si eso no bastara, encima alguien les había robado el «botín», el objeto en torno al cual giraba todo, una cruz de oro macizo de valor incalculable. Dupin la había tenido entre las manos, pero había permitido que se la arrebatasen. Y eso, al final, era un rotundo fracaso.

Aquel había sido un día muy largo, espantosamente largo. Como el anterior. Llevaba dos noches sin dormir. Y no tomaba cafeína desde el mediodía. A todo eso había que sumar el dolor en las muñecas, que empeoraba por momentos. Y por si no fuera ya suficiente, Dupin se acordó entonces del prefecto, que no quería el esclarecimiento del caso antes del lunes, pero que pronto recibiría la noticia de que estaba resuelto, aunque la solución a la que habían llegado era de todo menos feliz.

—Jefe, he estado pensando. —Casi había olvidado que no estaba solo. Le Ber se esforzó por adoptar el tono más delicado posible—. La verdad es que había muy poco tiempo para llevarse la cruz. Quiero decir... —No estaba seguro de cómo expresarse—. Veinte minutos no es gran cosa. Supongo que alguien le estaría espiando desde una barca cuando se dirigió hacia la cueva, porque la isla estaba repleta de policías. Cuando esa persona lo vio salir de ahí, tuvo que esperar a que se alejara, atracar en el dique, ir a la cueva, cargar la cruz en un remolque o algo parecido, maniobrar para salir, recorrer otra vez el camino hasta llegar al dique y cargar la cruz en su embarcación. —

Aquella era una explicación larga y prolija—. Y finalmente, marcharse con tanta rapidez que no lo vimos cuando llegamos con el Defender. Una operación así es más bien propia de militares.

Dupin ya había pensado en eso un par de veces, pero desestimó la idea enseguida. Esas suposiciones no eran plausibles.

—No podemos avanzar en este asunto aceptando una explicación natural. No hay duda de que esa cruz existe. Usted mismo la ha visto. Pero ha desaparecido. —Le Ber susurró de forma ostensible—: Aquí ha ocurrido algo verdaderamente misterioso.

Esas no eran, ni de lejos, las conclusiones a las que Dupin había llegado.

—¡Le Ber, este no es momento para venirme con esas cosas!

Entonces se le ocurrió algo.

—¿Qué hay de la secretaria de Leblanc?

—Ha permanecido todo el rato con nosotros en recepción. Cooperera sin poner objeciones, aunque está bastante confusa.

Por lo tanto, ella tampoco había podido ser.

—Creo que la cruz... —Le Ber volvió a adoptar el tono de voz susurrante. Interrumpió la frase.

Dupin se alegró. Por el tono de voz de su inspector, supuso que iba a hacer alguna referencia a Ys, o a algo igualmente fantástico. Y eso era lo último que podría soportar en ese momento: que alguien considerara en serio la posibilidad de un acontecimiento sobrenatural.

—Vaillant está en Île Ouessant. —Dupin dio un respingo. Labat se había acercado de forma sigilosa—. Buscaron refugio allí. Naturalmente, la cobertura falló durante la tempestad. Dice que tiene testigos. Podríamos...

—... hablar con ellos cuando queramos. —A Dupin no le cabía ninguna duda—. Maldita sea.

—Por cierto, las unidades que han estado registrando la casa y la segunda

residencia de Leblanc quieren saber si les necesita para alguna otra cosa.

—Pueden marcharse a casa —dijo cansado.

—Pienso lo mismo.

Labat se marchó.

El comisario caminó junto al agua con paso cansado. Luego se detuvo.

Le Ber le siguió discretamente.

Durante un rato ambos permanecieron en silencio, el uno junto al otro, bajo el sol brillante del atardecer.

—Labat y yo nos encargaremos de interrogar al capitán en Quimper. Tal vez logremos alguna cosa. —Le Ber se esforzaba por mantener la esperanza.

—Háganlo.

—Me parece —añadió en tono decidido— que usted también debería irse a casa, jefe. No hay nada más que podamos hacer hoy aquí.

Al principio no hubo reacción. Incluso parecía que Dupin no le había oído.

Dejó escapar un profundo suspiro.

—Tranquilo, los compañeros continuarán de forma concienzuda con los registros en el puerto. Si encuentran algo, lo sabremos de inmediato. Y, por supuesto, varios policías se quedarán en la isla para mantener la vigilancia. Incluso de noche.

Realmente no podían hacer nada más.

—Además, deberían examinarle las muñecas.

Dupin bajó la vista hacia sus manos, que mostraban una notoria inflamación desde las muñecas hasta la base de los dedos. Hace un momento no estaba tan hinchado. La piel había adquirido un tinte azulado.

—Yo... está bien, Le Ber.

Dupin, cohibido, intentó esconder las manos en los bolsillos del pantalón. Un gesto inútil.

—Vámonos.

La cara de Le Ber reflejó un profundo alivio. Saltaba a la vista de que esa sensación iba más allá de la buena predisposición de Dupin a dejarlo correr.

—Ya ha pasado todo, jefe. Ya está. Verdaderamente ha tenido usted mucha suerte. Suerte en la desgracia. Pero eso es algo que puede ocurrir. Debería estar contento.

Dupin no sabía a qué se refería su inspector.

—Es todo gracias al aura de la isla. Al aura luminosa. Se dice que la sepultura de Tristán e Isolda, que es su última y eterna unión en la isla, protege de la desgracia. Al parecer, se encuentra cerca de los acantilados, sobre las cuevas.

Dupin seguía sin comprender nada, aunque a esas alturas estaba seguro de que preferiría no hacerlo.

—¿Lo entiende? El hechizo negativo ha sido contrarrestado por otro positivo. La maldición de las siete sepulturas era demasiado poderosa como para ser neutralizada por completo. —Le Ber miró con disimulo las manos de Dupin—. Ha provocado la muerte en muchísimas ocasiones, pero...

—¡Basta ya! ¡Basta! No quiero saber nada más de eso.

Le Ber ignoró esa reacción brusca. Su expresión de alivio se convirtió en una sonrisa.

—¡De acuerdo! Informaré a Labat. Y al capitán. Nos vemos en la lancha.

Dupin se estremeció al oír esas últimas palabras, pero no tardó en recobrar la calma. El trayecto hasta tierra firme era un abrir y cerrar de ojos.

Además, más importante aún, le había venido un pensamiento a la cabeza. Una idea fabulosa, una promesa, algo tan apetitoso que le había hecho recobrar las fuerzas: en una hora estaría en el Amiral, delante de un estupendo entrecot con patatas fritas y un Languedoc de sabor denso y aterciopelado.

—Le Ber, ¿me permite usar otra vez su móvil?

El inspector se lo pasó.

—Devuélvame en el barco.

Le Ber se marchó.

Era uno de los pocos números que Dupin se sabía de memoria y que su cabeza había sabido guardar sin problemas.

—¿Diga?

—Claire, soy yo.

—¿Georges? Este no es tu número.

—Luego te lo explico. ¿Cenamos?

—Bueno, ahora no puedo, Georges. Creía que... ¿ya has terminado?

—Sí, en cierto modo, así es.

—Pensé que no tendrías tiempo y he aceptado quedarme hasta medianoche. Podría ir después —hizo una pausa—, pero es una tontería, porque como pronto estaría en el Amiral a la una menos cuarto de la noche. Iré a tu casa. En cuanto pueda. Lo siento...

—No importa. —Dupin intentó parecer convincente, pero no lo logró—. Nos vemos en mi casa. Tengo ganas de verte.

Solo la última frase tenía cierta energía.

—Hasta luego, Georges.

Era una lástima. Una auténtica lástima.

De nuevo tuvo que echar mano de la perspectiva de un entrecot fabuloso para animarse. Ayudó. Aunque no del todo.

Faltaba muy poco para que el sol se ocultara del todo. Al oeste, su luz coloreaba el cielo de forma espectacular con todos los tonos imaginables de rojo, naranja, lila y rosa en una suave alternancia. Y, como el cielo, también el mar. Para su aparición, el sol había elegido ese día un amarillo clásico.

Las sombras eran ya infinitamente alargadas, también las de la hilera de árboles plataneros de la gran plaza que había junto al puerto donde Dupin aparcaba todos los días su viejo Citroën. La luz suave envolvía los árboles y el resto del mundo con una cálida capa dorada, haciéndolos brillar como por arte de magia.

La sombra del restaurante, un bonito edificio antiguo de finales del siglo XIX, llegaba casi hasta el coche.

La simple visión del Amiral cambió su estado de ánimo.

La perspectiva del entrecot le había hecho pisar a fondo el acelerador. Pero había algo aún más apremiante: las ganas de regresar. A Concarneau, a su hogar y, sobre todo, a la realidad cierta. Dejar atrás esa isla fantástica, toda aquella fabulosa región con sus leyendas, sus mitos y sus extrañas historias. Ese caso siniestro. Los acontecimientos sombríos.

Dupin abrió la pesada puerta.

Entró.

Vio su mesa habitual. En el rincón, a la izquierda junto al mostrador. Estaba desocupada. Se relajó. No había avisado a Lily Basset, la propietaria.

Había hecho un par de llamadas desde el teléfono del coche. Quería contactar con el prefecto. Se le encogía el corazón de solo imaginar que alguien que no fuera él le hiciera un resumen de lo ocurrido. Ni él mismo sabía con certeza qué le iba a contar exactamente y cómo. Sin embargo, cada vez que le llamaba saltaba su buzón de voz. Dupin se lo imaginó escondido en la cuneta de una autopista concurrida, extasiado con el equipo de radar de alta gama que estaba poniendo a prueba.

Sin embargo, encontrar su mesa habitual desocupada significaba también que definitivamente Claire no iba a venir; en secreto había esperado que ella, de algún modo, lo hubiera logrado.

Lily Basset estaba al otro extremo de la barra ocupada en abrir una botella

de vino. Le dirigió una larga mirada, cálida y amigable. Un saludo que, por el modo de ser de ella, contenía una extraordinaria carga de emoción. Con esa mirada prolongada ella había comprobado también si iba a haber algún cambio en la comanda habitual, el menú para las jornadas especialmente agotadoras.

Por supuesto que no.

Dupin se sentó en la mesa para dos que ya estaba preparada. En realidad se desplomó sobre el cómodo banco tapizado de color azul oscuro. Con las últimas fuerzas que le quedaban se quitó la chaqueta, que seguía húmeda y olía a sal y a algas. Como todo él. Entonces cayó en la cuenta de que su aspecto debía ser especialmente descuidado. Estaba hecho polvo. No le importó.

Las primeras mesas ya se habían vaciado; eran las más grandes, las que ocupaban las familias; en las otras, las de dos, estaban en los postres.

Era noche de viernes y el ambiente era relajado y despreocupado.

A Dupin le gustaba escuchar los sonidos de la sala del comedor. Era un amasijo de distintos ruidos que creaba un ambiente divertido y vivaz.

Seguramente a esas horas el capitán del pesquero de altura se encontraría en Quimper. Labat y Le Ber estarían empezando el interrogatorio. Pero no quería pensar en eso. Solo conseguía enfadarse de nuevo. Además, tampoco cambiaría las cosas.

No sabía qué pensar sobre el asunto de la desaparición de la cruz; a cada kilómetro que se alejaba de aquella isla mítica, más irreal le parecía todo. Pero la había visto con sus propios ojos. Por mucho que se hablara de diablos en las leyendas, estos no le habían gastado ninguna treta. La cruz existía. Y estaba convencido de que era un hallazgo arqueológico extraordinario. La causa de tres asesinatos sangrientos. Tenía que hablar de ella. De la cruz de oro. Debía contar toda la verdad. Toda la historia. Aunque se armara un

enorme revuelo y se levantara una tempestad mediática. En cualquier caso, decidió que esa noche lo dejaría todo de lado.

Había otra cosa que tenía que hacer: llamar a su madre. Tenía que saldar cuentas con ella. Y, sobre todo, saldarlas consigo mismo. Así ella pondría fin a esa persecución enconada. Y sí, mañana iría. La fiesta estaba salvada. Y su alma también.

También debía telefonar a Nolwenn. A esas horas, la gran jornada de movilización ya habría acabado. La charla con Nolwenn tras cerrar un caso era uno de sus rituales inamovibles.

Lily Basset se acercó decidida hacia él. Llevaba un decantador en la mano derecha que colocó sobre la mesa con un gesto desacostumbradamente festivo.

—He encontrado una última botella de Le Vieux Télégraphe. Tu Châteauneuf-du-Pape preferido. Cosecha de 2004. Una última botella secreta para acontecimientos extraordinarios... y emergencias.

Estaba especialmente habladora esa noche. Sonreía con complicidad.

—Esto es fantástico.

Dupin adoraba ese vino. Se sintió conmovido.

Lily le sirvió más vino de lo habitual en la copa grande. Cuidaba del comisario.

Dejó el decantador en la mesa y desapareció.

Dupin tomó la copa ignorando el dolor que sentía en las muñecas al hacerlo.

Se la puso en los labios con veneración.

El primer sorbo.

—Espero que no te atrevas a beber sin mí.

Dio un respingo. El vino se derramó por el borde de la copa y le manchó la camiseta.

No importaba. Nada importaba.

—He tenido que ir a asearme un poco. Yo también acabo de llegar.

Claire se sentó sin más. Tomó el decantador y se sirvió vino. No menos del que Dupin tenía en la copa.

—Mi adjunto ha conseguido llegar antes.

Dupin no lograba articular palabra.

Estaba demasiado perplejo. Y feliz.

Claire.

Dijera lo que dijese, jamás podría expresar la felicidad que sentía en ese momento.

Ahora todo estaba bien.

Claire causaba ese efecto en él. No le hacía falta hacer ni decir nada. Solo estar ahí.

Era cierto que en aquel primer año bretón en común no se habían visto tanto como él hubiera querido. Pero eso no era lo importante.

Ella se encontraba allí. Y siempre estaría.

—¿Qué tal el caso? ¿Qué ha pasado con el móvil? —Le encantaba su energía centelleante—. ¿Y esas muñecas? Si la inflamación no disminuye, tendremos que hacer una radiografía.

—Yo...

Lily Basset se acercó a su mesa:

—Georges, tienes una llamada.

No importaba de quién se tratara. No quería contestar.

Tomó el aparato con disgusto.

—¿Diga?

—Que aproveche, señor comisario. No voy a robarle mucho tiempo. —Por su tono de voz, Nolwenn parecía alegre—. Mírelo desde el punto de vista positivo. Ha resuelto el caso. Y lo ha sacado todo a la luz. Ha hecho su

trabajo. —Se puso seria—. Pero no se puede controlar todo. Nadie puede. Ni siquiera usted, aunque ya sé que le cuesta aceptarlo. Es difícil, pero inevitable. Además, algún día atrapará a Morin. Ya lo verá. —Su voz adoptó entonces un tono combativo—. ¡Nadie en la Bretaña puede tomarse la justicia por su mano! ¿Adónde nos conduciría algo así? Aunque Leblanc fuera un ser sin escrúpulos. Por cierto, ni se le ocurra hablar mañana con el prefecto. No antes de que concluyan todas las operaciones de búsqueda. Hasta entonces, el caso sigue su curso. Muy bien. Y ahora —de nuevo la voz era animosa—, a disfrutar de la velada con Claire. Mañana a primera hora tienen que salir. Llámeme en cuanto llegue a París. Hablaremos de los siguientes pasos. Hasta entonces, olvídense de todo. Nosotros también nos vamos a cenar algo. En fin, buenas noches, señor comisario.

Instrucciones precisas.

Antes de colgar, Nolwenn aguardó un brevísimo instante, el suficiente para dar pie a Dupin a sacar algún otro asunto. Le habría gustado hablar con ella sobre la cruz, aunque solo fuera brevemente. Pero había dejado pasar el momento.

Depositó el teléfono en un rincón de la mesa para que Lily se lo llevara y se olvidó de todo.

Claire lo miraba con curiosidad.

—No pasa nada. Solo quedan un par de asuntos pendientes. —Dupin vaciló un instante, pero enseguida adoptó una actitud asombrosamente decidida—. Pero se arreglarán.

—¿Así que mañana a primera hora nos vamos a París?

Claire se alegraba de verdad.

—¡Mañana por la mañana! ¡A París!

—El domingo a mediodía iremos al parque, ¿vale? No regresaremos hasta la noche, ¿verdad?

Antes, durante los fantásticos días de verano, les gustaba ir los domingos a los jardines de Luxemburgo, que no estaban muy lejos del piso de Dupin, y sentarse al sol en las sillas de colores. Permanecían horas enfrascados en las ediciones dominicales de los periódicos, con sus estupendos suplementos. Con las sillas muy cerca para rozarse con los brazos. Dupin compraba café para los dos, un cruasán, un *brioche*.

—Sí, lo haremos.

Lily Basset apareció de nuevo junto a su mesa. Esta vez traía un plato muy grande e iba seguida por uno de sus camareros, cargado con un bastidor metálico circular.

—¡Me apetece mucho! —A Claire los ojos le brillaban—. No hay prisa. Tenemos tiempo para el entrecot.

El camarero dejó el bastidor en el centro de la mesa y Lily puso encima el plato lleno de ostras, cigalas, almejas, *palourdes*, caracolillos de mar grandes y pequeños y un cangrejo imponente.

Era perfecto.

Claire tenía en la mano una copa del Vieux Télégraphe y la tendió hacia Dupin.

Un tintineo.

—¡Tenemos mucho tiempo!

Miró a Claire.

Y tomó un gran sorbo.

Epílogo

Habían pasado cuatro semanas.

Dupin había explicado a todo el mundo la dramática historia tal y como, en su opinión, había ocurrido.

Por primera vez el prefecto le había permitido intervenir en una rueda de prensa; dijo con total franqueza que ese asunto le resultaba muy delicado, aunque luego disfrutó de lo lindo con el jaleo mediático.

Para Dupin, en cambio, el asunto no era delicado.

El comisario estuvo muy serio durante su intervención. Los crímenes de Leblanc, el asesinato a sangre fría de tres personas inocentes, necesitaban una explicación, y las muertes se analizaron con minuciosidad. Al hacerlo hizo especial hincapié en la existencia de un posible cómplice, una hipótesis muy importante para Dupin que justificaría la desaparición de la cruz.

Le Ber, Labat y él mismo habían seguido investigando en todas las direcciones; lo habían repasado todo de nuevo, punto por punto; habían hablado otra vez con todos los implicados, incluso con personas con quienes no habían hablado antes. Analizaron también las llamadas telefónicas de Leblanc, su ordenador, su cuenta de correo electrónico, sus cuentas corrientes. Sin embargo, no habían encontrado ni el menor indicio de un cómplice, ni la más mínima mención a una cruz o a un «hallazgo arqueológico». Leblanc había actuado de forma muy inteligente y cuidadosa.

Tanto que, al final, oficialmente se desechó la hipótesis del cómplice. Incluso el mismo Dupin se tuvo que rendir ante la evidencia. Eso, como tantas otras cosas en ese caso, le resultó en extremo difícil.

También se dio cuenta, con igual precisión, del crimen cometido contra Leblanc, ese asesino sin escrúpulos. Dupin, imperturbable, declaró que sospechaba que podía haber sido víctima de un asesinato por venganza. Para su sorpresa, el prefecto no protestó y eso que, de hecho, carecían de indicios.

Como no podía ser de otro modo, todo ocurrió como Dupin había imaginado: la prensa, los medios de comunicación y la opinión pública trataron la brutalidad de los asesinatos de un modo tan contundente que no fueron pocos los que consideraron la muerte final de Leblanc como una especie de «justo castigo». Dupin sintió de nuevo la poderosa influencia de Morin, quien, aunque sin comparecer en persona, sí lo hizo a través de una serie de personajes influyentes que concedieron largas entrevistas en las que no dejaron de mencionar una «concatenación de circunstancias desgraciadas». Así era como funcionaban las cosas. Con todo, Dupin no se amedrentó; ordenó reabrir las pesquisas de la «persecución policial de un *bolincheur* sospechoso de contrabando», entre aplausos de unos y gestos de desagrado de otros. No descansaría hasta averiguar si la embarcación todavía existía. Si no, actuarían con la máxima contundencia.

Presentaron cargos contra el capitán del *Gradlon*, aunque las posibilidades de que el asunto llegara a juicio eran mínimas y, menos aún, de que fuera condenado. También aquel «incidente» fue objeto de una reconstrucción minuciosa. El capitán, igual que toda su tripulación, compuesta por siete marineros, declaró que había sido un accidente en el que ellos no tuvieron la culpa, que la *Zodiac* iba demasiado rápido y navegaba demasiado cerca de tierra, prácticamente sin visibilidad y con el mar muy revuelto. El informe pericial había confirmado todas esas circunstancias desfavorables. Con todo,

como era de esperar, quedaban muchas preguntas por responder, como, por ejemplo, por qué el pesquero había zarpado del puerto de Douarnenez si a cincuenta kilómetros el mar, de repente, les había parecido tan agitado.

Las pesquisas policiales contra la directora del puerto por el hallazgo en su jardín del arma del crimen (en la que, en efecto, se encontraron restos de la sangre de las tres víctimas) se detuvieron. A su vez, la señora Gochat retiró la demanda contra Dupin y la policía y admitió haber sospechado que se había hallado un «tesoro» y haber espiado a Kerkrom por ello.

Sin embargo, lo que más había ocupado al mundo en esas cuatro semanas había sido la cruz. Esa gran cruz de oro de la que había informado Dupin.

Y eso a pesar de que hasta el momento no la habían encontrado. No había ningún indicio, ninguna pista. Ningún otro testigo. Solo Dupin.

Un equipo de forenses venido expresamente de París analizó la cueva y, en particular, el suelo. Pero tampoco sacaron nada en claro.

Lo curioso era que la desaparición de la cruz no era algo malo, sino al contrario. Su ausencia permitía especulaciones de lo más disparatado; no hubo límites para la fantasía y la fabulación. Se desató un furor imaginativo. El tema estaba en boca de todo el mundo, tanto a primera hora en la panadería como más tarde en el quiosco o en el Amiral. Durante días y semanas la prensa, la radio e incluso los canales de televisión locales, regionales, y nacionales, así como, sobre todo, internet, el medio de comunicación más dado a las habladurías, estuvieron repletos de historias de lo más aventurado. Como no podía ser de otro modo, la mayoría de ellas giraba en torno a Ys. Había gente, y no poca, que estaba convencida de que se encontraban a las puertas del renacimiento del mítico reino, hasta el punto de que un mediodía el mismísimo Le Ber, mientras leía los periódicos del día, llegó a exclamar con indignación: «¡Esto es inaudito!» y «¡Menudo disparate!».

El director de la expedición científica que al año siguiente iba a explorar la bahía de Douarnenez en busca de las ruinas de Ys anunció que su expedición se adelantaría gracias a tres sustanciosas subvenciones que había recibido. El consejo regional, por su parte, concedió la autorización con gran celeridad. Solo unos pocos científicos e historiadores del arte se habían interesado por la descripción minuciosa derivada del informe de Dupin, que por otra parte era muy poco concreto. Sin embargo, ninguno se había atrevido a señalar una hipótesis ni a aventurar una fecha.

Lo que no se comunicó públicamente es que la investigación policial para localizar la cruz se había detenido. A Dupin le costó aceptarlo.

Poco a poco los artículos de prensa fueron siendo más escasos, sobre todo porque dejó de haber novedades. Hacía tres días que no aparecía ni una sola mención.

La cruz dejó de ser tema de conversación también en comisaría.

La cuestión solo inquietaba a Dupin. No encontraba sosiego.

En ocasiones, hablando de ello con Claire o con Nolwenn, se oía a sí mismo diciendo que algún día la cruz volvería a aparecer. Al decirlo se dio cuenta de que eso convertía el asunto en algo aún más misterioso.

Una pequeña isla bretona cargada de mitos, leyendas, secretos y... muerte.



Hace apenas unas horas el comisario Georges Dupin estaba celebrando la llegada del solsticio de verano. Ahora se encuentra en la lonja de pescado de Douarnenez, cerca del muelle viejo y de los cafés en los que le gusta sentarse a ver la vida, frente a un cadáver. Es Céline Kerkrom, una mujer que salía a pescar sola, una defensora del medio ambiente con no pocos enemigos. Vivía en Île-de-Sein, escenario de mitos y leyendas, donde poco después aparece un segundo cuerpo. El comisario tendrá que recurrir de nuevo a ese sexto sentido que nunca le falla, a mucho café y a sus escasas dotes como navegante para resolver un nuevo caso.

Como cada verano, los lectores tienen una cita en las costas de Bretaña con Georges Dupin. Puntual, meticulado y algo malhumorado, el comisario se hace cargo de una investigación y tendrá que enfrentarse a las costumbres y el carácter bretón, que no siempre le ponen las cosas fáciles. Aunque una vez más comprobará que ese paisaje y ese pueblo le tienen tan cautivado como él a sus más de dos millones y medio de seguidores.

Jean-Luc Bannalec es el seudónimo tras el que prefiere ocultarse este autor alemán que vive a caballo entre su país natal y la Bretaña francesa. Su serie del comisario Georges Dupin se ha convertido, con tan solo cuatro entregas —*El misterio de Pont-Aven, Muerte en la isla, Un crimen bretón Un cadáver en Port du Bélon*—, en un auténtico fenómeno y lleva vendidos más de 2.000.000 de ejemplares.

Título original: *Bretonische Flut. Kommissar Dupins fünfter Fall*

Edición en formato digital: junio de 2017

© 2016, Verlag Kiepenheuer & Witsch GmbH & Co. KG, Colonia (Alemania)

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2017, Marta Mabres Vicens, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

La editorial no ha podido conocer el nombre del autor o propietario de la imagen de portada, pero reconoce su titularidad de los derechos de reproducción y su derecho a percibir los royalties que pudieran corresponderle

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5558-5

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

El secreto de Île-de-Sein

El primer día

El segundo día

Epílogo

Sobre este libro

Sobre Jean-Luc Bannalec

Créditos